

Tesis de Maestría

Departamento de Historia

Universidad Torcuato Di Tella

Titulo:

La industrialización es un sueño eterno

Los imaginarios industriales del primer peronismo (1946-1955)

Autora: Ailén Pagnoni

Director: Claudio Belini

Co-directora: Ana Lía Rey

Abstract

Este trabajo busca reconstruir los imaginarios industriales que estructuró, configuró y defendió el gobierno peronista. El recorte temporal de la tesis toma las dos primeras presidencias de Juan Domingo Perón (1946-1955). En nuestro análisis trabajaremos con una periodización clásica:

- a) el primer momento, de **configuración**, abarca entre 1946-1949
- b) el segundo, de **consolidación**, se desarrolla entre 1950-1952
- c) el tercero, de **reconfiguración**, recorre los últimos años, 1953-1955.

A partir de fuentes diversas que reflejan expresiones de la estructura gubernamental y las discursividades de quiénes estaban al mando de las decisiones político económicas del país (el presidente y sus funcionarios), recorreremos los cambios de estrategia y las transformaciones en el contorno de los diversos imaginarios industriales que el peronismo construyó y por medio de los que legitimó su actuación en la esfera económica. Analizaremos los contenidos de los dos planes quinquenales, los discursos de apertura del congreso, las diversas expresiones de las segundas líneas funcionariales de la burocracia estatal en notas de opinión, discursos y memorias y - para finalizar - dos publicaciones que fueron claves de la propaganda oficial. El peronismo delineó nociones de la industria que no permanecieron estáticas, sino que sufrieron transformaciones a medida que cambiaban los contextos político-económicos que el gobierno debió atravesar a lo largo de casi una década.

Estos imaginarios fueron determinantes en la constitución de su identidad política ya que dentro de la memoria histórica argentina la industria fue una de las claves que personificó, enraizó y perduró en la memoria colectiva a la hora de pensar al peronismo. Antes de la llegada de Perón al poder, los debates eran en torno a si convenía o no industrializar el país; después del peronismo eso ya no fue tema de discusión: los diversos imaginarios industriales que se terminan configurando fueron tan poderosos y efectivos que el camino al desarrollo terminó siendo indefectiblemente asociado al desempeño industrial.

Esta línea prosiguió incluso en los años posteriores a la proscripción del peronismo - a lo largo de gobiernos radicales y dictaduras - y conformó un sentido común que solo se quebró a partir de la última dictadura militar impuesta en 1976 que buscó transformar

radicalmente la sociedad argentina. Con este propósito, atacó al nudo productivo industrial, teniendo a obreros, sindicalistas y – principalmente - al proyecto industrialista como sus principales víctimas.

Para mi mamá, que siempre supo cómo.

Contenido

AGRADECIMIENTOS	8
INTRODUCCIÓN	9
Algunas cuestiones de orden teórico y metodológico	10
El recorte temporal.....	10
El Estado como eje de análisis	12
El concepto de imaginario y su rol en la legitimación política	13
Los alcances del imaginario industrial peronista.....	15
Las fuentes.....	16
Nuestra hipótesis de trabajo	17
El proceso de industrialización en Argentina	18
La planificación de la economía como aspecto central del Estado	20
El orden simbólico de los discursos políticos y la constitución de imaginarios	22
La publicidad de lo político	24
La disputa por el espacio público: peronismo y anti peronismo	26
Un recorrido por la tesis	28
CAPÍTULO 1	32
EL PRIMER Y EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL: EXPRESIONES DE UN PROYECTO INDUSTRIAL	32
Primer Período (1946-1949)	34
El Primer Plan Quinquenal.....	35
Educación pública e imaginario industrial	42
Segundo Período (1950-1952)	44
Deterioro de la situación económica, crisis y reorientación.....	44
Tercer Período (1953-1955).....	47
Segundo Plan Quinquenal	49
Educación pública e imaginario industrial	57
Propaganda	62
Conclusiones	65
CAPÍTULO 2	69
EXPRESIONES DEL IMAGINARIO INDUSTRIAL EN LAS APERTURAS DE LAS SESIONES DEL CONGRESO	69

Una cronología de trabajo.....	74
Primer periodo (1946-1949)	76
Sobre los obreros y su formación	79
La doctrina.....	81
Sobre la oposición.....	86
Segundo periodo (1950-1952)	89
Sobre la industria	90
Sobre los obreros y su formación	96
La doctrina.....	97
Sobre los opositores	100
Tercer período (1953-1955).....	103
Sobre la industria	104
Sobre los obreros y su formación	107
La doctrina.....	107
Sobre la oposición.....	109
Conclusiones	111
CAPÍTULO 3.....	115
SEGUNDAS LÍNEAS: APORTES AL AFIANZAMIENTO DE IMAGINARIOS INDUSTRIALES QUE ATRAVESABAN AL ESTADO PERONISTA.....	115
Una cronología de trabajo.....	118
Los protagonistas.....	120
Primer período: 1946-1949.....	128
Segundo período 1950-1952.....	141
Tercer período 1953-1955	151
Conclusiones	157
CAPÍTULO 4.....	160
EL PERONISMO Y LA PUBLICIDAD: LA CONSTRUCCIÓN DE IMAGINARIOS INDUSTRIALES PARA CONSUMO DEL PUEBLO JUSTICIALISTA.....	160
El imaginario industrial detrás de <i>La Nación Argentina. Justa Libre y Soberana.</i>	164
Primer período: 1946-1949.....	164
<i>Mundo Peronista</i> y la profundización del imaginario industrial.	184

Segundo período: 1950-1952.....	184
Tercer Período: 1953-1955.....	200
Conclusiones	214
CONCLUSIONES FINALES	218
FUENTES	227
<i>Publicaciones periódicas</i>	228
BIBLIOGRAFÍA:.....	229

Agradecimientos

A mi mamá, que es fundamental hoy, en la confianza que me sostiene todavía. Porque su ausencia es grande, pero su presencia es constante.

A mi papá, porque siempre estuvo seguro de que yo podía.

A mis directores que fueron pacientes y compañeros, e insistieron en que esto valía la pena cuando yo pensaba que no.

A mis amigas, que escucharon mis múltiples quejas y recibieron mis promesas de abandono del proyecto, y que pacientemente me incentivaron a terminar: un día a la vez. A Pau y Mica, por compartir dolores profesionales, a More y Iona por la contención emocional desde el inicio de los tiempos. A Luciana y Lucía, porque me alentaron a empezar de nuevo. A Paula, porque siempre me acompañó.

A Nahuel, por ser el primero en transitar conmigo la carrera de historia y la idea de esta tesis.

A Osvaldo, que me recibió cuando me quedé sin trabajo y confió en mi casi sin conocerme. A Laura, que en ese momento me recibió con los brazos abiertos.

A mis mamás sustitutas de la vida por estar cuando la mía ya no pudo: Adri, Nelly, Nelcis y Marily.

A Hugo, que siempre estuvo.

A Martín, que apareció de imprevisto para acompañarme en el empujón final.

Y por supuesto, a la esperanza de que logremos consolidar un Estado presente que invierta en investigadores, universidades, escuelas y, sobre todo, en más y mejor bienestar para todos.

INTRODUCCIÓN

“Encontramos un país condenado por sus amos a trabajar exclusivamente en la producción agropecuaria. Nosotros decidimos realizar la industrialización de la República”

Perón ante la Cámara de Senadores en 1952

Este trabajo busca dilucidar las características que adquirieron los diversos imaginarios industriales que se impulsaron a partir de la estructura estatal del primer peronismo durante el periodo 1946-1955. Analizaremos la forma en la que se constituyeron a partir del estudio de distintos ámbitos de acción del gobierno peronista: las intervenciones del propio Perón como líder del movimiento justicialista, los discursos de los funcionarios políticos y de los técnicos estatales, las publicaciones afines y la propaganda gubernamental.

La hipótesis que guía nuestro trabajo establece que el peronismo se constituyó como el primer proyecto político en la historia argentina que hizo de la industria uno de sus ejes principales de política económica.

Consideramos, así mismo, que esto implicó que a lo largo de casi una década se configuraran desde este proyecto político imaginarios industriales con gran incidencia en la memoria histórica y que persisten hasta el día de hoy: la asociación entre peronismo e industria es clave incluso como identidad política de este colectivo. Dentro de este marco, no es extraño que el interlocutor ideal con el que dialogaba el justicialismo haya sido el obrero industrial¹.

De esta manera, consideramos que es fundamental analizar cómo pensaba el peronismo a la industria, por qué la entendía como la clave fundamental para el enriquecimiento del país, qué tipo de industria propulsaba, cómo buscaba estimularla y qué cambios se produjeron a lo largo de los dos primeros períodos de gobierno en las concepciones industriales que guiaron la ejecución de las políticas públicas del Estado, sus funcionarios y el primer mandatario.

Si bien nuestro estudio no busca discutir los alcances económicos reales del proceso industrial durante el primer peronismo, si intenta analizar cuáles fueron las claves

¹Esto también se explicitó cuando figuras claves del partido impulsaron políticas públicas totalmente contrarias al modelo industrial (el menemismo, por ejemplo), ya que se lo vivenció como una traición a los principios claves del justicialismo.

discursivas y las proyecciones que los principales protagonistas del Estado hicieron durante el período 1946-1955, analizando un aspecto fundamental a la hora de impulsar las políticas públicas: la posibilidad de pensar y articular una propuesta política que no sólo se tratara de proyectar un plan económico específico sino también de cosechar el apoyo de las mayorías. Dentro de este marco, consideramos que la conformación de imaginarios industriales fue una de las claves para el apoyo popular que logró el peronismo y la configuración de una identidad propia que subiste como bandera política hasta hoy.

Algunas cuestiones de orden teórico y metodológico

El recorte temporal

Dentro del marco cronológico en el cual trabajaremos (1946-1955), delimitamos tres períodos diferenciados a lo largo del análisis que se desarrolla en los siguientes cuatro capítulos².

1. El primer periodo, de **configuración**, abarca los años 1946-1949, que fueron de expansión económica y acomodamiento del proyecto político peronista. Se caracterizan por ser años en los que el peronismo busca legitimarse a partir de concepciones clásicas de la democracia liberal, a las libertades públicas, entre ellas la libertad de prensa. Fue un período en el cual se comenzó a delimitar un imaginario industrial vinculado con las pequeñas y medianas industrias livianas de capitales nacionales, un fuerte cuestionamiento a los oligopolios extranjeros y la necesidad de la presencia estatal como base de conformación de ciertos sectores industriales claves, algo que se expresa, al menos en el plano discursivo, en el Primer Plan Quinquenal.

2. El segundo período, de **consolidación**, toma los años 1950-1952 que se caracterizan por ser años de crisis económica. Se empieza a vislumbrar un

² Estas tres etapas se corresponden con la periodización clásica sobre el peronismo: las fases del peronismo descritas por Peter Waldmann en *El peronismo* (1983) y la retomada por Félix Luna en *Perón y su tiempo* (1984).

peronismo mucho más asentado en el poder y que comienza a buscar formas de legitimación alternativas tras el proceso de reforma constitucional. La conflictividad con los opositores aumenta y la búsqueda de lealtad e identificación con el partido gobernante comienza a ser fundamental. Aparecen nuevas estrategias publicitarias y comunicacionales y se tiende a un proceso de radicalización e identificación más autoritaria con el primer mandatario y su mujer. Se abandona la idea de armonía y comienza a ser cada vez más conflictiva la relación con los opositores. Con respecto al imaginario industrial nos encontramos con ciertos corrimientos ideológicos principalmente derivados de la crisis económica. Hay un intento de posicionarse ante el empresariado privado de forma diferente, ya no se cuestionan de la misma manera los capitales extranjeros y el discurso comienza a virar hacia la necesidad de recuperar al sector agropecuario, pero desde una mirada industrial: mecanizar el campo o industrializar al sector agropecuario, todo esto se vislumbra en la proyección del Segundo Plan Quinquenal.

3. El tercer recorte temporal, de **reconfiguración**, abarca los últimos años del primer peronismo, 1953-1955 y va a ser acompañado de un proceso de radicalización del imaginario. Fueron años signados por el proceso de profundización de las transformaciones observadas en el período anterior. Las tendencias autoritarias se acentuaron. Luego de la muerte de Evita, el peronismo refuerza su alejamiento de las legitimidades políticas liberales; el sistema político se hace menos competitivo, lo que se refleja en la menor representación política de los partidos opositores y el cercenamiento de las libertades públicas. Asimismo, el gobierno peronista pretende controlar por medio de los medios de comunicación, el sistema educativo y la propaganda todos los espacios públicos envalentonado por un fuerte respaldo popular llevaron a la polarización política a su máxima expresión. Con respecto al imaginario industrial, el mismo acentuó las características que ya encontrábamos en el segundo período, dando cuenta de una apertura hacia los capitales extranjeros que alejaba al peronismo de su primera etapa industrial, y la necesidad de que se incentive la producción y la productividad, con un Estado que

buscaba dejar mayores espacios (al menos eso era lo que decía discursivamente) a la iniciativa privada.

El Estado como eje de análisis

Nuestro trabajo tiene como una de sus dimensiones fundamentales al Estado, al que definimos, siguiendo la perspectiva de O'Donnell, como un aspecto de una relación social capitalista. *“Aunque la relación social capitalista aparece ante la conciencia ordinaria como puramente económica, un examen más atento muestra que también está constituida por otros aspectos. Uno de ellos es la garantía coactiva que dicha relación contiene para su vigencia y reproducción. El Estado es el aspecto de dicha relación que pone esa garantía. Pero, aunque esa garantía coactiva sea fundamental, el Estado no es solo eso. También es organización de las relaciones capitalistas, en el sentido que tiende a articular y acolchar las relaciones entre clases y prestar cruciales elementos para la habitual reproducción de dichas relaciones”* (O'Donnell, 2009, 17). Este Estado, sin embargo, no responde a los intereses inmediatos de la burguesía, sino que es un Estado que garantiza y organiza la vigencia de las relaciones sociales capitalistas. Incluye de esta manera necesariamente a las clases dominadas, aunque su papel sea reponerlas o reproducirlas en ese sentido.

Esto tiene consecuencias variadas, la principal es que no pocas veces, el interés general de reproducción de dichas relaciones (y por lo tanto, de las clases a ellas vinculadas) lleva al aparato estatal a desempeñar un papel custodial respecto de las clases dominadas, incluso en contra de los intereses inmediatos de la burguesía. Si el Estado no acota la racionalidad microeconómica de las fracciones de esta última, estos tenderían a acentuar cada vez más las condiciones de explotación, lo que llevaría a la desaparición de la clase dominada por expoliación excesiva o a su reconocimiento del carácter de explotado y antagónico que la ligan con la clase dominante. Ambas situaciones terminarían con la impugnación de las relaciones sociales que hacen a la dominación de la burguesía, es decir “una crisis de dominación”.

El Estado, entonces, no es solo garante coactivo sino también organizador de las relaciones sociales capitalistas a partir de la limitación del interés individual de los

miembros de la burguesía permitiendo que continúe la reproducción de las relaciones sociales que la constituyen como dominante. El Estado, además, constituye un conjunto de aparatos o instituciones objetivados del proceso de producción y circulación del poder. La apariencia fetichizada del Estado aparato frente a los sujetos sociales le hace aparecer como un tercero externo a las relaciones sociales pese a ser parte constitutiva. Esa apariencia de externalidad sustenta su posibilidad de constituirse en organizador de la sociedad capitalista o, lo que es equivalente, en el organizador de la dominación de la burguesía. De esta manera, el Estado es agente de interés general pero parcializado, ya que busca reproducir ciertas relaciones sociales (O´Donnell, 2009, 17-19).

Nos interesa analizar las características que delineó el Estado peronista a la hora de configurar un imaginario industrial que en el relato base de su discursividad en torno al modelo económico que elegiría desarrollar buscaba principalmente la integración de las clases sociales a partir de un tono contemporizador e inclusivo antes que disruptivo.

El concepto de imaginario y su rol en la legitimación política

Utilizaremos para nuestro proyecto la categoría de imaginario social, pero estableciendo ciertas salvedades. En principio, tal como lo reconoce Bacsko, es una categoría ambigua que todavía no tiene límites conceptuales claros por lo cual sus características disciplinarias son provisorias y sus alcances no están delimitados. En segunda instancia, nuestro trabajo no se plantea desarrollar un debate teórico-metodológico al respecto. La categoría de imaginario social nos sirve de ordenador para pensar un momento histórico preciso y analizar los modos con los que un movimiento político como el peronismo al llegar al poder basa su legitimidad en representaciones e imaginarios sociales específicos que le otorgan una fisonomía única.

El Estado, como otras instituciones sociales, posee una importancia fundamental en la consolidación y reproducción de los imaginarios ya que una organización dada de la economía, un sistema de derecho y un poder instituido, existen socialmente, en principio, como sistemas simbólicos sancionados (Castoriadis, 2007, 187). Por medio de sus significaciones y a lo largo de la Historia,

las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones y legitiman modelos formadores.

Estos imaginarios son fundamentales en la organización y el dominio del tiempo colectivo debido a que trabajan tanto en la concepción del pasado que tienen las sociedades para sí como en su proyección hacia el futuro. Según Baczko, *“todas estas características le dan al imaginario social la capacidad de ser un dispositivo de control de la vida colectiva y en especial del ejercicio del poder”* (Baczko, 1991, 28). De esta manera, determinan la configuración de las relaciones de autoridad y, particularmente, del poder político que busca controlar de estas representaciones colectivas para legitimarse (Baczko, 1991, 12).

Si bien el análisis de Baczko se centra en los estados totalitarios, la búsqueda de la imposición de un imaginario social que legitime el poder es algo propio de cualquier movimiento político que acceda al gobierno y, por lo tanto, ciertas aristas de su conceptualización pueden ser útiles aún para el análisis de sistemas democráticos.

De esta forma, una parte del ejercicio del poder político pasa por el manejo inteligente del imaginario social ya que *“ejercer un poder simbólico significa multiplicar y reforzar una dominación efectiva por la apropiación de símbolos”* (Baczko, 1984, 16).

En nuestro trabajo utilizaremos el concepto de imaginario articulando las definiciones teóricas que hacen Castoriadis y Baczko. Castoriadis sostiene que es imposible interpretar la historia humana prescindiendo de la categoría de lo imaginario ya que no podemos comprender una sociedad sin un factor unificante que teja estructuras simbólicas (Castoriadis, 2007, 258). Esta apreciación se completa con la idea de que todo poder, y particularmente el político, se rodea de representaciones colectivas ya que el ámbito de lo imaginario y lo simbólico, es un lugar estratégico de importancia capital (Baczko, 1991, 12). Los imaginarios sociales, según Baczko, sirven como homogeneizadores debido a que son un conjunto de representaciones que las sociedades se dan para sí. Estas ideas-imágenes son imprescindibles en la construcción de los imaginarios sociales y serán las que fundamentarán la ilusión y el sueño de vivir en una sociedad mejor que tiene cualquier colectividad. Estas representaciones de la realidad social, elaboradas con materiales tomados del caudal simbólico, tienen una realidad específica que reside en su misma

existencia y en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos debido a las múltiples funciones que ejercen en la vida social (Baczko, 1991, 7-8). Sin embargo, Castoriadis hace hincapié en que los imaginarios sociales tienen una característica que los distingue y los hace determinantes: son posibles de realizarse (Castoriadis, 2007,568).

Los Estados Nacionales son productores de múltiples imaginarios sociales; nuestro trabajo se centrará en analizar la estrategia política impulsada por el Estado peronista en torno a la construcción de un imaginario específico vinculado con la cuestión industrial. Esta elección no niega ni invisibiliza a los actores sociales ni a su accionar, sino que se trata exclusivamente de un recorte metodológico: antes de conocer qué hacen los actores sociales con el mensaje, es necesario entender el contenido de dicho mensaje, por lo cual exploraremos los mecanismos simbólicos e institucionales utilizados por el peronismo para lograr consenso en torno a la cuestión industrial.

Los alcances del imaginario industrial peronista

Si bien no es el aspecto central de nuestro trabajo, delimitaremos el alcance del término *industria* a la referencia de las actividades de transformación organizadas bajo el sistema fabril, es decir la industria moderna, en este trabajo incluimos además de la industria manufacturera a la producción de energía, considerada clave para alentar la transformación de la economía³. El Estado peronista tuvo como interés claro el impulso y delimitación de un imaginario industrial preciso que se basaba en el quiebre de la idea de una Argentina de base predominantemente agrícola-ganadera que respondía a un modelo agroexportador. Para ello, corrió el eje hacia el del desarrollo vinculado con el crecimiento industrial y la urbanización. La nacionalización de diversos aspectos de la economía del país ligados a la producción (energía, transporte, la banca, etc.) junto con la profundización de las medidas vinculadas con el desarrollo de los sectores industriales y el robustecimiento

³ La definición clásica industria moderna es aquella caracterizada por la introducción de la división del trabajo, el empleo de nuevas fuentes de energía inanimada (en reemplazo de energía humana y animal) y la mecanización de los procesos productivos. Landes (1969).

del empresariado industrial (IAPI, protección arancelaria, crédito estatal, uso de tipos de cambio diferenciales, leyes de promoción sectorial nacionales y provinciales, etc.) se asentaron en la constitución de un nuevo imaginario que se publicitó profusamente y que tuvo como principal objetivo inculcar en el pueblo la idea de que el único camino de crecimiento plausible era el industrial.

El imaginario industrial del peronismo presentó al obrero asalariado como principal protagonista. En este sentido, la reorientación de la economía hacia el mercado interno colocaba en un lugar central al propio trabajador industrial, que asimismo era presentado como consumidor. La centralidad de la figura del obrero se visualizó también en el papel otorgado a las transformaciones educativas centradas en la instrucción técnica, fundamental para el desarrollo de mano de obra especializada para el entramado industrial proyectado.

Un aspecto fundamental a tener en cuenta de esto es que el sujeto político a quien se dirige discursivamente el Estado es, por primera vez, el obrero, quien se halla inextricablemente ligado a este imaginario industrial y será el actor preponderante del mismo. Retomando la perspectiva de O' Donnell sobre el Estado capitalista se puede interpretar que dicha centralidad termina desdibujando el papel que los sectores vinculados al capital tenían durante el peronismo generando una de las paradojas más notables de este movimiento político. Aunque la escena social peronista estaba dominada por la industria, la cabeza de ese cosmos -los empresarios, gerentes y propietarios- no ocuparon el lugar central en el imaginario industrial propuesto en tanto que las apelaciones al obrero industrial generaron probablemente escasa identificación de las fracciones de la burguesía con el proyecto económico y el imaginario. Esto provocó que el objetivo de reproducción de la clase dominante dejara de ser percibido de tal manera por parte de la burguesía debida, en parte, a la poca preeminencia que tuvo este sector en la construcción discursiva que hace del imaginario el Estado del cual era segmento necesario y fundamental.

Las fuentes

Nuestro trabajo busca reconstruir las principales aristas que delimitaron este imaginario industrial y que se expresaron mediante diversos soportes del Estado. Las

fuentes sobre las cuales versará esta investigación se centran en el siguiente corpus documental:

1. Primer y Segundo Plan Quinquenal.
2. *Manual sobre el Segundo Plan Quinquenal.*
3. Libros de texto: *Privilegiados y Ronda Infantil.*
4. Discursos de Perón y funcionarios en diversos medios y soportes (notas de opinión, congresos, clases magistrales, inauguraciones, informes periodísticos, entre otros). Discursos de Apertura del Congreso de la Nación.
5. El libro *La Nación Argentina. Justa, libre y soberana*, impreso por el Control del Estado de Presidencia de la Nación y la editorial Peuser.
6. La revista *Mundo Peronista*, de la Editorial Haynes.

Nuestra hipótesis de trabajo

Trabajaremos en torno a la siguiente hipótesis: el peronismo se presenta como una alternativa a la economía de libre mercado diseñando – mediante la apropiación y reformulación de esquemas de intervención y planificación estatal circulantes en la época - los principios de un Estado orientado a la redistribución del ingreso, la mejora de las condiciones de vida y el desarrollo industrial. Para ello se articularon imaginarios específicos sobre la industria que buscaron impulsar consenso social en torno a su estrategia económica.

Otras hipótesis secundarias tienen que ver con la incidencia que estos imaginarios industriales tienen en la función vital de diseñar una legitimación simbólica que asumía la necesidad de transformar múltiples aspectos de la sociedad que implicaban nuevas nociones de lo público. Para ello el peronismo adoptó nuevas maneras de intervenir en la vida nacional por medio de estrategias novedosas vinculadas con la propaganda, los discursos, las revistas y el rol de los funcionarios. Esto se ve claramente en por ejemplo con la cuestión educativa y la formación técnica, que fue una variable importante para sostener el imaginario industrial que comenzaba a configurarse.

Las transformaciones del imaginario industrial a partir de los cambios del contexto económico político en el cual el gobierno de Perón se desarrolló también van a ser

centrales para nuestro trabajo. De un imaginario industrial impulsado por la idea de un Estado central, el estímulo a la industria liviana y al pleno empleo, la confianza total en el rol del Estado empresario, la necesidad de que el proceso estuviese solventado solo por capitales nacionales y la importancia del mercado interno, a un imaginario que a fines del periodo debe virar hacia las posibilidades de estímulo de la industria pesada por medio de la llegada de inversiones externas, la necesidad de pensar una industria para la exportación y el autoabastecimiento energético, la limitación del consumo interno y el llamado al aumento de la productividad, la recomposición del entramado agroexportador y el repliegue del Estado empresario.

En este camino, si hay algo que el peronismo demostró fue su flexibilidad, pragmatismo y vocación de poder vinculada a la posibilidad de adecuación ante las distintas condiciones contextuales que debe sobrellevar. Podemos apreciar que hay una transformación de las herramientas políticas y económicas para llevarlo a cabo, aunque hay un eje que permanece inalterado en todo el periodo y es el objetivo trazado para la consecución del “sueño industrial”.

El proceso de industrialización en Argentina

El proceso de industrialización argentino concitó un gran desarrollo bibliográfico que es fundamental para contextualizar el marco sobre el cual el peronismo construyó su propio imaginario industrial.

Si bien los orígenes de la industria moderna en Argentina se ubican en las décadas finales del siglo XIX, no fue sino en el periodo de entreguerras cuando se inicia la denominada Industrialización Sustitutiva de Importaciones (ISI). Algunos autores han situado el comienzo de este proceso en los años de la Primera Guerra Mundial (Dorfman, 1983) o bien en la década de 1920 (Villanueva, 1972), pero habitualmente la historiografía sostiene que la ISI se inició en los años treinta como subproducto de la crisis mundial (Llach, 1984; Schvarzer, 2000; Belini, 2009). La política económica implementada por Pinedo, el Ministro de Hacienda de Agustín Justo, y su principal colaborador Prebisch generó las condiciones para iniciar, a partir de la capacidad instalada desde mediados de 1920, la ISI. Una devaluación del orden del 40%, el incremento de aranceles y la aplicación

de cuotas para comprimir importaciones alentaron la producción local de manufacturas y disminuyeron los productos importados (Belini, 2017, 176).

Esto no puede entenderse sin prestar atención a la modificación del encuadre conceptual en lo que respecta al rol del Estado en la economía, ya que la Gran Depresión de la década de 1930 en Argentina estuvo acompañada por una crisis de las instituciones liberales democráticas y de la ideología que las sustentaba: las funciones del Estado estaban siendo redefinidas y la viabilidad del sistema mismo estaba siendo cuestionada. En parte como resultado del desastre económico que terminó de quebrar las bases del modelo agroexportador (que resultaron más débiles de lo previsto) clave de la exitosa experiencia argentina, y en parte como resultado de la evolución de una sociedad que se estaba tornando más compleja y conflictiva, el consenso que había aglutinado a las elites se desintegró (Plotkin, 2007, 48). Es entonces cuando la industria reemplazó al agro pampeano volviéndose el sector más dinámico de la economía argentina. Este proceso profundizó los debates en torno a la cuestión industrial en la década del treinta. En principio tuvieron que ver con la distinción tradicional entre industrias naturales y artificiales: los primeros estaban a favor de incentivar solo las industrias que estaban vinculadas con el agro, mientras que los segundos subrayaban la necesidad de impulsar otro tipo de industrias para el crecimiento y la defensa nacional, muy vinculados con sectores de las Fuerzas Armadas (Belini, 2014, 4).

Hasta ese momento las medidas económicas eran parciales y dispersas, algo que cambia desde el Plan de Acción Económica de 1933 a partir del cual el Estado argentino comienza a formular e implementar planes como parte de políticas reguladoras de la economía (Gómez, 1997).

El estallido de la Segunda Guerra en 1939 enfrentó al gobierno argentino y a los círculos empresariales a nuevas dificultades. La respuesta fue el frustrado Plan Pinedo de 1940, que buscó profundizar las políticas intervencionistas que venían siendo utilizadas, constituyó un intento más ambicioso en este sentido (Llach, 1984). Pinedo incluía un conjunto de medidas de naturaleza anti cíclica para limitar el impacto de la caída de las exportaciones y la crisis de la balanza de pagos. Sin embargo, el plan no recibió la

aprobación de la Cámara Baja y, un año más tarde, la notable mejora de la balanza de pagos hizo perder el interés en él incluso a sus propios autores (Belini, 2017, 197).

A pesar del consenso en torno a los orígenes de la ISI, no está claro cuándo se adoptó como una estrategia explícita. La mayoría de los autores sostiene que esto se produjo en los años de la segunda posguerra (Llach y Gerchunoff, 1998; Girbal-Blacha, 2003; Belini, 2009). De cualquier modo, no faltaba mucho para que el intervencionismo estatal pro industrial se convirtiese en política oficial, aunque continúa discutiéndose la jerarquía que le otorgaba el peronismo a la industria en su estrategia económica (Díaz Alejandro, 1975; Llach y Gernuchoff, 1998; Rougier, 2012).

Una línea interpretativa concibe a la estrategia peronista como un proyecto que buscaba la autarquía a partir de una industrialización diversificada (Díaz Alejandro) o como un plan de desarrollo de industrias base (Waissman, Lewis) haciendo hincapié en los factores internos en la determinación de las características peronistas, incluso las llaman respuestas tardías a la Gran Depresión. Por otro lado, Villanueva, Di Tella y Llach lo ven más bien como un camino intermedio entre un proyecto autárquico y los que propiciaban una industrialización exportadora (Belini, 2014, 19-20).

El diagnóstico socioeconómico elaborado por el Consejo Nacional de Posguerra, la reforma financiera de 1946 y el accionar del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI) fueron los sustentos institucionales y legales básicos del diagnóstico y la política económica llevada a cabo en torno a la cuestión industrial por el gobierno de Juan Domingo Perón (Girbal-Blacha, 2003, 39; Rougier, 2012). Aspectos claves de esto fueron las políticas de redistribución del ingreso a favor de la pequeña y mediana industria, la consolidación del mercado interno, la reforma financiera que nacionaliza banca y depósitos en 1946, una política crediticia incentivando la producción y la industria y la política de pleno empleo que impulsaría el peronismo como políticas de acción inmediatas en su llegada al poder en 1946. Todo esto tenía líneas de continuidad en la década del treinta pero, fundamente, con las políticas comenzadas en el gobierno del GOU: la industria nacional sería clara beneficiaria de todas estas políticas públicas implementadas desde el Estado.

La planificación de la economía como aspecto central del Estado

Al igual que algunos de los autores ya citados, sostenemos que es recién durante el peronismo que podemos hablar de un proyecto político pensado y orientado desde el Estado para el desarrollo técnico industrial. No es extraño que el peronismo eligiera impulsar una política económica de planificación organizada, ya que los logros en el proceso industrializador de la experiencia soviética la presentaban como una herramienta poderosa. Esto se producía a la par del desarrollo sistemático de estados benefactores keynesianos en Estados Unidos y Europa y se cruzaba con la formación militar de Perón ya que las Fuerzas Armadas tenían sectores pro industrialistas.

La planificación en tanto herramienta teórica fue imponiéndose a lo largo del siglo XX y expresó las transformaciones que se iban produciendo en el sistema capitalista. En la nueva estrategia, el rol del Estado va adquiriendo cada vez mayor centralidad en el diseño de la vida económica de las naciones ya que los organismos administrativos estatales controlan y distribuyen recursos. La idea de plan, o la más amplia y abarcativa de planificación, resulta de requerimientos relacionados con las fluctuaciones económicas que sacudían la economía capitalista. De la mano del Estado, el rol que cumplió la planificación en los distintos países fue el de complementar la economía de mercado, pero en ningún sentido buscó reemplazarla (Gómez, 1997). De esta manera, el conglomerado de ideas sociales, políticas y económicas sustentadas por Perón y relacionadas con el papel que debía jugar el Estado - por ejemplo, la necesidad de establecer algún tipo de sistema corporativo de representación y la importancia de obtener la “independencia económica” del país mediante la protección de ciertas industrias - no fue algo “inventado” por el peronismo, sino que se constituyeron como parte de un fuerte clima imperante en la época (Plotkin, 2007, 51).

Sin embargo, la estructuración del Estado de Bienestar se erigió como una figura novedosa, al menos en nuestro país, combinando la redistribución de riqueza con la obtención de derechos para los trabajadores a partir de la puesta en marcha de un proyecto económico industrialista. De tal manera, se amplió el papel del Estado mediante la nacionalización del comercio exterior, la creación de instituciones como el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) y la nacionalización del Banco Central y los depósitos, lo que permitió la expropiación parcial de la renta

agraria y su transferencia hacia el financiamiento de la industria y la economía urbana.

El peronismo provocó así un proceso de democratización del Estado de Bienestar que, por medio del aumento del gasto público, impulsó el incremento del salario y consumo en los sectores medios y bajos y la mejora del nivel de vida de los sectores populares a partir de la generalización de un sistema de jubilaciones, salud y educación a escala nacional (Torre y Pastoriza, 2002).

El orden simbólico de los discursos políticos y la constitución de imaginarios

En la constitución de los imaginarios, el plano discursivo es fundamental: cómo, de qué manera y para qué se enuncia lo que se enuncia es crucial. El peronismo, como cualquier movimiento político, formalizó una manera particular de articular la palabra en lo público.

Al respecto hay variada bibliografía que nos permite contextualizar cómo se constituye el discurso peronista desde su principal emisor, Perón, y qué estrategias se utilizaron para monopolizar el espacio simbólico.

Estas distintas configuraciones del orden simbólico en reelaboración constante pueden calificarse como imaginarios. Constituyen poderosas infraestructuras de la vida de las sociedades que conforman representaciones cuya función es orientar la acción limitando el campo de lo posible a partir de lo pensable. Tales relatos y representaciones abren un teatro de legitimidad a las acciones efectivas.

En la modernidad y tras la pérdida del papel central de la religión, la política establecerá cierta continuidad estratégica con la mentalidad religiosa: la voluntad de “*hacer creer*” se traslada en parte al discurso político. Según Sigal y Verón, como todo comportamiento social, “*la acción política no es comprensible fuera del orden simbólico que la genera y del universo imaginario que ella misma engendra*” (Sigal y Verón, 2003, 15).

Para Altamirano, la innovación principal del peronismo fue ofrecer representación discursiva a un movimiento de masas históricamente marginado del ámbito de la política. La realidad efectiva de esta representación anuda exclusivamente en el discurso de Perón y de todos aquellos que entran en simbiosis con su palabra, ya que únicamente los juicios, formulas y aforismos del conductor adquirirían estado de doctrina en el peronismo. Si bien

Evita también se constituyó como palabra autorizada, en general su discurso aparecía como una reverberación vehemente y plebeya de la palabra de Perón (Altamirano, 2007, 25).

Para Sigal y Verón, la coherencia y especificidad del peronismo no se concentraban específicamente en el plano de los enunciados que componían su doctrina, sino en el de la enunciación. Si bien para Altamirano, Perón no podía ser calificado principalmente como un político doctrinario ya que era empirista por vocación y jamás dejó que la elección de sus actos cayera en disyuntivas ideológicas, nunca dejaría de evocar la doctrina. En ella se encontraban las preocupaciones y esquemas de época que constituyen cuestiones dominantes de su pensamiento público y que fue configurando en interacción con el proceso político que lo consagraría como líder popular. Una de sus estrategias de legitimación era hacer y con posterioridad tomar la palabra para conferir significado político a los actos previos e incluirlos en el marco de una visión prescriptiva de la sociedad y el Estado. Los tópicos de su mensaje no aparecieron de una vez como un conjunto fijo y formalizado, sino que fueron anexándose y reajustándose en el discurso sin reposo de un político en medio de la lucha por el poder (Altamirano, 2007, 26).

Lo discursivo, entonces, fue variable fundamental (pero no única) en la forma de estructuración de un imaginario social específico que se constituyó a partir de ideas pre-existentes y que será retomado y ampliado desde la estructura estatal: en nuestro trabajo nos interesaremos particularmente en una parte de este entramado que es el imaginario industrial. Su configuración no abarcó exclusivamente el terreno militar -pese a los orígenes políticos de Perón- sino que se proyectó también a los restantes órdenes de la sociedad. La armonía de clases, el vínculo entre las corporaciones de industriales, empresarios y obreros, junto con el papel de mediador del Estado fueron algunas de sus características fundamentales (Ciria, 1983, 30).

Los múltiples imaginarios industriales que delineó el peronismo se basaban en el reconocimiento de que la actividad económica debía fundarse en la libertad de sus agentes. Pero por otro lado establecían la necesidad de que el Estado interviniese para coordinar las iniciativas, ya sea para estimularlas o corregirlas: se trataba de regular y también de planificar, pero preservándose de ilusiones colectivistas. El Estado debía organizar a la sociedad y las fuerzas económicas, que, liberadas a su propia dinámica, solo accionaban destruyéndose mutuamente. Si bien esto podría inscribir el

pensamiento de Perón en el rango de ideologías industrialistas, para Altamirano la industrialización no fue su centro ordenador ya que el proceso siempre habría estado centrado en la defensa y autonomía del Estado nacional. Para Perón lo económico no debería autonomizarse de lo social: el Estado tendría integrar a las masas ya que éstas sin organización se volverían amenazantes. El peronismo no habría sido tanto una revolución nacional como una revolución social (Altamirano, 2007, 30-32).

Desde lo discursivo, el peronismo desplegó una visión renovada del mundo, de la historia, de las relaciones entre clases, del rol del Estado y de los ciudadanos y articuló un imaginario vinculado a un nuevo eje productivo para la Argentina: la industria. La hegemonía de éste en el reformulado plano simbólico era algo innovador frente a un Estado que hasta ese momento se había centrado y reivindicado orgullosamente desde el modelo agroexportador. Esta transformación fue alcanzada a través de una intensa educación realizada a partir de múltiples acciones. Los estudios sobre el plano discursivo no han hecho hincapié en el peso simbólico que tuvo para este movimiento político la industria como modelo de desarrollo, cuestión que se constituirá en el eje principal de nuestro proyecto.

La publicidad de lo político

Las instituciones políticas participan del universo simbólico que las rodea y en la formación de los marcos de funcionamiento de éstos. La dominación del campo de representaciones, así como sus conflictos y reconfiguraciones, requiere de una elaboración constante de estrategias. Una de éstas es la comunicación de los actos de gobierno y su publicidad, *“uno de los medios del cual disponen las sociedades contemporáneas para fabricar y manipular los imaginarios colectivos”* (Baczko, 1984, 26).

Con respecto a la publicidad y las nuevas pautas de consumo hay consenso en torno a que hacia 1950 el peronismo se consolidó como una nueva propuesta política y estética a partir de un amplio aparato propagandístico que buscaba que los trabajadores se integrasen a su proyecto estatal industrial e inclusivo (Gene, 2005; Soria, Cortés Rocca y Dieleke, 2010). Una de las principales preocupaciones del movimiento peronista fue generar un conjunto de símbolos que contribuyeran a otorgarle identidad a un movimiento totalmente nuevo. Para ello, montó un aparato propagandístico sin precedentes en la Argentina, un

sistema de reproducción de imágenes que, por su alcance y magnitud, funcionaron como el soporte fundamental de un gobierno cuya legitimidad inicial debía ser construida y posteriormente sostenida o reafirmada. En ello, la Subsecretaría de Informaciones cumplió un rol medular (Gene, 2005, 142). Para Gené fueron las artes gráficas el vehículo privilegiado para visualizar la acción y los objetivos de gobierno y fue en este plano donde se elaboraron normativas más precisas en cuanto a temas y figuras. Los principales representados fueron las figuras de Perón y Evita y la del trabajador anónimo, que identificaron el *ethos* del peronismo. La producción gráfica de imágenes femeninas individuales fue escasa, pues se privilegió la figura tradicional de la mujer como madre en el seno familiar, una configuración de género en la que el peronismo no innovó específicamente, aunque sí lo hizo en lo referido al rol público de la mujer - participación política, ampliación de ciudadanía e incluso en el rol de control de precios pactados en el mercado -.

La familia fue otra de los protagonistas del período, debido a que se constituía en una imagen condensadora de la totalidad social que logró expresar con mayor eficacia el progreso material, el acceso al consumo y el aumento de la calidad del nivel de vida.

Sin embargo, el ícono peronista por antonomasia fue el trabajador, que se presentaba en tres versiones diferenciadas: como descamisado; desdoblado en las figuras del obrero industrial y del peón rural y finalmente como hombre de carne y hueso en las representaciones familiares (Gene, 2005, 12). El peronismo fue especialista en retomar los estereotipos anti peronistas e incorporarlos a su propio imaginario con una carga valorativa positiva, a la vez que creaban estereotipos negativos sobre sus oponentes o simplemente los borraba del espacio discursivo, transformando su ausencia en un poderoso signifiante.

Desde otra óptica es fundamental señalar que al redefinirse la participación masiva del obrero como consumidor (a partir de los años cuarenta) se reformula el rol del Estado y se consolida un nuevo lenguaje y estética comercial. El obrero se transforma de esta manera en un actor histórico de enorme visibilidad cultural y de influencia económica, política y social evidente (Milanesio, 2014). La centralidad del consumidor obrero estuvo estrechamente vinculada con las promesas de bienestar social de Perón, que a su vez dependieron del desarrollo de la industria nacional, de la consolidación del mercado interno y de las políticas de redistribución del ingreso nacional. O sea que los obreros fueron, sin

lugar a dudas, una fuerza social modernizadora que formó una nueva cultura comercial, transformó relaciones sociales e identidades colectivas y redefinió el rol del Estado en tanto mediador entre consumidores y empresas. La participación en el consumo de nuevos sectores implicó mutaciones en el lenguaje además de cambios en la forma y contenido de los artículos de consumo masivo.

El consumidor obrero pasó a tener un rol simbólico, ideológico y discursivo determinante para la construcción identitaria del fenómeno político peronista. Así, no solo se estableció como legitimador del proceso de transformación estatal sino también como estereotipo blanco de la estigmatización vinculada a fuertes resentimientos de clase.

La centralidad que tuvo la figura del obrero en las imágenes publicitarias como engranaje fundamental de las nuevas representaciones industriales y consumidor masivo de las mercancías que él mismo producía no fue casual: el desarrollo industrial lo tenía como actor indiscutible en sus múltiples facetas.

La disputa por el espacio público: peronismo y anti peronismo

Desde sus orígenes, el peronismo se presentó a sí mismo como una ruptura completa con el pasado. Esta imagen fundante fue reforzada por la oposición, que en su esfuerzo por privar de legitimidad a Perón y a su gobierno, los asoció simbólicamente con el más demonizado y bárbaro de los pasados según la tradición liberal: el rosismo. Entendían al peronismo como ilegítimo, contra natura, autoritario, plebeyo y anti democrático.

El peronismo, como hizo con muchos de los estereotipos que se le endilgaron (por ejemplo, el de que era apoyado solo por “cabecitas negras”) los retoma y hace propios. Si en general los movimientos políticos nacionales han entendido que el principio espiritual de la patria reside en sus lazos con el pasado, el peronismo presentó una excepción, ya que se apoyó en una retórica que limitó al pasado en ella.

Si bien reivindicaba algunos momentos históricos fundacionales de la tradición liberal, en la práctica, el tiempo histórico del peronismo fue el presente. En la Argentina de Perón, a falta de pasado, el presente se volvía el tiempo histórico por antonomasia y las figuras-héroes eran parte de su tiempo: Perón, Evita y el descamisado. La antinomia ayer/hoy se conjugaba continuamente a partir de la auto-celebración constante del presente, contrastado con un pasado valorado de forma hartamente negativa. Por medio de una “tradicción

selectiva” que ponía énfasis en la recuperación voluntaria de algunos restos del pasado, el peronismo reformulaba sus propias estrategias discursivas.

Tales estrategias se constituyeron en uno de los mecanismos destinados a la generación de consenso político y movilización masiva creados por el Estado. La legitimidad de todo régimen político se basa en la fuerza de sus imaginarios: el peronismo intentó ocupar con su sistema simbólico la totalidad del espacio público lo que tornó casi imposible la existencia de sistemas alternativos. Esto se convirtió en un componente crucial de la cultura política con un profundo impacto que se extendió hasta la Argentina actual, manifestándose en la presente polarización ideológica peronismo/anti peronismo.

Sin embargo, los imaginarios opositores también tuvieron mucho que ver con ello, debido al antagonismo de clase y la virulencia discursiva que adquirieron en la disputa política. A medida que el peronismo se afianzaba en el poder, la oposición fue, discursiva y políticamente, siendo privada de su status como contendiente legítimo en la arena pública. La exclusión de la disidencia tuvo expresión en acciones contra los parlamentarios opositores y fue mucho más explícita en la censura de la libertad de prensa. Sin embargo, esto a su vez minaba la legitimidad del peronismo ya que iba en contra del sistema democrático que lo había instituido en el poder. Al desdibujar el rol del oponente, se lo excluía del ámbito del discurso político legítimo y de esta manera se contribuía a la creación colosal de un sistema de mitos y símbolos que sentarían la base de un verdadero imaginario político peronista (Plotkin, 2007, 65).

En la conformación de este imaginario no solo actuaron los discursos, los planes y estrategias políticas, la propaganda y los medios de comunicación sino también las transformaciones estructurales en áreas tales como el sistema educativo y el fuerte impulso que se le dio a la educación técnica. Esto les permitió articular la canalización del acceso de sectores populares a la educación por vías diferentes a las tradicionalmente utilizadas por la clase media (Tedesco, 1980). El peronismo impulsó la ampliación del viejo sistema de capacitación técnica oficial y la creación de nuevas alternativas que abarcaban hasta el nivel universitario. Esta estructuración de un sistema de enseñanza técnica paralelo al sistema de educación formal tradicional respondió a la *“adopción por parte del Estado de formas de capacitación diseñadas anteriormente por el movimiento obrero en el ámbito de sus organizaciones sindicales”* (Sprengelburd, 1997, 368).

Eso implicó la convergencia en la formación técnica de cuestiones de diversa índole: la inclusión de los obreros en el sistema educativo, la formación de la fuerza de trabajo, las visiones sobre la industrialización y el trabajo obrero, la democratización social, todas cuestiones que estuvieron en debate en la esfera pública durante el peronismo (Dussel y Pineau, 1995, 108).

Para estos autores, la creación del sistema de educación técnica fue una de las propuestas más originales del peronismo; hacen especial hincapié en una novedad fundamental: la insistencia con la que se instala la cuestión económica en la currícula (Dussel y Pineau, 1995, 161-162). Todo esto no solo logró que el imaginario industrial se constituyera en uno de los instrumentos legitimantes del régimen en el período, sino que explica por qué sigue siendo uno de los aspectos ideológicos nodulares del peronismo hasta el día de hoy.

En Argentina, la esperanza de lograr un desarrollo productivo industrial fue, al menos desde el primer peronismo, un imaginario social estimulado y consolidado desde la estructura estatal y se mantuvo presente en todos los debates económicos, políticos y sociales sobre qué modelo de país desarrollar.

Al finalizar esta primera etapa política del peronismo, la industrialización estaba instalada como un camino a seguir más allá de sus dificultades coyunturales y los problemas estructurales. Esto indefectiblemente tuvo que venir de la mano de la construcción de un imaginario social fuerte que liberó una batalla cultural determinante en la época y que, con nuestro trabajo, buscaremos analizar.

Consideramos que éste se mantendrá vigente con matices hasta la dictadura instaurada en 1976 y su prolongación en la democracia neoliberal del menemismo que lo desplaza reemplazándolo con un discurso “modernizador” y “eficientista”.

Un recorrido por la tesis

El **capítulo 1** de nuestro trabajo toma como eje de análisis el Primer y el Segundo Plan Quinquenal e introduce algunos discursos de Perón vinculados con el problema industrial.

El propósito principal de este capítulo consiste en examinar aspectos fundamentales del proceso de constitución del imaginario industrial desde las planificaciones centrales del

Estado y las bases discursivas del primer mandatario y sus transformaciones a lo largo de los tres períodos analizados.

En este plano, sostenemos que durante el primer peronismo se avanzó en la conformación de imaginarios que fueron constituyéndose a lo largo de una década. Las líneas de continuidad tienen que ver con que estos fueron centrales como herramienta de legitimación de gobierno del peronismo, manteniendo inalterable el eje del modelo industrial como clave para un proceso que se veía como inevitable y evolutivo. El rol que la industria debía tener no se discutió en ningún momento, aunque sí hay modificaciones en torno a *qué tipo* de industria impulsar y *cómo* hacerlo. Otro aspecto vinculante con este imaginario y que presenta fuertes líneas de continuidad entre ambos planes quinquenales es el papel de la educación pública no solo en la formación de los futuros obreros sino también en la incidencia que ésta tiene en la necesidad de que Argentina desarrolle su economía desde un modelo económico que ya no reivindique únicamente al sector agroexportador.

El **segundo capítulo** analiza los imaginarios industriales que defiende en sus intervenciones en el Congreso Perón. El Parlamento se fue constituyendo en el único espacio de expresión libre de los partidos políticos opositores, dado el control ejercido por el gobierno sobre el espacio público y los medios de comunicación. En este capítulo estudiamos la intervención oficial a partir del análisis de los discursos de apertura de las sesiones, que pueden ser considerados como un momento fundamental en las relaciones institucionales entre el Poder Ejecutivo y el Congreso, el oficialismo y la oposición.

Nos focalizaremos en el análisis del rol de la industria en estas alocuciones, el papel del obrero industrial a lo largo del período, el vínculo con la oposición política y las consideraciones doctrinarias en torno al imaginario. Perón se presentaba como un presidente que buscaba dar cuentas ante la oposición de su proyecto político y sus programas de gobierno. Esto nos permite observar no solo las transformaciones que se producen en torno a las imágenes con respecto a la industria sino también las argumentaciones que utiliza como forma de legitimación política. Si en un principio se recostará sobre la importancia de la república y los condimentos propios de la democracia liberal, hacia el final del período nos encontramos con una reivindicación diferente estrechamente vinculada con el imaginario que estamos estudiando.

El **capítulo 3** busca ampliar la dinámica discursiva y analizar las otras voces que fueron protagonistas del Estado peronista en esos años. Para ello, nos centramos en los funcionarios de las segundas líneas peronistas que formaron parte de los equipos económicos del período como Miguel Miranda, José Barro, Ramón Cereijo, Rolando Lagomarsino, Alfredo Gómez Morales y Rafael Amundarain. Todos ellos intervinieron en la definición y estructuración de la imaginaria industrial del peronismo. Si bien la mayoría de estos funcionarios se constituyeron en torno a la autoridad de Perón, tenían una formación profesional especializada en economía y una carrera previa en la burocracia estatal. Otros, en cambio, como Miranda o Lagomarsino, se integraron al peronismo luego de encabezar a un sector minoritario pero importante del empresariado asociado a la UIA. Durante el primer periodo los hombres fuertes de la economía tuvieron una injerencia mayor a la hora de darle forma a la comunicación, difusión, delimitación y propaganda pública sobre el desarrollo industrial. La disputa en torno al día de conmemoración del Día de la Industria con la UIA constituye una anécdota interesante que nos permite dar cuenta de la incidencia que la cuestión industrial tenía para el peronismo. Esta primera etapa se caracterizó por un fuerte optimismo, la necesidad de nacionalización e impulso de una industrialización rápida y la urgencia de educar a la población para que consuma productos argentinos.

El segundo periodo coincide con el desplazamiento de Miranda, tras el estallido de la crisis de balanza de pagos de 1949, y un claro cambio de rumbo de la situación industrial, el agro abandona su lugar subordinado, la crisis económica es evidente y los “hombres prácticos” como los llama Perón dejan lugar a los técnicos y burócratas de carrera, esto se va a expresar en un corrimiento claro del imaginario industrial. Gómez Morales se hace con el timón de la economía, y si bien la clave sigue siendo el proceso de industrialización se modifican las variables para llevarlo a cabo. La figura de Perón empieza a tener mayor centralidad, sobre todo en la comunicación y defensa de las nuevas políticas económicas.

El último periodo nos encuentra con cada vez menos expresiones públicas de los funcionarios sobre la situación industrial y esto tiene que ver con el fenómeno que había comenzado en el periodo anterior. Perón ocupa casi completamente el lugar de emisor de ese discurso a favor de la defensa y promoción del imaginario industrial.

El análisis del imaginario industrial a partir de publicaciones es el tema del **capítulo 4**. Allí analizamos dos ejes fundamentales de la comunicación del peronismo como fueron *La Nación Argentina* y la revista *Mundo Peronista*. Aunque presentan fuertes diferencias de formato y objetivos, nos permiten examinar la lucha por la legitimación política desde la publicidad y analizar qué papel tiene en ello el imaginario industrial.

Si bien ambas apuntan a estrategias publicitarias muy diferentes, defenderán imaginarios industriales que se irán transformando a lo largo del período. Mientras *La Nación Argentina* presentaba un discurso que trataba de presentarse como objetivo y evitaba la confrontación, centrándose en la industria liviana y el nuevo rol del trabajador, *Mundo Peronista* - debido al contexto de los años dónde será publicada - apelaba a una mayor confrontación expresando ciertos desplazamientos, rectificaciones y resignificaciones vinculados con el lugar del agro, el papel de la industria pesada y de los capitales extranjeros en el imaginario oficial.

CAPÍTULO 1

El Primer y el Segundo Plan Quinquenal: expresiones de un proyecto industrial

La planificación como instrumento de la política económica adquirió mayor presencia en las economías capitalistas occidentales luego de la Gran Depresión de 1929. La ineficacia de la teoría económica neoclásica para dar respuesta a los problemas generados por el derrumbe del comercio mundial y la deflación, alentó a los estados a recurrir a la planificación de las economías como un instrumento clave para responder a la incertidumbre económica.

En Argentina, el intervencionismo del estado y, aún más, el recurso de *planning*, con todas sus limitaciones, reconoce sus orígenes en la década de 1930. Existe consenso en la historiografía en sostener que durante el peronismo el Estado Interventor se fortaleció, cumpliendo un destacado papel especialmente en lo relativo a la redistribución del ingreso y la industrialización. Estos objetivos se justificaban, como veremos, en la concepción peronista de que la industrialización del país implicaba el último eslabón evolutivo que debía realizar la economía argentina para reforzar su autonomía y su riqueza.

Según Jáuregui, la planificación peronista constituyó una propuesta que contenía un modelo específico de “*economía caracterizado por los altos niveles de empleo y salarios que alteraba las reglas de juego del mercado vigentes hasta entonces a través de la redistribución de los roles económicos de los sectores productivos, de la desvinculación de la actividad productiva nacional del mercado mundial y del avance del estado sobre la sociedad*” (Jáuregui, 2005, 16). El peronismo hizo entonces de los Planes Quinquenales el eje central de sus políticas públicas y por medio de ellos se propuso modificar el modelo de desarrollo que la Argentina había asumido a fines del siglo XIX.

Estas ideas de planificación no resultaban ajenas a lo que sucedía en el mundo occidental, dónde estas estrategias respondían a la necesidad de refundar un nuevo pacto social con la ciudadanía, asociado a una fuerte convicción que establecía que el Estado era capaz de torcer el rumbo de los fenómenos económicos y sociales (Berrotarán, 2004, 15).

El objetivo de este capítulo es examinar un aspecto medular del imaginario industrial peronista a partir del análisis simbólico-discursivo. Con este fin, nos focalizaremos en el estudio de los dos Planes Quinquenales que marcaron la agenda político-económica del

peronismo junto con algunos discursos de Perón referidos específicamente a la cuestión industrial.

Si bien sus alcances económicos han sido largamente discutidos, los mencionados Planes tuvieron una función vital en la arquitectura del imaginario simbólico del primer peronismo que no ha sido estudiada en profundidad. Estos alcanzaron una dimensión mucho más amplia que los lineamientos económicos propuestos ya que asumían la necesidad de transformar múltiples aspectos de la sociedad, evidenciando planes de acción que trascendían lo económico y que buscaban establecer una nueva forma de entender lo público.

En este trabajo no nos concentraremos en los aspectos técnico-económicos de la planificación peronista sino que abordaremos el análisis de los Planes Quinquenales a partir de los elementos discursivos que abonan a la construcción de un imaginario industrial específico. El peronismo, como cualquier movimiento político, formalizó una manera particular de articular la palabra en el espacio público. Desplegó una visión renovada acerca de múltiples aspectos de la vida nacional: esta “revolución”, como Perón solía llamarla, necesitó de un Estado fuerte para implementarla y también para legitimarla. La hegemonía del peronismo en el plano simbólico fue construida a través de la utilización de herramientas novedosas: cambios en el paradigma educativo, reorganización del sistema de medios de comunicación, movilizaciones periódicas en el espacio público, discursos multitudinarios, propaganda oficial.

Si bien se ha sostenido que la industrialización no fue el centro de las preocupaciones del Estado peronista, sino que ellas se focalizaban sobre cuestiones como la defensa y autonomía del Estado nacional y la búsqueda del equilibrio social (Altamirano, 2017, 30-31), en nuestra interpretación los Planes Quinquenales tuvieron también como uno de sus ejes principales un conjunto de propuestas industrializadoras. Desde esta perspectiva, nuestro análisis de los dos Planes, permite matizar lo sostenido por Altamirano. Al menos en el plano discursivo, la necesidad del desarrollo industrial como modelo productivo aparecía tan insistentemente como la urgencia de la organización de la sociedad en cuerpos intermedios que dialogaran permanentemente con el Estado. En esta sintonía, el 14 de agosto de 1946, Perón celebraba como una de las medidas más trascendentales del gobierno del GOU la creación de *“la Secretaría de Industria y Comercio (que) ha representado para*

la República, en el orden institucional, una conquista tan trascendental como lo fue en su hora la Secretaría de Trabajo y Previsión " (Perón, 1998, 122).

Los dos Planes Quinquenales fueron presentados por el presidente en el marco de la Asamblea Legislativa, por lo tanto, ambos buscaron contar con el apoyo del sistema representativo-parlamentario democrático y, aunque sea, expresarlo en un escenario donde la legitimidad política del peronismo se encontraba en disputa con la oposición. Hay pocos trabajos que estudien en profundidad las vicisitudes legislativas de este periodo (Molinelli, 1991; Belini, 2001 y García Sebastiani, 2005) debido a que se entiende que, pese a la existencia de diputados radicales y conservadores, el predominio del peronismo en el Congreso fue total.

García Sebastiani se aparta de esta concepción al sostener que el Congreso argentino no sesionaba desde 1942 por lo que la apertura del Parlamento en 1946 generó gran expectativa política. El debate parlamentario marcaría uno de los pulsos institucionales de la vida política nacional ya que el período 1946-1951 fue de los más laboriosos de la historia legislativa argentina (García Sebastiani, 2005, 78). La reapertura del Congreso implicó la reanudación de muchos de los debates instalados en los años cuarenta, entre ellos el de la industrialización.

En este marco, se comprende que ambos Planes Quinquenales fueran anunciados en la Cámara de Diputados y contaran con la presencia de Perón para su presentación y defensa. La participación del mandatario fue significativa, ya que el Congreso Nacional era el único lugar en el cual el peronismo compartía el poder político con la oposición.

Primer Período (1946-1949)

En este capítulo en particular, la periodización que utilizaremos a lo largo de la tesis ocupa en el caso del Primer Plan Quinquenal los dos primeros períodos cronológicos: de configuración (1946-1949) y de consolidación (1950-1952). El Plan comienza a implementarse en enero de 1947 y dos años más tarde, ya para la crisis de balanza de pagos de 1949, la estrategia económica peronista muestra signos claros de agotamiento. Por lo tanto, si bien el Plan estaba destinado a aplicarse hasta 1951, podemos delimitar dos momentos bien diferenciados: este primer periodo, de **configuración** del imaginario industrial, se caracterizó por la expansión económica, la redistribución, el impulso a la

industria liviana y el pleno empleo y un segundo período, de **consolidación**, en dónde las condiciones económicas comenzaron a estancarse y deteriorarse.

En los años iniciales del gobierno peronista comienzan a configurarse imaginarios industriales fuertemente asentados sobre la idea de nacionalización de sectores considerados estratégicos de la economía y de impulso a la industrialización. Otros elementos fundamentales fueron el papel de los servicios e industrias, el rol de un Estado interventor en todos los aspectos de la vida económico-social y la utilización de una figura novedosa para la época como principal receptáculo de la discursividad oficial: el obrero-ciudadano.

Para el éxito de este Primer Plan Quinquenal no solo se entendieron como sectores fundamentales a la industria y el empleo, sino también a la escuela pública. Esta última tenía una función vital como preparadora de mano de obra que las nuevas industrias necesitarían y también para formar a los jóvenes de esta “Nueva Argentina” en la idea de la necesidad de un modelo económico que tuviese como prioridad el desarrollo industrial. Incluso el Primer Plan proyectaba a los trabajadores como “socios” accionarios de los establecimientos industriales – algo que nunca terminó de implementarse-.

El Primer Plan Quinquenal

El Primer Plan Quinquenal fue presentado por el presidente Perón ante la Asamblea Legislativa reunida en la Cámara de Diputados del Congreso el 21 de octubre de 1946. El Plan Perón tendría vigencia entre el 1° de enero de 1947 y finales de 1951. El gobierno lo presentó como un plan integral que guiaría las diversas dimensiones de las políticas estatales hasta el final del mandato presidencial.

En realidad, como han analizado diversos autores, se trataba de un conjunto de 27 proyectos de ley que se proponían introducir reformas políticas, económicas y sociales, acompañadas de una ley general que autorizaba al Poder Ejecutivo a realizar las inversiones necesarias para implementar las reformas. Como se ha destacado, estaba lejos de constituir un plan como los implementados por la mayoría de las naciones europeas luego de la Segunda Guerra Mundial (Berrotarán, 2003). A pesar de sus deficiencias en comparación con la planificación occidental y soviética, entendemos que el problema económico, y en especial la industrialización como objetivo, ocuparon un lugar central en el Plan

Una de las claves de este programa era la intención de profundizar las transformaciones económicas que venía produciéndose desde la década del treinta con la reorientación de la economía hacia el mercado interno y el desarrollo industrial. Es por ello que los principios fundamentales del plan se centraban en el aumento de la producción y la redistribución de la riqueza, para lo cual se postulaba como objetivo el incremento de la renta nacional, la industrialización y el pleno empleo.

Para Perón, el objetivo del plan era poner “*en función el potencial económico y espiritual de la República, para (...) la conquista integral de nuestra soberanía*”.⁴ La asociación directa entre las transformaciones de la estructura económica y la dimensión ideológica (en el sentido más corriente del término) sería una constante de las justificaciones que Perón propondría para ambos planes, vinculando la economía con un imaginario que traspasaba las fronteras técnicas y económicas.

Según Perón, los planes se componían de dos partes: una fría y formal que era inerte, y una fundamental y viva, determinada por la doctrina que subyacía detrás. Un buen plan sin ideología, era “*como un hombre sin alma; en el mejor de los casos, un hermoso cadáver*”.⁵ En la explicación inicial ya se encontraba esbozado tímidamente lo que sería un nudo argumentativo importante del segundo: la “tercera posición”. Para Perón, este plan era base de una “democracia constructiva” cuyo punto fundamental buscaba el equilibrio entre el Hombre y el Estado. Como se observa, la concepción de democracia que se sostenía entonces, se alejaba claramente de la tradición liberal. Otros aspectos doctrinarios que el peronismo sostenía en el documento eran la culminación de la organización del trabajo argentino y la necesidad de una perfecta organización industrial.

Para Perón, la principal problemática económica de Argentina era su carácter “semi colonial”, ya que lo entendía como un país con una economía dependiente de intereses extranjeros. Esto debía combatirse a partir de las decisiones de política económica y desde el cual se articularían las medidas fundamentales del Plan.⁶

⁴Presidencia de la Nación, *Plan de Gobierno, 1947-1951*, Buenos Aires, 1946, p. 7.

⁵Ídem, p. 11.

⁶En este contexto, el Plan reconocía en la nacionalización del Banco Central y la creación del Sistema del Banco Central una de las medidas financieras más trascendentales y el pilar fundamental de la lucha contra la dependencia. La nacionalización del Banco Central y los depósitos, junto con la creación del IAPI, conformaron la base de las reformas económicas del peronismo. Sobre el papel de esos instrumentos véase Gerchunoff y Antúnez, 2002; Rougier, 2012; Rougier y Sember, 2018. Sobre el IAPI, Novick, 1986.

La primera etapa, presentada como “revolucionaria”, fue la desarrollada por la Secretaría de Trabajo y Previsión durante el gobierno del GOU que implicó prohibir la explotación de los obreros, logrando una mejoría absoluta del orden social. Era necesario para Perón dar comienzo a la segunda etapa, a la que llamó “evolutiva” en donde las reformas ya no serían por decreto debido a que *“es necesario ir conformando una nueva legislación que vaya consolidando lo hecho”*.⁷ El Primer Plan Quinquenal sería expresión de este proceso que buscaba acompañar las conquistas sociales ya obtenidas, para lo cual era fundamental el aumento exponencial de la riqueza y el trabajo.

La tarea del gobierno era completar esa independencia política con una de naturaleza económica. Así, Perón explicaba a partir de una comparación histórica que *“no somos enemigos del capital (...) pero sí lo somos del capitalismo (...) que le disputa a la Nación el derecho de gobernarse por sí, y al Estado el privilegio de defender al país (...) En 1810 fuimos libres políticamente. Ahora anhelamos ser económicamente independientes”*.⁸ El paralelo realizado no era casual; a la liberación política que implicó la Revolución de Mayo le seguiría la liberación económica que sería realizada por la “revolución” peronista. El instrumento de este proceso independentista en lo económico y que completaría el círculo de soberanía argentina era el Estado interventor. De esta manera, el partido en el poder se asociaba a una línea histórica centenaria y vinculaba su propio gobierno con el origen mismo de la nación.

La idea de la independencia económica como meta había sido sostenida por diversos grupos y corrientes políticas e intelectuales en el pasado, desde el nacionalismo hasta sectores del radicalismo y las fuerzas conservadoras⁹. Pero el peronismo lo retoma y le confiere un contenido en parte novedoso: si la Revolución de Mayo nos había legado un mito originario, el peronismo construiría su propio mito fuertemente asociado y arraigado en la necesidad del desarrollo industrial, ya que la independencia económica derivaría principalmente de los éxitos de un modelo económico que ya no dependería de la producción de bienes primarios para la exportación.

Para Perón, la clave estaba en producir más y reordenar la economía hacia el mercado interno: *“debemos producir el doble (...) y multiplicarlo por cuatro mediante una buena*

⁷Presidencia de la Nación, *Plan de Gobierno, 1947-1951*, Buenos Aires, 1946, p.20

⁸Ídem, p. 13.

⁹ Véase sobre tema Buchrucker, 1987. Sobre el nacionalismo económico de Bunge, González Bollo, 2012.

*industrialización, es decir, enriqueciendo la producción por la industria para luego distribuir equitativamente esa riqueza (...) y cuando el ciclo producción, industrialización, comercialización, consumo, se haya cerrado, no tendremos necesidad de mendigar mercados externos porque tendremos el mercado dentro de nuestro propio país y habremos solucionado lo más importante: la estabilidad social, porque el hambre es una muy mala consejera de las masas”*¹⁰.

En segundo lugar, había que organizar la riqueza. Para ello se necesitaba la intervención constante del Estado, una decisión que había cosechado muchas críticas de la oposición política a las que Perón parecía responder al sostener: *“se habla de economía dirigida y yo pregunto, ¿en dónde la economía es libre? Cuando no la dirige el Estado, la dirigen los monopolios”*.¹¹ Esta orientación económica se sostenía por los cambios que se observaban en la organización de las economías en el mundo. Por ello, Figuerola aseguraba que: *“guste o no, en el aspecto económico ya no se puede vivir en el liberalismo del siglo XIX; todos los países (...) vienen acentuando su intervencionismo”*.¹²

Según el diagnóstico del Plan, la promoción del bienestar general exigía propulsar - metódica y persistentemente - la industrialización y la producción de energía necesaria para su desarrollo. En este punto, el plan se proponía complementar la industrialización con el incremento de la energía, sector en el que existía una crónica dependencia externa. Según el programa, este era uno de los flancos más vulnerables de la estructura económica.¹³

Podemos encontrarnos ya desde las bases programáticas del Primer Plan Quinquenal algunos lineamientos que fueron claves para los imaginarios industriales defendidos por el peronismo. Uno de ellos sostenía que nada de lo que pudiera producirse en el país debía ser importado: la ampliación de la producción nacional era uno de los objetivos fundamentales. Para ello, se consideraba esencial la protección a industrias existentes y el fomento de otras nuevas para reemplazar importaciones, para exportar o para los fines de la defensa nacional. La aspiración suprema de la Nación era obtener su total industrialización en el menor tiempo posible.¹⁴

¹⁰Presidencia de la Nación, *Plan de Gobierno, 1947-1951*, Buenos Aires, 1946, p.20.

¹¹Ídem, p. 21.

¹²Ídem, p. 30.

¹³Ídem, pp. 56-57.

¹⁴Ídem, p. 61.

En este marco, el peronismo buscaba incentivar prioritariamente las industrias vinculadas con las materias primas nacionales para satisfacer necesidades de consumo interno, junto con las derivadas de la minería, producción forestal, agricultura y ganadería.¹⁵ En tanto que el desarrollo de la industria pesada solo era considerado vinculado a la defensa nacional y la obtención y elaboración de algunas materias primas esenciales¹⁶ pero no se establecía como eje fundamental de desarrollo industrial. A pesar de ello, podemos ver que desde los orígenes se establecía una clara asociación entre industrialización y defensa nacional; el rol del Ejército en el estímulo del proceso industrial no era algo nuevo del peronismo, sino que podemos encontrarlo como protagonista del proceso desde hacía al menos dos décadas (Schvarzer, 1996; Belini y Rougier, 2008).

Para el Primer Plan Quinquenal, el proceso de industrialización tenía cuatro finalidades:

a) La política, que implicaba asegurar la independencia económica, la grandeza material y moral, el equilibrio y la defensa nacional;

b) La social, que consistía en evitar la desocupación, elevar el nivel de vida de los trabajadores y aumentar el grado cultural y la paz social;

c) La económica, que buscaba aumentar la renta nacional, posibilitar la mejor distribución de la riqueza, absorber los excedentes de materias primas, estabilizar los precios y aumentar el poder de capitalización interno;

d) La financiera, que implicaba la independencia y estabilidad monetaria, la inversión productiva del ahorro y el fortalecimiento y regularización de los recursos gubernamentales.

En palabras del propio Perón, era necesario darle “*a nuestra industria el impulso que la Nación reclama. Los países que no desarrollan sus industrias, difícilmente salen de la etapa de su economía semi colonial. Aspiramos a complementar esa independencia ideológica con una independencia práctica, que ha de llevar a la Nación Argentina a ocupar el puesto a que aspira y al que tiene derecho la Nación*” (PPQ, 1946, 62-63).¹⁷

Con el Primer Plan Quinquenal, el peronismo estableció una planificación que tenía intenciones de controlar la totalidad de las variables económicas, guiada por un Estado que buscaba intervenir en todas las esferas posibles. Su programa de gobierno era una obra

¹⁵ Ídem,

¹⁶ Ídem, pp. 358-359.

¹⁷ Ídem, p. 254.

gigantesca que tendía a subestimar los obstáculos propios de una economía sumamente dependiente: parecía tener confianza ciega en la organización y en el comportamiento racional de todos los actores intervinientes.

Uno de los mayores problemas para el desarrollo del Primer Plan para Perón era que *“los argentinos estábamos convencidos de que éramos un país de agricultores y ganaderos exclusivamente y a ese convencimiento habían contribuido los egoísmos de afuera que tenían interés, sin duda alguna, de que siguiéramos siendo por los siglos de los siglos mansos colonos aptos para suministrar a precios bajos materiales de boca”* (Perón, 1998, 564). Esto fue estimulado también por algunas *“clases sociales (que) contribuyeron a ahondar este prejuicio peyorativo y a nuestra industria se la llamo industria de emergencia (...) Fue entonces cuando (...) comenzamos con nuestra tarea de intensificar la industrialización con un sentido permanente. Debimos vencer, en primer término, aquella debilidad psicológica”* (Perón, 1998, 565). De esta manera, Perón busca diferenciar las explotaciones transitorias del capital a las industrias permanentes que eran el objetivo final del Primer Plan: *“las industrias transitorias son las más crueles porque tratan de conseguir en poco tiempo el máximo de intereses y porque de entrada renuncian al sentido de la perpetuidad que contribuye a humanizar la explotación (...) Por eso, mientras creamos el concepto de industria permanente, imponíamos condiciones de higiene y de trabajo indispensables”* (Perón, 1998, 566)

El imaginario industrial que se buscaba consolidar tenía como actor principal al trabajador: el peronismo centró el proyecto educativo en su formación, estableciendo una fuerte asociación entre escuela y fábrica que pretendía articularse desde el nivel primario. El Primer Plan estructuraba un imaginario industrial ambicioso: la creación de un nuevo paradigma escolar orientado a la técnica; el desarrollo de mejoras salariales y laborales que supusieran trabajadores más felices y sobre todo nuevos consumidores; la plena utilización de los recursos naturales; una industria que produjera cada vez más y que se organizara internamente y una pronta independencia económica.

Así, se operó una fuerte revalorización de la figura del obrero y se estableció el trabajo como un valor por sí mismo. Esta revalorización fue acompañada de un proyecto de ley por medio del cual el obrero podía constituirse en accionista de la empresa en la que trabajaba y dueño de su labor. El proyecto introducía el sistema de Accionariado Obrero

para aquellas empresas que voluntariamente lo dispusieran. En el Primer Plan Quinquenal se sostenía que las empresas deberían pertenecer no solo a los patronos, sino también contar con la participación directa de los trabajadores. En palabras de Figueroa, era menester que: *“cada cual sea el dueño de su trabajo. El accionariado obrero representa el mejor camino para lograrlo (...) No es posible a un país y mucho menos cuando los otros no siguen el mismo rumbo, transformar por medio de una ley con carácter general y compulsivo un sistema capitalista que se asienta sobre el salario en un sistema de propiedad de los trabajadores sobre las industrias. Ello no sería posible incluso por razones relacionadas con la falta de capacidad de los propios trabajadores para llevar adelante con éxito el intento (...) Las razones expuestas justifican que el proyecto de ley (...) establezca un sistema de accionariado obrero que se implantará por los empresarios de manera voluntaria (...) Desgraciadamente no son muchos los patronos que se han convencido de las ventajas de asociar los trabajadores a la empresa; pero sería injusto desconocer que se han dado casos, incluso en nuestro país, en los que se ha seguido esa política. La acción del Estado servirá seguramente para ampliar su número.*¹⁸

En el proyecto de ley, el peronismo incluso fantaseaba con que cuando la totalidad de las acciones hayan sido *“sustituidas por acciones de trabajo, la propiedad de la empresa quedará totalmente en poder de los trabajadores subsistiendo entre ellos el sistema de accionarios y rigiéndose por las normas que previamente se hubiesen establecido para tal supuesto”*.¹⁹

Un proceso análogo se proponía realizar con el capital, al que se postulaba humanizarlo y ponerlo en pie de igualdad con el trabajador. En el imaginario peronista, el capital no necesariamente era antisocial y explotador. Si el empresariado llegaba a interponer los intereses de la Patria y la comunidad a los suyos propios, podría ponerse en pie de igualdad con la figura del obrero, para cimentar y construir la base del proyecto político-económico peronista que era, en suma, el de la felicidad de la Patria.

Sin embargo, Perón expresaba en diversas ocasiones su desconfianza de los empresarios industriales. Por ejemplo, en una conversación de febrero de 1949 con gremios obreros Perón se quejaba *“suelen decirme: ‘Ahí están los industriales que quieren*

¹⁸Presidencia de la Nación, *Plan de Gobierno, 1947-1951*, Buenos Aires, 1946, pp.52-53

¹⁹ Ídem, p. 301.

colaborar con el Gobierno'. Y yo les digo: 'Dícales que vengan' pero sé que no saco nada con ellos. Converso una hora, pero sé que no hay nada. Ellos no podrán ser amigos nuestros hasta que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos sean los industriales, que hayan crecido con nuestra savia y nuestro riego y estén dentro de nuestra doctrina social. Ésos son los únicos que podrán decir: 'Vamos a colaborar' Y entonces el gobierno les va a creer, pero hasta ahora es difícil. He buscado esa colaboración de todas maneras, pero nunca la he encontrado" (Perón, 1998, 117).

Lo que pronto queda en evidencia fue que el Primer Plan Quinquenal había subvalorado el peso de los sectores agropecuarios, y ya en 1947 Perón debía aclarar: *"nos estamos industrializando y nos industrializaremos más aún y para ello no fue ni será necesario, como se nos decía en todos los tonos, arrasar con el agro argentino. Por el contrario, en base a la industrialización hemos consolidado las posibilidades del agro (...) la industria no ha robado ni un solo brazo al agro. Por el contrario, ha utilizado, otorgándoles un puesto de dignidad en la vida, a todos aquellos brazos que al agro no podía usar"* (Perón, 1998, 566-567).

Educación pública e imaginario industrial

Un aspecto fundamental en las bases de la constitución de este imaginario industrial fue la importancia adjudicada a la cuestión educativa, tanto en lo que refiere a la formación técnica requerida para sostener el proyecto industrial como a su lógica consecuencia basada en la legitimación del modelo económico en los sectores que asistían a dicha escolarización. De esta manera, el Primer Plan Quinquenal le daba a la instrucción técnica y a la enseñanza de ciertos conceptos vinculados a las ideas de nacionalización de sectores productivos e independencia económica una función fundamental que se acentuaría en años posteriores.

En su discurso inicial, Perón sostuvo la población escolar alcanzaba a dos millones y medio de niños, pero sólo concurrían a la escuela media 180.000, de los cuales llegaban a la enseñanza universitaria 50.000. Finalmente, egresaban de la universidad y diversas escuelas técnicas solo 3.500 por año. Lo que el peronismo buscaba era que esos dos millones y medio de niños pudieran iniciarse en otras actividades de la técnica industrial, la tecnología o en cuestiones vinculadas al desarrollo agrícola-ganadero. Este camino había sido iniciado

desde las primeras escuelas para la instrucción de menores en la industria impulsadas por la Secretaría de Previsión. En sus propias palabras, el objetivo era *“formar una escuela en cada fábrica, para que esos muchachos que hoy están en los potreros jugando al foot-ball con una pelota de trapo, gasten sus horas en prepararse para el porvenir (...) Aspiramos a lograr en tres años la formación de buenos operarios (...) después crearemos la escuela politécnica, donde de esos mismos operarios o capataces podremos formar los futuros técnicos (...) es necesario capacitar la mano de obra, para que nuestras industrias puedan competir con las demás industrias”*.²⁰

Las transformaciones del modelo económico propuestas por el peronismo eran profundas, por lo que era lógico el traslado de estos lineamientos a las principales políticas públicas diseñadas para el sistema educativo al que se esperaba acceda la mayoría de la población del país. Encontramos una disputa clara entre el viejo paradigma que sostenía al clásico modelo agroexportador y un peronismo que buscó adecuarlo a una nueva estructuración simbólica.

Esta disputa era fundamental para el éxito del proyecto de gobierno; era necesario que el proceso de escolarización llegara hasta los lugares más alejados y pobres del país por lo que se ofrecían becas tanto para los alumnos que querían continuar sus estudios como una ayuda económica para suplir los ingresos del estudiante en la casa familiar. Se establecía que *“la enseñanza en las escuelas técnicas indicadas y en cualquiera de sus grados será gratuita para todo obrero, artesano o empleado que viva de su trabajo y para los que de ellos dependan. El horario de clases será en forma que permita la asistencia a las mismas teniendo en cuenta el usual de trabajo en el lugar correspondiente”*.²¹

Las transformaciones educativas no fueron pensadas únicamente para la escuela media sino también para la enseñanza primaria, en la que, en palabras del Secretario Técnico, no solo se deben suministrar *“una serie de conocimientos básicos y elementales, sino que también se (deben adquirir) aquellos rudimentos necesarios en orden a una manualidad, es decir, a un arte u oficio. El conocimiento de éstos, ha de ser ampliado y compaginado en forma adecuada dentro de la enseñanza secundaria a fin de que los dos aspectos fundamentales, el teórico y el práctico, reciban cumplidas realizaciones (...) La*

²⁰ Idem, pp. 36-37.

²¹ Idem, p. 128.

*enseñanza técnica, hoy día dispersa en múltiples escuelas y con diferentes dependencias, ha sido sometida a un plan orgánico y sistemático que lejos de desdeñar ninguna especialidad las recoge todas a fin de crear en su día obreros y artesanos ampliamente capacitados para la tarea que todos tienen el deber ineludible de realizar”.*²²

Para el peronismo, la formación de los jóvenes-obreros se constituía no solo como un derecho sino como un deber ineludible para el Estado y el engrandecimiento de una Nación que se proyectaba industrial. Este era un esfuerzo que involucraba a toda la sociedad, por lo que se establecía que *“toda gran empresa fabril, industrial, comercial, pesquera, etc, se hallará en la obligación de cooperar, en la forma que señalará la ley, en el sostenimiento de becas para la enseñanza técnica en sus tres grados”.*²³

Segundo Período (1950-1952)

Este segundo período transcurre a lo largo de los últimos años de implementación del Primer Plan Quinquenal y caracteriza por la crisis del sector externo y la aceleración de la inflación. En ese contexto de deterioro de la macroeconomía, se delinearán la fisonomía del Segundo Plan, lo que nos permitirá entender las diferencias de objetivos y prioridades entre ambas proyecciones. Ambos Planes fueron mediados por el Plan de Emergencia de 1952 que buscó (y logró) equilibrar las variables económicas de la época. En el caso particular de este capítulo, debido a que analizamos la estructura discursiva de los planes, pero no su ejecución, no tenemos fuentes primarias específicas para este segundo período ya que el Segundo Plan Quinquenal si bien se presenta en diciembre de 1952 comienza a ponerse en práctica en 1953. Sin embargo, queremos dar cuenta de algunas cuestiones fundamentales para comprender el contexto histórico en el cual se produce la transición hacia el Segundo Plan Quinquenal.

Deterioro de la situación económica, crisis y reorientación

Si bien los primeros años del Plan implicaron un vigoroso proceso de crecimiento económico, a partir de 1949 comienzan a producirse problemas derivados del

²² Ídem, p. 39.

²³ Ídem, p. 129.

estancamiento del sector agropecuario y la caída de los precios internacionales de los productos primarios que afectaron el comportamiento de la economía peronista (Ferrer, 1977; Gerchunoff y Antúnez, 2000; Rougier, 2012).

A esto se le agregó que el gobierno no tuvo un sistema eficaz de prioridades entre los proyectos que formaban parte del plan general: no lo hubo en su puesta en marcha, así como tampoco en la adquisición del equipamiento en el exterior, que se encontraba por otra parte limitado por el escaso número de países oferentes de equipos. Proyectar una política económica en la que tuvieran tanta incidencia las “hipótesis de conflicto” a nivel mundial llevó a que, en la modificación de las condiciones externas, todo el andamiaje creado internamente requiriera de una vuelta de timón (Gómez, 2013).

Para 1950 el ritmo de crecimiento de la economía argentina se desaceleró. El sector agrario pampeano, otrora el motor de la economía nacional, culminó una etapa de casi veinte años de estancamiento en medio de la más aguda crisis de su historia. A este factor se sumaron la aceleración del ritmo de la inflación que amenazaba el nuevo patrón distributivo implantado por el peronismo y el agotamiento de la política de redistribución del ingreso desde el sector primario a favor de los asalariados y del sector manufacturero.

El desgaste de la situación externa a partir de 1949 y su repercusión sobre la actividad productiva condujo al gobierno peronista a introducir modificaciones en su estrategia económica que terminaron de consolidarse explícitamente mediante la aplicación del "*Plan de Emergencia Económica de 1952*", que se concentraba en tres soluciones básicas: el aumento de la producción, la austeridad en el consumo y el fomento del ahorro (Belini, 2014).

Este plan de corto plazo logró estabilizar las variables más críticas de la economía argentina: bajó en forma sensible el índice de inflación apelando a medidas de austeridad e incremento de la producción, puso entre paréntesis las medidas redistributivas que habían caracterizado la marcha del Primer Plan Quinquenal y disminuyó el gasto público dando más entrada al sector privado en funciones como la construcción y las obras públicas. Si bien se produjo un aumento de la producción, pasaron a segundo plano tanto el consumo como la distribución, característicos del Primer Plan.

Este contexto será clave para pensar la transición. Los lineamientos de política económica efectivizados durante los meses de cumplimiento del Plan de Emergencia,

continuarán desarrollándose en los poco más de dos años en que pudo implementarse el Segundo Plan.

La historiografía ha señalado a esta coyuntura como el inicio de un “cambio de rumbo” mediante el cual Perón habría reorientado sus políticas de acuerdo a los principios de la “economía clásica”, favoreciendo la recuperación del agro, sin embargo, una lectura atenta del Segundo Plan podría matizar esta idea.

En la práctica, ya no fue un imperativo avanzar en una industrialización a cualquier precio, sino que se puso la mira en áreas que contribuyeran a los objetivos fijados haciendo eje en sectores básicos: siderurgia, química, metalmecánica, bienes de capital, energía. La “vuelta al campo” presente desde 1949 y profundizada en el Plan de 1952, significó darles prioridad a los reclamos del sector agropecuario y en tal sentido, redefinir alianzas con la burguesía agro exportadora. (Gómez, 2012).

Ya para el año 1950, sin embargo, nos encontramos con cierta reconfiguración del imaginario industrial peronista. En la inauguración de la muestra industrial de Avellaneda, en septiembre de 1950, Perón sostenía: *“nos decidimos a darle el apoyo absoluto a toda la producción industrial de nuestro país, volcando inicialmente todos los recursos del crédito para hacer subsistir la industria argentina (...) la independencia económica tenía uno de sus puntales en el apoyo que el gobierno debía prestar a la industria nacional; que pretender reducirnos a un país productor de materias primas era condenarnos a un futuro coloniaje”* (Perón, 2000, 410).

El Primer Mandatario culpaba al empresariado argentino por la falta de participación en el marco de la “comunidad organizada”: *“aspiro a que todos los industriales del país estén unidos (...) si las organizaciones industriales se hubieran ocupado de su misión, que es una misión social, posiblemente el esfuerzo de los recursos del crédito no hubiese sido tan indispensable”* (Perón, 2000, 411).

Tras la descomposición económica de 1949 un eje que se vuelve central en el imaginario industrial es la necesidad del desarrollo de la industria pesada, que pasa a ser un tema recurrente. En una reunión con los ministros de Hacienda de las provincias, Perón proyectaba los ejes del Segundo Plan Quinquenal: *“Tenemos el problema de la industria pesada en el que hay que ir despacito. Son insospechables las posibilidades de la industria argentina. (...) en la industria pesada será cuestión de coordinar para que las distintas*

ramas fabriquen cada una sus partes y después armarlas luego en una central (...) Ya estamos construyendo automóviles, despaciosamente, de a uno; después habrá que montar fábricas para que se hagan en serie. Lo mismo con los tractores (...) en el Segundo Plan Quinquenal nosotros tenemos que anotar esa etapa: llegar a la materia prima, o sea tener hierro, acero y aceros especiales (...) Todo está adentro del Plan y si el Plan se cumple en el 57 nosotros tendremos cubiertas casi todas las ramas y se podría decir que casi somos autárquicos (...) conviene más pagar el doble por un automóvil construido en la República Argentina que la cuarta parte de los precios actuales (...) en el extranjero porque queda todo en beneficio de nuestro pueblo, de nuestros hombres, de nuestro trabajo”(Perón, 2000, 536).

Los aciertos de haber sostenido el proceso de industrialización era un argumento que Perón retomaba recurrentemente en diversos ámbitos. Por ejemplo, en octubre de 1952 y ante representantes de cooperativas agrarias, insistía en que había sido *“un gran negocio mantener nuestra industria, que hoy está produciendo a mejores precios que la importación (...) nos conviene (...) desarrollar esa industria para el futuro en el orden de la industria pesada cuando estamos seguros de que vamos a poder dar materiales, tractores, etc, a menor precio que los que van a venir del exterior”* (Perón, 2001, 343-344).

Si bien es cierto que uno de los ejes del Segundo Plan Quinquenal contemplaría volver a poner en perspectiva al sector agropecuario y apoyarlo para aumentar su productividad, el imaginario industrial no presentaba modificaciones en cuanto a su centralidad. La “vuelta al campo” del Segundo Plan se justificaría, al menos desde lo discursivo, como un paso necesario y fundamental para mantener el plan original de impulsar la industrialización. El desplazamiento discursivo permitiría al gobierno sostener la “necesaria complementariedad” de ese sector agropecuario para el impulso definitivo del sueño industrial que, con el Segundo Plan, alcanzaría contornos bastante más ambiciosos vinculados al auto abastecimiento y el desarrollo definitivo de la industria pesada.

Tercer Periodo (1953-1955)

Si bien el Segundo Plan se presentó en diciembre de 1952, se puso en marcha específicamente durante el período comprendido en nuestro tercer recorte cronológico, el de reconfiguración.

A lo largo de este período se expresan continuidades en los ejes ya presentados en el imaginario industrial peronista (relevancia de la industria vinculada con su papel de generación de empleo, necesidad de organizar el desarrollo industrial, la centralidad de un obrero educado en el trabajo de la fábrica) aunque también encontraremos transformaciones, principalmente en el rol que se le da en el proceso industrial al campo (mecanización, tractores, desarrollo industrial del sector primario) y en el papel del sector externo en su rol de inversionista principalmente. Esto se ve claramente en un discurso pronunciado por Perón en Córdoba cuando visitó la planta automotriz y fabricante de aeronaves de la firma estatal Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME) de septiembre de 1953. Entonces Perón retomaba la idea del desarrollo integral de la economía local: *“es indudable que la agricultura y la ganadería son indispensables; nosotros cometeríamos un grave error si, encandilados con otras actividades, abandonásemos nuestros campos y nos dedicásemos a producir lo más posible tanto en la agricultura como en la ganadería. De eso comemos; pero sería tan estúpido pretender enriquecernos con la ganadería y la agricultura como renunciar a ellas para dedicarnos exclusivamente a la industria. Comeremos de eso, negociaremos lo que podamos de eso, pero nunca saldremos de pobres si no nos dedicamos a industrializar el país”* (Perón, 2000, 602).

El eje del desarrollo pasaba de la industria liviana a las ramas más complejas y la producción de insumos básicos, y del estímulo del consumo a la necesidad imperiosa del aumento de la productividad y el ahorro. Nos encontramos también con una caracterización más amable del empresariado argentino y de los capitales extranjeros necesarios para incentivar una industria compleja. Y sobre todo con el reconocimiento de las transferencias intersectoriales que implicaba su programa de desarrollo industrial. De esta forma, en el acto de clausura de un congreso celebrado por la CGT en enero de 1954, Perón aceptaba que *“en este Segundo Plan Quinquenal, estamos luchando por la industrialización. Nosotros le estamos sacando muchos millones de pesos a nuestra producción agraria para ir creando la industria. Lo que nosotros debemos llegar a obtener es que la transformación, que es la industria, produzca la riqueza que habremos de repartir en el pueblo argentino. Entonces no habrá estándar de vida, por ambicioso que sea, que no lo puedan alcanzar los ciudadanos argentinos”* (Perón, 2002, 22).

Estos objetivos claves que implican un corrimiento y una clara reconfiguración del imaginario industrial fueron acompañados de un proceso de radicalización y acentuación de la doctrina peronista que terminó derivando en el culto a la personalidad y la necesidad de asociar el imaginario industrial con el genio de las principales figuras del peronismo: Perón y la recientemente fallecida Evita.

De esta manera, si en el Primer Plan el protagonismo lo tenían los argentinos y el obrero asalariado, en este Segundo Plan el actor exclusivo era el Pueblo, pero era un Pueblo que le debía todo a sus “conductores” quienes eran los que habían delimitado y señalado el recorrido a una masa que necesitaba que la organizaran y le marcaran el camino.

Segundo Plan Quinquenal

Perón presentó el Segundo Plan Quinquenal el 1° de diciembre de 1952 en la Cámara de Diputados frente a gobernadores, legisladores, representantes gremiales, altos funcionarios y ministros y anunció su puesta en ejecución desde el 1° de enero de 1953 hasta 1957 inclusive.

El contenido de la nueva planificación se mostraba esta vez mucho más asociado a la doctrina partidaria del peronismo, en consonancia con los fuertes intentos de *peronización* de la sociedad que caracterizaron a esta etapa. Los contenidos ideológicos de la llamada “Nueva Argentina”, que ya se esbozaban a lo largo del Primer Plan en 1946 y que se consolidaron en la reforma constitucional de 1949, se instalaron en el Segundo Plan como una doctrina ya no partidaria sino con pretensiones de alcance nacional.

En el discurso inaugural, Perón trazaba una línea de continuidad entre ambos planes, sosteniendo que el Segundo *“tendrá las mismas finalidades y se realizará con la misma decisión con que se realizó el 1er. Plan Quinquenal”*. Si bien reconocía los desajustes del Primer Plan, los explicaba *“por circunstancias sobradamente conocidas, no pudo tener ni la racionalización absoluta de su contenido (...) desde que la falta de estadísticas, la falta de censos y el desconocimiento en que el país vivía de su propia realidad no me permitieron realizar una planificación perfecta”*.²⁴

Un dato a remarcar era el uso que hacía Perón de la primera persona, algo que no aparecía en el Plan anterior: *“puedo presentar hoy algo más completo y más perfecto de lo*

²⁴Presidencia de la Nación, *Segundo Plan Quinquenal, 1953-1957*, Buenos Aires, 1953, p. 11.

*que hice hace seis años en este recinto”.*²⁵ Esto podría ser asociado al aumento del culto a la personalidad que se desarrolló en esta segunda etapa, expresado por ejemplo en las declaraciones del Secretario Técnico en la presentación del Segundo Plan ante el Congreso: *“la conducción exige, lógicamente, la intervención de organismos auxiliares, así como la intervención de la masa organizada que es el Pueblo (...) en este país la planificación es idea, creación original y obra exclusiva del general Perón (...) Él es el autor del Primer Plan Quinquenal. Él fue el creador (...) de una conciencia nacional de planificación que exige, como primera condición, que todo el Pueblo esté interesado en el manejo de la cosa pública”.*²⁶

Si bien en el Primer Plan se hacía hincapié en las bases ideológicas que lo sustentaban, en el segundo la presencia de la doctrina fue mucho más clara y determinante: *“un plan de gobierno, para que tenga alma, debe tener una doctrina, ya que la doctrina nacional es la verdadera alma colectiva del Pueblo; y de esa alma colectiva del Pueblo está animado profundamente el Plan Quinquenal”.*²⁷ La conducción se constituía como uno de los requisitos fundamentales para la consecución de los contenidos.

Para ello era necesario, según el presidente, la unidad de concepción ya que era la que permitiría la unidad de acción. Esto solo se obtendría mediante una doctrina, lo que es retomado en el artículo 3 del proyecto de ley: *“a los efectos de una correcta interpretación y efectiva ejecución de la presente ley, defínase como “doctrina nacional” adoptada por el Pueblo Argentino, la Doctrina Peronista o Justicialismo, que tiene como finalidad suprema alcanzar la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación, mediante la Justicia Social, la Independencia Económica y la Soberanía Política”.*²⁸

La mayoría de las medidas técnicas contempladas en el Plan eran justificadas por extensas notas al pie del Secretario Técnico explicando sus vinculaciones con la Doctrina Peronista. En paralelo con la preeminencia adjudicada a la doctrina, el peronismo dividía a los partidos políticos entre aquellos con doctrina y aquellos sin doctrina e incorporaba a los opositores a este último grupo. Por otro lado, se los acusaba de no querer participar en la

²⁵ Ídem, p. 12.

²⁶ Ídem, p. 21.

²⁷ Ídem, p.13.

²⁸ Ídem, p.29.

elaboración del Segundo Plan.²⁹ Era significativo que la retórica de la presentación del Plan por parte del peronismo incluyera a un “otro” que se le oponía, justo en el momento en el que este “otro” ya casi no tenía representación institucional significativa en las cámaras legislativas.

La decisión doctrinaria de nombrar a la sociedad como Pueblo – escrito con mayúscula – es también destacable. Mientras que en el primer Plan solo la Nación y la Patria llevaban la mayúscula como distinción, en el segundo ese lugar enunciativo privilegiado lo ocupará el Pueblo: Perón le hablaba al Pueblo, lo que Perón hacía era en defensa del Pueblo, las decisiones tomadas fueron impulsadas por el Pueblo. Para Mendé: *“la grandeza de la Nación es necesaria para el bienestar y la felicidad del Pueblo (...) ése ha sido nuestro objetivo: poner en este 2do. Plan Quinquenal todo el pensamiento de Perón”* que es, en cierta medida, *“también el Plan del Pueblo para que se realicen los sueños y las esperanzas de Perón”*.³⁰ El pueblo era representado como una unidad sin divisiones ni posiciones contrapuestas.

El primer mandatario no solo aparecía como el gran hacedor, sino como el principal traductor de los deseos y anhelos de la sociedad argentina, era su principal intérprete. El Secretario Técnico aseguraba que *“los mensajes, habitualmente se dirigen a los señores diputados y a los señores senadores. Este mensaje, por especial decisión del general Perón, se dirige al Pueblo que representan los señores senadores y los señores diputados, y Pueblo, en toda la redacción del mensaje, por expresa disposición del Excelentísimo señor presidente, se ha escrito con mayúscula como se escriben con mayúsculas Gobierno y Estado, que, al fin de cuentas, no son, de acuerdo con la Doctrina Peronista, sino instrumentos que sirven al Pueblo. Las razones, además, son muy simples. Este Parlamento es, por primera vez un Parlamento del Pueblo. El Plan ha sido consultado con el Pueblo y es nada más que la expresión de la Doctrina Peronista, conocida por el Pueblo a través de todas las expresiones de Perón que, además de ser presidente de la República; es el primer maestro de los argentinos”*.³¹ Estas declaraciones parecían prescindir de la idea de la oposición como un actor legítimo a considerar en la construcción del destino “del Pueblo”. De esta manera, Perón ignoraba al radicalismo como un actor fundamental desde la Ley

²⁹Ídem, p. 42.

³⁰ Ídem, p. 22.

³¹ Ídem, p. 23.

Sáenz Peña. Otra interpretación plausible de la cuestión podría indicar que la referencia tenía que ver con la reciente incorporación del caudal del voto femenino que completaría la noción “de Pueblo”.

Una vez instaladas las figuras de Perón y el Pueblo como protagonistas del Segundo Plan Quinquenal, asistimos a una operación discursiva en la cual quedaba explicitada la relación entre ambos: uno había creado al otro, Perón había creado al Pueblo. Esto se expresaba en la aclaración del Secretario Técnico: *“la transformación de masa inorgánica y desorganizada que éramos en Pueblo, se lo debemos a Perón”*. Además, determinaba: *“en lo económico, la desorganización absoluta conduce al capitalismo: la explotación de los más por la voluntad de los menos. Y por lo tanto a la pobreza del Pueblo. Solo con la Tercera Posición y la organización del Pueblo se evita la explotación del hombre ya sea por el Estado o por el dinero”*.³²

Mientras que en el primer Plan la Tercera Posición solo aparecía tímidamente esbozada, ahora, y en un contexto histórico mucho más polarizado a escala internacional, Perón sostenía que: *“entre el individualismo y el colectivismo existe una tercera posición más estable y permanente sobre la que se asienta nuestra doctrina: la tercera posición. La doctrina justicialista trae al mundo su verdadera solución: no es de abstención total como el individualismo ni de intervención total como el colectivismo, sino de la conducción de las actividades sociales, económicas y políticas por el Pueblo”*.³³

Así, para *“alcanzar la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación, la comunidad organizada debe ser socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana (...) El Peronismo tiene su doctrina económica, social y política, su teoría para cada materia de doctrina, y sus formas de ejecución (...) El 1er. Plan Quinquenal realizó fundamentalmente la reforma económica, echando las bases de la Independencia y de la Economía Social, para afianzar la justicia Social y reafirmar la Soberanía Política. El segundo Plan Quinquenal tiene como objetivo fundamental consolidar la Independencia Económica, para asegurar la justicia Social y mantener la Soberanía Política”*.³⁴

³² Ídem, p. 41.

³³ Ídem, p. 13.

³⁴ Ídem, p. 15.

Dentro del imaginario de ambos planes, las variables económicas eran la base para conseguir los avances en las otras áreas por lo que la economía se constituía en el vértice fundamental. En este sentido, si bien el desarrollo industrial seguía siendo esencial, el énfasis pasaba de la producción -que era lo impulsado principalmente en el primer Plan- al aumento de productividad vinculada con la racionalización económica, que sería uno de los ejes principales del segundo. Dicho aumento se debía impulsar desde distintos aspectos: el mejoramiento de los métodos técnicos de producción, la colaboración de los trabajadores, el estímulo de iniciativas que aumenten la eficiencia del trabajo y la adecuada distribución de los beneficios del progreso económico y social. Mendé sostenía que estos objetivos eran prioritarios ya que *“el general Perón considera que solo la colaboración del trabajo y el capital puede promover el aumento de la productividad y su función social”*.³⁵

Como ya habíamos adelantado, una de las ausencias relativas del primer Plan fue el estímulo al sector agrícola; en el segundo éste volvería a ocupar un lugar relevante en la agenda debido a la profunda crisis en que se vio sumergido en los años previos. El Secretario Técnico citaba al presidente al declarar que los países que no se industrializaban (principal objetivo del plan de 1946) difícilmente salían de su etapa económica semi colonial. Para Perón, la industrialización del país era necesaria en pos de la consolidación de las actividades básicas, lo que había requerido un momentáneo sacrificio de la producción agraria: el nuevo objetivo era, ahora, estimular y aumentar a esta última.³⁶ Sin embargo, Mendé aclaraba que estas medidas no implicaban un cambio de la política industrial a una nueva política agropecuaria, sino simplemente buscaban atender a los sectores básicos, para que luego la producción industrial pudiera retomar su ritmo (SPQ, 1953, 279-280).³⁷

Al igual que en el primer Plan, se promovía la industrialización agrícola, forestal y minera, y la importancia del desarrollo hídrico, petrolífero y energético. Las actividades económicas, de producción e industrialización, se auspiciarían desde el Estado, principalmente aquellas cuyo capital estuviera al servicio de la economía y en función del bienestar social. En la definición del propio Plan, esto se produciría cuando la empresa tuviera como objetivo conseguir la máxima producción en función del consumo con

³⁵ Ídem, p. 56.

³⁶ Ídem, p. 163.

³⁷ Ídem, pp. 279-280.

eficiencia y bajo costo; cuando la actividad no estuviera dirigida a dominar los mercados nacionales ni a eliminar la competencia u obtener beneficios usurarios; cuando ofreciera a los obreros las mejores condiciones de trabajo, salarios y salubridad y a la colectividad aportes de progreso económico o técnico; cuando la empresa permitiera a sus trabajadores una adecuada participación y cuando estuviera integrada por el esfuerzo económico de los pequeños ahorristas (capitalización del Pueblo).

El Secretario Técnico insistía especialmente sobre algo que implicó una de las grandes transformaciones con respecto al Primer Plan Quinquenal y era la necesidad de la llegada del aporte de capitales extranjeros. Se trataba de una anticipación del cambio que se introduciría en agosto de 1953 con la presentación del proyecto de Ley de Inversiones Extranjeras. Esa medida implicaría un cambio parcial del enfoque adoptado inicialmente que tenía repercusiones en el imaginario industrial: el desplazamiento de los contenidos más nacionalistas a favor de la búsqueda de nuevos medios para alcanzar el objetivo de industrializar la economía argentina. No obstante, Mendé hacía especial hincapié en que la inversión extranjera se daría únicamente bajo las condiciones que imponía Argentina, ya que este era el único país verdaderamente capitalista debido a que lo que subsistía era solamente el capital humanizado, algo que podía encontrar sus raíces en la doctrina social católica. Para Mendé, esto era lo único que podía salvar a los capitalistas, ya que, si insistían en mantener el interés económico por encima de todo lo demás, terminarían por producirse la reacción lógica de los trabajadores y perderían todo; en palabras de Perón, perderían incluso la cabeza.³⁸

Los objetivos generales en materia de industrialización implicaban que la actividad sería conducida por el Estado con la cooperación de las organizaciones involucradas cuando correspondiese. El fin último era lograr la autarquía en la producción esencial, en la economía social y la defensa del país.

Si los objetivos generales eran los mismos que en el primer Plan, los que variaban substancialmente eran los especiales. En el segundo Plan se buscaba consolidar y establecer la industria pesada especialmente en el sector de la siderurgia, metalurgia, aluminio, químico, mecánico y eléctrico. Quedaban relegados a los últimos lugares de interés el

³⁸ Ídem, pp.269-270.

desarrollo de la industria de la construcción, la forestal, la textil y la alimentaria, que habían sido protagonistas del primer Plan.³⁹

El Estado, entonces, se ocuparía de auspiciar y fomentar el desarrollo racional de las industrias, sobre todo de las que aprovecharan al máximo los recursos naturales y la producción primaria, estimulando también la radicación de industrias extranjeras en el país. Esto se impulsaría por medio de mejoras impositivas y crediticias siempre que no generaran perjuicios a las empresas nacionales, dándole prioridad a las de alta eficiencia técnica que fueran declaradas de interés general o vinculadas a la defensa nacional.

Uno de los objetivos que se mantenía era la consolidación y desarrollo de las industrias existentes y el estímulo de las economías regionales: mientras que el primer Plan propugnaba la descentralización poblacional hacia las zonas deshabitadas y rurales del interior, el segundo apuntaba a descentralizar el desarrollo industrial de las grandes ciudades y particularmente de la zona del Gran Buenos Aires.

Según el análisis del Secretario Técnico, hasta ese momento la industria se había desarrollado en extensión, por lo que ahora era necesario que lo hiciera en profundidad. Por otro lado, era menester comenzar a pensar en una industria diferente y orientada no solo hacia el mercado interno, sino también hacia la exportación.⁴⁰ En este sentido, podemos apreciar un corrimiento del imaginario industrial defendido en el Primer Plan, ya que se comienza a pensar una industria de tipo diferente. Primero, articulada e integrada verticalmente, siempre desde el control de la estructura estatal pero buscando la racionalización y el incremento de la productividad. Por otro lado, y lo más importante del corrimiento que se produce desde la perspectiva del imaginario, es el lugar del mercado interno que pasa de foco principal del impulso industrial hacia la idea, incipiente, de pensar una industria que sea competitiva desde la exportación y que alivie, en parte, el déficit de divisas y la crisis del sector externo. Esto va a ser fundamental para analizar el tipo de imaginario industrial que ya no va a centrarse en una retórica nacionalista, sino que comenzaba a tener que incorporar otro tipo de discursividad vinculada con la necesidad de producir bienes competitivos para la exportación.

³⁹ Ídem, p. 293.

⁴⁰ Ídem, p. 291.

En una de sus extensas aclaraciones, Mendé citaba un discurso de Perón de 1947 en el cual se evidenciaban los alcances del imaginario industrial propuesto por el peronismo. En contra de la visión política tradicional que entendía a la industria como complemento circunstancial de la actividad agropecuaria, Perón sostenía que: *“algunas clases sociales contribuyeron a ahondar este prejuicio peyorativo y a nuestra industria se la llamó industria de emergencia. Con la segunda guerra la industria argentina volvió a las andadas. Fue entonces cuando ya con la responsabilidad del gobierno a nuestras espaldas, comenzamos a intensificar la industrialización con un sentido permanente. Debimos vencer en primer término a esa debilidad psicológica y crear el optimismo necesario para que el país como consumidor y los industriales como productores comprendieran que estábamos en una tarea que no habría de terminar con la guerra. Supe en ese momento que, al natural egoísmo del capital por conseguir mayor ganancia, se sumaba un egoísmo especial, el que surge de toda explotación transitoria del capital. Las industrias transitorias son más crueles, porque tratan de conseguir en menos tiempo el máximo (...) por eso creamos el concepto de la industria permanente (...) mientras asegurábamos la tranquilidad de los obreros, creábamos un clima productivo”*.⁴¹ Mendé afirmaba que tras el Primer Plan Quinquenal y de acuerdo a cifras de organismos técnicos mundiales como Naciones Unidas, Argentina había obtenido el primer lugar en cuanto a progreso industrial en el mundo. Sin embargo – agregaba - la mentalidad individualista y oligárquica de algunos industriales los había conducido a producir de forma irracional descuidando la organización eficiente del trabajo y la producción; esto explicaría las dificultades de ciertas industrias. Las que más sufrieron las crisis fueron aquellas que no se organizaron, desoyendo los consejos de Perón: aumentaron los precios, engañaron al Estado y no creyeron en su plan económico.⁴²

De esta manera, Mendé ayudaba a construir la certeza de la infalibilidad de Perón y su plan; el mal funcionamiento de éste o la no consecución de los objetivos eran resultado de capitalistas sin escrúpulos, industrias desorganizadas o descreídos de las bondades del peronismo.

⁴¹ Ídem, p. 278-279.

⁴² Ídem, p. 279-280.

Educación pública e imaginario industrial

La cuestión educativa fue uno de los aspectos básicos en el andamiaje del imaginario industrial peronista; el Segundo Plan desarrollaba una continuidad clara con respecto a lo ya hecho en el primero. Una de las aclaraciones doctrinales que hace Mendé, afirmaba que las empresas no hubieran tenido el recurso humano técnico especializado que necesitaban para funcionar de no ser por el impulso que había dado Perón a la educación técnica.⁴³

La racionalidad industrial también parecía haberse trasladado al ámbito educativo, ya que se buscaba una distribución distinta del alumnado secundario en orden a la necesidad de una mayor formación de técnicos, por lo que el Segundo Plan establecía como prioridad reducir la proporción de egresados de los bachilleratos en un 20% buscando impulsar las especialidades técnico profesionales y de aprendizaje y orientación profesional (SPQ, 1953, 91). De esta manera, se expresaba la necesidad de que egresaran de la escuela media un mayor número de técnicos, algo que también se esperaba trasladar a la recientemente creada Universidad Obrera, proyectando para 1957 un aumento del 100% del alumnado; en palabras del secretario: “*los futuros técnicos deben ser todo lo que la Patria necesita y todo lo que quiere Perón*”.⁴⁴

Se hacía hincapié en que las escuelas y universidades orientaran su currícula a partir de lo que las economías regionales necesitaban y que los programas de estudio debían ser coincidentes con los objetivos y necesidades del Segundo Plan Quinquenal.⁴⁵ Esto último también se indicaba en lo que respecta al nivel primario, ya que se entendía a la escuela como un centro de irradiación de los objetivos del plan, buscando crear en la población un radio de influencia y un clima favorable para su conocimiento y cumplimiento.

Los textos escolares además fueron estructurados de forma concordante con los principios de la Doctrina Nacional y contenían referencias especiales acerca de los objetivos que señalaba el Segundo Plan Quinquenal.⁴⁶ Ejemplos claros de ello son algunas páginas de los libros de educación inicial “*Privilegiados*” de Ángela Gutiérrez Bueno y

⁴³ Presidencia de la Nación, *Segundo Plan Quinquenal*, 1953-1957, Buenos Aires, 1953, p. 77

⁴⁴ Ídem, pp. 91-92

⁴⁵ Ídem, p. 93

⁴⁶ Ídem, p. 90.

“Ronda Infantil” de María Alicia Domínguez, ambos de 1955. Diferentes aspectos del imaginario industrial peronista se encuentran expresados en sus imágenes.

En la figura 1 del texto *Privilegiados* de Gutiérrez podemos apreciar que se vincula al presidente con una de las consignas fundamentales del Segundo Plan: *trabajar más, producir más, ahorrar más*. Las palabras asociadas son disímiles, pero aparece la idea de compra y de precio. Eso no solo expresa el personalismo del último período, sino también la necesidad de ampliar el imaginario industrial y que el mismo penetrara en amplias capas de la población.

Figura 1. *Privilegiados*, Ángela Gutiérrez Bueno, página 81.



Figura 2. Privilegiados, Ángela Gutiérrez Bueno, página 35.



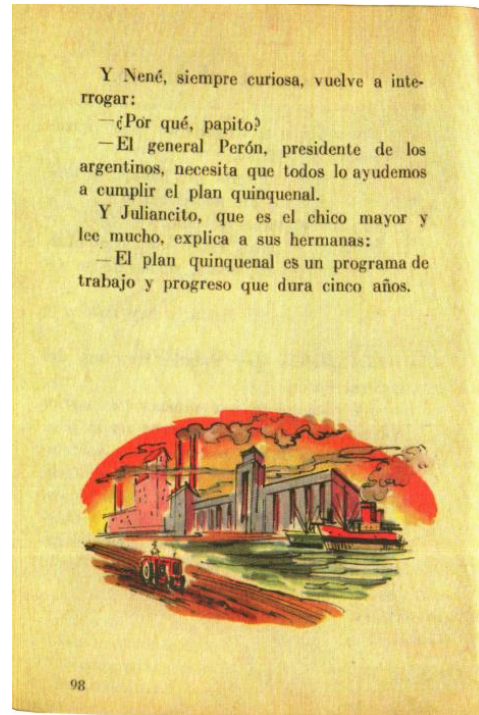
En la figura 2 del mismo libro, el eje es el mismo. Sigue centrándose en la figura del presidente y hace un recuento de todos los servicios e industrias que el peronismo había “recuperado para el pueblo”. La elección no es fortuita, y se centra en el tema de los transportes (trenes y aviones), servicios para la población como el teléfono o la producción de electrodomésticos de línea blanca y, sobre todo, el desarrollo de la industria expresado en las fábricas que aparecen en la parte inferior izquierda del dibujo.

En la figura 3 de *Ronda Infantil* de Domínguez, se retoma la importancia del transporte y de las empresas nacionales (se habla específicamente de Aerolíneas Argentinas). La lección se construye como un dialogo entre dos niños con su padre y dándole el lugar central a la nacionalización de los servicios y su centralidad para la economía del país.

Figura 3. *Ronda Infantil*, María Alicia Domínguez, página 21.



Figuras 4 y 5. *Ronda Infantil*, María Alicia Domínguez, página 97 y 98



En las figuras 4 y 5 de la misma autora, se aprecia cómo se presenta el Segundo Plan Quinquenal: tiene como eje la necesidad del trabajo, la eficiencia y la productividad aplicada a los niños en sus tareas. El discurso apunta a dar cuenta de que el esfuerzo debe ser impulsado por todos los actores de la economía y no hay discriminación de franja etaria u ocupación. En la imagen final podemos ver que este trabajo colectivo es parte de todos los sectores de la economía: aparece la chimenea humeante de una fábrica, un tractor trabajando la tierra, un barco y un edificio público. En esta última etapa del imaginario industrial no solo es fundamental el esfuerzo colectivo de todos los sectores sino también el esfuerzo mancomunado entre el sector agroexportador y la industria.

Esto constituyó una de las diferencias puntuales respecto de la primera etapa: se desarrolló una clara vinculación de los objetivos económicos-industriales con lo pedagógico curricular. Si durante la primera etapa se habían establecido las bases para la transformación de la escuela técnica y se la había orientado a la búsqueda de desarrollar egresados con orientaciones vinculadas a la preparación para el mundo del trabajo, especialmente en el sector industrial, en este segundo período la educación se enmarcó bajo

la Doctrina Peronista, exaltando al movimiento y las transformaciones económicas conseguidas.

La educación técnica cumplió para la configuración del imaginario industrial un papel medular, no solo por su capacidad formativa de los futuros obreros (peronistas) que necesitaba el Estado, sino también en la difusión de objetivos, estrategias y metas expresadas en sus dos planes quinquenales. Estos cambios provocaron una intensa oposición que perdura en el imaginario colectivo hasta el día de hoy, entendiendo al sistema educativo de la época como una agencia de adoctrinamiento.

Propaganda

No es casual que en el Segundo Plan se haya incluido un apartado entero destinado al desarrollo de las “Comunicaciones”. Uno de sus objetivos era el de disponer de un sistema orgánico y racional que posibilitara entre otras cuestiones la promoción y el desarrollo económico. De esta manera, la extensión y el mejoramiento de los servicios de comunicaciones estarían primordialmente destinados a consolidar la unidad social del Pueblo; de tal modo se impulsaría la promoción económica del país y en particular de las economías regionales.⁴⁷

En palabras de Perón: *“la ejecución del Plan corresponde al Estado y al Pueblo. La ley establece que el Poder Ejecutivo determinará la responsabilidad de sus organismos a los efectos del cumplimiento de los objetivos que se establecen para la acción del Estado; y el Pueblo y sus organizaciones sociales, económicas y políticas, mediante el desarrollo libre de sus actividades, habrán de cumplir los demás (...) El segundo plan es del Pueblo y para el Pueblo. El gobierno puede controlar en parte su ejecución, pero es el Pueblo el único capaz de exigir su cumplimiento total. (...) El control del Pueblo es más importante que el control del Estado (...) En este sentido, hemos querido comenzar por realizar su difusión para que cada argentino tenga absoluto y cabal conocimiento, por lo menos, de la parte fundamental del Plan”*.⁴⁸

⁴⁷Presidencia de la Nación, *Segundo Plan Quinquenal, 1953-1957*, Buenos Aires, 1953, p.399.

⁴⁸ Ídem, pp. 16-17.

De esta manera, el peronismo corría el eje de supervisión y responsabilidad: ya no era el Estado el principal protagonista de la transformación, sino que era el Pueblo quien tenía que poner en marcha y supervisar el cumplimiento y buen desempeño del Plan.

Para Perón esta cuestión era clave, y con ella cierra la presentación del Segundo Plan: *“lo primero que este Plan necesita es su divulgación total en la República, para que no quede un solo argentino que desconozca los designios que son propios del Pueblo argentino y que nosotros hemos tratado de cristalizar en el plan de gobierno. Que cada argentino sepa que él no es un espectador en este Plan, sino que, cualquiera sea su situación, la más encumbrada o la más humilde, él tiene una tarea precisa que cumplir en la realización del segundo Plan Quinquenal (...) cuando cada argentino se persuada de la necesidad de que él piense en estos objetivos todos los días, y que todos los días realice una acción para cumplirlos, el éxito del Plan estará total y absolutamente asegurado”*.⁴⁹

Un ejemplo claro de los esfuerzos gubernamentales en impulsar la difusión total del Plan se expresaba en la edición de 1953 del *“Manual práctico del Segundo Plan Quinquenal”* editado por la Subsecretaría de Informaciones. El objetivo de este manual era poner en conocimiento de “todo el Pueblo” los objetivos propuestos. En un idioma sencillo, el manual recorre cada capítulo del Plan presentado ante el Congreso y lo sintetiza, dando definiciones claras acerca de los conceptos fundamentales e incluyendo al final puntos claves que resumen lo aprendido.

Para el anónimo autor del manual, era de primordial importancia *“el conocimiento del 2do Plan Quinquenal del general Perón, extraordinario programa de gobierno cuya ejecución asegura el engrandecimiento de la Patria”* y que *“requiere tanto la acción del Estado cuanto la participación del Pueblo en el común ideal de grandeza afirmada en los principios peronistas de justicia social, libertad económica y soberanía política (...) El presente persigue el propósito de contribuir a la comprensión del gigantesco programa de gobierno, y para ello cada capítulo es analizado con un criterio didáctico que facilita el entendimiento de cada una de sus partes, para que esté al alcance de todos y pueda ser cumplido en la medida de nuestro deber”*.⁵⁰

⁴⁹Ídem, p. 485.

⁵⁰*Manual Práctico del Segundo Plan Quinquenal*, Buenos Aires, 1953, pp. 2-3.

El manual establecía tres pasos que todo el pueblo debía cumplimentar con respecto al Segundo Plan Quinquenal: el primero era conocerlo; el segundo, difundirlo y el tercero, que cada uno lo sintiese como propio y se persuada de la necesidad de llevarlo a cabo debido a que los responsables de su cumplimiento eran el Gobierno, el Estado y, principalmente, el Pueblo.⁵¹

Con respecto al desarrollo productivo de nuestro país, el manual sostenía que durante muchos años se había repetido que la Argentina era un país agrícola-ganadero: *“esta verdad - como todas las verdades del liberalismo - es una verdad a medias y trae el contrapeso de la otra mitad, que es una mentira. Ese estribillo se repitió tanto y durante tanto tiempo que acabó por convertirse en un axioma: somos un país agrícola-ganadero; luego, no podemos ser un país industrial. Esta era la otra mitad, la falsa, que constituía el reverso de la mitad verdadera”*.⁵² Para el autor, esta era una premisa de la clase que dirigía al país contra la voluntad y contra los intereses del pueblo, pero que se terminó haciendo carne en el pueblo mismo debido a la persistencia de esa “media mentira”.

Así, nuestro país seguía siendo colonial y se medía por fanegas de trigo y cabezas de ganado ya que *“no sabíamos cuántos éramos, pero sabíamos cuántas eran nuestras vacas”*. Por esto, explicaba, el gobierno peronista señalaba en su Primer Plan Quinquenal la necesidad de cimentar una industria argentina al servicio del pueblo. De ahí también que en este Segundo Plan se propusiera afianzar esa industria, cumpliendo integralmente la consigna lanzada por el líder: *“para lograr la victoria debemos permanecer unidos y, puesta la mirada en el esplendoroso porvenir económico de la Patria, mantenernos fieles a la consigna del momento: producir, producir, producir”*.⁵³

El manual concluye estableciendo que sin la Independencia Económica la Justicia y la Soberanía serían un mito, porque estaríamos siempre a merced del pulpo capitalista, injusto y avasallador. Era necesario encauzar la economía en su función social, lo que permitiría afirmar la Independencia Económica, que es uno de los tres atributos esenciales de la Nueva Argentina.⁵⁴

⁵¹ Ídem, p. 11.

⁵² Ídem, p. 191.

⁵³ Ídem, p. 193.

⁵⁴ Ídem, p. 313.

En 1953, el discurso de Perón era esperanzador con respecto al final de este proceso. *“Hemos también de triunfar en la batalla por nuestra independencia industrial y por nuestra independencia estratégica. Y cuando, ya libres, podamos fijar nuestros designios y establecer nuestro definitivo derrotero en el mundo y en la vida, no olvidaremos que eso lo debemos al esfuerzo generoso, a la abnegación y al sacrificio de los humildes obreros argentinos”* (Perón, 2000, 603)

Conclusiones

El Primer y el Segundo Plan Quinquenal presentaban muchas similitudes: la forma de anunciarlos, el rol central del imaginario industrial y la total consonancia entre ambos ya que se entendió a uno como la natural continuación del otro. Al fin y al cabo, ambos eran parte de una estrategia de planificación conducida por el Estado que buscaba un control directo sobre las distintas variables económicas del país. Sin embargo, también se evidenciaron diferencias ya que algo que caracterizó al peronismo fue su capacidad de redefinir sobre la marcha conceptos claves de su discurso.

Una de las transformaciones claves en el imaginario industrial tuvo que ver con el viraje entre el primero y el segundo con respecto al tipo de industrialización perseguida. Mientras el Primer Plan se centraba en la industria liviana - algo totalmente conectado a su búsqueda de lograr el pleno empleo - en el Segundo Plan la necesidad de impulsar la industria pesada y de estimular la llegada de capitales externos fue fundamental. De todas formas, se sostenía la idea de que el Estado debía controlar que se cumpliera el fin último de toda empresa económica: la justicia distributiva. Vinculado con esto, la “vuelta al campo”, tan debatida en la historiografía sobre el peronismo, no implicó el abandono - al menos desde lo discursivo - de las pretensiones industrialistas del gobierno. Es en el último periodo cuando el imaginario industrial se reconfigura y da cuenta de la “necesaria complementariedad” del sector agropecuario y el industrial. Se sostiene que para el desarrollo y el enriquecimiento del país el impulso y profundización del sector industrial es determinante. Sin embargo, para el correcto desarrollo de este proceso, el rol del sector agroexportador resultaba vital.

El imaginario industrial inicial expresado en el Primer Plan sufrió modificaciones. En el Segundo ya nos encontramos con una mirada menos ambiciosa sobre las posibilidades de transformación y humanización del capital. Solo se mencionaba al accionariado obrero al pasar – un proyecto de ley que nunca tomará estado parlamentario y termina siendo abandonado-, poniendo mayor énfasis en la necesidad de que sean los propios obreros quienes formen cooperativas.

La actitud belicosa para con el empresariado nacional e internacional se suaviza también (aunque siguen apareciendo ciertos reproches) y se reconoce el valor de sectores empresariales locales, mientras se sigue haciendo hincapié en la necesidad de que el empresariado se organice en una central. Incluso nos encontramos con cierto corrimiento del Estado empresario, expresado en la posibilidad de privatización de algunas de las empresas estatales que el Estado Nacional había puesto en marcha.

Se mantenía a la economía en el centro de la escena y también continuaba la preocupación por alcanzar la independencia económica. Producir más y mejor, de forma más racional, eran las nuevas directrices. Es recién en el Segundo Plan que Perón hace partícipe directo de la difusión y control de su aplicación y objetivos al Pueblo; como ya lo analizamos, en esta estrategia fue fundamental el papel de la Secretaría de Informaciones.

Mientras que en el Primer Plan el obrero era el destinatario de las publicidades oficiales, engranaje fundamental de las nuevas representaciones industriales y consumidor masivo de los productos que él mismo ayudaba a producir - además de constituirse en el eje de su política educativa - en el segundo plan, el protagonista no era ya el obrero, sino el Pueblo. La individualidad del obrero consumidor quedaba subsumida en el Segundo Plan en un conjunto homogéneo que debía eficientizar su trabajo, producir más, ahorrar, consumir menos y conocer al pie de la letra los objetivos del mismo.

Se evidencia también una transformación en la estructura discursiva, que se manifestaba mucho más personalista desde el Segundo Plan: en él Perón se constituía como el gran “hacedor” de la Nueva Argentina. Su planteo doctrinario resultaba mucho más fuerte, y se orientaba hacia la universalización de la doctrina. El país se encontraba inserto en un mundo dividido mucho más taxativamente: el contexto de la Guerra Fría y el énfasis puesto en la tercera posición lo expresaba. Se vislumbraba también la división en el campo

político nacional: si bien no son constantes, hay ataques directos por parte del peronismo a la oposición.

Se configuraba de esta manera, un discurso que cerraba filas y que buscaba mostrar unidad: Perón pretendía erigirse como expresión de unanimidad transformándose en el único intérprete del Pueblo. Notamos también una disminución de la frecuencia de aparición en el discurso peronista de la palabra obrero y/o descamisado, que son reemplazadas por términos de carácter más general, imprecisos y globalizantes, menos teñidos de ideología, por ejemplo, Pueblo.

En síntesis, de todo lo expuesto se desprende que los Planes Quinquenales tuvieron un rol principal en la conformación y consolidación de un imaginario industrial específico que le dio consolidación identitaria al peronismo y cuya llegada a gran parte de la sociedad argentina no solo tuvo que ver con las transformaciones productivas reales sino también con la enorme eficiencia de un fuerte aparato simbólico consolidado desde el Estado.

Por primera vez se había consolidado un imaginario productivo alternativo al modelo agro exportador vigente que había dominado la escena política económica hasta entonces.

En la conformación de este imaginario no solo los Planes Quinquenales y la propaganda fueron variables a tener en cuenta sino también las transformaciones estructurales a las que ya hemos aludido en el sistema educativo. Si bien la estructura académica original del sistema no fue alterada, se propuso una reorientación de los estudios a través de una articulación estrecha con el mundo del trabajo lo que implicó una fuerte revalorización la labor manual y de la trascendencia de formarse en un oficio.

Apareció de esta forma una ruptura con la concepción liberal de la escuela, asociándola fuertemente a un nuevo tipo de imaginario industrial. De esta manera, la enseñanza técnica adquirió un rol central en la “Nueva Argentina”: les prometía a los estudiantes un futuro trabajo que no solo permitía desarrollar sus inclinaciones personales, sino que serviría a las necesidades del Estado al promover el desarrollo industrial y la modernización. Para Dussel y Pineau, la creación de este circuito paralelo de formación técnica fue uno de los aspectos en los que el peronismo cuestionó con mayor fuerza el orden simbólico que había estructurado el sistema educativo moderno (Dussel y Pineau, 1995).

De todo lo dicho se desprende la observancia de un rol novedoso para la labor del Estado: la educación de la sociedad por medio de la escuela, los Planes Quinquenales, la propaganda y los discursos públicos. La estimulación del imaginario industrial tuvo una incidencia fundamental en la discusión acerca de qué modelo económico de país desarrollar, algo que se mantuvo presente con firmeza en todos los debates económicos, políticos y sociales.

La potencia de este imaginario fue tal que aún en nuestros días sigue conservando una presencia fundamental al punto de que la industrialización quedó inscripta en la memoria colectiva como una tarea pendiente.

CAPÍTULO 2

Expresiones del imaginario industrial en las aperturas de las sesiones del Congreso

En este capítulo examinaremos los discursos realizados por el presidente Juan Domingo Perón en las aperturas anuales de las sesiones parlamentarias entre los años 1946-1955. El objetivo es analizar las prácticas discursivas en la búsqueda de ciertos lineamientos básicos que conformaron el imaginario peronista, haciendo hincapié en lo referido a la cuestión industrial. Si bien lo que se dice en un discurso político no necesariamente tiene correlato con el accionar, el interés de nuestro trabajo busca diseccionar *qué* es lo que se dice y *cuál* es el objetivo de ello. El discurso en la arena política es fuente fundamental de la construcción de una propia legitimación, todos los partidos políticos hacen un relato de sí mismos; para el peronismo, las imágenes vinculadas con la industria fueron especialmente determinantes a la hora de pensarse identitariamente.

Los discursos presidenciales ante la Asamblea Legislativa formaban parte de un ritual político que en la Argentina se remontaba a los comienzos de la vida constitucional. En su búsqueda de reforzar la legitimidad proveniente del régimen republicano y democrático liberal, Perón respetó escrupulosamente la ceremonia de inauguración de las sesiones, que constituía un momento decisivo en la vida institucional del país, al poner en contacto al jefe del Estado con los representantes del pueblo. Si bien ese ritual político durante el peronismo estuvo signado por algunas particularidades, como la ausencia permanente de los diputados y senadores opositores que expresaban así su disenso y sus estrategias deslegitimadoras frente al gobierno de Perón (Luna, 1984), continuó formando parte de los rituales esenciales de la vida política. Aunque los investigadores le han otorgado más importancia a otros rituales como “el Día de la Lealtad” y la resignificación del 1 de Mayo como “Fiesta del Trabajo” (Viguera, 1991; Plotkin, 1995; Lobato, 2005), la permanencia de este invita a pensar las continuidades y las particularidades aportadas por el primer y segundo gobierno de Perón.⁵⁵

Como sostuvimos anteriormente, hay pocos estudios históricos centrados en la política parlamentaria durante el primer peronismo y las relaciones entre el Poder Ejecutivo

⁵⁵Los rituales pueden pensarse como un conjunto de acciones, palabras y gestos que conforman símbolos de la relación, entre poder y sociedad. Abéles (1988).

y el Legislativo. Sin embargo, lo consideramos una dimensión clave debido a que fue uno de los pocos espacios en los cuales el peronismo tuvo que librar una disputa política directa para imponer sus políticas y legitimar su acción. Por otro lado, a medida que el poder del peronismo se expandió, los espacios de acción en los cuales podía expresarse la oposición se achicaron, por lo que el Parlamento se convirtió en el único espacio institucional en donde estos sectores siguieron propugnando la defensa de las libertades públicas, la libertad de prensa y el respeto de las instituciones republicanas. Estos tópicos se convirtieron en principios que amalgamaron a sectores que eran muy variados ideológicamente pero que terminaron unificándose en la defensa de la “democracia liberal” frente a un gobierno al que representaban como bárbaro y autoritario.

Consideramos entonces que la participación de Perón en esta instancia es significativa, ya que el presidente sabía que era uno de los pocos espacios donde el peronismo compartía el poder político. Los discursos suelen amoldarse a su auditorio y en este caso específico Perón le hablaba también (y, en muchos pasajes, particularmente) a sus opositores, que aparecían retratados y criticados constantemente por no apoyar las políticas públicas que el primer mandatario consideraba esenciales para alcanzar los objetivos de su gestión. Los discursos de Perón presentaban usualmente una detallada explicitación de los distintos puntos del plan de gobierno y las recurrentes críticas al estado de situación con el cual el peronismo se encontró al asumir: *“un gobierno disgregado que era cualquier cosa, menos gobierno; un Estado total y absolutamente desorganizado y un pueblo al que nadie tenía en cuenta. Ni siquiera para votar. Devolvemos a los argentinos: un gobierno centralizado que entiende el federalismo con sentido práctico (...) organizado para el cumplimiento de todas sus funciones y un pueblo libre al que hemos dado vigorosa personalidad social”*.⁵⁶ Entonces, la defensa de lo que pronto se convertiría en la “doctrina justicialista” se mezclaba con ataques a la oposición y la construcción de una identidad peronista en la cual tendría un papel central la defensa de un programa nacionalista e industrialista.

El Congreso, tras la apertura democrática que implicó la elección de Perón en febrero de 1946, volvió a constituirse en un lugar de debate político. También fue el espacio en el cual el jefe del Poder Ejecutivo se presentaba a rendir cuentas ante otro de los poderes de

⁵⁶*Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Nación (DSHCSN)*, 1951, Vol. 1, p. 23.

gobierno: el Parlamento. Progresivamente se convirtió además en la única institución en la cual la oposición política tuvo participación, aunque fue perdiendo peso a medida que avanzaba el periodo. El triunfo electoral de 1946 le otorgó al peronismo la mayoría, que significó además una gran renovación de la dirigencia política. La mayor parte de los parlamentarios peronistas no tenían experiencia parlamentaria, solo 2 de 109 habían sido elegidos anteriormente y muchos de ellos eran dirigentes sindicales, lo que le daba al Congreso una composición novedosa. En el peronismo los nombres más resonantes eran los de Cámpora, Cooke y Reyes. En contraposición, la bancada radical estaba formada por políticos profesionales, entre ellos algunos de los más conocidos fueron Ravignani, Balbín, Frondizi y posteriormente Illía. En las elecciones presidenciales de 1951, la novedad además de la impactante victoria del oficialismo, fue la incorporación en el peronismo de 22 diputadas y 6 senadoras, la mayoría sin experiencia política previa. (Belini, 2001, 81).

El peronismo no fue el mismo durante toda la década y sus transformaciones se expresaron también en sus discursos parlamentarios. Entre los años 1946 y 1951 la oposición -principalmente los radicales- pudieron desplegar su antagonismo ante el gobierno peronista desde espacios concretos de la competencia político partidaria. De hecho, Frondizi cuestionaría la legitimidad del presidente electo desde el inicio, al señalar que Perón había sido vicepresidente de una dictadura (Belini, 2001, 82).

A medida que el peronismo se consolidaba en el poder y sus medidas de gobierno se radicalizaban, la confrontación de Perón con los legisladores opositores se agudizaba. El aumento de las tensiones se expresó también en los opositores que comenzaron a ausentarse explicitando el nivel de conflictividad política creciente y vaciando de contenido el diálogo institucional que desarrollaba desde sus discursos inaugurales el presidente con los otros partidos políticos. Con la reforma constitucional de 1949, se verán alteradas las reglas de juego mientras que a la par también se limitaban los espacios de expresión de sus adversarios por otros medios (García Sebastiani, 2005, 14). Además, la introducción del sufragio uninominal a partir de 1951 y la creación de complejas circunscripciones complicó el panorama para la oposición (Belini, 2001, 83). Todo esto le permitió a la UCR explotar su condición de partido identificado con las libertades cívicas en la política nacional: el peronismo había cambiado definitivamente la forma de hacer política en el país. El arrollador triunfo de Perón en 1951 hizo que muchos anti peronistas comenzaran a

cuestionar que la vía electoral fuera el camino para vencerlo; el silencio de la UCR sobre el golpe del General Benjamín Menéndez permite pensar en él como el antecedente de una estrategia que se desplegaría a partir de allí (García Sebastiani, 2005, 262).

Para el peronismo, el Parlamento era una institución fundamental de la “Nueva Argentina” y como en otros aspectos de la realidad, hacía una contraposición entre el antiguo Congreso y el actual. Así, en 1955 Perón sostenía que: *“si alguien no creyese en la incomparable magnitud de nuestra común labor legislativa, bastaría mostrarle el ritmo parlamentario, formal y espiritualmente colonialista, que marcó hasta 1943 el ritmo de toda la República, y ponerle enfrente para su adecuada comparación objetiva el ritmo parlamentario peronista de la Nueva Argentina que estamos construyendo (...) Me permito hablar de congresos peronistas porque hemos asumido (...) tanto la responsabilidad de nuestra acción mayoritaria como el honor de representar al pueblo”*.⁵⁷

Si el Parlamento era, efectivamente, un “congreso peronista” como sostenía el presidente, el “diálogo” se volvía en realidad un monólogo justicialista. Aunque el peronismo originalmente se había apoyado en una concepción republicana y en los fundamentos de la democracia liberal para legitimarse en un contexto muy particular de revalorización de la democracia liberal en Occidente, al finalizar el periodo nos encontramos ante una noción de la misma en donde la libertad de opinión y de expresión no eran elementos constitutivos. Esta nueva concepción se asentaba principalmente en la convalidación de las políticas por medio de las urnas a partir de una democracia plebiscitaria entendida principalmente como aquella que recibía el apoyo masivo de la ciudadanía.

Sin embargo, esto no fue siempre así. El peronismo, como cualquier partido político que accede al gobierno, desarrolló diversas estrategias que le permitieron consolidar su propio poder. Durante los años iniciales fue sumamente importante para legitimarse la reivindicación de una república democrática y liberal: *“este acto inaugural significa el retorno integral a la vida institucional del país (...) Vamos a interpretar, cumplir y hacer cumplir la Constitución haciendo de ella la esencia de nuestro propio ser”*.⁵⁸ Un año después, Perón se presentaba como el primer *“presidente de la Nación (que) expuso al*

⁵⁷DSHCSN, 1955, Vol. 1., p. 10.

⁵⁸DSHCSN, 1946, Vol. 1, p. 63.

Honorable Congreso un plan general de realizaciones que comprendía todo el término de su mandato (...) (y que) se presenta ante vuestra honorabilidad para dar cuenta (...) que no fueron vanas palabras las pronunciadas anteriormente”.⁵⁹

Según Perón, su gobierno no solo había devuelto la vida democrática al país, sino que era sumamente respetuoso de los partidos opositores y hacia partícipe al Parlamento de sus planes de gobierno. Reafirmando su creencia en la Constitución Nacional liberal de 1853, sostenía: *“si rompemos normas anquilosadas, si despreciamos corruptelas, si emprendemos caminos hasta ahora ignotos, no será precisamente en desmedro de nuestra Carta Fundamental, sino por imperativo de un nuevo resurgir de sus sabios principios”*.⁶⁰

Las modalidades en que el peronismo dialogó con los partidos políticos representados en el Parlamento se convirtieron en una de las cuestiones nodales en donde se expresaron las principales transformaciones en materia discursiva.

En los primeros años de su gobierno, Perón se congratulaba por la libertad que tenía la oposición para expresarse, llamando continuamente al diálogo e instando a la construcción conjunta. Sin embargo, con el tiempo, esta idea de la necesidad del trabajo colectivo fue mutando y las críticas ante las estrategias que tomaba la oposición para enfrentar al oficialismo fueron aumentando en crudeza.

Por otro lado, en lo que a los contenidos económicos respecta, el lugar que ocupaba la industria en los discursos fue bastante central. Perón presentaba al peronismo como el gobierno que inauguraba la era industrial. A lo largo de los nueve años en que el presidente se dirigió al Congreso para inaugurar sus sesiones, el tópico fue eje fundamental del plan de acción peronista. Recién a partir de 1949 - con la crisis de balanza de pagos - la situación agropecuaria comienza a tener mayor visibilidad, pero siempre entendiéndola como necesaria para mantener la vitalidad del desarrollo de la industria nacional. Discursivamente esto era articulado no solo desde la necesidad de redistribuir las ganancias del modelo agropecuario (y su rol como principal generador de divisas) sino también frente al apremio de la producción de materias primas y un mayor desarrollo energético.

La industria aparecía como necesaria para cumplir el objetivo del pleno empleo; además sería el sector que incorporaría a los obreros formados en las escuelas técnicas

⁵⁹*DSHCSN*, 1947, Vol. 1, p. 5.

⁶⁰*DSHCSN*, 1946, Vol. 1, p. 63.

impulsadas por el peronismo, quienes eran las figuras centrales para el estímulo del mercado interno a partir de su protagonismo como consumidor de los productos nacionales. *“La riqueza de un país depende: de su potencial humano con su grado de organización, su espíritu de iniciativa y su trabajo; de la extensión y fertilidad de su suelo; de su producción y reserva de materias primas y energía; de sus plantas industriales, de su tecnicismo y del desarrollo de su investigación técnico científica; de su red vial y elementos de transporte que faciliten la distribución fácil y el comercio (...), de una buena organización de crédito y finanzas (...) y de la armonía y solidaridad social”*.⁶¹

La premura de producir en pos de la exportación y para autoabastecer la industria evitando depender de precios y variables externas explicaba a su vez la necesidad que aparecería posteriormente de dar impulso a la industria pesada. Para ello pasaría a ser primordial la incorporación de capitales extranjeros que en un inicio eran contemplados como enemigos.

Una cronología de trabajo

Leídos en conjunto, los discursos de apertura transitan un proceso que concluyen aproximándose a una especie de elipsis en su legitimidad discursiva. Las primeras alocuciones son formales y sobrias, y van ganando en intensidad a medida que nos vamos acercando a los años más difíciles del peronismo: el periodo 1950-1952 es, justamente, en donde se dan los discursos más extensos y dramáticos. Posteriormente a esto, las exposiciones vuelven a entrar en un tono “normalizador”, se acortan y se estructuran en un discurso mucho más reglamentado y uniforme pero ya totalmente estructurado en torno a la “doctrina justicialista” elevada entonces a “doctrina nacional”.

Se pueden entonces diferenciar tres periodos sobre los cuales analizaremos los siguientes ejes de trabajo: *la industria; los obreros y su formación por parte del Estado; la consolidación de la doctrina nacional* y, finalmente, *el rol de la oposición*.

⁶¹La cita concluye: “Dentro del grupo de ideas expuestas (...) la economía nacional debe basarse en que el Estado fiscalice los fundamentos de aquella, quedando a la iniciativa privada, a veces en colaboración o forma mixta con el Estado o exclusivamente por su cuenta, el desarrollo de la producción y la manufactura de sus artículos”. *DSHCSN*, 1946, Vol. 1, p. 70.

1. 1946-1949, los años de **configuración**, expresan a un peronismo en búsqueda de su estructuración identitaria. Los valores determinantes eran la defensa de la república y la democracia liberal: la necesidad de la participación de la oposición y la libertad de la prensa como principios fundantes de su legitimación política. El discurso se estructuraba a partir de los logros del plan de gobierno. El optimismo era un eje determinante y la necesidad de expansión industrial supeditaba claramente al sector agropecuario a la hora de pensar en el desarrollo productivo del país

2. 1950-1952, el período de **consolidación**. Hay un claro aumento de densidad emotiva-dramática que manifestaba la consolidación del peronismo en el poder, la profundización de sus principales rasgos identitarios y los problemas económicos crecientes, aunque reivindicando la épica vinculada con el proceso de industrialización. Esto fue acompañado de la cada vez menor participación de la oposición en los cargos parlamentarios debido a las distintas reformas políticas impulsadas por el peronismo que limitan su participación. Los discursos se desarrollaban en una apelación constante a la épica y, por medio de ella, la articulación de conceptos que comenzaban a dar cuerpo a la idea de una “Doctrina Justicialista”. A diferencia del periodo anterior, dónde no había referencias explícitas, Evita aparecía nombrada como fundamental hacedora y figura base de esta nueva identidad.

3. 1953-1955, los años de **reconfiguración**. Fue un período de síntesis: se manifestaba una clara uniformidad discursiva. El justicialismo ya no se entendía como una cuestión partidaria, sino que era presentado como una “Doctrina Nacional”. Las referencias que aludían a la marcha de la estructura institucional del Estado y a las políticas públicas dejaron de ser el eje de las alocuciones, que se centralizaron en la defensa del peronismo como la expresión y síntesis del pueblo argentino, quedando definitivamente recusada la búsqueda de legitimación política desde la tradición liberal republicana y centrándola, ahora, en otros aspectos, entre ellos el imaginario industrial que se había logrado consolidar.

Primer periodo (1946-1949)

Sobre la industria

Perón defiende vehementemente a lo largo de todo su gobierno el rol del Estado como eje fundante del desarrollo industrial. *“Tradicional y dogmáticamente, nuestra política económica descansó en la convicción de que el Estado debía rehuir toda participación en el ejercicio de actividades industriales. La experiencia ha demostrado, sin embargo, la imposibilidad de que economías jóvenes y vigorosas como la nuestra, aguarden pacientemente a que la iniciativa privada alcance la debida madurez o que, sin adoptar adecuado resguardo, se les confíen actividades o riquezas vinculadas a soberanos intereses”*.⁶²

La idea de un Estado que no debí quedar supeditado a iniciativas privadas, consolidaba un paradigma alternativo a un modelo económico que, si bien había sido objeto de amplias reformas durante los años treinta, era representado como articulado en torno a la producción y exportación de bienes primarios. Por otro lado, Perón expresaba desconfianza hacia los capitales extranjeros y sus objetivos productivos en nuestro país, por lo cual en este primer momento el rol del Estado y de los capitales nacionales fue el eje de la configuración del imaginario industrial.

La idea de la industrialización como un último estadio evolutivo de los países era algo propio de la época y en los discursos de Perón aparcería una y otra vez: *“de nación pastoril y ganadera debemos pasar a ser una nación industrial (...) permitiremos que se desplacen por sí solas aquellas industrias que, si bien prestaron una gran utilidad en momentos de crisis, hoy serian (...) perjudiciales para la armonía en las relaciones entre países productores y consumidores. Protegeremos, en cambio, las que propendan a elevar el nivel de vida de la población reportando juntamente con una ventaja económica un beneficio social al país”*.⁶³

Tales concepciones, para el mandatario, implicaban una línea de continuidad ideológica que retomaba los debates de la década del cuarenta basados en la necesidad de impulsar la industrialización y daba cuenta del papel del Estado en el cambio estructural planteado. Uno de los teóricos principales de estas concepciones había sido Alejandro Bunge quien había sostenido la necesidad de orientar el esfuerzo nacional, en forma

⁶²DSHCSN, 1946, Vol. 1, p. 72.

⁶³DSHCSN, 1948, Vol. 1, p. 28.

enérgica y clara, hacia el perfeccionamiento de la producción, multiplicando sus cultivos, no en extensión, sino en variedad, explotando las minas, aumentando los rendimientos y ampliando y creando la producción de manufacturas, en cuyo proceso incluso aceptaba la posibilidad de acordar una protección limitada relacionada con los avances de eficiencia que se lograran concretar (Villanueva, 2010, 74; González Bollo, 2012, 91 - 128). En palabras del propio Bunge, *“el día que hayamos aprendido a fomentar la explotación (...) de nuestras industrias de elaboración, de la propia materia prima (...): ese día habremos iniciado la segunda etapa de nuestro progreso”* (Bunge, 1927). Perón retomaba estas ideas al sostener: *“en los estudios realizados en el Consejo Nacional de Posguerra, quedó asentado que la industrialización representa: a) independencia económica, b) independencia política c) equilibrio económico d) intensificación del trabajo e) mejor formación profesional f) mejores retribuciones. Por lo tanto, para ostentar con orgullo el estado de mayoría de edad que representa la industrialización de un país, debemos proteger y fomentar la industria sana y útil, base de trabajo, de producción y escuela de prácticos y técnicos; facilitar el desarrollo de las actividades productivas industriales y comerciales; (...) fomentar el establecimiento de industrias protegiendo especialmente a las que elaboren materias primas nacionales; fomentar industrias locales en zonas áridas y semi desiertas; coordinar la producción industrial entre sí y con un vasto plan de obras públicas; sistematizar los cálculos de los costos; aligerar las cargas fiscales”*.⁶⁴

De acuerdo a estos preceptos, el único sendero para el progreso del país era a través de un proceso de industrialización. Un año después, la definición fue más categórica: *“Hoy, por el bien y la grandeza de la patria misma, nos toca el singular privilegio de iniciar una nueva era. La era industrial. Etapa feliz que iniciamos bajos signos halagüeños”*.⁶⁵

Las definiciones de qué tipo de industria buscaba impulsar el peronismo transitan un camino sinuoso. Si en la primera cita el esfuerzo parecía estar orientado a todas las industrias, en la segunda se hace la aclaración de que el Estado solo incentivaría a aquellas

⁶⁴DSHCSN, 1946, Vol. 1, pp. 72-73. Se ha señalado que las ideas de Bunge y sus discípulos desempeñaron un papel clave en la definición de la estrategia económica oficial. Agrupados en torno de la *Revista de Economía Argentina*, alentaron la definición de políticas públicas y el desarrollo industrial y muchos de sus miembros pasaron a ser parte de la burocracia estatal. Y aunque luego de 1947 su influencia sobre el gobierno se diluyó, el grupo continuó apoyando y justificando las políticas peronistas (Belini, 2006, 28). Una de las directrices ideológicas de este grupo y del peronismo en esta etapa fue el cuestionamiento a la especialización agro exportadora.

⁶⁵DSHCSN, 1947, Vol. 1, p. 13.

empresas que no perjudicaran el vínculo con los países productores y que aportasen en el beneficio social del país (sin aclarar que alcances tenía este concepto exactamente). Sin embargo, la condición base era que respondieran a capitales *humanizados*. En la tercera cita, sin embargo, se establecía que las industrias que recibirían mayor apoyo serían aquellas que elaboraban materias primas nacionales y que se radicaran en zonas geográficamente desfavorables o desérticas. La constitución del imaginario industrial era, de esta manera, de contornos difusos y poco delimitados, lo que permitía que se fuese acomodando a las vicisitudes del contexto, de las políticas y los interlocutores.

Lo que si aparecía sin variaciones era que para impulsar un buen desempeño industrial, la cuestión energética era un eje principal a desarrollar: *“en materia de energía nuestra acción de gobierno ha sido presidida por tres ideas matrices: ampliar disponibilidades, pues a su volumen está subordinado el ritmo de crecimiento de la industria nacional, subsanar nuestra crónica dependencia del exterior en orden al aprovisionamiento de combustibles industriales y recuperar para el Estado las fuentes nacionales de energía y los servicios públicos a ésta vinculados”* (Cámara de Senadores, 1948, 19). En ese sentido, la descentralización industrial, otra necesidad que aparece de forma recurrente, solo iba a poder ser posible si las fuentes de energía se *“orientaban hacia la expansión y diversificación de la producción, procurando la instalación de las plantas industriales en las cercanías de los lugares en que se produce o extrae la materia prima y la energía”*.⁶⁶

A diferencia de las nociones sobre qué tipo de industria era deseable, lo que aparecía en las alusiones de Perón era el lugar central de la industria para alcanzar el pleno empleo y fomentar el mercado interno. En los discursos ante el parlamento, el presidente solía presentarlo en estadísticas presentadas como información técnica inapelable: *“los obreros ocupados (eran) 846.111 en 1943 y (...) 1.151.309 en 1947 (...) Correlativamente al aumento de ocupación industrial se produce el aumento en los salarios (...) (desde 1943 a 1947) se acrecientan en 171,9% (...) El aumento en el monto de los salarios pagados en la industria constituye un exponente significativo del afianzamiento paulatino de la industria nacional”* (Cámara de Senadores, 1948, 23). Los índices eran positivos: *“la producción industrial en el año 1948 ha sido muy superior a la de los años transcurridos desde 1943*

⁶⁶DSHCSN, 1948, Vol. 1, p. 29.

*inclusive; (...) el volumen físico de la producción industrial argentina (...) registra un aumento de 34,5% desde 1943(...) Los obreros argentinos trabajando menos producen más (...) el mayor rendimiento debe atribuirse a una mejor capacitación de los operarios como resultado de las medidas adoptadas y de la mayor cantidad de maquinarias instaladas como consecuencia de la política de industrialización”.*⁶⁷ Por otro lado, el número de establecimientos industriales se había incrementado - de 1943 a 1948 - en un 59%.

El peronismo buscaba estructurar un proyecto productivo desde los contornos del clásico modelo agroexportador por lo que se le dio especial centralidad a la industria en búsqueda de reflejar un nuevo horizonte productivo. Lo que no estaba delimitado era *qué* tipo de industria buscaba el gobierno impulsar, por lo cual sus decisiones en torno a esta cuestión fueron variando de acuerdo a los resultados de cada sector.

Sobre los obreros y su formación

Otro aspecto fundamental en la constitución del imaginario industrial peronista tuvo que ver con la formación de nuevos técnicos y obreros especializados. Para ello, la educación era presentada como de vital importancia: *“urge que la enseñanza se encamine a formar obreros eficientes en todas las especialidades”.*⁶⁸

Para Perón, el acceso a la educación y la formación profesional era fundamental y estaba vinculado estrechamente con el proceso de democratización:

“el carácter democrático no se adquiere por la circunstancia de que la institución elija sus propias autoridades (...) el sistema (...) resultará en términos generales oligárquico (...) demostrado su absoluta separación del pueblo y el más completo desconocimiento de sus necesidades y aspiraciones. (...) La incompreensión señalada tiene su origen (...) en la falta de acceso de las clases humildes a los estudios superiores universitarios. Para entrar en la segunda enseñanza y en las facultades necesita un mínimo de bienestar económico y ello a su vez por dos razones: porque los estudios son relativamente costosos y porque las familias modestas necesitan incrementar sus ingresos utilizando el trabajo de los menores (...) Se dice que la universidad argentina tiene carácter popular porque muchos estudiantes (...) proceden de familias de origen modesto;

⁶⁷DSHCSN, 1949, Vol. 1, p. 33.

⁶⁸DSHCSN, 1946, Vol. 1, p. 66.

*pero se olvida que se trata de familias que si bien originariamente eran pobres, lograron por sus esfuerzos o por circunstancias propicias (...) levantar una fortuna. Y el resultado es que siempre los estudiantes (...) son hijos de familias que desenvuelven su vida dentro de un ambiente cuando menos de pequeña burguesía. Trabajadores manuales o hijos de trabajadores manuales no llegan a las universidades, ni siquiera a la enseñanza secundaria”.*⁶⁹

Desde la perspectiva peronista, que los obreros y sus hijos no lograban acceder a la educación secundaria, y menos a la universidad, era un problema determinante derivado básicamente de la desigualdad social ya que los sectores más bajos no tenían ni los recursos ni el tiempo para estudiar dado que integraban familias que necesitaban de los ingresos de todos sus integrantes para sobrevivir. Para el proceso de industrialización la formación de la mano de obra era fundamental, por lo que desde la configuración del imaginario industrial peronista era necesario que los obreros pudieran acceder a estudios superiores, pero, además, era vital que las escuelas y universidades se adaptaran al proceso industrial. Desde la perspectiva de Perón, hacer partícipes de las nuevas condiciones de confort, consumo y dignidad social a los que hasta ese momento no habían accedido a ellas era lo único que evitaría un proceso de radicalización y violencia de los sectores trabajadores. En este proceso de ascenso social el rol del Estado era fundamental.

Con respecto a las políticas públicas en torno a esta cuestión, Perón señalaba: *“el Poder Ejecutivo ha intensificado su labor de carácter docente, teniendo como norma los principios de la revolución triunfante trasladados al plan para los años 1947-1951. Además de los estudios que representa la preparación para la implementación de la ley de reforma universitaria que figura en dicho plan, fue inaugurada una universidad obrera en Avellaneda (...) también el curso de capacitación para obreros (...) y se crearon en el interior 17 escuelas técnicas que han de servir de provecho eficiente a la juventud modesta hija del pueblo y de utilidad para la industria por la formación de obreros especializados”.*⁷⁰ El impulso se propiciaba desde una posición ideológica clara: *“no se nos escapa que en el fracaso individual hay una culpa indirecta de toda la sociedad y la carga de un peso muerto para el Estado. Para evitarlo, hemos creado escuelas técnicas de*

⁶⁹DSHCSN, 1946, Vol. 1, p. 67.

⁷⁰DSHCSN, 1947, Vol. 1, p. 10.

perfeccionamiento y otras de aprendizaje, en las que nuestros jóvenes, al adquirir los conocimientos de la rama industrial o comercial porque sienten vocación, adquieren los conocimientos y la preparación necesarios para integrar, después sin desventajas, los cuadros avanzados de especialistas que nuestra economía reclama”.⁷¹

Las citas refuerzan algo que ya habíamos trabajado con los Planes Quinquenales y que tenía que ver con la trascendencia que el peronismo le daba a la enseñanza técnica, una base fundamental en el proceso de apuntalamiento del imaginario industrial. Por otro lado, y en consonancia con su denuncia de la desigualdad ante la posibilidad del acceso educativo, el peronismo se alejaba de la idea liberal de que el éxito o fracaso escolar tenía que ver con el mucho o poco esfuerzo individual y lo asociaba con condiciones injustas de desarrollo social. El Estado era quien debía garantizar entonces las condiciones para que todos los sectores sociales puedan acceder a su propia formación profesional, y si lo hacían en el área de la técnica industrial tanto mejor para los planes del gobierno.

En línea con la reivindicación del lugar que en la arena pública debía ocupar el obrero industrial, Perón felicitaba al Congreso: *“entre los muchos aciertos que cabe señalar en la labor desarrollada por el Honorable Congreso, uno de los mejores ha sido la aprobación de la ley autorizadora de la erección de un monumento a los descamisados (...) Ojalá pudiéramos levantar pronto otro monumento a quienes por no ser descamisados se encontraban en mejores condiciones y las desperdiciaron, de servir a sus conciudadanos con menor egoísmo y de sacrificarse por la patria con mayor altruismo*”.⁷² La idea de erigir un monumento al obrero, trabajador, descamisado o cabecita negra, sujeto ideal con el que conversaba el peronismo en sus alocuciones, también marca la orientación industrial de un gobierno que asociaba su suerte al imaginario industrial que se empeñaba en consolidar.

La doctrina

En esta primera etapa, comienzan a esbozarse cuestiones doctrinarias que se profundizarían a lo largo del periodo. Desde el inicio, se habla de la inauguración de una nueva era *“en que no exista deuda externa (...) (lo que asegurará que) las decisiones*

⁷¹ Idem, p. 20.

⁷² DSHCSN, 1948, Vol. 1, p. 36.

*superiores de sus gobernantes no podrán estar influidas por cuestiones foráneas”.*⁷³ En conjunto con esto, *“las empresas de servicios públicos, la general adhesión a la política de recuperación, incluso de los adversarios de ampliar el dominio y funciones del Estado, es neto exponente de un sincero sentimiento de plenitud nacional (...) además de garantizar beneficios concretos a la población, facilita el acceso en plano de igualdad”.*⁷⁴ Al menos discursivamente, el peronismo no excluía a la oposición de la representación de los intereses nacionales. La “recuperación” de la economía argentina de las manos del enemigo inicial que prefigura el peronismo, expresado en el capital extranjero, había sido objeto de un aparente consenso que incluiría a los opositores.

Desde la perspectiva de Perón fueron sus *“inquietudes sociales las que (lo desviaron) (...) de mi trayectoria militar para intervenir activamente en la política (...) Recuerdo de que fueron aquellas inquietudes las que supo valorar el pueblo y las que le impulsaron a elevarme a la presidencia (...) Por eso deseo afirmar que se equivocan, cuando no con pequeña malicia, quienes andan propalando la posibilidad de un retroceso en materia de política obrera. Ni retroceso ni estancamiento. El avance en la legislación social ha de constituir a través de los años que dure mi presidencia, una de las normas fundamentales de la política gubernamental”.*⁷⁵

Sin embargo, daba cuenta de que ninguno de los cambios que se buscaba impulsar era en contra de la Constitución: *“el Poder Ejecutivo no tiene el propósito de efectuar bruscas ni fundamentales alteraciones en las normas básicas que rigen nuestra economía y que por lo tanto, cualquier reforma que se proyecte introducir será objeto de estudio, de una publicidad que permita la discusión pública de esas iniciativas y el trámite normal a que constitucionalmente deba someterse cualquier modificación de nuestro régimen legal”* (Cámara de Senadores, 1946, 76).⁷⁶ Un año después, en respuesta a las críticas de los sectores empresariales y de la prensa que eran partidarios del librecambio sostenía: *“hemos encauzado la economía, no la hemos dirigido. Encauzamos la economía hasta lograr de*

⁷³ DSHCSN, 1946, Vol. 1, p. 65.

⁷⁴ Ídem, p. 72.

⁷⁵ Ídem, p. 73.

⁷⁶ Ídem, p. 76.

*ella la máxima eficiencia; utilizándola no solamente como fin, sino también como un medio, el mejor de los medios para la consecución de su fin último: el bienestar general”.*⁷⁷

En estos primeros años Perón se mostraba cauto a la hora de presentar discursivamente sus proyectos con el propósito de alcanzar el mayor grado de consenso y legitimidad posible. Para ello intentaba contemporizar con la oposición dando cuenta de su intención de mantener el statu quo, y asegurando el debate y discusión de las posibles modificaciones por medio de los mecanismos constitucionales, aunque ponía al Estado en el centro como el garante de controlar que se cumpla la condición última del justicialismo: la redistribución de riqueza orientada al bienestar social general de la población.

En este sentido, una constante a lo largo de los tres periodos sería su defensa de las acusaciones principalmente de los sectores empresariales - con eco en algunos sectores de la oposición- que lo vinculaban con la destrucción del orden capitalista: *“dijeron mis detractores de la hora revolucionaria que yo era un enemigo del capital. (...). Cómo pueden ser enemigos del capital un hombre y una causa que buscan el juego armónico de los dos factores que integran la ecuación económico industrial: ¡el capital y el trabajo! (...) Muchas veces lo he dicho: necesitamos brazos, cerebros y capitales. Pero capitales que se humanicen en su función específica, que extraigan la riqueza del suelo de la tierra en el trabajo fecundo y que anteponga al mezquino interés del lucro individual, el bienestar del pueblo todo. Rechazo, en cambio, y formulo mi más enérgico repudio al dios de oro improductivo y estático, al supercapitalismo frío y calculador”.*⁷⁸

Esta reiteración casi textual de un fragmento de su discurso de apertura que repetiría dos años seguidos indica, por un lado, que las críticas opositoras en este sentido se habían mantenido y, por el otro, que Perón no se radicalizaba, sino que intentaba ampliar su base de legitimación y calmar ansiedades a partir de la conciliación. La búsqueda de integrar en la coalición de gobierno a los sectores empresariales también podía explicarlo.

Unos años después, ya en medio de la crisis de balanza de pagos, se producía un desplazamiento de sentidos en la representación de los opositores. Si las reformas peronistas habían buscado limitar los rasgos más abusivos del capitalismo liberal, ello no había sido acompañado por los partidos opositores:

⁷⁷DSHCSN, 1947, Vol. 1, p. 12.

⁷⁸ Ídem, p. 13.

“A nuestros enemigos no les preocupaban los abusos de poder porque siempre se realizaban en su provecho o en el de la clase que representaban. Cuando hablan de libertad, se referían a su libertad (...) y cuando señalaban la necesidad de mantener el orden público, se referían (...) a la necesidad de que el Estado dispusiese de la armazón coactiva indispensable para amparar al capitalismo en sus abusos contra las reclamaciones de las masas hambrientas (...) Una huelga era atentatoria al orden público porque minaba los fundamentos de la organización social. Un lockout representaba un acto incoercible porque no era sino la consecuencia del ejercicio del sacrosanto derecho de propiedad. Antes pedían gobiernos fuertes y ahora tienen miedo a la fortaleza del gobierno. Ello obedece, repito, a que el poder ha cambiado de manos y ya no se ejerce por y en beneficio de una clase privilegiada, sino a nombre y en provecho de todos los habitantes”.⁷⁹ La denuncia de lo que Perón consideraba como la hipocresía de ciertos sectores privilegiados era algo que se repetía a lo largo de sus alocuciones; el presidente una y otra vez intentaba exponer las contradicciones en la ideología liberal de muchos de los opositores políticos del peronismo.

Para la defensa de las nuevas directrices doctrinarias, se avizoraba ya desde tiempos tempranos la función básica que el peronismo le daría al ciudadano “*Hemos inculcado al pueblo, a ese pueblo humilde que fue siempre dejado de lado con un mendrugo mientras una minoría privilegiada se hartaba en la mesa de banquetes pantagruélicos, que una riqueza sin estabilidad social puede ser poderosa, pero será siempre frágil. A las masas trabajadoras se las encauza por un derrotero, con la fuerza de las bayonetas o con una obra de verdadera justicia social (...) Recordé que, si la economía no sirve para llevar el bienestar a toda la población, resulta cosa bien despreciable. (...) he cumplido mi anhelo: suprimir la lucha de clases, no orillando el problema sino yendo a la raíz del mal y suplantando la inocua ley de la fuerza por los acuerdos justos y equitativos entre obreros y patronos al amparo de la justicia estatal*”.⁸⁰

El peronismo se presentaba como un movimiento político alejado de la lucha de clases preconizada por el marxismo o los sectores revolucionarios de la época. Si bien el interlocutor principal de ambos fue el obrero, Perón insistía una y otra vez con que la clave

⁷⁹DSHCSN, 1949, Vol. 1, p. 25.

⁸⁰DSHCSN, 1947, Vol. 1, p.20.

era elevar al trabajador a un nivel de confort que lo hiciera respetar el orden social para evitar un proceso de radicalización. El desarrollo industrial necesitaba a la mano de obra, pero esta tenía que estar en condiciones de calidad de vida y posibilidades de consumo que el Estado debía garantizar.⁸¹

Sin embargo, si bien por un lado Perón afirmaba no buscar alterar el *statu quo*, por el otro concebía a su obra de gobierno como revolucionaria. En una incipiente construcción identitaria, reconocía en su línea histórica el ascenso del GOU de una manera parcializada: *“la revolución triunfante envainó las bayonetas y en lugar de hacer frente al pueblo, se hermanó con los humildes en ese gran anhelo de liberación (...) dimos al pueblo el espaldarazo de la consagración de sus libertades sociales y económicas”*.⁸² Este lazo histórico se completó con la instalación en el calendario de determinadas fechas conmemorativas buscando enraizar una tradición política nueva: *“la revolución del 4 de junio, el movimiento popular del 17 de octubre y las elecciones del 24 de febrero y 7 de marzo expresan la terminante voluntad del pueblo argentino de transformar radicalmente el régimen económico de explotación por el régimen económico de cooperación”*.⁸³ Esta construcción mítica de sus orígenes por parte del peronismo fue algo que la historiografía del período ya ha estudiado en profundidad (Altamirano 2007; Plotkin 2007; Sigal y Verón 2010).

Resulta interesante que, en este momento, respondiendo tal vez al respeto inicial por la tradición política liberal del siglo XIX, Perón rechazaba toda pretensión de que la nueva reforma constitucional modificara los preceptos establecidos en 1853 que limitaban el mandato presidencial a un solo periodo: *“Mi opinión es contraria a tal reforma (se refiere a la del artículo 77) y creo que la prescripción existente es una de las más sabias y prudentes (...) tal reelección sería un enorme peligro para el futuro político de la República y una amenaza de graves males que tratamos de eliminar desde que actuamos en la función pública (...) En seis años de gobierno un ciudadano debe dar de sí todo cuanto posee en*

⁸¹“Difundida la declaración de derechos, estamos ahora empeñados en la tarea de enseñar a cada trabajador cómo debe hacerlos valer ante sí mismo y ante sus semejantes. En otras palabras: crear una conciencia”
DSHCSN, 1947, Vol. 1, p. 20.

⁸²Ídem.

⁸³DSHCSN, 1948, Vol. 1, p. 38.

*bien del país. Luego es menester que llegue otro con nuevas ideas y nuevas energías para ponerlas al servicio del bien común”.*⁸⁴

La oposición a la propuesta de su reelección, entonces, se fundaba aparentemente en la necesidad de que aparecieran nuevos hombres que profundizaran el proyecto político peronista y en los peligros del personalismo: *“una pléyade de hombres jóvenes formados en nuestra escuela y fortalecidos en nuestra doctrina, serán nuestra prolongación en el tiempo y en el espacio (...) Es menester cambiar al hombre por la bandera. Esa bandera será nuestra doctrina y nuestros objetivos. Hagamos actuar a otros hombres, que ese es el único camino que nos conducirá por evolución orgánica a la consolidación y perennidad de nuestro movimiento”.*⁸⁵

Perón sostenía los preceptos de la democracia liberal: la alternancia en el poder era condición fundamental en su discursividad; la necesidad de sostener esta legitimación podía tener que ver con la ausencia de otras formas de validación política en esta instancia inicial del gobierno.

Sobre la oposición

En esta etapa inicial la oposición era presentada como fundamental para el desarrollo democrático y partícipe indiscutible de la cuestión republicana. Perón se congratulaba de *“la exposición de doctrinas sustentadas con honradez y propaladas con pasión por todos los partidos que han ido noblemente a la lucha comicial”.* El debate parlamentario aparecía como una herramienta fundamental para impulsar su plan de gobierno y llamaba al *“buen sentido del Honorable Congreso para que me preste ayuda en la consecución de un plan orgánico y práctico (...) De vuestro saber y de las normas que establezca el Poder Ejecutivo depende que no se malogre el momento”.*⁸⁶

Dando cuenta de la exposición realizada acerca de las políticas públicas del gobierno, Perón reconocía la posibilidad del desacuerdo: *“me he limitado al mero enunciado de los planes que animan al Poder Ejecutivo. En lo que a los mismos se refiere, doy por sabido que han de existir opiniones no coincidentes. Pero sí quisiera que todas ellas estuviesen*

⁸⁴DSHCSN, 1948, Vol. 1, p. 17.

⁸⁵ Ídem, p. 17.

⁸⁶DSHCSN, 1946, Vol. 1, p. 63.

conformes con la interpretación de los buenos propósitos que me animan".⁸⁷ Un año después, insistía en lo positivo de las críticas de la oposición: *"sí por el contrario vuestra opinión es que no hemos cumplido (...), vuestra opinión nos servirá de acicate para redoblar nuestro esfuerzo"*.⁸⁸

Si bien asomaban motivos de conflicto político con los opositores, Perón continuó sosteniendo la vigencia de las herramientas institucionales propias del funcionamiento del Parlamento: *"he de manifestar no ya el desagrado, ni mucho menos el enojo, sino simplemente la pena del gobierno al advertir la mala fe con que se quiere utilizar la situación financiera de la Nación con fines políticos. (...) Recientemente se han formulado por miembros de vuestra honorabilidad unas peticiones de antecedentes sobre esta cuestión. Su derecho resulta indiscutible y el examen del tema, si se hace con imparcialidad y desapasionamiento, habrá de resultar provechoso"*.⁸⁹

Es interesante observar que, más allá de las quejas de Perón, todavía se presentaba a la oposición como un actor legítimo y se le respondía dentro de los marcos institucionales, tratando de contrarrestar los discursos de la oposición que lo vinculaban con maneras autoritarias y fascistas. En este periodo inicial Perón se mostraba más contrariado por la postura de los medios de comunicación que la de los partidos políticos, y se quejaba de que en realidad las críticas de los diarios no eran un ataque al peronismo, sino a la democracia en su totalidad. Así, sostenía que él tenía *"fe en las instituciones republicanas de mi patria y respeto a todas las ideas y su exposición pública, aunque a veces no representan la manifestación de luchas reales sino mera exhibición de bajas pasiones. Si no hubiese mantenido ese respeto con exageración, no se habría producido el espectáculo de una prensa sistemáticamente destinada a la difamación y a la injuria (...) me inquieta más el constante intento de ciertos periódicos de llevar el desprestigio a nuestras instituciones democráticas"*.⁹⁰

A finales de los años cuarenta, el llamamiento a la colaboración de los otros sectores con el gobierno fue cediendo lugar. El accionar de los opositores comenzó a ser entendido como una devaluación del papel de *oposición leal* que otorgaba el sistema y comenzó a ser

⁸⁷DSHCSN, 1946, Vol. 1, p. 77.

⁸⁸DSHCSN, 1947, Vol. 1, p.5.

⁸⁹DSHCSN, 1946, Vol. 1, pp.64-65.

⁹⁰DSHCSN, 1947, Vol. 1, pp.5-6.

interpretado como irracional, guiado por pasiones que negaban la razón y la serenidad. El retroceso de los opositores en términos electorales era interpretado entonces como el “castigo” que el “pueblo” les daba a las fuerzas que se negaban a colaborar. *“El resultado de las elecciones habla bien claro. Aquellos que persistan en el empeño de sustituir la razón con el insulto, la serenidad con la violencia (...), la consideración a los legisladores humildes con la jactancia, no siempre justificada, de su superioridad de clase o de cultura, seguirán tirando piedras contra su propio tejado”*.⁹¹

Sin embargo, el objetivo de la unidad del pueblo conducía al presidente a redoblar la convocatoria a la oposición a que se sumase al apoyo de las políticas peronistas; la estrategia, contradictoria, implicaba negar el derecho de los opositores a disentir. Como las políticas oficiales eran entendidas como las que más convenían a los intereses nacionales, la oposición a ellas aparecía como “traición”:

“La obra que los argentinos hemos emprendido no es exclusiva de un partido ni de una fracción ni de un grupo. Las puertas no están cerradas para nadie, porque la historia de los pueblos que avanzan no tiene colores ni programas.(...) es preciso que cada uno elija entre seguir viviendo en un momento opaco o se atreva a dar resueltamente el primer paso hacia su propia redención. ¡Si alguien no sigue el camino no es ciertamente porque lo encuentre cerrado! (...) Los hombres y los partidos yerran a veces, pero la profunda vocación de los pueblos no se equivoca jamás”.⁹²

A medida que el peronismo se consolidaba en el poder encontraba maneras diferentes de legitimarse. Esto explica el alejamiento paulatino de las formas y directrices de la “democracia liberal” que en un principio habían servido de base y que fueron siendo abandonadas por otras construcciones, entre ellas la configuración de desarrollo productivo y consolidación simbólica que implicaba el nuevo imaginario industrial que comenzaba a delimitarse.

En consonancia con esto, el peronismo había introducido en el Congreso una novedad disruptiva: obreros y sectores populares como representantes legislativos. Perón distinguía entre estos nuevos sectores – peronistas – y la vieja clase política: *“(nuestras) cámaras están dando tan señalado ejemplo de asiduidad, posiblemente animados esos críticos por*

⁹¹DSHCSN, 1948, Vol. 1, p. 15.

⁹²DSHCSN, 1949, Vol. 1, pp.46-47.

*la circunstancia de que una parte considerable de los componentes de las mismas (...) está integrada por trabajadores humildes, a veces procedentes de la clase obrera. (...) La Nación no es patrimonio de los doctos ni menos de los adinerados, sino que está formada por todos. Por los ricos y por los pobres, por los cultos y por los ignorantes. Entre todos se forma la vida diaria. Sin la ciencia y sin la inteligencia es verdad que llevaríamos una existencia primitiva, pero no es menos cierto que sin el esfuerzo muscular, sin la habilidad manual, la ciencia y la inteligencia no encontrarían, o tendrían muy limitado, el campo de sus actividades. La cultura de los trabajadores modestos podrá ser deficiente, pero ellos conocen mejor que nadie las necesidades y los problemas de los núcleos más débiles. Su experiencia suple las deficiencias de su preparación y su labor legislativa – por ajustada a las realidades – puede ser más útil que la de los meros teorizantes”.*⁹³

Con esta división Perón trasladaba y recreaba en la Cámara las tensiones sociales que – sostenía - existían en la sociedad argentina y cuyas políticas peronistas se ocuparían de ponerle fin. Para el peronismo, la introducción de legisladores provenientes de sectores populares permitía por primera vez que en el Congreso se expresara, aunque sea mínimamente, la diversidad y conflictividad característica de una sociedad capitalista. Desde esta construcción discursiva, la vieja élite dirigente representaba a los sectores más acomodados mientras que los peronistas encarnaban a los marginados del sistema.

Esta perspectiva y la nada fortuita elección de trabajadores como representantes legislativos por parte del peronismo tenía que ver con la consolidación de un imaginario industrial que presentaba como partícipes determinantes de su desarrollo a una clase obrera que no solo era artífice principal del modelo económico ideal del justicialismo, sino que era, además, su principal interlocutor y su representante directo en los poderes del Estado.

Segundo periodo (1950-1952)

A comienzos de la década del cincuenta se produjo un replanteo del proceso industrial. La producción no crecía por falta de máquinas que solo podían venir del exterior, pero el país no generaba las divisas para comprarlas y tampoco se veían posibilidades a mediano plazo debido a las dificultades del agro (Schvarzer, 2000, 221).

⁹³DSHCSN, 1947, Vol.1, pp. 6-7.

Pese a esto, las palabras iniciales de Perón en la apertura del año 1951 – último de su primera presidencia y cercano a su inminente reelección- sintetizan bien el espíritu discursivo que encarará el peronismo sobre el tema industrial en esta segunda etapa: “*la primera parte de mi exposición tenderá a demostrar que la grandeza nacional es mayor que cuando llegamos al gobierno. La segunda parte probará que los argentinos ahora son más felices que entonces*”.⁹⁴

Sobre la industria

Según una amplia corriente historiográfica, este es el momento entendido como el de la *vuelta al campo* y el relego de los planes de industrialización. Para Girbal-Blacha, “*la propuesta de planificación quinquenal presentada originalmente por el Estado se reajusta y modifica una y otra vez, haciendo virar el discurso oficial (...) el peronismo resulta, él mismo, artífice de una “vuelta al campo” que refuerza el poder del sector rural, de las cooperativas agrarias (...) y de las tradicionales agroindustrias (...) El IAPI cambia diametralmente su función y (...) pasa a subsidiar al agro*” (Girbal-Blancha, 2003, 261). Según Rougier y Brennan, la crisis del sector agroexportador y el estancamiento industrial que comienzan en 1949 y se profundizan en 1952, fue lo que impulsó al gobierno a promover el incremento de la producción rural y la profundización de la industrialización por medio del Segundo Plan Quinquenal (Brennan y Rougier, 2013, 96).⁹⁵

Sin embargo, desde lo discursivo, debe matizarse este corte: la industria continuaría siendo un eje fundamental en las exposiciones del mandatario en el Congreso: “*el país presenta (...) la etapa industrial de su ciclo económico. (...) Teníamos evidentemente, un país poseedor de una potencialidad extraordinaria que dormía, esperando su tiempo, en todos los rincones de la patria*”.⁹⁶

Si bien el sector agropecuario comenzaba a tener una mayor presencia como variable económica necesaria para sostener el modelo, el eje discursivo seguía haciendo foco en la necesidad de industrializarse. Para Perón, Argentina sólo había tenido dos oportunidades para ello: la primera había sido durante la Primera Guerra Mundial y había sido malograda

⁹⁴DSHCSN, 1951, Vol. 1, p. 7.

⁹⁵En cambio, otros autores como Ferrer (1977) han sostenido que recién en el año 1952 se produce el cambio de rumbo económico.

⁹⁶DSHCSN, 1951, Vol. 1, p. 18.

durante la posguerra debido a lo que calificaba como *“la ausencia total de previsiones gubernamentales que debieron proteger a aquella industria que prometía progresar rápidamente en nuestro país.”* En cambio, en la segunda posguerra, el proceso había sido diferente debido a que desde el estado y del Consejo Nacional de Posguerra se había previsto enfrentar la competencia renovada de los productos importados.

En cualquier caso, a comienzos de los años cincuenta el presidente ratificaba que la política oficial buscaba industrializar el país: *“Mi gobierno ratifica hoy (...) su decisión inicial de auspiciar la creciente industrialización de la Nación porque seguimos creyendo que en nuestro país puede y debe producirse el ciclo integral del proceso económico, que se inicia en la producción agropecuaria y debe terminar en la más alta industria. Cuando lleguemos a ese nivel definitivo la independencia económica será total”.*⁹⁷

Este fragmento expresa la ruptura con el paradigma del modelo agroexportador que ponderaba la riqueza del suelo como fuente central del progreso argentino y que había forjado la matriz identitaria nacional. Vemos cierto corrimiento discursivo dado que se le vuelve a dar al sector agropecuario un sector de predominancia, ahora era presentado como la instancia inicial, el cimiento que debía apuntalar el desarrollo industrial para lograr la plena soberanía económica. Desde la perspectiva del mandatario, esto último solo había sido propiciado por el gobierno del GOU y el gobierno peronista, que buscaron no solo proteger las industrias nacidas del contexto histórico particular de la Segunda Guerra sino expandirlas y diversificarlas.

A pesar de esta orientación, la escasez de divisas lo conducía a justificar una “vuelta al campo”: *“Cuando la economía de un país es puramente agropecuaria, como era la economía que encontramos, si no tiene un mercado interno que cubra con sus requerimientos toda la producción, fatalmente ha de depender de los precios del mercado exterior, y ha de estar a su arbitrio. Eso era lo que sucedía en 1943. Nosotros pensamos entonces que debíamos lograr la mayor independencia posible para la colocación de nuestra producción agropecuaria. Por eso propiciamos la industrialización del país. El proceso industrial actúa sobre el proceso agropecuario de dos maneras: elevando por un lado el estándar de vida de los trabajadores, aumentando con ello el consumo; y, por otro lado, valorizando la producción agropecuaria cuando el proceso industrial se ejerce*

⁹⁷DSHCSN, 1950, Vol. 1, p. 17.

directamente sobre el proceso básico de producción agropecuaria". Según el discurso presidencial la industrialización bien conducida *"podrá proveer oportunamente de maquinarias y elementos útiles a la producción agropecuaria y se cerrará así, también, por este lado, el ciclo del proceso económico que de esta manera recupera su equilibrio"*.⁹⁸

Podemos observar algo analizado en el capítulo anterior: Ante una coyuntura económica adversa, el peronismo reconfigura discursivamente los contornos de su imaginario industrial. Si hasta ese momento la clave interpretativa sostenía que era necesario imponer el proceso industrial por sobre el agrícola, esto se reelabora y se pasa a defender la idea de la necesidad de complementariedad y armonía entre agro e industria. De esta manera, el peronismo buscará responder además a las críticas de los sectores más liberales en lo económico que acusaban al peronismo de alentar una industrialización ineficiente sostenida únicamente por la transferencia de ingresos desde el sector agrario pampeano y el proteccionismo.

Perón reconocía, sin embargo, que el impulso del proceso industrial había generado desbalances: *"en orden a la producción agropecuaria la industrialización del país ha creado un cierto desequilibrio en la mano de obra que indudablemente ha actuado como una causa eficiente en la disminución de las áreas sembradas (...)pusimos en este año todo nuestro empeño en dotar al agro con los elementos mecánicos necesarios para que la siembra de 1950 sea la que el país necesita para mantener el ritmo de su economía"*.⁹⁹

Para el presidente, los desequilibrios provocados por el desarrollo industrial sólo podían enmendarse con mayor industrialización, por lo cual sostenía que era fundamental *"el progreso de la industria agrícola argentina ya que estamos decididos a conseguir, en el Segundo Plan Quinquenal, la autarquía del país en este fundamental terreno de la economía nacional"* Así, *"el país no olvidará jamás que parte de su independencia económica fue alcanzada a costa del esfuerzo de sus agricultores"*.¹⁰⁰

Nos encontramos con que la dicotomía agro vs industria buscaba resolverse a partir de los estímulos al sector agropecuario y el impulso a la industria agrícola. Sin embargo, el desarrollo agrícola seguía siendo, al menos desde lo discursivo, el sector previo para el impulso del desarrollo que estaría dado por el avance en el plano industrial. Desde la

⁹⁸DSHCSN, 1950, Vol. 1, pp. 18-19.

⁹⁹ Ídem, p. 20.

¹⁰⁰DSHCSN, 1951, Vol. 1, pp. 9-10.

perspectiva de Perón, Argentina ya no era un país meramente agropecuario: *“la habilidad, el esfuerzo, el sacrificio, el espíritu emprendedor de los argentinos se expresa cada día bajo nuevas formas industriales y la Nación entera va siendo cubierta progresivamente con infinito número de fábricas. En cada una de ellas, señores, el movimiento peronista puede ver su propio triunfo como una victoria más de la nueva Argentina”*.¹⁰¹

De esta manera, en este segundo período y a partir de un cambio discursivo claro, el sector agroexportador volvía a ser partícipe de las preocupaciones oficiales. Sin embargo, el discurso de Perón buscaba asociar la suerte del campo con la del desarrollo industrial. En 1952 Perón sostenía: *“apoyamos a la industria nacional de maquinaria agrícola (...) el país no tiene ya necesidad de importar otro tipo de maquinaria agrícola que no sean tractores y si se cumplen nuestros planes (...) (pronto contaremos con nuestros) propios tractores”*.¹⁰²

En su búsqueda de impulso al desarrollo industrial, el peronismo se había enfrentado con numerosos reclamos y oposiciones: *“nuestros adversarios (...) nos acusaron (...) por el error que según ellos cometíamos promoviendo el incremento industrial de la Nación. Decían que el país no podría soportar el crecimiento industrial; que íbamos a romper el equilibrio económico de la República; que despoblaríamos el campo cegando así las fuentes primarias de la riqueza nacional; nos atacaron sin ninguna reserva cuando empezamos a industrializar la producción agraria, declarando que con ello íbamos a cerrar nuestros mercados compradores del exterior; dijeron que era una locura electrificar la Nación para descentralizar la industria y abrirle nuevas posibilidades; y cuando alguna vez, en la ejecución de nuestros planes, aparecieron las dificultades propias de las grandes empresas, entonces celebraron nuestra aparente derrota como si en ella no hubiese podido ser vencida (...) la misma patria”*(Cámara de Senadores, 1951, 11). En esa construcción discursiva la industrialización aparecía como un programa alcanzado e incuestionable: *“ahora que el progreso industrial es una inmensa y absoluta realidad... ¿Quién puede negarnos el inalienable derecho de reclamar, para nosotros, la gloria y el honor de decir que cada nueva fábrica es un triunfo de la nueva Argentina?”*.¹⁰³

La trama social de la industrialización peronista había tenido durante mucho tiempo el eje puesto en la redistribución del ingreso, algo que fue duramente criticado por sus

¹⁰¹ Ídem, p. 11.

¹⁰² DSHCSN, 1952, Vol. 1, p. 25.

¹⁰³ Ídem, p. 11.

opositores. En palabras de Perón: *“dijeron (...) que habíamos echado a perder al obrero argentino, que lo habíamos mal enseñado, que no volvería ya a producir como antes. En esto último tal vez tengan razón: ningún obrero argentino será jamás objeto de ninguna explotación. Pero ahora resulta que con el mismo número de obreros se produce más... y eso no puede tener más que una sola explicación: los obreros trabajan mejor”*.¹⁰⁴ Juzgaba duramente los pedidos de retorno al modelo agroexportador de los opositores y de los círculos económicos tradicionales que sostenían que el país estaba mejor cuando producíamos y exportábamos más trigo y carne. En cualquier caso, los problemas económicos aparecían como una crisis pasajera. La misma crisis de divisas había obligado a hacer más profundo y fuerte el desarrollo industrial, ya que *“hoy podemos decir con toda verdad que la mejor protección de nuestra industria fue, precisamente, la escasez de divisas. Ella aguzó el ingenio de nuestros técnicos, de nuestros obreros y de nuestros industriales, que empezaron a buscar en el país lo que no podían traer del extranjero y nos ahorró así el trabajo de crear barreras aduaneras”*.¹⁰⁵

El desempeño virtuoso de una industria que había sufrido múltiples vicisitudes y golpes externos - según planteaba Perón- era obra de dos sectores que habían sido claves para la supervivencia del modelo industrial: el propio gobierno, sí, pero también los obreros formados bajo el peronismo. Para comienzos de la década de 1950, Perón apuntalaba un imaginario industrial específico que era exclusivamente peronista, ya que desde la perspectiva del gobierno ningún sector de la oposición había estado dispuesto a acompañar los esfuerzos en pos del desarrollo fabril. El peronismo, de esta manera, reivindicaba para sí discursivamente la autoría exclusiva del imaginario industrial que había logrado el pleno empleo y la felicidad del pueblo.

Un año después – en 1952 - Perón seguía esbozando las dificultades que todavía presentaba la industrialización del país. Utilizaría un concepto que tendría larga proyección en los debates sobre la industrialización y que había sido introducido poco antes por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL): la idea de que la ISI como estrategia de desarrollo permitía “el ahorro de divisas”.

¹⁰⁴ Ídem, p. 12.

¹⁰⁵ Ídem.

“nuestra industria, si no produce por lo menos todavía gran cantidad de artículos exportables con el consiguiente aporte de divisas, las ahorra, evitando el gasto que hacíamos antes en esas importaciones. ¡La mayor parte de la nueva industria nacional se ha financiado con la economía de divisas que antaño se gastaban pagando en el exterior la mano de obra que ahora pagamos aquí... y así de paso se explica también que mantengamos al país con plena ocupación!”

Ahora bien, Perón no dejaba de reconocer en esta etapa el papel primordial del sector primario exportador. *“Lógicamente, a pesar de todo cuanto hemos hecho en el orden industrial, nuestra riqueza sigue siendo, como la riqueza del mundo, radicalmente agropecuaria”*.¹⁰⁶ De esta manera, introduce una nueva variable para justificar el proceso industrializador. La industria no solo era deseable porque consolidaba el empleo y el consumo interno, sino porque permitía la posibilidad del ahorro de divisas. Esto último era esencial en un momento en que la producción agropecuaria exportable se estancaba o sus precios internacionales se deterioraban.

Un cambio importante era el lugar que ahora se les reconocía a los empresarios en la industrialización. El progreso nacional en materia industrial no era sólo expresión del esfuerzo directo del Estado sino también de la actividad privada que: *“atraída por las condiciones de protección que el Estado le ofrece (...) (y) el adecuado y respetuoso control que el Estado tiene sobre la economía”* decide invertir en un país que mantiene *“una posición equidistante entre la libertad económica que solo sirve para permitir la explotación capitalista y la economía dirigida que es, en definitiva, el monopolio del Estado, tan explotador y asfixiante como el monopolio capitalista”*(Cámara de Senadores).¹⁰⁷ En este segundo período, entonces, el peronismo reconocía la necesidad de estimular al sector agropecuario sin el cual el desarrollo industrial del país era inevitable pero su proyecto a mediano y largo plazo seguía defendiendo el estímulo al modelo industrial como un enfoque estratégico de transformación estructural. Se le daba al agro un papel fundamental de estímulo inicial al proceso industrial, pero que se lo presentaba temporal: hasta el completo desarrollo del entramado industrial y su auto sustento.

¹⁰⁶DSHCSN, 1952, Vol.1, p. 15.

¹⁰⁷DSHCSN, 1951, Vol.1, pp. 17-18.

Sobre los obreros y su formación

En esta etapa la figura del obrero continuaba apareciendo en los discursos al Parlamento como uno de los protagonistas privilegiados del proceso económico. El crecimiento de la producción era visto como el resultado de la intensificación de los esfuerzos de los trabajadores, ahora mejor remunerados y con derechos reconocidos:

*“si el progreso industrial asienta uno de sus pilares en la reforma económica por nosotros realizada, es indudable que el otro pilar, más poderoso que el primero, es el espíritu, el corazón, el músculo y la inteligencia de los obreros argentinos que, gracias a nuestra reforma social han alcanzado una más vigorosa personalidad. Muchas veces he oído decir a los industriales extranjeros que han venido a trabajar en la paz de nuestra tierra, que ya no quedan, en el mundo, obreros como los argentinos (...) Lo único que se debe hacer, en cambio (...) es tratarlos bien (...) He querido repetir aquí los elogios (...) como desagravio frente a todo lo que de ellos han ido desparramando por el mundo los viejos y resentidos políticos de la industria y del comercio, que constituyeron la oligarquía plutocrática destruida por nosotros”.*¹⁰⁸

Este trabajador, además, ahora se capacitaba en una escuela que había sido transformada: *“hoy la escuela dice la verdad completa a los niños argentinos poniéndolos frente a los problemas reales de la vida (...) acercándolos a las fuentes mismas del trabajo; llevándolos a las fábricas y talleres para que aprendan en ellos que allí se construye la grandeza de la Nación. La escuela habla hoy a los niños argentinos de la verdad económica, de la verdad social y de la verdad política del país”.*¹⁰⁹

Como muchos otros tópicos de las críticas formuladas por la oposición liberal, Perón tomaba los reclamos sobre la intromisión del Estado en los programas educativos y los volvía parte de su estructura identitaria: *“a fin de ajustar nuestra educación a los preceptos y normas constitucionales, nos hemos liberado de los viejos prejuicios de la neutralidad escolar que fue siempre, en el fondo, una bien urdida mentira. La escuela no puede hacer como que ignora verdades substanciales para el hombre. Actualmente en las escuelas argentinas (...) se procura crear en el alma de los niños y de los jóvenes una conciencia*

¹⁰⁸ Ídem, p. 13.

¹⁰⁹ DSHCSN, 1950, Vol. 1, pp. 26-27.

*clara de la realidad espiritual, económica, social y política del país y de la responsabilidad que deben asumir en la empresa de lograr afianzar los fines de la Constitución (...) Nuestros adversarios dicen que es propaganda política. Lo mismo dijeron cuando empezamos a enseñar a los niños la verdad religiosa (...) nosotros decimos la verdad en todas partes, también en la escuela y principalmente en la escuela (...) si para ello la escuela debe violar ciertos viejos prejuicios y bueno, también para realizar la justicia social, la independencia económica y la soberanía política hubo que superar ciertos principios legales y constitucionales”.*¹¹⁰

Así, el peronismo se alejaba también de los preceptos de la escuela pública liberal. El impulso a las escuelas técnicas, el abandono de la idea de objetividad, el fin de la laicidad y el reemplazo de los discursos vinculados a la inevitabilidad del modelo agroexportador generaron un cambio profundo en la forma de concebir el paradigma educativo desde el peronismo. En este periodo se desarrolló la construcción definitiva de una nueva legitimidad sobre la cual se afianzaría el poder del gobierno. Las críticas a la escuela “neutra y apolítica” se sumarían a las cada vez más conflictivas relaciones con la oposición política y grandes diarios. El peronismo se encontraba en proceso de cristalización de una nueva doctrina que sería el eje de esa legitimidad. Las transformaciones en las perspectivas del modelo de desarrollo económico tuvieron correlato directo en cambios fundamentales del paradigma educativo y en la búsqueda de conformar un perfil de egresado de las escuelas y universidades públicas totalmente novedoso para nuestro país: un ciudadano-obrero preparado para la fábrica y formado en un imaginario industrial preciso.

La doctrina

La doctrina propugnada por Perón para este segundo periodo ya había comenzado a delimitar más claramente sus contornos y tenía vínculos directos con la doctrina social de la Iglesia. Conceptos de ambas eran coincidentes: “economía y justicia social”; dignidad humana del trabajador; la remuneración justa para el sustento de la familia obrera; cooperación entre los individuos, la presunción de un liberalismo corrupto y las sociedades intermedias con la necesaria intermediación del Estado. Estos términos se encontraban según Buchrucker en encíclicas católicas como por ejemplo *Quadragesimo Anno* y *Rerum*

¹¹⁰DSHCSN, 1951, Vol. 1, p. 36.

Novarum, aunque el peronismo le daba su propia impronta. Una de las discrepancias más importantes tenía que ver con el rol que le daba al sindicalismo de masas, algo en lo que la Iglesia Católica tenía gran desconfianza (Buchrucker, 1999, 306-307). Desde esta perspectiva, para Zanatta la influencia de ideas del catolicismo populista fue decisiva en la elaboración de la doctrina del movimiento peronista y la evolución intelectual del mismo Perón, aunque nunca fueron tendencias mayoritarias en el catolicismo de nuestro país. Si bien para este autor el proyecto católico de construcción de un nuevo orden cristiano no tuvo éxito en Argentina, el peronismo recogió muchas de sus banderas dándole a la Iglesia la posibilidad de ser un factor de poder ineludible desde ese momento en la política (Zanatta, 2005, 389-391).

Este período expresó la culminación de un relato doctrinario ecléctico con influencias directas del catolicismo social y que se reconocía en contra de las corrientes liberales y del capitalismo como sistema. En palabras de Perón: *“la oposición puso toda la experiencia y toda la literatura de doscientos años de doctrina capitalista..., de una doctrina que nadie, ni en el gobierno ni en la cátedra universitaria, podía discutir sin ser tenido por loco o, por lo menos, por excéntrico, que es el nombre aristocrático de la locura. Nosotros cometimos aquí las primeras herejías contra la verdad capitalista. Hoy (...) proclamo la victoria de nuestra herejía sobre la vieja verdad capitalista que se bate en retirada perseguida por los pueblos que ella explotó durante siglos”*.¹¹¹

El presidente indicaba dos momentos en el proceso de consolidación de una doctrina propia alejada de los ejes liberales capitalistas: *“La primera consistió en fijar los principios esenciales que debían orientar la conducta de nuestra Nación en los órdenes político, económico y social. La segunda etapa fue la de allanar todos los obstáculos (...) fue menester crear una doctrina nacional (...) la de todos los argentinos”*.¹¹²

Esta doctrina nacional ya no era meramente peronista, sino que se presentaba como garantía de la unidad nacional. Era por esto determinante que fuese conocida por todos los ciudadanos. Para ello, el rol de la escuela y la propaganda se entendía como vital: era necesario saberla y comprenderla para poder defenderla y exigir su cumplimiento.

¹¹¹DSHCSN, 1951, Vol. 1, p. 26.

¹¹²DSHCSN, 1950, Vol. 1, p. 6.

Algunos de los principales enemigos que encontraba la doctrina peronista eran “los que propician la vuelta a la economía libre, como si alguna vez ella hubiese existido en el mundo. (...) Ni les daremos la razón ni volverán al gobierno“ ya que “mientras ellos no se conviertan en pueblo, es decir, mientras no aprendan a trabajar, mientras no sientan en sus carnes mismas el dolor de sus hermanos y el dolor de la patria como si fuese su propio dolor, no podrán volver a gobernar, puesto que desde nosotros en adelante para gobernar se necesita como única y excluyente condición tener carne y alma de pueblo”.¹¹³ El discurso pasaba de la posibilidad del diálogo, el desacuerdo y el debate con la oposición a su simple exclusión.

Esta doctrina nacional propugnaba la Tercera Posición que establecía que Argentina no tomaría posición en el contexto del conflicto internacional de la Guerra Fría ni como capitalista ni como comunista, porque prohíba la explotación del hombre por el hombre: la base según la perspectiva del peronismo era la propiedad privada determinada por su función social y que el capital debe estar al servicio de la economía nacional. El objeto final era el bienestar basado en una economía social que ponía al capital al servicio de la economía. Perón recordaba que en cuanto presentó su programa económico, “toda la oligarquía capitalista del país se puso en nuestro camino para atajarnos y nos acusó de hacer economía dirigida. Siempre dije que este no era nuestro propósito (...) Para realizar la economía social (...) era menester que modificásemos algunos conceptos liberales y burgueses acerca de la propiedad. Por eso en nuestra concepción económica la propiedad no es un derecho individual absoluto sino relativo (...) no solamente (tiene) una función individual que cumplir sino una función social (...) poniéndose nuestra economía en el justo medio (...) economía justicialista”.¹¹⁴

Una clave de la concepción de organismos intermedios del peronismo tenía que ver con un Estado que garantizara la posibilidad de mediación entre sectores organizados corporativamente. Perón una y otra vez pedía en sus alocuciones que las fuerzas económicas se organicen: no solo los productores, sino también los industriales y las fuerzas comerciales. Con fuerzas económicas organizadas por la cooperación, tarde o temprano se podría llegar al ideal peronista: “dejarle el proceso económico en manos de

¹¹³ Ídem, p. 7.

¹¹⁴ Ídem, pp. 14-15.

*tales organizaciones, así como hoy prácticamente está todo el proceso social en manos de las organizaciones obreras”.*¹¹⁵

Nos encontramos en esta cuestión una novedad: la idea de que el papel activo del Estado, incluso reemplazando en ocasiones al capital privado, solo implicaba un acuerdo temporal en pos de esperar el desarrollo evolutivo del capital hacia preceptos “justicialistas” y “humanizados”. Por tanto, una vez que se formaran las organizaciones empresariales, como contrapeso a las organizaciones obreras, serían esas corporaciones las que debían hacerse cargo de la dirección del proceso económico e industrial.

Sobre los opositores

A partir de 1950 la arquitectura emocional de los discursos se vuelve más dramática, épica y emotiva y ello termina transformando definitivamente la forma de vincularse con los sectores opositores. Perón los describe de esta manera: *“después del período inicial de la Independencia política (...) fue apareciendo en el país una generación de políticos hereditarios (...) considerándose poseedores del inalienable derecho de gobernar al resto de los argentinos... y utilizando todos los recursos de las fortunas que formaban a expensas de ingentes concesiones de tierras o de privilegios inconcebibles fueron creando una oligarquía que gobernó al país durante casi un siglo (...) Desvinculados del pueblo, hicieron política de círculos para seguir explotándolo. (...) no sucedió lo mismo en nuestro movimiento, aunque probaron también coparlo (...) tentando a nuestros dirigentes, haciéndose a veces pasar por peronistas para regresar al poder! ... Son los que insinúan que no es conveniente que sigamos con nuestra política social; son los que si yo cometiese el error y la felonía de ametrallar a los hombres de trabajo como ellos lo hicieron en una semana trágica, estarían a mi lado gritando: ¡Viva Perón!”.*¹¹⁶

La oposición, entonces, no era ya presentada el adversario constructivo al que se buscaba conquistar y con el cual se intentaba construir, sino que aparecía asociada con las clases privilegiadas vinculadas al viejo modelo agroexportador que había provocado la expulsión hacia los márgenes de la mayoría del pueblo argentino.

¹¹⁵DSHCSN, 1951, Vol. 1, pp. 22-23.

¹¹⁶DSHCSN, 1950, Vol. 1, p.6.

Perón daba cuenta de una oposición cada vez más agresiva: *“frente a sus desplantes cada vez menos disfrazados y cada vez más claros en la maldad (...) nosotros ofrecemos ahora también la creciente resistencia de nuestras realidades fundamentales y la unidad maravillosa del pueblo que nos acompaña con plena conciencia del momento de lucha”*. En contraposición a la vieja clase política opositora el peronismo había *“elegido, como primera meta de nuestros afanes, a los sectores más humildes de la Nación, a quienes la vieja clase dirigente bautizó con el insulto glorioso de descamisado”*.¹¹⁷

Sostenía que durante su gobierno se habían mantenido todas las libertades individuales básicas. Pese a ello la oposición no había respondido a los llamados de conciliación y trabajo conjunto del peronismo: *“Durante todo mi gobierno han incitado permanentemente a la rebelión, sin que ello les produjese inconvenientes ni la limitación de la libertad por disposiciones del Poder Ejecutivo”*.¹¹⁸ No obstante, el presidente establecía una distinción entre la oposición leal y la que había tomado el camino de la rebelión: *“rechazo y desprecio a la oposición rastrera e indigna, del rumor y del anónimo que se maneja en las sombras y que se nutre con el dinero de los intereses extraños (...) A ésta solo puedo asegurarle una cosa: su destrucción. A la oposición altiva y digna argentina, aunque equivocada, le ofrezco sin ninguna reserva todos los derechos que la Constitución le otorga en el nombre de la verdadera democracia. A la oposición vendida y traicionera solo puedo ofrecerle todos los rigores de la misma Constitución en nombre de la democracia que ellos desconocen desde que intentan torcer la voluntad de la mayoría absoluta del pueblo argentino. (...) Lo único que quiero pedirles es que nos dejen trabajar tranquilos...mientras tengamos la mayoría del pueblo con nosotros. Si aceptan esta proposición, empezaremos a ignorarlos. Si no, ninguno de los medios legales y constitucionales a nuestro alcance dejará de ser utilizado para asegurarnos la tranquilidad que nuestra tarea necesita”*.¹¹⁹

Perón volvía a reclamarle a los opositores: *“no digo (que sean) peronistas sino opositores con dignidad y con altura (...) Lo malo (...) es que el pueblo no los quiere en el gobierno de ninguna manera... y eso que ya lo ha probado en las urnas por cifras*

¹¹⁷DSHCSN, 1952, Vol. 1, p. 9.

¹¹⁸ Ídem, p. 29.

¹¹⁹ Ídem, p. 29.

indudables”.¹²⁰ Con ironía, finalizaba: *“mañana, dirán otra vez que aquí reina la tiranía (...) se dará así, por lo menos una vez en la historia, el caso de un pueblo libre que ha decidido libremente gobernarse por una tiranía y esto no será muy lógico, pero ya es un progreso frente a los gobiernos democráticos que nuestra oposición elegía mediante el voto cantado y otros sistemas de fraude electoral*”.¹²¹

Así se establecía una línea divisoria: el mandatario establecía la idea de que existía una oposición leal que disputaba el poder por vía de las reglas institucionales y una que no respondía a ello. Llamaba a la concordia y hacía partícipe del juego democrático solo a la primera, aunque para ello esta debía reconocer que estaba equivocada. Mientras que al otro sector (al que caracteriza como rastrero, extranjerizante, traicionero) le advertía del uso de todos los instrumentos del Estado para neutralizarla.

Así, se expresaba un claro corrimiento de la base legitimante de la democracia liberal hacia una nueva concepción democrática más vinculada a lo plebiscitario, que en los años entrantes sería central a la hora de pensar la legitimación del peronismo.

Otro de los temas sobre los cuales Perón profundizaría en este segundo periodo se vinculaba al desprecio que los políticos “de oficio” manifestaban sobre los representantes más humildes del pueblo: *“el gobierno ha dejado de ser posesión de la oligarquía, y modestos hombres del pueblo, con su extraordinario sentido común, integran los cuadros de todos los poderes del país y de sus representaciones en el extranjero. Quienes primero creyeron insultarnos con el mote de descamisados y luego calificaron a nuestra victoria como aluvión zoológico, no podrán sino reconocer, por lo menos en lo íntimo de su conciencia (...) que los descamisados del aluvión zoológico han sabido defender en todas partes con ardoroso entusiasmo la dignidad nacional mejor que los más conspicuos políticos y diplomáticos de la vieja oligarquía*”.¹²²

Dos años más tarde, vuelve a referirse al tema: *“Traigo a la memoria de vuestra honorabilidad el ingrato recuerdo porque aquel aluvión zoológico es el que viene hoy a ofrecer a la patria como resultado de su idealismo descamisado y contra la soberbia de un*

¹²⁰ Ídem, p. 14.

¹²¹ Ídem, p. 29.

¹²² DSHCSN, 1950, Vol. 1, p. 7.

siglo oligarca de explotación y de miseria, un verdadero aluvión de bienestar y de grandeza”.¹²³

El primer mandatario volvía a repetir un ejercicio muy característico del peronismo: tomar los insultos de la oposición, incorporarlos a un imaginario propio y resignificarlos. Si la oposición política los calificaba de brutos, poco preparados y cabecitas negras, el peronismo lo incorporaba a su relato: ahora los obreros eran mayoría en la Cámara y expresaban sus experiencias vitales, lo que les permitían legislar de forma revolucionaria a favor de los intereses de una mayoría que hasta la llegada del peronismo había sido silenciada.

Tercer período (1953-1955)

Después de la reforma constitucional de 1949 y de la reelección presidencial de 1951, el espacio de participación del Parlamento en las políticas quedó cada vez más subsumido debido a que *“las reformas electorales habían reducido el número de representantes opositores a catorce diputados radicales”* (Belini, 2001, 98). Para 1955 la oposición había quedado comprimida en solo 12 diputados radicales. Estos cambios implicaron una alteración de las reglas del juego político, delimitando un Ejecutivo con mayores poderes y un Congreso que dejaba de ser el centro de argumentación política (García Sebastiani, 2005, 14-19). No es extraño, entonces, que durante este último periodo fuese notable la reducción de iniciativas parlamentarias y la asunción por parte del Congreso de un rol de mero legitimador de la política industrial elaborada por el peronismo.

En ese contexto, los discursos del presidente alcanzaron cierta uniformidad en el tono y consolidaron una liturgia peronista alrededor de ciertas fechas conmemorativas, la figura clave de Evita y la repetición de los cánones de la doctrina justicialista que ya se encontraba totalmente estructurada. Al mismo tiempo, en un Congreso mayoritariamente peronista y sin una oposición de relevancia numérica con la que confrontar, los discursos de apertura se caracterizaran por una mayor brevedad y una síntesis discursiva que era fruto de una identidad ya claramente constituida.

¹²³DSHCSN, 1952, Vol. 1, p. 23.

Sobre la industria

No caben dudas que la crisis de 1952 significó un momento decisivo para la economía argentina durante el peronismo. En su discurso de apertura de sesiones en 1953, el presidente retomará el análisis de esa coyuntura. En efecto, Perón justificó los magros resultados económicos e industriales de 1952 sosteniendo que, en realidad, éstos habían formado parte de una estrategia del gobierno: “*decidimos hacer de 1952 un año económico, por si volviesen a fracasar nuestras cosechas. ¿O acaso no fui yo quien provoqué la contención de los gastos del pueblo? ¿Acaso no fui yo quien anuncié una menor ocupación?*”.¹²⁴ Al mismo tiempo, sostuvo que esa coyuntura de crisis había servido para alentar la negociación entre capital y trabajo a través de las entidades corporativas. Es que en el contexto de la crisis quienes antes habían censurado sus políticas, ahora reclamaban la ayuda del estado para superar la crisis: “*los mismos numerosos (...) industriales que en 1946-1947 querían libertades económicas son los que ahora llegan todos los días a la Casa de Gobierno pidiendo economía dirigida para que el gobierno los saque del pantano (risas) (...) Nosotros nos vemos obligados a decirles (...) entiéndanse con la CGT o arréglense con la Confederación Económica Argentina (...) Vale decir: Entiéndanse con las organizaciones del pueblo*”.¹²⁵

En las transformaciones que se producen del imaginario industrial en este último periodo encontramos un discurso que pasa de defender la injerencia del Estado en el mundo fabril a un gobierno que comienza a dar señales de querer dejar en manos privadas las propias empresas que un par de años antes se jactaba de haber recuperado. La conformación de la Confederación General Empresaria (CGE) en 1952 tendría en esto un papel fundamental y clave para el inicio de la intención de corrimiento del Estado del papel central del proceso económico. El interés del peronismo por el desarrollo del Congreso de la Productividad de 1955 también tuvo que ver con esta intención: que las dos grandes centrales que representaban a los dos sectores vitales del desarrollo industrial se sentasen y pactase sus estrategias con el Estado solamente en un rol de mediador.

¹²⁴ DSHCSN, 1953, Vol.1, p. 15.

¹²⁵ Ídem, p. 16.

En lo relativo al papel del agro y de la industria, todavía a fines del período, encontramos a un Perón que daba cuenta del papel vital que tenía el sector agrícola en el desarrollo industrial y económico del país. En definitiva, reconocía la interdependencia de ambos sectores, alejándose de la imagen inicial que propugnaba una economía industrial autónoma: *“la economía agropecuaria es causa concurrente fundamental de la reactivación industrial, ha resuelto mantener para 1954 los precios que pagó por los cereales en 1953 a fin de consolidar el nivel de producción actual del campo”*.¹²⁶

La producción industrial *“recién comenzó a reactivarse levemente en el segundo semestre del 53. La reactivación fue más rápida en las industrias mejor organizadas, que creyeron con buena fe en los objetivos de reactivación agropecuaria que contenía nuestro Plan Económico. Es conveniente que la CGE y la CGT (...) cooperen de cerca con el gobierno”*.¹²⁷ Y agrega: *“en los últimos meses de 1953 vuelve a aumentar el número de horas que los obreros trabajan en la industria (...) toda nuestra economía se convertirá en una gran empresa solidaria, cuyas distintas actividades irán subsanando y corrigiendo, alternativamente, los hechos negativos naturales de las otras. Esto se logrará en la República cuando la industria pesada cierre el círculo de nuestra producción”*.¹²⁸

Se expresa en este recorte temporal cierto malestar a la hora de reconocer el peso específico de la actividad agropecuaria en la economía ante una industria que no terminaba de dar el salto cualitativo hacia la autarquía que le brindaría la industria pesada. Sin embargo, la creación de la CGE generaba expectativas favorables para lo que se consideraba como “la organización de la economía”. La conformación de la centralle daba cierto impulso al proyecto peronista de una economía organizada a partir de las corporaciones del pueblo.

Para 1955, el cambio del ciclo económico, con la superación de la crisis de 1952-1953, le permitía a Perón destacar *“la pujanza de una industria cuyo vertiginoso progreso ha eliminado para siempre las características coloniales y dependientes de un país mono productor”*¹²⁹ y los datos sobre la industria eran más alentadores: *“los índices del volumen físico de la producción industrial revelan para el año 1954 un aumento del siete por ciento*

¹²⁶ DSHCSN, 1954, Vol. 1, 18

¹²⁷ Ídem.

¹²⁸ Ídem, p. 23.

¹²⁹ DSHCSN, 1955, Vol. 1, p. 16.

sobre el año anterior”.¹³⁰ El crecimiento no se explicaba solo por el esfuerzo estatal, sino también por el de otros sectores: *“el Estado (...) ha encarado su financiación mediante el aporte conjunto del capital público y privado, nacional y extranjero. Todas las dificultades de una empresa de tanta envergadura han sido finalmente vencidas y la industria siderúrgica base fundamental de nuestra industria de transformación, se ha de convertir a breve plazo en una realidad palpable de la Nueva Argentina”*.¹³¹

La restricción impuesta por la escasez de divisas limitaba el crecimiento, lo que condujo al peronismo a plantear una rectificación del nacionalismo previo al alentar, mediante la Ley de Inversiones Extranjeras de 1953, el ingreso de capitales que permitieran al país, producir localmente lo que antes se importaba. Para Perón, la Argentina se encontraba ante un nuevo dilema: *“hemos llegado a un alto nivel de ocupación humana y de empleo, del capital nacional disponible, nos enfrentamos a una disyuntiva: o nos limitamos a seguir creciendo al lento ritmo de nuestra capacidad de ahorro, o aceleramos nuevamente el desarrollo mediante el concurso adicional de recursos extranjeros”*. Es por esto que *“los capitales que se incorporen al país deben ser objeto de selección (...) Es a ese fin que dictamos la ley de inversiones de capitales extranjeros (...) Debemos adquirir en el extranjero (...) artículos que no producimos (...) y para ello necesitamos divisas extranjeras y penurias por cese de abastecimiento (...) esa misma empresa extranjera que nos vende puede instalarse en el país y producirlo aquí, creando una nueva fuente de trabajo”*.¹³²

La rectificación de la política energética, que levantó polémicas en la oposición y entre sus propios partidarios lo obligaba también a justificar el giro impuesto. Discursivamente, Perón optaba por acusar duramente a los opositores: *“los recientes defensores de la soberanía nacional; los elementos siempre negativos de la reacción, los que no acompañaron cuando aseguramos en la Constitución Justicialista (...) el más lógico nacionalismo en materia petrolera, perdieron el derecho de hablar de este problema, que el movimiento nacional peronista resolverá con el pueblo”*.¹³³

¹³⁰ Ídem, pp. 16-17.

¹³¹ Ídem, p. 19.

¹³² Ídem.

¹³³ DSHCSN, 1954, Vol. 1, pp. 18-19.

Para fines del gobierno peronista entonces, el imaginario industrial ya no era exclusivamente nacionalista ni se centraba sobre la industria liviana, sino que sus objetivos industriales se transformarían y con ello las estrategias para impulsarlo. Tras el Segundo Plan Quinquenal pasa a ser primordial para el gobierno el incentivo de la industria pesada y para ello era fundamental el aporte de divisas y de inversión que los capitales extranjeros podían activar en el país. Esto implicó un fuerte cambio en las características que delimitaban el imaginario industrial del gobierno.

Sobre los obreros y su formación

En este último periodo la apelación a la cuestión obrera se encuentra casi ausente. El trabajador ya no sería el principal protagonista de los discursos del presidente, sino que se comenzó a utilizar una categoría mucho menos específica y más aglutinante como la de “Pueblo”.

Esto, en parte, puede deberse al logro colectivo que había implicado para el gobierno la constitución de la central empresarial –la CGE- y la puesta en marcha del Congreso de Productividad que implicó sentar a los dos grandes sectores económicos por excelencia en una mesa de negociación arbitrada por el Estado nacional. El peronismo ya no trataría con empresarios, obreros o ciudadanos, sino con las organizaciones principales del mundo del trabajo. Esto puede explicar la prescindencia de la palabra obrero o trabajador y la más aglutinante de “Pueblo” para hacer referencia a ambos sectores por igual.

Esta novedad puede interpretarse también como un intento de interpelación a la totalidad de la sociedad argentina, algo que se expresaba en la transición de la doctrina justicialista que se consolidó en el periodo anterior (1950-1952) y que, como su nombre lo indica, interpelaba solo a un sector del arco político. En este período encontraremos un peronismo que comienza a hablar de doctrina nacional, lo que implicaría la participación en la misma de toda la sociedad y no solo de los sectores simpatizantes del peronismo.

La doctrina

Como sostuvimos en el apartado anterior, para este período nos encontramos con una doctrina peronista que se presentaba como totalmente estructurada. Como vimos en el capítulo previo, en el Segundo Plan Quinquenal, la “ideología peronista” fue transformada y elevada a “doctrina nacional”, entendida ésta como guía de toda la acción estatal. Así,

esta doctrina que había comenzado siendo Justicialista o Peronista, se convertía, en los términos de Perón, en una doctrina nacional: *“la doctrina del movimiento peronista pasa a ser doctrina del pueblo argentino, que desde entonces tiene Doctrina Nacional (...) La Doctrina Nacional, alma o espíritu de nuestro pueblo, es la primera causa de nuestra existencia vital como Nación”*.¹³⁴

En consideración de Perón, esta doctrina había alcanzado tal nivel de aceptación y legitimación debido a la eficacia de sus transformaciones, que había incluso llegado a ser apropiada incluso por la oposición que la empleaba sin embargo para combatir al peronismo en tiempos de la rectificaciones de la política petrolera: *“Aun cuando no fuesen de buena fe, nos satisface que en esta tierra nuestra, hasta para combatirnos, no se puedan usar otras ideas que las que nosotros hemos sembrado con nuestro movimiento (...) ya han dejado de ser mis ideales y constituyen hoy nuestra Doctrina Nacional... la doctrina de todos los argentinos”*.¹³⁵

Irónicamente el mandatario señalaba el triunfo total del imaginario industrial del primer peronismo: los sectores de la oposición que tanto se habían opuesto a las transformaciones económicas e industriales podían negar en 1955 la necesidad del proceso industrial.

En este proceso, Perón termina ubicándose como nunca antes en el centro del relato: *“el pueblo de 1943 se sentía definitivamente derrotado, bajo la fuerza aplastante de un complejo de inferioridad que lo estaba haciendo juguete de los acontecimientos más que actor principal (...) Yo convertí a aquel pueblo (...) Yo le señalé otra vez el derrotero perdido de su destino y vocación”*.¹³⁶ Sólo su tarea organizadora iniciada en 1943, había podido convertir a esa “masa inorgánica” en un pueblo “organizado”.¹³⁷

De tal manera, el destinatario de su mensaje ya no era la clase trabajadora o el obrero sino el “Pueblo”: *“Yo me decidí por él en mi resolución de 1946. No me arrepiento ni me arrepentiré jamás. (...) Creo haber cumplido con mi Pueblo. Aunque me llamen tirano los de afuera”*.¹³⁸

¹³⁴ DSHCSN, 1955, Vol.1, p. 10

¹³⁵ DSHCSN, 1954, Vol. 1, p. 9.

¹³⁶ DSHCSN, 1953, Vol. 1, p. 12.

¹³⁷ DSHCSN, 1954, Vol. 1, p. 7.

¹³⁸ DSHCSN, 1953, Vol. 1, p. 37.

La operación doctrinaria se encontraba completa; el peronismo no era ya doctrina del gobierno sino de toda la Argentina. En las propias palabras del mandatario: “(sobre) *las diferentes interpretaciones que pueda tener una disposición constitucional (...) nos vanagloriamos siempre de conocer la interpretación que le da el Pueblo y tratar de cumplirla como la única interpretación auténticamente democrática*”.¹³⁹ De esta manera, quedaba claro que el único intérprete del “Pueblo” era el justicialismo.

Sobre la oposición

En este tercer período de consolidación, el respaldo electoral obtenido, las mayorías parlamentarias conquistadas y el control estatal sobre los medios de comunicación masiva, relegaron a los sectores de la oposición a un papel marginal en el proceso político e institucional. No obstante, como se sabe, las relaciones entre peronismo y oposición estuvieron marcadas por distintos momentos de acercamiento y de conflicto. Tal vez por esa razón, Perón ensayó en los discursos ante el Parlamento distinciones entre quienes eran los “enemigos” de su gobierno y quienes sólo se oponían a sus políticas, pero desempeñaban un rol no despreciable de “oposición leal”. De esta manera, en 1953 retomó una caracterización de la oposición que buscaba diferenciar a los diversos sectores, según su posición frente al gobierno “*la oposición anti nacional de la oposición anti peronista. Con respecto a la primera, sabemos ya de memoria que el tiempo que empleásemos en convencerla de sus errores, sería tiempo perdido en la Argentina de nuestras luchas (...) Con respecto a la segunda, no hemos dejado de respetarla en sus derechos y en sus actividades*”.¹⁴⁰

Un año más tarde, en mayo de 1954, poco antes del estallido del conflicto con la Iglesia Católica, Perón ensayó una visión más dicotómica del escenario político, que relegaba a los opositores a un lugar marginal, desconociendo su legitimidad. Para el presidente sólo había dos sectores: “*el movimiento nacional peronista y el anti peronismo, el Justicialismo y el anti justicialismo, la revolución y la contra revolución, (...) El panorama político argentino no tiene por el momento más que dos grandes sectores: uno se llama con un nombre alto, digno y soberano: el pueblo, y el otro no puede sino*

¹³⁹DSHCSN, 1955, Vol. 1, p. 10.

¹⁴⁰DSHCSN, 1953, Vol. 1, p. 26.

*denominarse con el nombre deleznable e indigno de todos los privilegios juntos que conoce la historia: el anti pueblo”.*¹⁴¹

El quiebre era completo: ya no habría sectores de la oposición que pudieran incorporarse a un diálogo fructífero. Para el presidente, esta polarización era el resultado de la acción de los sectores opositores que iban incrementando su hostilidad contra el gobierno. No obstante Perón se ubicaba como una figura moderadora de las acciones políticas del “Pueblo”. Así, rememoraba que, frente al intento de golpe de estado protagonizado por el general Benjamín Menéndez, se había rehusado a aplicar penas máximas *“no lo hice porque aquello hubiese sido dar al pueblo y a la justicia una satisfacción momentánea que luego el pueblo (y yo con el pueblo) hubiésemos lamentado. (...) En esta emergencia política yo no deseo que, ante el desborde de la oposición, el pueblo proceda con apasionamientos inconsultos”.*¹⁴²

La menor participación institucional de la oposición y los esquivos resultados obtenidos en las urnas eran atribuidos a las estrategias propias de la oposición que era caracterizada como una “casta de políticos profesionales”: *“el anti peronismo prometió durante su campaña pre electoral, con la irresponsabilidad consabida de su demagogia tradicional, extraordinarios aumentos de salarios. Propuso también (...) implantar la jornada de seis horas de trabajo”.* En cambio, Perón reclamaba para su movimiento político una moderación que lo alejaba de lo que denominaba como “politiquería”: *“nosotros, mientras sigamos fieles a nuestra doctrina (...) no somos ni seremos jamás políticos profesionales. A estos la ciudadanía, aun la que vota por ellos, los desprecia o los ignora”.*¹⁴³

El periodo se cerraba entonces con la expulsión –probablemente coyuntural- de la oposición del lugar asignando en el proceso institucional y el debate sobre las políticas públicas. El peronismo pasó de convocarla a participar republicanamente en sus inicios a, nueve años más tarde, terminar caracterizándola como una expresión del anti pueblo. Para ello, se realizó una operación discursiva (estimulada, en parte, desde la misma oposición) que terminó excluyendo a los opositores del espacio público del debate político.

¹⁴¹DSHCSN, 1954, Vol. 1, p. 12.

¹⁴²Ídem.

¹⁴³ Ídem.

Conclusiones

A lo largo de los tres períodos analizados Perón reclamaba ante el Parlamento el reconocimiento de la originalidad de su gobierno en cuanto a la orientación de las políticas económicas que buscaban reemplazar una economía agro exportadora por un modelo industrial. El peronismo desde la voz de su principal dirigente se presentaba entonces ante el único escenario institucional donde compartía espacios con la oposición como una anomalía en tanto y en cuanto estaba dispuesto a disputar la hegemonía del modelo económico centrado en el sector agropecuario. En sintonía con esta discursividad, la configuración del imaginario industrial peronista fue fundamental.

Este imaginario, como ya abordamos en el capítulo anterior, fue sufriendo transformaciones a lo largo de la década. Si en los tiempos de configuración, el rol del Estado en el imaginario industrial era fundamental, en el último tiempo - de reconfiguración - el Estado entendía que su rol era circunstancial: cuando el proceso "revolucionario" estuviese lo suficientemente consolidado dejaría en manos de las corporaciones de la sociedad civil -de las cuales la CGT y, más tarde, la CGE serían los principales exponentes- la dirección de una economía solidaria funcionando en toda su extensión. De esta manera Argentina completaría el círculo de autarquía y lograría la definitiva independencia económica.

Las ideas manifestadas sobre el rol de la industria no sufrieron grandes transformaciones a lo largo del período, aunque a partir de la segunda época se expresaron una serie de dificultades (con el sector agropecuario, la adquisición de divisas, las inversiones extranjeras y la capacidad energética) que necesariamente introdujeron ciertas modificaciones discursivas. A partir de allí nos encontramos con la inclusión de la necesidad de la llegada de capitales extranjeros, la puesta en marcha de incentivos para la inversión agrícola y el estímulo al desarrollo energético y la industria pesada.

De esta manera, al menos desde la estructuración discursiva del imaginario industrial, el modelo agroexportador se presentaba como un sistema dependiente que era necesario transformar en pos de sumarse al concierto de países desarrollados. Para ello era necesario completar la "era industrial" que el peronismo decía haber iniciado procediendo también a la industrialización del sector agrícola. Argentina, para Perón, se encontraba "prisionera" del viejo modelo, algo que se encuentra sintetizado en la cita que abre esta tesis:

“encontramos un país condenado por sus amos a trabajar exclusivamente en la producción agropecuaria. Nosotros decidimos realizar la industrialización de la República” (Cámara de Senadores, 1952, 27).

El protagonista indiscutido de los discursos durante los dos primeros períodos examinados había sido el obrero. Este trabajador debía responder a características bien delimitadas: haber sido formado en las escuelas técnicas y moldeado por los ideales de la Constitución de 1949 en donde se establecían las pautas básicas impulsadas por el peronismo en su Doctrina Justicialista. Por primera vez se otorgaba al obrero-ciudadano un rol sumamente activo: no solo debía controlar al Estado y a los sectores privados, sino que además debía contar con toda la información necesaria para comprender las transformaciones que se estaban produciendo. Esto significaba conocer, difundir y defender los nuevos derechos y para ello la escuela era fundamental.

Pero en el período final, las apelaciones terminaron desplazando a la figura del obrero-ciudadano para interpelar a un colectivo más abstracto: el “Pueblo” argentino, del cual el peronismo era expresión directa y Perón su mejor intérprete. Esto tendría que ver con el afianzamiento definitivo del gobierno y su búsqueda por interpelar a sectores más amplios de la sociedad. Por otro lado, también se vinculaba con el éxito efímero del peronismo en consolidar las dos grandes centrales que se sentarían en la mesa de negociación vinculada con el modelo industrial: la CGT y la CGE. Ya no era un Estado que dialogaba con individuos, sino que lo hacía con las corporaciones del “Pueblo”.

En el ámbito del desarrollo doctrinario es donde se observa un proceso de fuerte transformación. En el período inicial la búsqueda de legitimidad del gobierno había seguido los lineamientos básicos de la democracia liberal (libertad de prensa, papel determinante de la oposición, rol del Congreso, explicitación del plan de gobierno, respeto a la Constitución, etc). Esto se había expresado, por ejemplo, en los argumentos desarrollados por el propio Perón en desacuerdo con la idea de su reelección y la necesidad del recambio ante los peligros del personalismo. Sin embargo, con la consolidación en el gobierno se comienza a estructurar una doctrina propia - primero Justicialista, posteriormente Nacional – que le permitió sentar las bases de su legitimidad sobre otros atributos. En principio, sobre la tarea realizada, pero fundamentalmente sobre la idea de democracia plebiscitaria, sustentada por el voto mayoritario (García Delgado, 1989). A partir de allí vemos un viraje

en las formas de legitimación donde se abandonan muchos de los preceptos básicos del liberalismo político. En el período final Perón incluso se coloca como actor central del proceso en sus propias alocuciones.

Los cambios del peronismo en la forma de legitimarse explican también la transformación del rol asignado a los opositores. En un principio, Perón convocaba a los otros partidos a participar del proceso de construcción ya que esto enaltecía la idea del diálogo republicano, haciendo énfasis en la importancia de las críticas para mejorar las políticas públicas implementadas. Sin embargo, a medida que se consolidaba la nueva doctrina - y que las expresiones de la oposición se volvían cada vez más hostiles - Perón pareció considerar que ya no necesita sostener la legitimidad del gobierno en ciertos principios de la democracia liberal. Entonces, se modificó la representación sobre la oposición: pasa de ser caracterizada como antiperonista a ser presentada como anti nacional.

En este proceso, sin embargo, también tuvieron incidencia las estrategias desplegadas por los partidos opositores que redoblaron sus denuncias contra el gobierno y alentaron incluso rebeliones militares que foguearon - muchas veces intencionalmente - la fuerte escalada de violencia que culminó con el golpe de estado perpetrado en 1955. De tal manera, en la interpretación del justicialismo, la oposición había perdido legitimidad al abandonar su papel de “oposición leal”, en consonancia con el mal desempeño en las urnas.

Para concluir, podríamos esbozar una hipótesis no concluyente. Si bien en sus inicios - en el plano político - el peronismo utilizó como recurso legitimador las instituciones de la democracia liberal y el papel del Parlamento en la construcción de las políticas públicas, desde un comienzo, rechazó las propuestas del liberalismo económico: para las transformaciones que buscaba llevar a cabo era clave una economía dirigida (ya fuera por el Estado o por las “organizaciones del pueblo”). Sin embargo, a medida que el peronismo se consolidaba en el poder también abandonaba los fundamentos de la democracia liberal centrando su legitimación específicamente en una democracia de tipo popular y plebiscitaria. No sin rectificaciones, los discursos de Perón ante el Parlamento dan cuenta de un progresivo desplazamiento de los sectores de la oposición de su rol de “oposición leal”. Discursivamente, al menos, nos encontramos con que la constitución de un imaginario industrial propio termina fuertemente asociada con basamentos claves de la

identidad peronista. Esto puede haber ayudado a constituir una legitimidad política nueva por fuera de la de la democracia liberal: al peronismo ya no le interesaba ser representante de los valores vinculados con la libertad de prensa, la necesidad del recambio de dirigentes o la importancia de la oposición, sino que había construido su propio sistema de valores en donde la democracia plebiscitaria y la industria como portadora de la redistribución de la riqueza, el trabajo y el confort del consumidor tenían un rol fundamental en la construcción de su propio relato de origen.

CAPÍTULO 3

Segundas líneas: aportes al afianzamiento de imaginarios industriales que atravesaban al Estado peronista

Durante el periodo 1946-1955 se produjo una ampliación de la estructura burocrática estatal, se expandió el número de ministerios y se complejizaron sus competencias. Si bien el proceso comienza en décadas previas, el gobierno de Perón lo llevó a su máxima expresión. La finalidad fue el desarrollo de una estructura estatal que pudiese llegar a instancias y lugares que antes el Estado no alcanzaba y esto implicó un proceso que requirió de una burocracia especializada.

Los que trabajaron en ella tenían conocimientos específicos sobre los espacios en los cuales se insertaban y estaban vinculados a redes de sociabilidad política; esto era lo que les daba legitimidad en conjunción con la “neutralidad” de los saberes científicos. La mayoría presentaban un doble carácter: político y técnico, fundamental para ingresar, mantenerse y sobrevivir en la estructura estatal.

González Bollo encuentra la génesis de la burocracia del periodo en la cristalización de una coalición peronista que fue paralela a la centralización ejecutiva y metodológicamente se basó en la estadística pública. La misma, contó con la ayuda valiosa de los funcionarios estatales de la maquinaria interventora conservadora que fueron ocupando puestos clave en la nueva arquitectura institucional creada por los militares del GOU: Secretaría de Trabajo y Previsión, Secretaría de Comercio e Industria, Consejo Nacional de Posguerra. Desde estos enclaves coadyuvaron al exitoso desenlace político a favor del peronismo y profundizaron la política ultra expansiva en curso, al participar en el diseño del Primer Plan Quinquenal, *“desplegando una burocracia especializada que, en su expansión, configuró aspectos sensibles del Estado argentino, al punto de que los funcionarios produjeron estadísticas y las estadísticas produjeron más funcionarios”* (González Bollo, 2014, 37).

Para Rein y Panella, las diversas personalidades que comenzaron a ocupar funciones en el Estado tuvieron un papel mediador y la mayoría eran provenientes de diversos sectores sociales y políticos, por lo cual *“cada una (...) brindó su aporte a la movilización en apoyo a Perón, a la estructuración de su liderazgo y a la modelación de la doctrina justicialista (...)”*

podría uno preguntarse si el conocido apotegma ‘Perón cumple, Evita dignifica’ se hubiese materializado sin que existiese alguna intermediación entre los mencionados y sus seguidores, destinatarios en definitiva de aquella labor redentora” (Rein y Panella, 2013, 7).

Nuestra hipótesis de trabajo propone que desde que el peronismo se hizo cargo de la estructura gubernamental, se esforzó por delinear imaginarios vinculados con la industria y su rol como impulsor de la misma.

Este capítulo se dedica a analizar los discursos de funcionarios y ministros que se constituyeron en torno a la autoridad de Perón y cumplieron altas funciones en el manejo del aparato estatal, debido a que fueron fundamentales en la difusión de estos nuevos imaginarios en torno a la cuestión industrial. Dentro del proceso de mayor especialización en el cual se enmarca el Estado peronista, fue clave la transformación en la estructura burocrática destinada al manejo de la economía a partir de la diversificación de ministerios y secretarías. En este sentido, como ha señalado Stawski, no es raro que la idea de planificación hubiese pasado a convertirse en un eje central de la política del Estado y la presencia de graduados en Ciencias Económicas se tornara mucho más visible en los estamentos de la administración (Stawski, 2012, 95).

Rein y Panella denominaron a estos nuevos funcionarios como la *segunda línea de liderazgo peronista*, que estuvo integrada por hombres y mujeres que contribuyeron al surgimiento del movimiento justicialista, a la estructuración del liderazgo de Perón y a la modelación de su doctrina. Aportaron ideas, experiencias, capacidad de gestión y vinculaciones políticas, gremiales y económicas por lo que para estos autores no caben dudas de su contribución decisiva al nacimiento y consolidación del justicialismo al que le brindaron heterogeneidad y riqueza (Rein y Panella, 2017, 9).

Esta “segunda línea” ofreció al peronismo vinculaciones con el mundo político, gremial y empresario. *“Estos hombres detrás del Hombre eran portadores de prestigio personal –y elementos que daban legitimidad al movimiento– que tradujeron, con mayor o menor suerte, en una labor que contribuyó sustancialmente (...) En otras palabras, el éxito hubiera sido imposible de lograr sin estos intermediarios”* (Rein y Panella, 2013, 8).

Una interpretación diferente es sostenida por Sidicaro para quien el hecho de formar parte de los niveles superiores de la gestión pública les daba a estos funcionarios un reconocimiento y visualización política que, salvo excepciones, estas figuras no tenían

antes de acceder al gobierno. Para este autor, el factor decisivo para sus designaciones fueron las opiniones del presidente y de sus más estrechos colaboradores, estableciéndose procesos de cooptación totalmente asimétricos, en virtud de los cuales, la entrada, al igual que la salida las resolvía la instancia presidencial. Las tensiones y desavenencias con Perón, parecieron ser causas suficientes para perder la pertenencia a las elites gubernamentales debido a que, en la mayoría de los casos, los integrantes de esas cúspides burocráticas carecían de bases políticas o sociales y mantenían el reconocimiento social en la medida en que Perón les transmitía legitimidad (Sidicaro, 2008, 151-152).

Este autor prefiere utilizar el término *élites políticas* para estos funcionarios, definiéndolos como “*quienes ocupan posiciones prominentes en el manejo de las decisiones públicas de las sociedades nacionales o de las fuerzas políticas*”. Retomando a Deutsch da cuenta de que éstas se localizan “*tan estratégicamente en el sistema de toma de decisiones de un país que, a menos que sean extraordinariamente incompetentes, no podrán dejar de tener una influencia considerable*” (Sidicaro, 2008, 149).

Sin adentrarnos en este debate, analizaremos los discursos de estas *segundas líneas* o *élites políticas* debido a que, en mayor o menor medida de acuerdo a cuál sea la perspectiva teórica, cumplieron una función determinante en la defensa y constitución de los imaginarios estructurados desde el Estado. En esta tarea, el rol de ministros, secretarios y subsecretarios fue sumamente importante para consolidar, expandir e incluso matizar el imaginario industrial que fue funcional a la búsqueda de legitimación política del peronismo.

En este capítulo relevaremos discursos y escritos de funcionarios que ocuparon puestos claves en el delineamiento de políticas económicas que impulsaron y dieron vida al imaginario industrial propulsado por Juan Domingo Perón, entretejiendo diferencias y consolidando una visión específica de la cuestión industrial.

En la concepción de Sidicaro, las elites gubernamentales peronistas combinaron las siguientes características: “*a) elites modernizantes en lo económico y lo social, en conflicto con lo que consideraban como las (falsas) elites tradicionales; b) elites constructoras y ampliadoras de soberanía nacional-estatal en lucha contra intereses político-económicos extranjeros; c) elites ideológicamente críticas del liberalismo democrático enfrentadas a*

los actores hasta entonces más establecidos en el campo político y en el cultural" (Sidicaro, 2008, 150)

De los perfiles analizados, varios tuvieron una importante experiencia burocrática en los años previos – es el caso de Alfredo Gómez Morales y Ramón Cereijo que fueron funcionarios públicos de carrera desde la década de 1930 (Stawski, 2012, 97) - y tendrían una destacada labor en la gestión económica durante el peronismo. De esta manera, utilizaremos este capítulo para poner en diálogo las intervenciones de funcionarios o *policy makers* como Miguel Miranda, Rolando Lagomarsino, José Barro, Rafael Amundarain, Gómez Morales, y Cereijo.

Una cronología de trabajo

Para el análisis de los discursos, utilizaremos una periodización que se replica a lo largo de nuestro trabajo de investigación y que resulta ya clásica en los estudios sobre el peronismo.

1. **1946-1949.** En este primer período de **configuración**, la política económica fue conducida por Miranda, un funcionario vinculado al mundo industrial del tipo de los que Perón llamaba "*hombres prácticos*". Ocupó puestos en el Consejo de Posguerra y en el Banco Central. No obstante, en segundas y terceras posiciones encontramos funcionarios de carrera y técnicos como Cereijo y Figuerola, entre otros.

Las claves para analizar la estructuración del imaginario industrial en el período tienen que ver con una fuerte crítica a los intereses extranjeros, una excesiva confianza en el proceso nacionalizador y un optimismo claro en la expansión industrial como eje que permitiría, no solo aumentar el nivel de vida de la población argentina, sino que inscribiría al país en el concierto de naciones ricas del mundo. De esta manera, a la hora de pensar en el modelo de desarrollo, se supeditaba el rol del sector agropecuario al industrial. Se sostenía que el primero había sido un impulsor del progreso muy débil debido a su dependencia de las cambiantes condiciones del mercado internacional.

En este periodo también se desarrollaron dos situaciones simbólicas que son fundamentales para ver el proceso de configuración inicial de la

consolidación de este imaginario y la búsqueda de la penetración del mismo en la sociedad: la Exposición Industrial de 1946 y la decisión del cambio de fecha en la cual se conmemoraba el Día de la Industria - trasladado del 2 de septiembre al 6 de diciembre – se produce en el contexto de un fuerte conflicto del peronismo con la Unión Industrial Argentina.

2. **1950-1952**, los años de la **consolidación**. Se vislumbra, en una coyuntura de problemas económicos crecientes, un claro aumento de densidad emotivo-dramática que manifestaba la consolidación del peronismo en el poder, y la profundización de sus principales rasgos identitarios. Desde la discursividad de sus funcionarios, encontramos una búsqueda de equilibrio: un perfil más técnico a la hora de delinear políticas económicas que se combinaba, paradójicamente, con la consolidación de una doctrina justicialista que los alejaba de la aparente objetividad propia del saber técnico o profesional. Se reemplazó el discurso nacionalista que explicaba los problemas de la economía argentina mediante simplificaciones épicas ligadas a la “maldad” del capital foráneo y se produjo una transformación respecto a la consideración del sector agrario, reivindicándolo como el basamento originario del desempeño industrial. Si bien se siguieron explicitando los problemas de una economía dependiente y las consecuencias de la división internacional del trabajo que condenaba a la Argentina a ser país productor de materias primas, se entendía que el país estaba en una etapa transicional hacia el objetivo fundamental que era ser una nación industrial.

En esta etapa, los “enemigos externos” perdieron peso ante los internos (malos industriales, por ejemplo, que alentaban el mercado negro, desconocían las políticas de control de precios o simplemente especulaban sacando provecho de las nuevas ventajas acordadas por las políticas económicas) y la apelación a la conciencia ciudadana para controlar los alcances de la crisis económica pasó a ser fundamental. En consonancia con esto se produce el despliegue de una fuerte campaña de publicidad oficial vinculada con temas de consumo masivo. La necesidad de organizar a las

fuerzas productoras en una confederación, si bien se hallaba presente desde los inicios del peronismo, finalmente se materializa al final de este periodo con la creación de la Confederación General Económica (CGE).

3. **1953-1955**, el periodo de la **reconfiguración**. Se estructura una síntesis que logra desembocar en una clara uniformidad discursiva. Fue un momento en donde otras voces pasaron a estar relegadas y se apeló principalmente al verticalismo y a la voz del primer mandatario. Se terminan reemplazando intervenciones novedosas en el diseño estatal por formas de representación que en definitiva reproducían el discurso o la voz de Perón.

El justicialismo ya no se entendía como una cuestión partidaria sino que termina siendo presentado como “Doctrina Nacional”. Las referencias que aluden a la marcha de la estructura institucional del Estado y a las políticas públicas dejan de ser el eje de las alocuciones, que se centralizan en la defensa del peronismo como la expresión y síntesis del pueblo argentino.

El rol del Estado se modifica y comienza a discutirse si es necesario que este ceda lugar a las corporaciones económicas en la dirección de la política industrial en el mediano plazo. Por esto mismo se observan recurrentes reclamos de Perón a los líderes de la CGE, exigiendo mayor compromiso en el cumplimiento de los acuerdos. Se sigue haciendo hincapié en la necesidad de que el Estado se haga cargo de aquellas industrias antieconómicas y el estímulo pasa a ser crucial en la industria pesada (que eventualmente también se pronosticaba que debería terminar pasando a manos privadas). Por todo esto, el hecho simbólicamente relevante vinculado con el imaginario industrial del periodo fue el triunfo de esta perspectiva al lograr organizar el Congreso Nacional de la Productividad y Bienestar Social.

Los protagonistas

Miguel Miranda

Fue un empresario de la hojalata que dirigió brevemente la economía argentina. Comenzó ocupando un rol como miembro del Consejo Nacional de Posguerra; luego fue

designado Presidente del Banco Central de la República Argentina, cargo que desempeñó entre marzo de 1946 y julio de 1947 desde dónde impulsó su nacionalización. Posteriormente cuando Perón ya ocupaba la presidencia lo destinó al frente del Consejo Económico Nacional; también tuvo relevancia en el asesoramiento para el desarrollo del Primer Plan Quinquenal. Al igual que otro de los funcionarios analizados – Lagomarsino – fue por medio de su participación en el Consejo Nacional de Posguerra que se produciría su acercamiento a Perón (Belini, 2014, 250).

De acuerdo a Belini, pocas figuras del peronismo tuvieron una influencia tan importante en la historia del justicialismo como Miranda, un empresario industrial que Perón convirtió en el director de la economía durante los decisivos años de la segunda posguerra. Como presidente del Banco Central y del Consejo Económico Nacional, Miranda diseñó y puso en marcha la política económica del peronismo entre 1946 y 1949 (Belini, 2014, 243). Para este autor Miranda expresó más *“las posibilidades abiertas por el peronismo para la renovación de los sectores dirigentes que el apoyo de los “nuevos” industriales como clase”* (Belini, 2014, 244).

Caracterizado como una especie de *“self made man”*, desde los 12 años trabajó en un taller como aprendiz y ascendió hasta establecer en 1925 su propia fábrica de cromo-hojalatería, la base de su fortuna. A comienzos de los años treinta, se había convertido en dirigente de la UIA.

Una de las características principales de Miranda era su escasa formación especializada, algo que compensaba con su experiencia de hombre “práctico” debido a su éxito en el mundo empresarial. Esto *“constituía una ventaja evidente para Perón quien consideraba a la economía como una dimensión subordinada a la lucha política. (...) Perón confiaba en los técnicos, que como expertos eran los indicados para identificar los problemas y proponer las soluciones. Pero esta preferencia conviviría con la idea de que los “hombres prácticos” eran igualmente competentes para el gobierno”* (Belini, 2014, 247-248).

Miranda ocuparía el papel del hombre fuerte en la economía del peronismo en sus primeros años, aunque este crecimiento maratónico *“comienza a ser objeto constante de ataques por parte de un sector importante de los medios y de los estamentos productivos”* (Stawski, 2012, 105)

Se mantuvo al frente de la conducción económica hasta enero de 1949, aunque su autoridad fue mayor durante un periodo más breve; entre marzo de 1946 y agosto de 1947, meses en los cuales ejerció un poder incontrastable (Belini, 2014, 254). Según Luna, Miranda fue el auténtico “zar de la economía argentina” debido a que además contaba con una protección fundamental: la de Evita, que no cesaba de elogiarlo públicamente (Luna, 1986, 131).

Sin embargo, la aceleración de la inflación y el auge del mercado negro empujaron al fracaso a su política de control de precios. Los grandes diarios como *La Nación* y *La Prensa* interpretaron este fracaso como una evidencia que cuestionaba toda la política oficial basada en lo que entonces se conocía como “*la economía dirigida*” (Belini, 2014, 256-257). Además, desde hacía un tiempo, Miranda recibía una batería de críticas acusándolo de corrupción y de prácticas sospechosas, y para Stawski termina siendo un chivo expiatorio del gobierno que con su desplazamiento lo responsabiliza por los magros resultados en la esfera económica. Según Stawski la mala predicción que hizo acerca de una tercera guerra mundial, la falta de respaldo del presidente, la crisis económica de fines de 1948 y la necesidad de una reforma del Estado pedida por Perón provocaron una implosión burocrática que terminó llevando al peronismo a la necesidad de incorporar equipos técnicos que pudieran dar una respuesta económica más ortodoxa a la nueva coyuntura (Stawski, 2012, 106).

Finalmente, a comienzos de 1949 Perón encomendó un informe confidencial sobre la situación económica del país a un grupo de expertos encabezados por Alfredo Gómez Morales, un funcionario de carrera. Este informe fue lapidario y condujo al presidente a solicitar la renuncia de Miranda, designando a Gómez Morales como ministro de Finanzas y presidente del Banco Central.

Rolando Lagomarsino

Hijo de un importante industrial que le legó la fábrica de sombreros más importante del país; “*ingresó a la Facultad de Ciencias Médicas (...) donde poco tiempo antes de finalizar sus estudios universitarios debió abandonarlos para colocarse por obligaciones ineludibles al frente del establecimiento industrial que lleva su nombre. Como industrial y comerciante destacó rápidamente en los altos círculos de las finanzas nacionales y*

extranjeras (...) Como articulista (...) ha demostrado relevantes condiciones, habiéndose publicado varios de sus trabajos en diarios como La Nación, La Razón y Acción Industrial”¹⁴⁴.

Al igual que Miranda, Lagomarsino formó parte de la dirigencia de la UIA y comenzó su recorrido como funcionario público siendo presidente del Banco Hipotecario Nacional de la mano del GOU durante el periodo 1943-1946.¹⁴⁵ Fue él quien convenció a Miranda de que los industriales debían apoyar el ascenso de Perón para imponer políticas más favorables al sector manufacturero (Belini, 2014, 247). Cercano a las ideas del peronismo, fue nombrado Secretario de Industria de la Nación por el presidente ocupando ese cargo poco más de un año.

Además, Lagomarsino tuvo un rol destacado en la pulseada por el control de la UIA. La lucha interna estuvo marcada por la polarización entre el grupo pro-oficialista liderado por Miranda y Lagomarsino, y el antiperonista encabezado por Raúl Lamuraglia. La lista opositora al gobierno se conformó con dificultad ya que, en dos ocasiones, las presiones oficialistas provocaron la renuncia de quienes la encabezaban. Finalmente, más de mil industriales votaron, resultando electo Gambino, identificado con el anti peronismo, por 580 votos contra 430 de Herbín, la lista peronista. De esta forma, la UIA mostraba su independencia frente al régimen naciente y con ello sellaba su destino. El grupo de Miranda y Lagomarsino había fracasado en su intento de imponerse en la UIA por lo que, poco después, el gobierno la intervenía bajo la acusación de que no representaba a todos los industriales del país (Belini, 2014, 249-250). Unos meses más tarde de presentado el Plan Quinquenal, en agosto de 1947, una crisis política terminó provocó la renuncia de Lagomarsino.

José Constantino Barro

Recibido de contador público nacional, fue militante de FORJA y estuvo muy cercano a grupos nacionalistas durante los años treinta. Luego del golpe militar de 1943, ingresó en la administración nacional en 1944 y ocupó diversos cargos: fue Secretario General del Consejo Superior de Industria y Comercio, Presidente del Comité Ejecutivo de

¹⁴⁴*Revista Boletín Informativo para el comercio y la Industria* Año 1 Núm. 1, 1947. 5 de mayo 1947, p.5

¹⁴⁵*Quién es quién en la República Argentina. Biografías contemporáneas*, Editores Guillermo Kraft, 1955 pp.352-353

la Exposición de la Industria Argentina (1946), Director General de la Industria y Comercio 1947-1948, secretario interino de esta repartición y, finalmente, ministro de Industria y Comercio 1949-1952.¹⁴⁶ A este último lugar accedió a partir de la pérdida de poder de Miranda y en él se desempeñó primero de manera interina y luego en forma efectiva (Belini, 2014, 259).

Desde la perspectiva de la Embajada de EEUU era uno de los miembros más nacionalistas del gabinete de Perón entre 1948 y 1952 (Potash, 1984, 107). Pocos días después de la finalización del primer mandato de Perón, se le notificó que no continuaría en el Ministerio de Industria y Comercio. Su figura, muy cercana a Evita, se opacó los siguientes años y fue reemplazado por Rafael Amundarain (Belini, 2014, 64). Su postura contraria a la apertura de la explotación petrolera a los capitales extranjeros puede haber tenido incidencia en su desplazamiento (Kaplan, 1981, 200). Sin embargo, no se alejó del todo del equipo gubernamental y en 1955 fue nombrado interventor del Partido Peronista en la Provincia de Buenos Aires. Fue arrestado en 1958 y deportado del país por un decreto de Frondizi. En 1973 volvería a ocupar nuevamente posiciones en la burocracia estatal.

Ramón Cereijo

Se recibió de Contador Público Comercial por la UBA, luego de Actuario y finalmente de Doctor en Ciencias Económicas. Ingresó a la carrera docente e incluso llegó a ser decano de la Facultad de Ciencias Económicas durante 1954-1955 luego de su paso por el Ministerio de Hacienda durante el primer gobierno de Perón (Stawski, 2012, 108).

Asimismo, la trayectoria estatal de Cereijo no fue menos destacada ya que se encontraba inserto en la burocracia estatal desde mucho antes de ser ministro. Comenzó sus funciones en 1936 como Director General del Impuesto a los Réditos hasta 1943 y tuvo sucesivos puestos públicos hasta alcanzar su cénit como Ministro de Hacienda de la Nación durante el período 1946-1952.¹⁴⁷ Esa fue la primera vez que un egresado de la Facultad ocupó ese cargo. Tuvo un papel fundamental en la renovación de la Flota Mercante del Estado, en el impulso de la creación de la empresa estatal de vuelos, Aerolíneas Argentinas,

¹⁴⁶*Quién es quién en la República Argentina. Biografías contemporáneas*, Editores Guillermo Kraft, 1955 p.72

¹⁴⁷*Quién es quién en la República Argentina. Biografías contemporáneas*, Editores Guillermo Kraft, 1955 p.162-163

y de importantes obras públicas como el Aeropuerto Internacional de Ezeiza y de viviendas. Una de sus últimas medidas como ministro fue saldar la deuda externa (Gerchunoff, 1989, 60).

Fue uno de los encarcelados tras el derrocamiento de Perón por la “Revolución Libertadora”.

Alfredo Gómez Morales

Hijo de una familia inmigrante de panaderos, se egresó del Carlos Pellegrini como Perito Mercantil y estudio en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, recibiendo de Contador Público e incorporándose al Doctorado de Ciencias Económicas. Mientras realizaba sus estudios, trabajaba en la panadería familiar (Rougier y Stawski, 2017, 51-52). En 1947 y luego de pasar por diversos puestos durante el gobierno del GOU, Gómez Morales asumió en la Subsecretaría de Comercio donde se ocupó de organizar la Dirección Nacional de Industrias del Estado (DINIE). Con la salida de Miranda del gobierno, en enero de 1949, fue designado presidente del Banco Central y secretario con rango de ministro en la Secretaría de Finanzas. Era crítico con respecto a la gestión anterior (Rougier y Stawski, 2017, 53). Durante el segundo mandato de Perón Gómez Morales se desempeñó como Ministro de Finanzas y Secretario de Asuntos Económicos (1952-1955), encabezando de hecho desde 1949 los equipos económicos del peronismo hasta su derrocamiento.

Al reemplazar al industrial Miranda por el economista ortodoxo Gómez Morales, *“Perón parecía estar determinado a dar un curso económico distinto, pero las posibilidades de modificación que presentaban las políticas económicas que el Estado peronista había estado implementando no eran amplias. Este dilema básico, combinado con una grave sequía y una sucesión de desastrosas cosechas a comienzos de la década de 1950, provocó una serie crisis económicas (...) Estos años presenciaron también el surgimiento de lo que se convertiría en uno de los aspectos claves de la economía argentina hasta la década de 1990: la inflación estructural”* (Brennan y Rougier, 2013, 33)

En una entrevista realizada por Luna en la década del ochenta, Gómez Morales explicaba de esta manera la gestión que lo antecedió: *“la política de Miranda, globalmente, no era mala, pero fallaba en su ejecución (...) Yo no sería capaz de retener dos cosechas*

para hacer un negocio. Es demasiada responsabilidad y mucho riesgo. Yo corro riesgos con lo mío, no con lo ajeno” (Luna, 1986, 121).

De hecho, el Consejo Económico Nacional precedido por Gómez Morales presentó a Perón un informe sobre la situación económica del país que circuló como un memorándum reservado, explicitando una coyuntura preocupante. Se recomendaba, entre otras varias cuestiones *“la liquidación gradual de las industrias marginales que no mejoren su rendimiento en plazo determinado”* (Luna, 1986, 451). Para remediar esta situación, refiere en la misma entrevista que decidió establecer *“un verdadero equipo, con distribución de responsabilidades; todos éramos doctores en Ciencias Económicas menos J. Barro, que era contador, asique hablábamos el mismo lenguaje”* (...) *Miranda mandaba, disponía, tenía un carácter autoritario. Nosotros tratamos de sistematizarlo todo”* (Luna, 1986, 453). Para Gómez Morales *“Miranda encontró una realidad y nos dejó otra. (...) Perón comprendió, a mi juicio, que Miranda en el manejo de las cosas había actuado con un poco de desorden (...) resulto un hombre tremendamente útil en la primera etapa donde había que destruir y romper estructuras, pero resultaba un hombre demasiado desordenado e improvisador para una época diferente... Perón dijo: Maroglio, Miranda y Lagomarsino constituyeron el equipo de asalto, ahora necesitamos un equipo de consolidación”* (...) (Perón) *me dijo: si, ya sé que Miranda en algunas cosas chapuceaba bastante, pero, dígame, si yo lo hubiera llamado a Ud. en 1946 y le hubiera dicho que había que hacer esto, que había que nacionalizar el Banco Central, que había que nacionalizar los depósitos, etc., Ud. Funcionario de carrera, qué hubiera contestado. Y manifesté que probablemente que no se podía hacer. ¡Ah! Eso me paso con muchos, Miranda dijo que sí, que se podía hacer, y ese es el mérito de Miranda”*.¹⁴⁸

De esta manera, Gómez Morales hacía referencia *“a una primera etapa de la economía peronista de carácter pragmática y un tanto desordenada o poco previsoras frente a una segunda, más técnica y racional guiada por él mismo, de estabilización del sistema”* (Rougier y Stawski, 2017, 54). Perón entendía a Miranda como un hombre práctico lleno de audacia, y a Gómez Morales como un hombre técnico, un burócrata preparado para estabilizar el sistema.

¹⁴⁸Entrevista a Alfredo Gómez Morales, Archivo historia Oral. Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1972, p 47.

Hacia 1954 el gobierno realiza un nuevo ajuste burocrático y Gómez Morales fue designado secretario de Asuntos Económicos. Formalmente quedó reflejada la supremacía de esta secretaria por encima de otras carteras vinculadas a la economía (Rougier y Stawski, 2017, 62).

En la práctica lo que se modificó era el rol del Estado y el vínculo con los actores económicos, la política mediadora e intervencionista de los primeros años buscaba dejarle paso a un Estado cuya función fuese coordinadora. El llamado al Congreso de la Productividad fue una de las derivaciones más claras de este programa, el derrocamiento de Perón impidió la maduración de este nuevo tipo de políticas de planificación, de racionalización industrial y de búsqueda de capitales extranjeros (Rougier y Stawski, 2017, 63). La “Revolución Libertadora” encarceló a muchos funcionarios peronistas, Gómez Morales entre ellos, que termina siendo trasladado a la penitenciaría de Ushuaia en 1956. Continuaría ligado al peronismo, siendo reconocido como un economista del movimiento. Esa ligazón, le permitió retornar al Banco Central en 1973 y al Ministerio de Economía al año siguiente.

Rafael Amundarain

Fue un abogado y economista que reemplazó a Barro y ocupó el cargo de Ministro de Industria y Comercio de la Nación (1952-1955) y también ejerció la función de presidente del Directorio de la Dirección Nacional de Energía.

Anteriormente había sido subgerente del Banco de la Nación Argentina (1950) y subgerente del Ministerio de Transporte de la Nación (1951). A fines de julio de 1955, Perón reorganizó su gabinete y lo dejó fuera del ministerio unos meses antes del golpe de Estado¹⁴⁹.

Durante su gestión se dio un giro hacia una estrategia que buscó estimular al sector agropecuario a partir de la política crediticia y se le dio un nuevo rol al IAPI que terminó siendo mucho más favorable que antes para este sector.

¹⁴⁹*Quién es quién en la República Argentina. Biografías contemporáneas*, Editores Guillermo Kraft, 1955, p.38

Primer período: 1946-1949

En esta primera etapa, en dónde el predominio de Miranda fue determinante, se aplicaron líneas de política económica mucho más expansivas en lo monetario y en lo fiscal gracias, en gran medida, a la nacionalización del Banco Central y a la acción que empezó a desarrollar el IAPI. El periodo se caracterizó por la preeminencia en la toma de decisiones de lo que Perón llamaba los “*hombres prácticos*” y los aspectos principales del mismo se centraron en el proceso de nacionalización y en el impulso de la industrialización frente a una fuerte disputa ante los capitales foráneos. El lugar del sector agropecuario, al menos desde la discursividad del oficialismo, pasaba a quedar supeditado a las líneas de acción del IAPI cuyo eje principal tenía como base la estrategia industrial.

El interés de incentivar un imaginario industrial que cumplía funciones de legitimación política para el peronismo se expresó también en dos situaciones que ponían al desarrollo industrial en el centro de la escena:

- a) la Exposición Industrial emplazada en Palermo, en la que se buscó exhibir a la población el desempeño de la industria y estimular el consumo nacional
- b) El combate simbólico en torno al cambio del Día de la Industria, vinculado a una lucha de poder con la UIA que incluyó su intervención en abril de 1946. En la percepción de Jáuregui, “*una nueva era se iniciaba en la actitud del Estado hacia la comunidad empresarial, simbolizada por el cambio de fecha del día de los manufactureros*” (Jáuregui, 2004, 55).

En esta disputa, la UIA defendía el establecimiento histórico del Día de la Industria el 2 de septiembre debido a que era la fecha en la cual se conmemoraba la primera exportación de manufacturas desde el puerto de Buenos Aires, en 1587, con destino a Brasil.¹⁵⁰ En su enfrentamiento con la UIA, el peronismo buscó primero que dirigentes cercanos al oficialismo la controlaran. Pero el triunfo opositor en las elecciones internas, en abril de 1946, condujo a la intervención de la entidad y la pérdida de su personería jurídica. En ese contexto de conflicto entre el Estado y la organización empresarial, el peronismo

¹⁵⁰ Recuperado de: <https://www.uia.org.ar/general/689/dia-de-la-industria/> Fecha de consulta: 22-02-2019.

decidió crear otra organización más afín y al mismo tiempo entablar una pelea por la identidad de los “industriales”, expresando de esta manera la incidencia simbólica que tenía esta conmemoración para el gobierno. El momento cúlmine del conflicto fue cuando el gobierno dictó un decreto que establecía el cambio al 6 de diciembre, día en el que Manuel Belgrano había sido designado, en 1793, Secretario Perpetuo del Consulado.¹⁵¹

En la primera celebración del Día de la Industria tras el cambio de fecha el 6 de diciembre de 1946 Perón daba cuenta de la transformación que buscaba desarrollar en el modelo económico: *“comenzamos siendo un pueblo pastor, después fuimos un pueblo agricultor y ahora sentimos la necesidad de ser un pueblo industrial. Mientras fuimos un pueblo pastor, rudimentariamente civilizado, con pocas exigencias y con pocas ambiciones, nos conformamos como se conforman los pobres: con vivir con un mínimo de felicidad y con un mínimo de independencia. Cuando fuimos agricultores, aumentaron sus necesidades y aumentaron nuestras aspiraciones. Vencido el tiempo con nuestro esfuerzo y con nuestro sacrificio, llegamos a abrir las puertas de esa enorme fábrica que es la humanidad, para siquiera tocar de lejos y ambiciosamente las primeras ruedas dentadas de los buenos tiempos de la industria (...) El día de la Industria Argentina tiene este nuevo significado: ver unida las actividades que cierran el ciclo económico de los pueblos”* (Perón, 1998, 269-270).

En palabras de Barro, el gobierno había elegido con sumo cuidado el momento preciso en que debía fijarse el despertar de la vocación industrial de la Nación para ubicar en él el Día de la Industria como símbolo *“en el cual la Nación hace manifiesta su voluntad de desarrollo e independencia económica. La figura prócer y la obra de don Manuel Belgrano (...) ha constituido en el desarrollo económico del país el primer anhelo, y fue la primera voz que se levantó para indicar que la grandeza y la independencia de la Patria, tienen que estar aseguradas en un firme desarrollo industrial. Don Manuel Belgrano asumió el Secretariado Perpetuo el 6 de diciembre de 1793, y en merito a tal fundamental hecho de nuestra historia, el Gobierno ha instituido el 6 de diciembre como Día de la Industria. (...) el prócer dijo que sin la industrialización del país nada se podrá adelantar, ni la agricultura será otra cosa que arañar un poco la tierra, como hasta aquí se ha*

¹⁵¹Decreto 10.289 del 12 de diciembre de 1946 en *Anales de Legislación Argentina.*, Año 1946, p.299. El decreto fue revocado después de la caída de Perón cuando la entidad recobró su personería jurídica.

*ejecutado sin principios (...) ni el comercio saldrá de la esfera de comprar barato para vender caro' (...) la Industria Argentina (...) (hoy) obtuvo una victoria sin precedentes, ya que no sólo se logró satisfacer el abastecimiento interno, sino que se acudió con exportaciones de elementos industrializados a las naciones amigas".*¹⁵²

En este fragmento se conjugan algunas cuestiones básicas de este período inicial. En principio, el optimismo con el cual se pensaba el desarrollo industrial al que Barro consideraba completo ya que se encontraba posicionado tanto desde la perspectiva de abastecimiento interno como la de la exportación. En segunda instancia, la decisión de modificar la fecha histórica de conmemoración y la elección del nuevo día también expresa la importancia que el peronismo le confería a la industria en su relato identitario y su búsqueda de legitimarse: la disputa era central en la conformación del imaginario industrial del peronismo. Por un lado, expresaba un intento de arrebatar a la UIA su identidad como principal corporación industrial, de hecho, Miranda y Lagomarsino buscarían alentar organizaciones como la Asociación Argentina de la Producción la Industria y el Comercio (AAPIC), nacida en 1946, y la Confederación Empresaria Argentina (CEA) con el propósito de sustituir a la UIA. (Jáuregui, 2004, 55). Por el otro, la decisión oficial de fijar una nueva fecha en diciembre, diferenciándose y centrándola en la historia nacional y en la figura de Belgrano. Con ello descartaba la efeméride reivindicada por la UIA que era mucho menos disruptiva con el modelo agro exportador ya que se reivindica la exportación de manufacturas en tiempos de la colonia.¹⁵³

Para Barro, el cambio de fecha ante la celebración del *Día de la Industria* marcaba el interés que el peronismo tenía en impulsar una estrategia industrial, era central en su política económica: *“dentro de los planes de Gobierno reiteradamente expuestos por el General Perón la industrialización del país constituye en la rama económica una de sus principales preocupaciones, pues, como éste lo ha definido, promover a dicha industrialización es promover al bienestar general del pueblo”*.¹⁵⁴ Esto explicaba el interés por plantear una disputa simbólica con la principal corporación representativa del capital

¹⁵² “La industria Argentina en Marcha”, *Revista del Club Secretaria de Industria y Comercio*, Año 1, N°1, noviembre de 1946, pp.13-14

¹⁵³ Este cambio fue posteriormente derogado por decreto tras el golpe de estado perpetuado por la “Revolución Libertadora” en 1955 y volvió a septiembre, fecha en la cual se festeja hasta el día de hoy.

¹⁵⁴ “La Industria Argentina en Marcha”, *Revista del Club Secretaria de Industria y Comercio*, Año 1, N°1, noviembre de 1946, pp. 13.

industrial y por darle una impronta propia a la conmemoración, algo que se intentaría durante toda esta primera etapa.

En tercer lugar, la intervención de Barro significaba también un objetivo que se profundizaría en años posteriores ligado con la necesidad de comunicar y mostrar a la sociedad los avances realizados durante el gobierno. Para Barro, el nuevo día de conmemoración de la industria permitía *“mostrar a la consideración del pueblo este alto grado de perfeccionamiento, (lo que) constituye una exigencia de los actuales momentos que el Poder Ejecutivo ha sabido interpretar y por tanto ha elegido precisamente el Día de la Industria, el 6 de diciembre, para brindar a esta rama de la Economía Nacional la oportunidad de exponer la capacidad industrial de cada uno de sus integrantes”*.¹⁵⁵

De esta manera, la población debía “enterarse”, “participar”, “conocer” y “difundir” los avances logrados. En esta clave, Barro sostenía que *“la realización de Exposiciones representa no solamente un estímulo para los industriales y un reconocimiento a su capacidad creadora, sino que constituye además una eficaz oportunidad para fomentar en nuestra población la preferencia por nuestros artículos industrializados, que se deriva, a veces injustamente, hacia los de procedencia extranjera”*.¹⁵⁶

Barro daba cuenta de algo que sería central a lo largo de los años peronistas y para lo cual se desarrollaría todo un aparato de publicidad, información y propaganda y que incluso derivaría en el sistema educativo: la necesidad de educar a la población argentina en el consumo de los productos industriales producidos en nuestro país para el crecimiento de la patria. En esta misma línea, el funcionario también se ocupa de anticipar la puesta en marcha de la Exposición Industrial y de dar cuenta de cuáles serán sus objetivos principales: generar conciencia en la población de la importancia de consumir los productos argentinos. *“La Exposición de la Industria Argentina será una gran Exposición; la Secretaria de Industria y Comercio, como lo ha expresado su titular don Rolando Lagomarsino, no omitirá esfuerzo alguno para lograr que ésta represente un jalón, de referencia en el futuro, que simbolice materialmente una brillante etapa de la Industria Nacional (...) confiamos en poder ofrecer a la consideración del pueblo, una muestra digna del poderío de nuestra industria”*¹⁵⁷.

¹⁵⁵Ídem, pp. 14.

¹⁵⁶Ídem, pp. 13-14

¹⁵⁷Ídem pp. 14.

La industria argentina no era presentada como una potencialidad futura sino como una realidad que podía competir en pie de igualdad con los grandes productores. Para ello era fundamental educar al pueblo en la orientación de sus nuevos consumos, algo en lo cual ayudaba la publicidad alcanzada por medio de medidas como el cambio del *Día de la Industria* y la realización de la *Exposición Industrial*. Las políticas oficiales buscaban dar a la industria local la visibilidad necesaria para estimular su crecimiento.

Al clausurar la Exposición Industrial, el Secretario de Industria y Comercio Lagomarsino sostuvo: *“esta muestra de la industria propia (...) ha constituido el punto de partida de una etapa de superación industrial: la exposición demuestra así (...) cómo estamos, para, dentro de cinco años, ver adónde habremos llegado. (...) El resultado no podía ser otro que este: haber logrado en términos apremiantes levantar aquí, la más grande y completa exposición industrial sudamericana (...) Esta es una de las aspiraciones primordiales del Plan de Gobierno del general Perón, trabajar juntos Estado e industriales, porque sus finalidades en última instancia son comunes a ambos, el bien público y el engrandecimiento de la patria”*¹⁵⁸.

Este funcionario se expresaba menos optimista que Barro, al sostener que la industria argentina tenía un largo camino por recorrer todavía. Para ello era necesario conocer desde dónde se partía, algo para lo cual la Exposición era fundamental. Sin embargo, daba cuenta de la excepcionalidad de este tipo de exhibiciones, ya que la colocaba como la más importante de la región, ubicando de esta manera a Argentina en un concierto de naciones sudamericanas de las cuales el país quería ser puntal en pos de lograr una vinculación regional. Esto solo podría ser posible a partir de la expansión del desarrollo industrial para lo cual era fundamental la cooperación entre el Estado y los industriales. Según Lagomarsino, el objetivo último de las actividades de los empresarios industriales debía ser aquello que el gobierno identificaba como “bien público”.

En lo que las expresiones de ambos funcionarios se acoplaron perfectamente fue en la importancia que le dieron a la exposición como mecanismo de difusión del Estado para que la sociedad argentina conociera su industrial nacional: *“la Exposición no solamente ha demostrado en todos sus ramos el estado actual y la potencialidad de nuestra industria, sino que la muestra objetiva y armónica de las diversas manifestaciones industriales,*

¹⁵⁸Boletín Informativo para el Comercio y la Industria, Año 1, Núm. 1, 1947, p. 38.

procuró el fácil conocimiento público y contribuyó de manera objetiva y directa a la mejor ilustración popular”:¹⁵⁹

El resultado fue percibido muy positivamente ya que según el Secretario de Industria se había logrado captar la atención pública: *“el pueblo en masa ha concurrido a ella para apreciar objetivamente las fuerzas y los elementos en que se asienta la independencia económica de la Nación y ha visto cuál es el producto del trabajo y del ingenio de sus hombres de empresa; el país que puede ofrecer demostraciones de este calibre es necesariamente un país grande con un porvenir venturos”* :¹⁶⁰

Sin embargo, para 1947, el optimismo inicial de Barro se apaciguaba y comenzaba a dar cuenta de algunas de las limitaciones que experimentaba el crecimiento industrial. La escasez de productos, la caída de la productividad y el aumento del ausentismo obrero conformaron el contexto en el cual comenzaron a expresarse los primeros llamados a la intensificación de la producción: *“la necesidad que hay de aumentar la producción debe constituir la idea directriz de nuestras gestiones. Producir cuanto antes más y mejor para que adquiera sentido de realidad nuestra libertad política de país soberano que será más plena cuanto más lo sea nuestra libertad económica”*¹⁶¹.

Pese a que tradicionalmente se asume que en estos primeros años la forma del proceso productivo no estaba en discusión, nos encontramos en varios pasajes con una fuerte preocupación por aumentar la producción, la productividad obrera y la calidad de los bienes manufacturados, dando cuenta de que estas preocupaciones databan de los inicios del proceso: expresa una inquietud muy temprana previa a la crisis de 1949 y a la de 1952.

De todas formas, estas preocupaciones iban acompañadas de algunas advertencias sobre su sentido, que no se limitaban estrictamente en lo económico. Barro aclaraba entonces, que la orientación del proceso industrial no iba a profundizar en los rasgos sistémicos del capitalismo: *“no se trata de conseguir una industrialización de tipo materialista, mercantilizada, que desarrolle las actividades comerciales más rendidoras. El gobierno quiere que el país se desenvuelva con una evolución lógica y ordenada, y promete no ahorrar esfuerzos para evitar ritmos de crecimiento exagerado que contribuyan a formar una abundancia estéril de ciertos productos (...). Quiere que*

¹⁵⁹ Ídem, p. 42

¹⁶⁰ Ídem, p. 46

¹⁶¹ Ídem, p. 40

predominen las actividades fabriles más inmediatamente beneficiosas al país y que se desenvuelvan considerando que además de crear riquezas y de incrementar nuestra economía, se está ejerciendo al aumentar la producción, una elevada misión social”¹⁶².

El discurso daba cuenta de aspectos de la industria que era necesario corregir centrados en el reordenamiento de la producción. En segunda instancia, Barro expresaba la intencionalidad del peronismo de dirigir el proceso industrial desde el Estado y según los parámetros determinados como beneficiosos para el orden general. El imaginario industrial impulsado por estos funcionarios entonces daba cuenta de que la industrialización no tenía que ver con decisiones individuales de los empresarios, sino que necesitaba ser dirigida por el Estado para conseguir el objetivo del beneficio social.

Con respecto a las reformas de la estructura burocrática del estado y su vinculación con los sectores del empresariado, Barro declaraba: *“hemos llamado a los industriales del país a cooperar. Nuestro llamado no era un llamado egoísta, no descargábamos sobre las espaldas de la iniciativa privada todo el peso de la responsabilidad para luego criticarla por no haber cumplido. Ofrecíamos tanto como pedíamos. Nuestra ayuda no abarcaba solo un sentido sino todos aquellos que fueran necesarios. Inaugurábamos un nuevo estilo para las relaciones entre los organismos del Estado y las fuerzas productoras. Sustituíamos el trámite burocrático y el expedienteo, por una acción rápida, eficaz y personal”¹⁶³*

Este funcionario entendía al peronismo como un momento nuevo en la vinculación entre el Estado y los industriales, aunque daba cuenta de ciertas críticas y reclamos que aparecían en este proceso e insistía en que la relación de éstos con el Estado implicaba un intercambio de beneficio mutuo, algo que según su opinión estaba dando buenos resultados: *“la producción que el Plan de gobierno señalaba para alcanzar en el quinquenio, ha sido ya cubierta en algunos rubros y otros estamos a punto de lograrlo”¹⁶⁴.*

Por la misma época, el Secretario de Industria y Comercio Lagomarsino contestaba a las críticas de la oposición explicitando que el peronismo no buscaba reemplazar la iniciativa privada por una “economía dirigida” exclusivamente por el Estado: *“no he querido señalar que el Estado absorba la iniciativa privada. He dicho y repito: no puede tener interés el Estado en absorber aquello que no es específico de su propia función; pero*

¹⁶²Ídem, p. 40

¹⁶³ Ídem, p. 47

¹⁶⁴ Ídem, p. 47.

*el Estado si regulará, para beneficio de toda la Nación, aquello que la iniciativa privada no cumpla suficientemente o con la debida ecuanimidad, de modo que proporcione a toda la colectividad el equilibrio de los beneficios obtenidos”.*¹⁶⁵

En esta y en otras intervenciones, Lagomarsino expresó concepciones más ortodoxas en términos de la intervención en el sector manufacturero, haciendo especial hincapié en que el peronismo solo buscaba involucrarse en aquellos sectores en los cuales el desempeño no fuese suficientemente bueno para los parámetros del Estado. Según el funcionario-empresario la intervención no sería total sino sumamente regulada y supeditada a aquellos sectores que no funcionaran como el Estado quería que lo hiciesen. Incluso, dejaba entrever que el Estado no se proponía tener una función empresarial y que éste solo intervendría en beneficio de la sociedad en general controlando a las organizaciones privadas o tomando su rol sólo si las mismas no cumplían con sus funciones.

El secretario enfatizaba que, en realidad, las principales preocupaciones del Estado se concentrarían en cuestiones de desarrollo de regiones postergadas, la provisión de transporte adecuado y de energía barata, lo que fomentaría la industrialización de nuevas regiones y una distribución de la población más equilibrada: *“la localización geográfica de las industrias y la radicación de contingentes humanos, merecerán del Estado la más intensa preocupación”.*¹⁶⁶

En otro discurso, Lagomarsino opinaba al igual que Barro, que con el peronismo el Estado argentino por primera vez se modernizaba y esto se expresaba en su preocupación por la industria desde una perspectiva amplia que incluía previsiones de mediano y largo plazo: *“la industria, el comercio y la producción estarán asistidas por vez primera, por una intensa atención de los poderes públicos que, con un criterio moderno y sobre todo eminentemente argentino, procuraran darle, en una acción planificada”.*¹⁶⁷ Así, en la interpretación de estos funcionarios, modernización e industrialización eran dos procesos que iban necesariamente de la mano.

Como indicamos anteriormente, el hombre fuerte de la economía de esos años iniciales fue Miguel Miranda. Tal vez una de sus intervenciones más interesantes fue labrindada ante la Bolsa de Comercio en junio de 1947. En esa ocasión, Miranda hizo una

¹⁶⁵ Ídem, p. 26

¹⁶⁶Ídem, p. 26.

¹⁶⁷ Ídem, p.42

defensa del enfoque de política económica elegido, rechazando los argumentos de los sectores más ortodoxos. Frente a la crítica opositora que sostenía que el peronismo estaba acentuando la “economía dirigida” explicaba que la economía argentina *“siempre fue dirigida; pero lo grave es que fue dirigida por intereses foráneos en contra de nuestros intereses sanos y legítimos”* algo que *“el pueblo argentino no permitirá más. Ha llegado a su mayoría de edad económica y tiene el derecho de dirigir su propia economía (...) Y la dirigirá por intermedio de sus órganos estatales en beneficio del país”*¹⁶⁸

Desde la concepción de Miranda, por lo tanto, se recuperaba la noción de intereses foráneos ajenos a los argentinos y de un Estado que debía intervenir a favor de los segundos. Sin embargo, y en la misma sintonía que Lagomarsino, sostenía que esta intervención no buscaba anular el papel de los empresarios: *“el Estado debe intervenir lo menos posible, pero debe intervenir, para desempeñar su función de regulador (...) Únicamente así podremos industrializar nuestro país; y es obvio de puro evidente que solamente con el desarrollo de nuestras industrias podremos elevar el estándar de vida de nuestra población”*.¹⁶⁹

Una cuestión que el equipo económico consideraba fundamental era la necesidad de superar la exclusiva orientación primario exportadora de la economía argentina. El campo era visto como un sector que se agenciaba enormes beneficios. Para Miranda no cabía duda que ese sector había contado con una fuerte protección en los años previos. Para el presidente del Banco Central el enfoque mercado internista de la política económica pronto sería reconocida como un beneficio para el sector primario exportador ya que eliminaría la amenaza de las fluctuaciones internacionales del precios: *“siendo la más protegida la producción del agro, aun se oyen voces (...) que protestan por la costosa protección que, según dicen, se estaría dispensando a las industrias (...) dentro de pocos años, los productores del campo comprenderán cómo, gracias a la industrialización del país, tendrán mercado seguro y remunerador para toda su producción”*.¹⁷⁰

Para él, era determinante superar *“la etapa agrícola ganadera para evitar a nuestra población lo ocurrido en el pasado (...) (Cuando) el nivel de vida era excesivamente bajo y la gran masa del pueblo vivía dentro de la mayor estrechez. Nuestra prensa (...) siempre*

¹⁶⁸Boletín Informativo para el Comercio y la Industria, año 1, núm. 3, junio de 1947, p.40

¹⁶⁹ Ídem, p.40

¹⁷⁰Boletín Informativo para el Comercio y la Industria, año 1, núm. 3, junio de 1947, p. 34

cantaba loas al prestigio de nuestros productos, por la calidad y baratura de los mismos. Pero nunca le dijeron al pueblo argentino que esa baratura era obtenida a base de jornales bajísimos y condiciones de vida miserables (...) era la riqueza de otros edificada sobre la miseria nuestra. Era la colonia”.¹⁷¹ De esta manera, Miranda indicaba que la especialización primaria exportadora iba asociada a niveles de vida muy bajos para la mayoría de la población argentina.

Además, Miranda asociaba la etapa agroexportadora con el predominio de los intereses extranjeros. Según su interpretación, la única solución para un desarrollo sostenido era impulsar el proceso de industrialización, ya que *“si la Argentina no completara su economía con una rápida etapa de industrialización, y si no sabe asegurarse a base de calidad y confianza el mercado de los países hermanos limítrofes, bastaría una cosecha abundante en EEUU y en el oriente de Europa para que la población argentina quedase condenada a la miseria (...) Se insiste, sin embargo, en levantar nuevos temores asegurando al pueblo que si nos industrializamos perderemos nuestros mercados en el exterior (...) cuanto más se industrializa una nación, mayor es su intercambio y sobre todo señores, mayor es su nivel de vida.”*¹⁷²

La tarea exigía cierta premura dado que se consideraba que en esa coyuntura estaban dadas las condiciones para una rápida industrialización. Miranda reconocía, de esta manera, que el enfoque de política económica iría acompañado de ciertos problemas coyunturales, propios de las transformaciones que se operaban. Particularmente, mencionaba las tensiones inflacionarias, provocadas por un doble origen: un aumento del poder de compra de los salarios y la escasez coyuntural de bienes durante la posguerra:

“Lo que estamos haciendo frenéticamente en estos momentos es la primera fase: estamos construyendo e instalando bienes de capital, que dan ocupación y trabajo, pero que todavía no producen bienes de renta. Se crea, como es natural, una capacidad de compra en la población que momentáneamente no puede satisfacerse (...) tan pronto nuestras industrias empiecen a producir, se originará una nueva corriente de nuevos bienes de consumo en el mercado y desaparecerá la causa principal del alza actual de los

¹⁷¹ Ídem, p.49

¹⁷² Ídem, p.49

*precios (...) Estamos viviendo una época de transición: de una economía primitiva a una economía de carácter más industrial”.*¹⁷³

En su propia alocución se expresaban factores de desequilibrio en el sistema económico, aunque no creía necesario cambiar el rumbo de las políticas ya que el propio círculo virtuoso del proceso industrializador reordenaría el sistema y permitiría domar factores que comenzaban a ensombrecer el proceso. Miranda describía las dificultades de la economía argentina, especialmente la escasez de bienes y el ritmo de la inflación, como derivadas específicamente de variables externas: *“la falta de bienes se debe, en primer lugar, a los efectos de la última guerra y, sobre todo, al injusto bloqueo económico (...) A pesar de ello, es justo reconocer que la industria nacional ha hecho un supremo esfuerzo a fin de remediar esta situación. Los resultados obtenidos han sido todo lo halagüeños que podría esperarse (...) pero no suficientes. Hay que proseguir el camino comenzado y forzar dentro de lo posible la industrialización del país”.*¹⁷⁴

Esta necesidad urgente de “forzar” el proceso de industrialización se explicaba en que, para Miranda, la clave del desarrollo económico era la independencia, algo imposible de alcanzar si la economía del país dependía del sector agropecuario ya que el progreso de éste estaba determinado por variables internacionales.

Desde su perspectiva, la economía previa a 1946 no solo era inestable por su dependencia del ingreso producido por el agro, sino que además había otros factores que acentuaban la perduración de ese modelo productivo orientado a la exportación. Así, por ejemplo, Miranda era muy crítico con el impacto del sistema ferroviario, que estaba dominado por empresas de capitales extranjeros, y que según su interpretación solo perseguían la mera búsqueda extractiva de los beneficios del sector agrícola. Por ello, y teniendo en cuenta la meta de la industrialización del país, consideraba fundamental repensar el sistema de tarifas ya que existían *“industrias y regiones cuyo desarrollo conviene favorecer (...) esa es función propia del Estado, que felizmente posee, hoy, los órganos adecuados para prestarla. De esa manera, el país sabrá a quién se ayuda y cuánto cuesta esa ayuda”.*¹⁷⁵

¹⁷³Boletín Informativo para el Comercio y la Industria, año 1, núm. 3, junio de 1947, p.49

¹⁷⁴ Ídem, p.40

¹⁷⁵Boletín Informativo para el Comercio y la Industria, año 1, núm. 3, junio de 1947, p. 30. En este sentido retomaba críticas propias de sectores nacionalistas donde se cuestionaba el impacto del ferrocarril sobre el

Las perturbaciones económicas de posguerra, según Miranda, se podían explicar por la tardanza con que la Argentina había comenzado con el proceso de su industrialización: *Debió tener lugar inmediatamente después de la guerra del 14; pero la vieja oligarquía prefirió despilfarrar en lujos y ostentaciones los medios que hubieran servido para consolidar ese momento que recién ahora se repite después de casi treinta años. Su falta de sensibilidad para los problemas sociales, le impidió ver que la única manera efectiva de servir los intereses permanentes de la Nación estaba en su transformación económica industrializándolo y elevando el nivel de vida de todo el pueblo*¹⁷⁶ De esta manera, el proceso industrial empujado por el peronismo permitiría un desarrollo productivo que generaría que Argentina llegase a la mayoría de edad y pudiera sentarse a la mesa de las grandes potencias.

Un año después, el Ministro de Hacienda, Ramón Cereijo daba cuenta de que el atraso en el desarrollo industrial del país era la clave para explicar el retardo en alcanzar la independencia económica: *“la independencia política vive en constante asfixia cuando no va acompañada de la económica (...) No haberlo entendido así antes ha sido una rémora que, durante largos años, contuvo el pujante proceso evolutivo que – hay que decirlo –, si hoy asombra a quienes creían hallar el país en su primitiva naturaleza pastoril, es lícito afirmar que hubiera ya alcanzado el grado de industrialización que le obviara al presente la inconveniencia de depender de factores extraños a su propia capacidad*”.¹⁷⁷ Esta apreciación de Cereijo coincide con la evaluación que hacía Miranda al dar cuenta de que uno de los problemas principales de la industria argentina había sido la tardanza en que el Estado había impulsado la industria incipiente como parte de sus políticas públicas.

En 1949, cuando ya se dejaban ver algunos problemas del enfoque económico, en un discurso pronunciado en la Facultad de Ciencias Económicas, Cereijo respondía a las acusaciones contra el “excesivo dirigismo” del Estado que *“no hay ningún interés en atribuir al Estado funciones que puedan ser desempeñadas eficientemente por otros*

desarrollo económico argentino. Por ejemplo, autores como Raúl Scalabrini Ortiz y Ricardo Ortiz, por cierto, desde tradiciones ideológicas distintas, ya habían publicado sus respectivos estudios sobre el tema. Véase, Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1938; Ricardo Ortiz, *El ferrocarril en la economía argentina*, Buenos Aires, 1946.

¹⁷⁶Boletín Informativo para el Comercio y la Industria, año 1, núm. 3, junio de 1947, p.49

¹⁷⁷Ramón Cereijo, *Adhesión del Ministerio de Hacienda de la Nación con motivo de la Nacionalización de los ferrocarriles. Liberación Económica. Discurso del Excmo. Señor ministro Dr. Ramón Cereijo pronunciado ante el personal del departamento en el acto de adhesión a la toma de posesión de los ferrocarriles*. Buenos Aires, 28 de febrero de 1948, pp. 4-5.

organismos; (...) la experiencia histórica abona el temperamento de respetar, asistir y fortalecer a las instituciones sociales intermedias entre el individuo y el Estado en vez de que este las absorba o destruya".¹⁷⁸ Así aparecía esbozado un interés que se volvería cada vez más medular en los periodos posteriores vinculado con la necesidad de formar una central empresarial que tuviera una estructura y organización similar al de la CGT y que le permitiera al Estado desempeñar un papel de intermediario.

Las dificultades económicas no implicaban, sin embargo, revertir la apreciación que se tenía sobre el lugar de la industria. En la misma intervención, Cereijo rescataba el proceso industrial como uno de los ejes centrales logrados por el gobierno peronista: *"ningún aspecto de la riqueza nacional ha permanecido ajeno a la política económica de la Revolución; pero si hay que señalar alguna característica que lo singularice más que otra, diré que ella consiste en la sostenida acción de fomento industrial"*.¹⁷⁹ Vemos la incidencia que tenía el imaginario industrial en la construcción identitaria del peronismo, sus propios funcionarios lo reconocían como uno de sus rasgos principales a la hora de dar cuenta de sus logros en política económica.

Sin embargo, tomando distancia de la opción definitiva por la industria aparecida en los años anteriores, Cereijo introducía una temática que se profundizaría en los siguientes años: la idea de que era necesario racionalizar la industria y establecer un equilibrio entre su desarrollo y el del sector primario: *"uno de los aspectos de la política de consolidación que hoy propugnamos, consiste, precisamente, en un amplio plan de racionalización industrial, para que la industria argentina sea el complemento natural de nuestra producción agropecuaria, puntal de nuestra economía, y asegure una ocupación estable de mano de obra nacional"*.¹⁸⁰

Aparecen en las apreciaciones de este ministro algunos matices respecto al entusiasmo industrial de los primeros años de esta etapa. La necesidad de subrayar el rol de la cuestión agropecuaria da cuenta de que comenzaba a ser un factor que interfería en el desarrollo industrial. Esto motivó una moderación en el impulso industrial, lo que se puede observar en el llamado a la racionalización: *"el proceso de industrialización se ha*

¹⁷⁸Ramón Cereijo, *Bases para la consolidación económica nacional. Discurso pronunciado por el presidente del Consejo Económico Nacional (agosto de 1949) en la Liga por los derechos del trabajador*. Buenos Aires, Consejo Económico Nacional, 1949, p. 15.

¹⁷⁹ Ídem, p. 17.

¹⁸⁰ Ídem, p. 18.

*realizado a un ritmo tan acelerado durante los últimos años (...) que va llegando el momento de proceder a una cuidadosa discriminación acerca del carácter económico o marginal de las industrias, con el fin de hacer gravitar la política oficial sobre las primeras, y preparar la reconversión y liquidación de las segundas con el mínimo de inconvenientes para el personal ocupado y los capitales invertidos”.*¹⁸¹

Las problemáticas que aparecían tímidamente en los años anteriores ya se encontraban profundamente definidas al final del período. Para Cereijo el problema era la excesiva rapidez con la cual se había impulsado la industrialización, lo que no había permitido distinguir entre aquellas industrias que el Estado quería impulsar y aquellas que no imprescindibles. Para hacerle frente a esta situación, el Poder Ejecutivo, con el asesoramiento del Consejo Económico Nacional iba a implementar una serie de medidas para sortear los obstáculos al desarrollo industrial, algo que, según sostenía Cereijo, beneficiaría tanto a los industriales como a los obreros.¹⁸² De esta manera, el ministro de Hacienda expresaba un viraje en la política económica oficial luego de la renuncia de Miranda y el ascenso de los cuadros técnicos - de los cuales Cereijo era principal exponente - en el manejo de la economía argentina. El nuevo ministro de Finanzas y presidente del Banco Central, Alfredo Gómez Morales, retomaría preocupaciones similares en la Memoria y Balance Anual del Banco de Crédito Industrial *“el Gobierno propende a proteger la industria sana y socialmente provechosa, liberándola de una perjudicial restricción indiscriminada de créditos y de la concurrencia malsana, en el mercado interno, de aquellas actividades que le disputan la mano de obra, la materia prima y el poder de compra popular, sin un fin económico o social que lo justifique”.*¹⁸³

Segundo período 1950-1952

Luego del desplazamiento de Miranda de la conducción de la política económica, en enero de 1949, ésta queda a cargo de un equipo de economistas de carrera burocrática encabezado por Alfredo Gómez Morales y Roberto Ares, al que se sumaba Ramón Cereijo.

¹⁸¹Ídem, p. 25.

¹⁸²Ramón Cereijo, *Las economías en el presupuesto y el abastecimiento de elementos básicos para la industria nacional. Discurso pronunciado por el Presidente del Consejo Económico Nacional Dr. Ramón Cereijo, 23 de Marzo 1949*, Buenos Aires, Consejo Económico Nacional, 1949, p. 16.

¹⁸³Banco de Crédito Industrial Argentino, *Memoria y Balance Anual, 1949*, Buenos Aires, 1949, p. 12.

El contexto macroeconómico estaba signado por la crisis de balanza de pagos y la aceleración del ritmo de inflación. A partir de entonces, hay un viraje hacia el sector agropecuario, el único que generaba las divisas indispensables para el desarrollo industrial y una búsqueda de desarrollar nuevas estrategias que liberen al Estado de una intervención directa sobre el sector industrial.

Se abandona la retórica nacionalista y pasa a ocupar un lugar más destacado la necesidad de consolidar la industria pesada y el peligro de los "enemigos internos". Todo esto se produce en un contexto de consolidación emotiva y configuración de rasgos identitarios cada vez más definidos.

Desde el aparato burocrático ministerial se buscaba definir una nueva concepción de política económica, presentándola como diferente y original. En ese sentido, vale la pena indagar en el libro de Gómez Morales quien fue el hombre fuerte del periodo. El ministro de Finanzas y cabeza del equipo económico definía "la Política Económica Peronista" como aquella:

*"acción estatal sobre los factores e intereses que juegan en el orden económico del país, en equilibrada relación con las circunstancias internacionales, tendientes a promover el acrecentamiento de la riqueza nacional a los fines de su justa distribución. Esta armoniosa adecuación de los factores económicos orientada a la consolidación de la Independencia Económica y al Bienestar Social, recibe el nombre de Política Económica Peronista porque se funda esencialmente en la filosofía Justicialista, en la genial acción del gobierno del General Perón y en la obra de solidaridad social que, a favor de los humildes, realiza la señora Eva Perón".*¹⁸⁴.

Para Gómez Morales, los antecedentes económicos de esta nueva perspectiva podían rastrearse al accionar del Consejo Nacional de Posguerra, y su trayectoria finalizaba con la creación de la Escuela Superior Peronista: *"ambos acontecimientos están unidos por una línea de continuidad bien definida en la doctrina que sirve de inspiración"*.¹⁸⁵ En este párrafo vemos una combinación muy particular y en cierto sentido contradictoria: la expresión de un cambio de equipo económico orientado hacia un perfil más técnico

¹⁸⁴ Alfredo Gómez Morales, *Política económica peronista*, Curso dictado entre marzo y julio de 1951, Escuela superior Peronista, Buenos Aires, 1951, p. 20.

¹⁸⁵Ídem, p. 23.

apostando a la especialización cruzándose con el proceso de consolidación de una doctrina peronista cada vez más centralizada en la figura de sus líderes y el culto a la personalidad.

El enaltecimiento de las figuras de los líderes se encuentra de forma cada vez más insistente en las discursividades de los distintos cuadros burocráticos, por ejemplo, Cereijo explicita que Argentina tuvo dos etapas en su instancia política y social: “*antes de Perón*” y “*a partir de Perón*” y que es justamente este segundo periodo lo que explica “*el extraordinario desenvolvimiento fabril que ha adquirido la República en los últimos años*”. Esta apelación constante al liderazgo del primer mandatario tendrá su punto de eclosión en nuestro tercer período de análisis.

A pesar de las dificultades económicas del período, Cereijo sostenía que la industria argentina seguía con su rumbo ascendente: “*el número de establecimientos industriales y la cantidad de personal ocupado en los mismos alcanzan guarismos de importancia; el volumen de la producción continúa en ascenso a pesar de las dificultades cuya solución escapa en muchos casos a nuestras posibilidades. En esa rama de actividad económica, el pensamiento gubernamental ha tenido por finalidad fomentar la industrialización del país, entendiendo que no existe razón valedera para que no se logre realizar (...) el ciclo integral, que comienza en la explotación del agro y finaliza con el proceso fabril*”.¹⁸⁶

En esta etapa, se observa un cambio de directriz económica y el agro abandona su lugar subordinado. Comienza a ser citado en los discursos gubernamentales como un sector clave para el desempeño económico que posibilitaría el futuro desarrollo industrial. Cuidar el sector agropecuario como parte originaria del ciclo de desarrollo pasaba a ser un aspecto fundamental para sostener el proceso industrial a pesar de que ello implicaba un reconocimiento implícito de los problemas que afrontaba el desarrollo industrial a partir de 1949.

Para Cereijo, sin embargo, el cambio que había provocado el peronismo en el sistema económico del país podía calificarse como estructural. “*El adelanto industrial alcanzado en este último periodo bélico no fue olvidado en la posguerra, sino que (...) fue consolidado, acrecentado y depurado. Era el único camino a seguir para obtener una producción diversificada, que, sin echar al olvido la importancia de nuestra producción*

¹⁸⁶Ramón Cereijo, “La evolución económica y financiera argentina”, *Hechos e Ideas*, n 80-81, – Noviembre – diciembre 1950, p. 220.

*agropecuaria, alejara definitivamente del panorama argentino, las situaciones cíclicas que, como consecuencia de dos guerras internacionales y varias crisis económicas, pesaron sobre nuestro país que como productor de materias primas se encontraba mucho más expuesto (...) La magnitud de la tarea cumplida en solo 4 años (...) es signo evidente que el incremento proporcional del desarrollo de la industrialización operada en la Argentina, resulta con mucho superior a las de las principales naciones del mundo”.*¹⁸⁷

Otra diferencia clave con el período anterior se expresaba en el cambio de la apreciación del papel del capital y la inversión extranjera: *“se inició un amplio programa de radicación de industrias extranjeras en nuestro país, autorizando con preferencia el ingreso de aquellas cuyas actividades revisten especial interés para la economía local (...) lo que permitirá la intensificación industrial”*¹⁸⁸. En un cambio discursivo, las inversiones externas ya no aparecían asociadas con un capital extranjerizante y amenazador, sino como un recurso necesario para complementar el proceso económico.

Sin embargo, hay continuidades, como por ejemplo el papel que el Estado debía cumplir en el impulso industrial: *“la experiencia realizada tanto en la Argentina como en otras naciones, demostraron la eficacia de la intervención estatal en la organización de entidades de carácter industrial, que, - participando en igualdad de condiciones dentro del mercado – permiten a las dependencias oficiales competentes controlar”*.¹⁸⁹

Un año después, Gómez Morales, sostenía que el rumbo elegido para consolidar el desarrollo por medio del proceso industrial había sido acertado: *“Nuestro país, exportador esencial de materias primas, ha realizado (...) un esfuerzo tendiente a lograr su industrialización con el objeto de acentuar su independencia económica (...) pero este esfuerzo se ve perturbado por determinadas medidas, provenientes de los países de economía industrial, que lo han dificultado en diversas formas”*.¹⁹⁰

Como en el periodo anterior, la explicación de los principales problemas que enfrentaba la economía argentina se encontraba en la incidencia de factores externos imposibles de controlar por parte del gobierno. En consonancia con ello, Gómez Morales hacía una fuerte crítica al rol de los nuevos organismos internacionales dando cuenta de que

¹⁸⁷ Ídem, p. 231.

¹⁸⁸ Ídem, p. 220.

¹⁸⁹ Ídem, p. 221.

¹⁹⁰ Alfredo Gómez Morales, “La política económica argentina frente a la economía mundial”, *Hechos e Ideas* N°86 año 1951, p.249.

el fundamento de la creación del Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional respondía más a las conveniencias de los grandes países industriales que de las naciones que necesitaban de su ayuda económica.¹⁹¹

Todo esto se explicaba por la división internacional del trabajo que era sumamente perjudicial para los países productores de materias primas si se la entendía como una fórmula estable para las relaciones económicas internacionales:

*“la división entre países agrarios y países industriales (...) de ninguna manera puede reflejar un determinismo económico que condene a los mismos a mantener, más o menos permanentemente, dicha situación. Esto es lo que han buscado, precisamente, los grandes países industriales como una de las formas de asegurarse fuentes de materias primas baratas y mercados para sus manufacturas”.*¹⁹²

En el discurso de Gómez Morales es posible percibir que en su forma de entender la economía global perduraban concepciones propias de la escuela histórica alemana, por lo que rechazaba de plano la teoría de las ventajas comparativas. Para este autor, entonces, *“la calificación de un país en agrícola o industrial sirve, a lo sumo, para determinar su grado de desarrollo económico y nada más. Así como el niño pasa a la pubertad y a la adolescencia y de esta a la plenitud que caracteriza al hombre adulto, de igual manera la mayoría de los países atraviesan las etapas de su desarrollo económico hasta alcanzar las superiores”.*¹⁹³

Con cierto eco de las ideas del estructuralismo cepaliano, pero sin citas explícitas, Gómez Morales observaba que el sector agropecuario estaba muy condicionado por la evolución de los precios mundiales, mostrando mayor debilidad que las economías industrializadas: *“una baja general de precios, los correspondientes al sector agropecuario descienden con mayor celeridad que los de los productos industriales. En estas condiciones los términos del intercambio entre producción agropecuaria y producción industrial se hacen desfavorables para los sectores agrarios, creando condiciones de inestabilidad económica y social”.*¹⁹⁴

¹⁹¹Ídem, 250.

¹⁹² Gómez Morales, *Política económica peronista*, p. 214.

¹⁹³Ídem, 214.

¹⁹⁴Ídem, p. 35.

Por lo tanto, para Gómez Morales el desempeño superior de la economía se alcanzaría recién a partir de un desarrollo industrial completo. Para ello, defendía el pragmatismo a la hora de pensar las políticas públicas: *“mientras que la Economía Política es o por lo menos aspira a considerarse una ciencia, al igual que las ciencias naturales (...) la Política Económica constituye más bien un arte basado en una concepción político social que determina finalidades y objetivos, elige y pondera sus propios medios y métodos a fin de lograr la realización de los mismos. El movimiento justicialista argentino tiene su propia doctrina: la Doctrina Peronista (...) No hemos de subestimar la ciencia económica y recordaremos que los principios de la teoría son universales. Pero habremos de cotejarlos con nuestra propia experiencia”*.¹⁹⁵

Justamente es allí donde Gómez Morales encontraba una de las grandes debilidades de la economía argentina históricamente dependiente de la aplicación indiscriminada de teorías económicas escritas por (y para) los grandes centros industriales, lo que había implicado adoptar continuamente orientaciones de gobierno en materia de política económica contrarias a los intereses del país.

Según el análisis del ministro, el desarrollo económico argentino de los últimos años, comprendía dos etapas fundamentales: a) la expansión industrial y la recuperación del manejo de los resortes vitales de nuestra economía b) la estabilización económica y el crecimiento ordenado de las diversas actividades productoras del país. La segunda etapa, por él conducida, implicaba la recuperación y consolidación de la producción agropecuaria, que sería base esencial del desarrollo industrial. Estos sectores agropecuarios eran claves debido a que cumplían el doble propósito de asegurar el abastecimiento de insumos industriales compradas en el exterior y, al propio tiempo, elevar el tenor alimenticio y el aprovisionamiento de otros materiales requeridos por la industria nacional.¹⁹⁶

Por su parte, Cereijo justificaba la nueva política en función de lo que ahora consideraba el necesario equilibrio entre el desarrollo agropecuario e industrial:

“Sabemos perfectamente que los productos de la agricultura y de la ganadería son los que nos suministran las divisas necesarias para poder realizar y mantener la transformación industrial y no escapa a nuestras previsiones el hecho de que ningún país

¹⁹⁵Ídem, p. 21.

¹⁹⁶Ídem, p. 22.

puede desarrollar su actividad fabril a costa y con el sacrificio de la producción de su suelo, y, por el contrario, la pujanza y grandeza de una nación radica en el desarrollo armónico de ambos".¹⁹⁷

El apoyo inicial del gobierno a la industria se había debido *"hasta entonces nada se había hecho a su respecto"*. Ahora era imprescindible restaurar el equilibrio perdido para lo cual había que alentar mediante las políticas de precios, el crédito y la mecanización rural, la producción primaria.

Para Gómez Morales, en 1949 se abría una etapa transicional de la economía argentina dado que se estaba produciendo: *"el paso de una economía acentuadamente agropecuaria hacia esta otra que ahora tenemos de conformación agraria industrial (...) Es preciso (...) acompañar esos cambios estructurales con una nueva mentalidad y un nuevo modo de enfocar los problemas. Mientras el país dependió primordialmente de la exportación de alimentos y materias primas y de la importación de la mayor parte de los artículos de consumo, la política económica se orientaba hacia el exterior (...) pues ellos modelaban nuestro ciclo económico"*¹⁹⁸.

Hay una coincidencia clara de diagnóstico entre Gómez Morales y Cereijo, que se asentaba en la confianza en que el peronismo había logrado modificar la estructura productiva del país, cambiando el predominio del sector primario que, según entendían, se había mantenido hasta el final de la guerra. Gracias a las políticas puestas en marcha entonces se había logrado alcanzar *"un alto grado de autonomía, habiéndose trasladado el centro motor de la demanda efectiva de nuestra producción agropecuaria, en buena medida, a las fuerzas que impulsan actividades internas"*¹⁹⁹.

Sin embargo, Gómez Morales era cauto y admitía que el cambio estructural no era completo. *"Si bien no puede decirse que hasta este momento nuestra economía constituye un centro cíclico autónomo, (...) puede aseverarse que el nivel de desarrollo industrial que hemos alcanzado es suficiente para contrarrestar en forma apreciable cualquiera de las repercusiones de carácter depresivo que ordinariamente hemos recibido de los grandes*

¹⁹⁷ Ramón Cereijo, *Sentido y alcance del plan económico para 1952.*, Conferencia pronunciada en carácter de la UBA, 1ero de abril de 1952, Buenos Aires, 1952, p.19.

¹⁹⁸Gómez Morales, *Política económica peronista*, pp. 47-48.

¹⁹⁹Ídem, p. 48.

centros cíclicos mundiales. Como se ve, el sector industrial que se ha desarrollado en nuestro país tiene una enorme importancia para nuestra política económica”²⁰⁰

Si bien podemos reconocer en Gómez Morales un enfoque económico más ortodoxo, seguía compartiendo el papel clave del Estado en la política económica. El funcionario compartía su optimismo por la planificación como mecanismo de aliento al cambio económico y la mejora de la distribución del ingreso. Según expresó en sus clases en la Escuela Superior Peronista, las intervenciones estatales podían realizarse a priori (de carácter preventivo) o a posteriori (circunstancial). La primera según el ministro suponía una planificación previa mientras que la segunda actuaba sobre los hechos ya producidos. Lo fundamental para Gómez Morales era que hasta el advenimiento de Perón la intervención estatal había sido solo a posteriori, algo que había tenido consecuencias muy negativas en el desarrollo argentino.²⁰¹

La discusión de fondo de este período estuvo vinculada en torno a cómo atacar la crisis ocasionada por el estrangulamiento del sector externo: el ritmo de crecimiento se desaceleró, el estancamiento del sector agropecuario de dos décadas culminaba con una depresión aguda, la industrialización tenía serios problemas de abastecimiento y todo esto derivaba en inflación y conflictos por la distribución del ingreso. En estas condiciones, debía limitarse el apoyo crediticio a la industria para reencauzar la economía, frenar la inflación y aumentar la producción. La crisis era vista como un desequilibrio coyuntural, antes que como una crisis estructural.

Con este panorama económico, un año más tarde, Gómez Morales propugnaba por alcanzar *“una razonable armonía entre todos los elementos básicos de la actividad económica nacional: entre la agricultura y la industria, (...) entre las importaciones y las exportaciones (...) Estamos tendiendo hacia un reordenamiento, un equilibrio que de ninguna forma significa estancamiento sino crecimiento armonioso.*”²⁰² De esta manera, el nuevo eje del ordenamiento económico pasaba por equilibrar las variables económicas.

Para ello, las políticas públicas orientadas a la industria tenían que transformarse. La política crediticia, que como han advertido los estudios de Girbal (2003) y Rougier (2001),

²⁰⁰Ídem, pp.47-48.

²⁰¹Ídem, p. 81.

²⁰²Alfredo Gómez Morales, *Realidad económica argentina. Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del 97° aniversario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1952, p.13.

había sido empleada muy generosamente, y ahora se encontraba en el centro de la discusión. Era necesario limitar el auxilio crediticio y alentar un crecimiento industrial sobre nuevas bases:

*“El aumento de la producción, siempre tan necesario, habrá de buscarse principalmente como resultado de una mayor eficiencia en las actividades productivas. Deberá evitarse que el crédito bancario, so pretexto de aumentar la producción, contribuya a elevar el costo de sus factores y que el desarrollo de una empresa se haga, en la práctica, a expensas de otras”.*²⁰³

Eran claras las críticas a las disposiciones tomadas por su antecesor en política industrial; ya no podía seguir alentándose un crecimiento desordenado de la industria. En gran medida, la solución se encontraba en manos de la propia industria y, en especial, de los empresarios: *“Es menester que el industrial deje de actuar con sentido especulativo, con vistas a realizar grandes ganancias a breve plazo; debe privar, en cambio, un criterio de permanencia, de regularidad en sus ingresos y beneficios, de consolidación en su posición en el mercado. Todo esto ha faltado, en muchos casos, en un pasado reciente”* (Gómez Morales, 1952, 15).²⁰⁴

Se consolidaba de esta manera una caracterización clave centrada en los “malos industriales” que desplazaba la apreciación negativa del peronismo frente al capital extranjero, que había predominando en el periodo previo. Ahora el problema se centraba en los especuladores que se aprovechaban del Estado y los consumidores, provocando perturbaciones en la economía: inflación, mercado negro, especulación.

Por su parte, Cereijo señalaba cómo debían cambiar las estrategias de los industriales argentinos y el papel central que deberían cumplir las entidades empresarias en la nueva etapa: *“el gobierno continuará prestando su apoyo y estímulo, dirigiendo la política industrial a la consolidación firme y definitiva de la industria argentina. En esta tarea de consolidación los propios industriales y sus organismos representativos tienen un papel muy importante que cumplir. Al comienzo de una actividad que recién iniciaba su vigoroso impulso, era explicable que privara en muchos el sentido especulativo: el deseo de la ganancia fácil y en poco tiempo. Pero ese concepto que aún es bastante general, debe*

²⁰³Ídem, p.13.

²⁰⁴Ídem, p.15.

*desaparecer para ser reemplazado por aquel que tiene en vista la función social que desempeña una poderosa industria y su carácter de factor vital en la grandeza presente y futura del país”.*²⁰⁵

El problema de la economía argentina, entonces, no eran las políticas públicas estatales sino los comportamientos de los empresarios inescrupulosos que aprovechaban el apoyo oficial para lograr ganancias extraordinarias en el corto plazo. Se hacía una distinción entre el “buen industrial” que *“tendrá el apoyo y la protección del Estado, con créditos suficientes y sin trabas que le impidan su ganancia normal”* en contraposición con “el mal industrial”, quien *“no puede pretender que los organismos oficiales acudan en su ayuda, (...) que no se preocupa en racionalizar la industria y mejorar sus sistemas de producción; aquel que no se contenta con una ganancia licita y razonable, aquel que (...) pretende que las insuficiencias de capital (...) se la cubran los organismos bancarios acordándole nuevos préstamos”*²⁰⁶

La necesidad de que los empresarios se organizaran, estableciendo controles entre sí de forma interna y dando cuenta de cuáles serían las mejores políticas públicas para el sector era una de las claves para los hombres de la segunda línea. Las organizaciones empresariales que debían comenzar a estructurarse eran fundamentales en la estrategia de colaboración del gobierno nacional. *“De ellos esperamos la más eficaz ayuda, para que día a día este tipo de especulador industrial vaya desapareciendo dentro de la organización económica del país”*²⁰⁷

Una concepción que persistiría del periodo anterior pero que sería motivo de mayor atención oficial durante esa segunda etapa era la necesidad de hacer llegar los fundamentos de las políticas públicas a la población por medio de publicaciones de todo tipo que permitieran al hombre de a pie comprender los fundamentos de las políticas económicas. De esta forma, Cereijo sostenía que *“el propósito (...) va más allá, con una finalidad educativa y permanente, reafirmar en cada habitante de esta tierra la conciencia clara de que la grandeza del país y la felicidad del pueblo dependen de su propia acción individual, que ningún acto suyo puede ser indiferente al bienestar general, que es artífice del destino*

²⁰⁵ Ramón Cereijo, *El plan económico de 1952 y la consolidación de la prosperidad nacional*, Consejo Económico Nacional. Conferencia en la bolsa de comercio de buenos aires 24 de marzo de 1952, p. 24.

²⁰⁶Idem, p.25

²⁰⁷Idem, 26.

nacional. Debe saber que si no produce todo lo que puede (...) está frenando a la Argentina en su camino ascensional”²⁰⁸ En suma, al menos en parte, el éxito de la política de consolidación económica pasaba a depender de los trabajadores.

Esta apelación de uno de los miembros del equipo económico, sería retomada por el propio Perón al final del período, cuando la combinación de una sequía y la aceleración de la inflación desatarían una crisis de balanza de pagos más aguda que la de 1949. Con el “Plan de Emergencia Económica” de 1952, la voz de Perón comienza a tomar un papel central para reclamar el apoyo en la población. Fue el primer mandatario quién anunció las medidas económicas en diversos mensajes radiales en los que defendía la necesidad de racionalizar la industria y limitar el accionar de los malos industriales y especuladores.

Nos encontramos con un Perón que se fue desplazando hacia el centro de la escena pública y que, con ese movimiento, expulsó de a poco las voces de sus funcionarios, apropiándose en sus intervenciones públicas de la cuestión industrial. La defensa del imaginario industrial terminó de esta manera centrándose en torno a su figura y dejando en un lugar totalmente secundario a las segundas líneas, algo que alcanzaría su clímax en el próximo periodo.

Tercer período 1953-1955

En esta última etapa, se consolidaron algunas de las tendencias y posiciones que habían surgido en el periodo previo. Principalmente, la idea de que la organización de los empresarios (la Confederación General Económica, creada en 1952) desempeñara un papel clave en la implementación de las políticas económicas; el viraje hacia una economía de austeridad; el impulso del sector agropecuario como momento originario y fundamental para el posterior desempeño industrial; la racionalización de la industria; la contracción del crédito al sector manufacturero, la convocatoria a las inversiones privadas y llegada de capitales extranjeros; la consolidación de la industria pesada y el aumento de la productividad. En este último punto, será clave el rol de la CGE a la que el Estado sentará a la mesa de negociaciones junto con la CGT, para conseguir acuerdos programáticos vinculados a un mejor desempeño industrial. En este sentido, el *Congreso Nacional de la*

²⁰⁸Ramón Cereijo, *Sentido y alcance del plan económico para 1952. Conferencia pronunciada en carácter de la UBA, 1ero de abril de 1952*, Buenos Aires, 1952, pp. 26-27.

Productividad y Bienestar Social de 1955 conformará un momento clave para alcanzar el objetivo oficial de impulsar la racionalización y el incremento de la productividad. Al mismo tiempo significó también un retiro parcial del Estado frente a una cuestión que era clave para resolver los problemas del sector manufacturero: el incremento de la productividad fue desplazada a la negociación entre las principales organizaciones del capital y del trabajo (Bitrán, 1994; Giménez Zapiola y Leguizamón, 1988).

En esta tercera etapa, el papel de la industria continúa siendo fundamental en el modelo de desarrollo económico del peronismo, pero el tipo de industrialización buscada se había transformado. La clave podemos encontrarla en el Segundo Plan Quinquenal, en dónde se establecían las prioridades económicas de carácter general que debían orientar las políticas económicas e industriales del siguiente quinquenio. Las industrias que el Estado impulsaría especialmente ya no serían todas las que pidieran ayuda, sino específicamente las prioritarias para integrar el sector industrial. Al mismo tiempo, retomando el giro producido en 1949, para el peronismo continuaba siendo esencial estimular también al sector agrícola.

En diferentes intervenciones, el ministro de Asuntos Económicos Gómez Morales reforzó el papel clave del sector primario exportador en el logro de los objetivos oficiales. La producción agropecuaria era fundamental ya que permitiría *“incrementar las bases de la expansión industrial con una abundante provisión de materias primas; a contribuir a un más alto nivel de vida de la población en general (...) y a acrecentar los saldos exportables a fin de lograr mayores ingresos de divisas. Este último objetivo es de primordial importancia para el éxito del Plan, pues, como es sabido, en las primeras etapas de todo proceso de fuerte industrialización aumentan las necesidades de importación de bienes de capital y de materiales y combustibles”*.²⁰⁹

Ahora bien, en esta tercera etapa, los funcionarios del equipo económico argumentaban que había que pasar a una nueva etapa industrial, liderada por los nuevos sectores básicos: *“el Primer Plan Quinquenal consolidó en el país la industria liviana y corresponde a este Segundo Plan arraigar la industria pesada. De ahí la importancia que*

²⁰⁹ Alfredo Gómez Morales, *El estado económico del país y la ejecución del segundo plan quinquenal*, Conferencia pronunciada el 29 de julio 1953, pp.32-33.

reviste la ejecución del Plan Siderúrgico, que habrá de constituir la base de sustentación de nuestro desarrollo industrial”.

Al mismo tiempo, el desarrollo integral de la industria permitiría resolver el problema del estrangulamiento del sector externo, brindando mayor autonomía al sector manufacturero: *“La industria pesada, además de ser la etapa natural para un adecuado desenvolvimiento económico tiene para nosotros una importancia especial, pues es sabido que buena parte de los bienes de capital que se requieren para la economía nacional provienen del exterior. Si se los produce en el país, se asegurará un ritmo más constante en nuestro crecimiento económico.”*²¹⁰

En la cita precedente, Gómez Morales argumentaba a favor de una industrialización integral, sin introducir nuevas referencias a las teorías del desarrollo entonces en boga. El imaginario industrial no se asentaba en un corpus teórico consolidado desde el punto de vista de las teorías del desarrollo, entre las que se destacaban claramente las ideas de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). En cambio, se retomaban las concepciones de la escuela histórica alemana, probablemente mediadas por las ideas de Alejandro Bunge, en las que se consideraba que las naciones transitaban diversas etapas en su evolución económica hasta alcanzar la etapa de madurez, identificada con el sector industrial. Encontramos un imaginario con escasas novedades desde el punto de vista de las ideas económicas pero que sin embargo tendría ciertas directrices claras que le darían fuerza y permitirían su supervivencia hasta finales de la década. Podría argumentarse que entonces, la necesidad de la industrialización encontraría un sustento teórico más sólido con el desarrollismo de Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio. De cualquier manera, una de las claves del imaginario industrial peronista fue la asociación casi inmediata entre progreso y desarrollo industrial, único camino para el desempeño de una nación autónoma.

Ahora bien, junto con el cambio de imaginario industrial y la acentuación de la idea de alentar la industria pesada, también se daría en esta etapa una transformación en el lugar que ocupaban el capital extranjero y el Estado. En relación al tema del capital extranjero, en 1953, el ministro de Industria Rafael Amundarain, daba cuenta de la necesidad de integrar esos capitales a fin de cumplir con el objetivo de un sector industrial integrado: *“en lo que atañe a la parte industrial, a este Ministerio le corresponde un principalísimo papel (...)*

²¹⁰Ídem, p.33.

estimulando la realización de inversiones privadas, promoviendo la radicación de industrias extranjeras, facilitando la implementación de establecimientos nuevos y asegurando la disponibilidad de materias primas (...) Es objetivo fundamental, en el plan industrial, lograr la autarquía en la producción esencial para la economía social y la defensa nacional, ocupando especial preponderancia el establecimiento y consolidación de la industria pesada, siderurgia, metalurgia y química".²¹¹. De esta manera, se completaba el proceso de reconsideración del capital extranjero. Ya no era sinónimo de dependencia económica y de explotación, si no que podía contribuir al desarrollo de la industria y a la autarquía.

En cuanto al papel del estado, si bien el Segundo Plan Quinquenal especificaba cuáles serían los objetivos de las empresas públicas, se precisaba y recortaba el ámbito de intervención estatal en el sector manufacturero. La estrategia gubernamental estaba ahora orientada específicamente a las industrias complejas y básicas, donde el Estado podía tener algún papel, pero sin competir con la empresa privada. Sin embargo, no era solo un cambio en la apreciación del papel del capital extranjero sino a la vez una rectificación del rol de la empresa pública industrial.

Además de los objetivos específicos en torno al desarrollo de industrias básicas, el Estado debía también desempeñar un papel primordial en lo relativo al consumo popular y el abastecimiento de productos, pero sin competir con el sector privado. *"Las empresas estrictamente industriales (del Estado) pueden contribuir a racionalizar la producción, llegando al ideal de que se fabriquen productos baratos y de elevada calidad. Se estimulará especialmente la producción de elementos escasos, pues su objetivo no debe ser el de competir con la industria privada sino el de suplirla en caso de necesidad y ayudarla a alcanzar las metas de producción a que se aspira. También (...) han de servir de instrumento eficaz en la normalización del abastecimiento, ya que, en caso de ocultamiento o sustracción de mercaderías, no se vacilará en salir a la plaza en defensa del consumidor para quebrar toda maniobra dañosa de los legítimos intereses del pueblo"*²¹². El rol del Estado debía especializarse y especificarse, lo que le permitiría actuar solo allí en dónde los

²¹¹ Rafael Amundarain, *La misión del Ministerio de Industria y Comercio de la Nación en el 2° Plan Quinquenal*, Ministerio de Industria y Comercio, 1953, s/n.

²¹² Rafael Amundarain, *La misión del Ministerio de industria y comercio de la Nación en el 2° Plan Quinquenal*, Ministerio de Industria y Comercio, 1953, s/n.

intereses privados no encontrarán fundamentos para invertir; se trataba de suplir los espacios no ocupados por la empresa privada.

En relación a los empresarios, como señalamos, en esta tercera etapa se convertirían en un actor de importancia para la resolución de los dilemas económicos. Resulta algo paradójico, que uno de los protagonistas centrales del imaginario industrial recién al final del periodo lograra articular una vinculación directa con el gobierno peronista a través de la CGE. ¿Cuál era el papel de los industriales en este imaginario y por qué el peronismo nunca logró involucrarlos del todo en esta construcción política?

En 1954, en la sede de la Confederación General de la Industria (CGI), Gómez Morales volvía a insistir sobre la importancia de la organización de una confederación industrial. Esta estaba llamada a cumplir tareas fundamentales en la economía argentina: *“(La)ordenación de las relaciones económicas (...) La eliminación de costos superfluos, la racionalización de los métodos industriales, la sistematización contable, la mayor eficiencia y seguridad en el trabajo, el desarrollo armónico de las etapas productivas, se hallan entre los servicios que a la comunidad puede significar la actividad ordenadora de las organizaciones de empresarios”*.²¹³

El funcionario retomaba la tesis de los malos empresarios especuladores y volvía a criticar el enfoque inicial de la política industrial que había alentado aquella especulación: *“el proceso acelerado de nuestro desarrollo económico (...) han permitido la aparición en nuestro medio comercial e industrial, de empresarios improvisados y oportunistas. Es necesario que una acción constante de educación y corrección, sin descartar la acción compulsiva que fuera menester por parte de las propias entidades patronales y aun del Estado”*²¹⁴

A meses del golpe cívico-militar de 1955 que terminaría encarcelándolo, el ministro exponía sobre los efectos recesivos (muy localizados según su interpretación) del programa económico iniciado en 1952 y por qué éstos eran buscados en su política económica para fomentar el ahorro y moderar la inflación: *“la moderación de los consumos por parte de la población general que se evidencia en el incremento de los ahorros monetarios, apareciendo la contrapartida de la acumulación de existencias de mercaderías en el*

²¹³Alfredo Gómez Morales, *La organización de las fuerzas económicas y la función del gobierno*, Ministerio de Asuntos Económicos de la Nación, Buenos Aires, 1954, p. 16.

²¹⁴Ídem, p. 20

*comercio y en la industria. Pero la restricción ha gravitado solo en los sectores que producen artículos suntuarios o prescindibles (...) Esta ligera contracción ha empezado a producir sus efectos favorables sobre los precios*²¹⁵

La austeridad y el incremento del ahorro conformaban políticas esenciales para el desarrollo de la inversión y la contención del proceso inflacionario. Pero éstas no implicaban, según Gómez Morales, una etapa de recesión y desocupación. En el imaginario industrial, la etapa iniciada en 1952-1953 es presentada como una época de austeridad, pero no de desocupación obrera. El fomento del trabajo y la ocupación continuaba siendo fundamental para el gobierno, dado que allí estaba la clase trabajadora, es decir el actor principal al que se dirigía el imaginario industrial. Lo vital entonces, era la conservación del pleno empleo. Gómez Morales recurría a la comparación de dos etapas históricas recientes para argumentar a favor del peronismo. A diferencia de los tiempos de la oligarquía en los años treinta, la política económica peronista aseguraba el pleno empleo: *“puede afirmarse que no existen en el país obreros parados en el concepto preciso de este vocablo. Han disminuido los turnos o las horas de trabajo (...) no constituye problema alguno el hecho de que un reducidísimo número de la población, que no excede del 1% de esa cifra, se mueva de una a otra actividad dentro del mismo sector o de sectores afines”*.²¹⁶

Por último, es interesante reflexionar sobre quienes hablaban en esta etapa final del primer peronismo. Los últimos años de la experiencia justicialista mostraban que el desequilibrio de voces se encontraba mucho más acentuado y tenía que ver con una transformación del movimiento gobernante. El peronismo inicial no era jerárquico y, por lo tanto, permitía la posibilidad de una mayor pluralidad de voces que tenían un peso específico a la hora de decidir, diseñar, defender e intervenir en la discusión de las cuestiones económicas e industriales. Pero a medida en que el gobierno se consolidaba en el poder, se acentuaba la burocratización y el culto al líder, la figura y la palabra de Perón comenzaba a ocupar cada vez mayor centralidad en la escena pública. En cambio, los funcionarios y equipos técnicos perdían posiciones en las intervenciones más relevantes, con la excepción parcial de Gómez Morales. En el caso de la política industrial, los

²¹⁵ Alfredo Gómez Morales, *Estado económico general del país, Exposición realizada ante la H. C de Diputados de la nación en la sesión del 25/26 de septiembre de 1952*, Buenos Aires, 1952, pp. 35-36

²¹⁶ Ídem, pp. 35-36.

ministros y secretarios de Estado del área parecen haberse concentrado en la labor de la elaboración e implementación de las políticas, pero con un perfil mucho más sobrio y alejado de la exposición pública. El contraste con la primera etapa, entre 1946 y 1949, resultaba evidente.

Conclusiones

Las políticas públicas impulsadas durante el período 1946-1955 implicaron una reconfiguración de la organización estructural de un Estado que tomó el lugar de principal promotor de herramientas económicas a partir de la ampliación y consolidación de la burocracia especializada. Los discursos de las segundas líneas durante el primer período analizado (1946-1949) se encontraban fuertemente alineados con la política oficial propugnada por Perón. Si bien se presentan ciertos matices - una mirada más nacionalista y optimista de Barro; mayor moderación de Lagomarsino y cierta limitación a la idea del Estado interventor; un Miranda más cómodo con explicaciones conspirativas del desempeño de la economía o un cuestionamiento a las estrategias contrarias al sector agropecuario con una mirada más técnica de parte de Cereijo - las líneas de acción del período son coincidentes.

Se mostraba una preferencia por el desarrollo industrial sobre el agropecuario y la necesidad de la nacionalización de la economía, entendida como reducción del peso del capital extranjero. En los primeros años las problemáticas se explicaban por bloqueos externos y los dañinos capitales extranjeros, además de la tardanza en estimular el despegue industrial del país. El trienio inicial del peronismo se caracterizó por un fuerte optimismo que fue menguando a finales del período y la defensa del rol de un Estado interventor que - insistían una y otra vez en aclarar - no buscaba asfixiar la iniciativa privada sino orientar la economía al bienestar general e impulsar las industrias claves que el proceso económico necesitaba. La disputa en torno a cuándo celebrar el *Día de la Industria* - expresada también en los discursos anuales que daba Perón el 6 de diciembre y posteriormente desaparecerían - y la *Exposición Industrial* fueron fundamentales para comenzar a legitimar la política económica del peronismo asociada un imaginario industrial que tuvo en esta

primera etapa la necesidad de que la población conociera la industria argentina y la consumiera.

Durante el segundo período (1950-1952) se produjo un viraje claro en la política económica buscando el apuntalamiento de la agricultura. El discurso oficial modificó el predominio absoluto de la industria del período anterior a partir de un cambio de eje: el sector agrícola era fundamental porque iniciaba el ciclo clave de desarrollo que permitirá posteriormente impulsar la industrialización.

La llegada de hombres de carrera burocrática en el Estado y de saberes técnicos a los principales puestos de la administración económica coincide con un período de cristalización discursiva que consolida “la Doctrina Peronista”. Esto generó la paradoja de técnicos especialistas que fundamentaban su posición en la “neutralidad” pero combinándolo con un discurso ideológico fuertemente asociado a la doctrina justicialista y la reivindicación de sus principales líderes.

Si bien luego de 1949, el nacionalismo económico se apaciguó, todavía persistía un fuerte cuestionamiento al lugar que se le adjudica a la Argentina en el concierto económico mundial como país productor de materias primas y, por lo tanto, dependiente de la demanda de los países industrializados. Los enemigos del peronismo identificados por las segundas líneas se trasladaron de las empresas y capitales foráneos a una nueva figura personificada en el “*mal industrial*” argentino, el empresario “especulador y agiotista”.

La política implementada durante este segundo período fue más ortodoxa y buscó limitar la injerencia estatal en ciertas ramas industriales. Hay cierta dificultad discursiva derivada también de la necesidad de la vuelta al campo, por lo que los funcionarios y el propio Perón debieron hacer un corrimiento para justificarla y reforzar la idea de que el agro debía ser el impulsor de los cambios económicos proveyendo las divisas para la industrialización. En suma, se trató de una etapa transicional que quiso consolidar un modelo de industrialización más flexible buscando la llegada de inversiones extranjeras, la racionalización de los gastos estatales e impulsando una organización del empresariado que relevara progresivamente al Estado de las funciones de implementación de la política industrial. La conformación de esta organización empresarial se lograría recién a finales del período con la consolidación de la CGE.

La tercera etapa (1953-1955) presenci6 la consolidaci6n del equipo econ6mico dirigido por G6mez Morales. El imaginario industrial volvería sobre la figura estereotipada del industrial especulador y la revisi6n de la necesidad de participaci6n del capital extranjero. Si bien no ocupamos de ello en el capítulo, dos procesos claves se producen en este último periodo: la consolidaci6n de la CGE y el impulso al *Congreso de la Productividad y Bienestar General* cuyo objetivo era dejar en manos de los dos grandes sectores del proceso industrial las decisiones fundamentales vinculadas con la política industrial. Sin embargo, en este proceso, el presidente de esa entidad, Jos6 B. Gelbard, asumiría un papel más relevante.

Es interesante pensar, a modo de cierre, cómo en esta última etapa todo el proceso terminó centralizado en la voz de Per6n y en el poder que su figura ejercía sobre la vida pública. Esto terminó empujando a los márgenes de la difusi6n a la palabra de los técnicos especialistas, una situaci6n casi opuesta a la que transitamos en décadas posteriores - en la década del noventa, por ejemplo, los economistas se convirtieron en la autoridad única para hablar de temas de política económica -.

Esta centralidad de Per6n a la hora de tomar la palabra y defender su proyecto econ6mico y, específicamente, consolidar el imaginario industrial, se acentu6 a partir de la crisis de 1952 y ya no se revirti6. El peronismo inicial, que había sido mucho más plural, termina fuertemente jerarquizado. Desaparecen de escena figuras con peso propio como Lagomarsino y Miranda, que son reemplazados por técnicos como G6mez Morales, con perfiles más bajos y de carrera burocrática.

El derrocamiento de Per6n en 1955 interrumpi6 la búsqueda de la consolidaci6n de un proyecto industrializador cuyo objetivo final era el fortalecimiento de una economía autárquica. El imaginario industrial que se había consolidado durante el período, sin embargo, persistió durante décadas como una configuraci6n alternativa que disput6 espacios de sentido a la hora de pensar el desarrollo econ6mico nacional.

CAPÍTULO 4

El peronismo y la publicidad: la construcción de imaginarios industriales para consumo del pueblo justicialista

El peronismo resignificó distintas corrientes ideológicas y conceptos por medio de las cuales fue formando una propuesta política-económica; en conjunción con ello y desde su llegada al gobierno, se propuso delinear un imaginario concreto vinculado a un proyecto industrial cuyo objetivo último era generar consenso popular. Trabajamos con la categoría de imaginario para analizar cómo este movimiento político al llegar al poder basó su legitimidad en representaciones específicas que le dieron una identidad de larga perduración en la memoria histórica de la sociedad argentina; el sujeto político que sería el protagonista de las discursividades de este Estado fue, por primera vez, el obrero, quien se encontró inextricablemente ligado a este imaginario.

Como se sostuvo anteriormente, el peronismo basó su estrategia de desarrollo industrial en una economía planificada que fue tomada de las experiencias de otros países que en la época utilizaban planes a mediano y largo plazo como herramienta para el crecimiento económico. El contexto internacional de creación de estados benefactores y de aplicación de medidas keynesianas en los países capitalistas tuvo una notable influencia. El rol del Estado comenzaba a transformarse en el mundo y su intervención en el diseño de la vida económica de los países se consolidaba; esto fue acompañado por una mayor ampliación y especificación de los organismos administrativos estatales que cumplían la función de controlar y distribuir los recursos. Si bien en Argentina la intervención en la política económica databa de la década del treinta, fue con el peronismo que se comenzó a aplicar una política de intervención estatal más amplia y sistemática en la economía, lo que acompañó una poderosa redistribución de riqueza que llegaría a sectores hasta entonces marginados y transformó la fisonomía de la sociedad. Además, la planificación también encontró un sostén importante en la institución en la cual Perón se había formado: el Ejército. En efecto, este actor fue uno de los principales propulsores de la industrialización en el interior del Estado.

Para dominar el campo de las representaciones, que estuvo continuamente en disputa y se reconfiguró permanentemente, la estrategia fundamental del peronismo fue consolidar

la propaganda, un medio fundamental para estructurar, trazar y manipular imaginarios colectivos. En este campo específico, se delineó una visión renovada en la cual el peronismo se incorporó a una línea histórica específica, le dio una nueva función al Estado, propuso nuevas relaciones entre clases y estimuló la movilización popular. El sujeto al que le hablaba el peronismo debía formarse en diversos aspectos: como ciudadano, trabajador, consumidor y como partidario político y como trabajador. En esta nueva configuración, la propaganda ocupó un papel fundamental que ha recibido ya la atención de diversos autores (Baschetti 1997, Plotkin, 2007). Para el peronismo lo central era que los trabajadores se integrasen a su proyecto industrial y redistributivo. El obrero no solo era el destinatario de las publicidades oficiales, sino también eje fundamental de las nuevas representaciones industriales y principal destinatario como consumidor de los productos que él mismo elaboraba. Todo esto contribuyó para conformar al justicialismo como una ideología de fuertes impulsos igualitarios (Milanesio, 2014, 39).

En este capítulo examinaremos la forma en la que el peronismo comunicaba aspectos diversos de sus actos de gobierno y políticas públicas vinculadas con el desarrollo industrial, por lo que tomaremos como fuentes principales dos publicaciones que fueron centrales para su aparato publicitario. Las mismas, además, se enmarcaron en un proyecto mayor y medular que buscaba consolidar la “ideología peronista”.

Para el primer período de **configuración**, entre 1946 y 1949, trabajaremos con *La Nación Argentina. Justa, Libre y Soberana*: una publicación oficial diseñada por funcionarios de distintos ministerios del Estado Nacional. La misma se presentaba a lo largo de sus múltiples páginas como una publicación neutral y objetiva (una pretensión acentuada por la amplia cantidad de infografías y números estadísticos que la conformaban). Esta obra constituyó una expresión de los actos de gobierno ya que se ocupaba de publicitar las políticas públicas. El propósito último era legitimar las políticas estatales por medio de la información que eran presentada como una especie de memoria estadística que daba cuenta de las transformaciones desarrolladas. Asimismo, tenía como fin consolidar la adhesión política de amplios sectores.

La pretensión de presentar información “objetiva” a través de estadísticas se expresó por medio de una edición con una fisonomía muy especial. Como sostuvo Perón en la presentación de *La Nación Argentina* el 29 de diciembre de 1949: “*hemos deseado ofrecer*

al pueblo argentino, con datos verídicos y fehacientes, cuál es la marcha en la realización de ese plan. Para ello, la repartición quizá (...) más imparcial de toda la administración – Control de Estado – se ha encargado de realizar el estudio exhaustivo para presentar una síntesis que permita al observador formarse un juicio exacto y concreto, a la vez que sintético, de cuál es la obra realizada y de lo que nos falta por realizar (...) este libro (...) pretende ofrecer esa información (...) y desea interesar a cada uno de los argentinos (...) (por lo que entregamos) estos datos a la consideración y apreciación del pueblo argentino” (Perón, 1998, 689).

Al agradecer a la editorial Peuser la publicación, el presidente señalaba su “*patriótico empeño (...) por ayudar al Gobierno a informar a la Nación (...) con un libro de esta magnitud, que probablemente en la historia de las artes gráficas argentinas quedará como un ejemplo permanente*” (Perón, 1998, 690). El mandatario expresaba de esta forma no solo el interés de neutralidad y objetividad de la publicación, sino que hacía especial énfasis en su carácter emblemático y distintivo. La editorial Peuser, fundada a fines del siglo XIX, era para la época una de editoriales más grandes de Argentina y toda una empresa cultural con gran desarrollo de talleres, técnicas avanzadas de impresión y un capital simbólico importante que le daba un peso fundamental a la comercialización del producto. El contexto en que se editó *La Nación Argentina* fue el de la “época de oro” del mercado y la industria editorial argentina.²¹⁷

Para los dos últimos períodos en los que analizamos los imaginarios - de **consolidación y reconfiguración** (1950-1952 y 1953-1955) –abordaremos el análisis de la revista *Mundo Peronista*. Esta publicación quincenal presentaba un registro diferente y explicitaba una estrategia comunicacional distinta. La misma era una publicación de la Escuela Superior Peronista, una institución paraestatal que se proponía formar dirigentes y capacitar los cuadros para el Estado peronista. A diferencia de *La Nación Argentina*, *Mundo Peronista* no tenía pretensiones de neutralidad ni objetividad, sino que explícitamente quería formar funcionarios políticos leales. Por lo tanto, representaba a la sociedad dividida en dos capos antagónicos: peronistas y no peronistas. Así, por ejemplo, al

²¹⁷ Diego (2006) entiende que entre los años 1938 y 1955 es la etapa en la cual las editoriales argentinas lograron ser hegemónicas en el mercado del libro hispanoamericano (apoyada en la crisis que implicó para las editoriales españolas la Guerra Civil).

inaugurar un curso de economía política durante 1951 que sería publicado en una edición especial por la Editorial Mundo Peronista, el ministro Gómez Morales que “*este no es un curso corriente de Política Económica; es un curso de Política Económica Peronista para alumnos peronistas*”.²¹⁸

Mundo Peronista era una publicación pensada para tener una llegada masiva, tenía una lógica de continuidad, un objetivo editorial y una circulación diferente; presentaba una amplia tirada que llegó a tener 100 mil ejemplares y uno de sus principales objetivos era brindar argumentos que ayudaran a convencer a los “no peronistas”. En la práctica, se caracterizaba por un discurso que buscaba uniformar argumentaciones, delimitar objetivos y establecer márgenes de acción ya que se entendía que la masa debía ser educada y encuadrada. En palabras de Perón era necesario dotarla de doctrina: “*conducir en política es difícil, porque a la vez de ser conductor hay que ser maestro, hay que enseñarle a la masa, hay que educarla. (...) La masa debe estar encuadrada por hombres que tengan la misma doctrina del conductor, que hablen su mismo idioma, sientan como él y piensen como él*”²¹⁹. En el mismo plano, el mandatario distinguía entre la teoría y la doctrina. La primera podía enseñarse ya que provenía del campo racional mientras que la segunda era emocional y solo se inculcaba. De esta manera, uno de los objetivos de *Mundo Peronista* era llevar la discusión sobre las políticas públicas al mundo privado o a espacios públicos a dónde al peronismo se le dificultaba llegar. Por ello, configura un modo de pensar la propaganda diferente al de *La Nación Argentina*.

Ambas publicaciones presentaban una retórica similar (apelaciones al pueblo, la contraposición entre el pasado y el presente, la reivindicación del sector obrero por sobre otros sectores sociales), tenían una iconografía semejante y compartían la búsqueda de crear hegemonía y convencer a amplios sectores de la población. Sin embargo, *La Nación Argentina* fue producto directo de la estructura estatal en un momento en el que el peronismo se estaba consolidando en el gobierno y cuyo discurso buscaba emparentarse desde su retórica de legitimación con las democracias liberales. En tanto que *Mundo Peronista* se asumía desde sus inicios como una publicación de la Escuela Superior de

²¹⁸Alfredo Gómez Morales, *Política económica peronista*, curso dictado en la Escuela Superior Peronista durante el periodo marzo-julio de 1951, p.19.

²¹⁹Juan Domingo Perón, *Conducción Política*, curso dictado por el presidente Juan Domingo Perón en la Escuela Superior Peronista el 15 de marzo de 1951, p. 104.

Gobierno que buscaba masificar una doctrina, presentando un vocabulario confrontativo y directo, algo que también concordaba con las transformaciones del Estado peronista y el viraje que se produjo en la estrategia comunicacional a partir de 1950. Todo ello es coincidente con el período de publicación de la revista (1951-1955).

Mientras que *La Nación Argentina* se presentaba como un informe directo de la gestión del Estado, *Mundo Peronista* era expresión de un proceso de radicalización y consolidación del poder del peronismo en un período en el cual los límites entre el estado y el Partido Peronista se opacaron. Sidicario sostiene que el peronismo creó un partido-Estado que fue funcional a un modelo de democracia plebiscitaria, organizándose políticamente a partir del control de los aparatos estatales. “*La identificación de su proyecto con el Estado condujo a sus dirigentes a desvalorizar lo que denominaban la «partidocracia liberal».* La unidad inicial de los dirigentes justicialistas fue el producto principal, si bien no exclusivo, de su instalación en las estructuras del Estado intervencionista” (Sidicario, 2008, 157). Para este autor, el Partido Peronista, al menos durante este último período, fue una instancia secundaria en el complejo de las entidades oficialistas. Aquellos que mejor aseguraron la continuidad de sus carreras partidarias y preservaron sus propios intereses materiales y simbólicos, fueron quienes aceptaron las políticas del gobierno presentadas, a la vez, como urgencias pragmáticas, principios doctrinarios y razones de Estado (Sidicario, 2008, 163).

Más allá de las aclaraciones pertinentes al respecto de las diferencias de objetivos y estructura entre las dos publicaciones, ambas expresaron la conformación de diversas acepciones del imaginario industrial peronista. Mientras que *La Nación Argentina* respondió al primer periodo cronológico del mismo y por lo tanto al asentamiento de ciertas bases y propuestas programáticas, *Mundo Peronista* se acomodó a las necesidades que tuvo el peronismo a lo largo del segundo y tercer periodo: la consolidación y reconfiguración de este imaginario industrial clave en la búsqueda de legitimación y en la disputa por construir hegemonía.

El imaginario industrial detrás de La Nación Argentina. Justa Libre y Soberana.

Primer período: 1946-1949.

La Nación Argentina fue un libro de dimensiones enciclopédicas armado por el Control de Estado de Presidencia de la Nación y cuyo interés principal era detallar un informe de gestión. El volumen tuvo 3 ediciones (1949, 1950 y 1951) aunque no hemos encontrado evidencia sobre la cantidad total de ejemplares impresos en las tres tiradas. Era una expresión de autoría colectiva de funcionarios de distintas dependencias del Estado tanto en su diseño de ilustraciones como en la redacción textual. Esta obra se insertó dentro del contexto de una búsqueda más amplia por parte del peronismo por comunicar a la población su gestión de gobierno, una característica que se profundizaría tras el Segundo Plan Quinquenal. *La Nación Argentina* surge en un contexto en el cual el gobierno comienza a buscar dispositivos para lograr una mejor transmisión de mensajes en búsqueda de exhibir su obra de gobierno. Sin embargo, las dimensiones físicas de la publicación (800 páginas, tapa dura y un tamaño considerable –36 cm de alto, 27 cm de ancho y casi 7 cm de profundidad) parecen desalentar por sí solas la difusión masiva que se proponía alcanzar.

La necesidad de llegar a un público vasto se expresaba a través de la presencia de una iconografía que se volvió clásica y de la cual *La Nación Argentina* fue expresión directa: se sustentaba el discurso estatal por medio del predominio de los dibujos y gráficos por sobre la narrativa, combinando estilos que cruzaban la propaganda soviética con la publicidad vinculada al confort norteamericano.

Este libro, a diferencia de la mayor parte del material propagandístico peronista, no fue editado por la Subsecretaría de Informaciones Públicas sino por el Control de Estado de la Presidencia de la Nación, que era un resabio del aparato propagandístico de la “Revolución del 4 de junio” (Ballent, 2010, 215). Sin embargo, la elaboración recibió el aporte de esa Subsecretaría, que cedió artistas y dibujantes y se encargó de su distribución; el director de la obra era un mayor del Ejército y los ilustradores que intervinieron pertenecían a distintas reparticiones del Estado.

La Nación Argentina se terminó de imprimir en diciembre de 1949 en los talleres gráficos Peuser y se establece en su última página que su contenido resultó de un trabajo colaborativo de personal de distintos ministerios, secretarías y áreas del estado (desde Obras Sanitarias de la Nación hasta la Dirección General de Institutos Penales). En el volumen se aclaraba que para su realización no se había contratado servicio extraordinario alguno, y que las tareas habían sido realizadas por personal permanente del Estado, por lo

que no se había incurrido en una erogación suplementaria del erario (LNA, 1949, 800). Esta preocupación de la que da cuenta la obra en su página final expresaba la necesidad de rendir cuentas ante la ciudadanía de cómo se gastaba el dinero público.

Como dijimos, la publicación tuvo tres ediciones y se caracterizó por un lenguaje visual claro y múltiples influencias. Gené enlaza la imaginería visual del peronismo a una trama articulada por herencias de las tradiciones gráficas de grupos y partidos contestatarios locales – el socialismo, el anarquismo y el espectro más amplio de la izquierda – y antecedentes de los repertorios en circulación en el ámbito internacional en las décadas de 1930-1940, aunque rechaza vinculaciones directas de la propaganda nazi-fascista (Gené, 2008, 14-17). Santoro coincide con la autora en la influencia de la propaganda soviética (sobre todo en la proliferación de obreros felices), la perspectiva de ascenso social inmediato y prosperidad cotidiana típica de las publicidades norteamericanas (Santoro, 2012, 21-22).

En sus inicios, el peronismo se propuso conferirle legitimidad a su gobierno a partir de la idea de la apertura democrática que se produce en 1946, buscando de esta manera despegarse de las dictaduras de entreguerras y sobre todo de las acusaciones de la oposición en torno a los vínculos de Perón con el fascismo. De esta manera, reivindicó la legitimidad que emanaba de la democracia liberal, aunque intentó vincularse a las corrientes que la reformaron colocando al estado en un papel central, como la experiencia del *New Deal* conducida por Roosevelt (Ruiz Jiménez, 1998). Con todo, en *La Nación Argentina*, aparece el germen de algo que, a partir de 1950, se percibirá cada vez con mayor claridad: la auto representación del peronismo como un proyecto político disruptivo. En *La Nación Argentina* se sostiene que se buscaba dar cuenta de la construcción del “nuevo” Estado argentino y las transformaciones revolucionarias que el país había vivido a partir de 1943, entendiendo como su fin último “*observar la gigantesca obra realizada por el gobierno del general Perón y la magnitud de las realizaciones (...) al término de su plan*” que “*hablan ya de una Nueva Argentina, plena de grandeza*” (LNA, 1949, 800).

El contexto de publicación de la obra es significativo, ya que se inserta en los años de mayor expansión y crecimiento económico (1946-1949), época dorada del peronismo. El hilo conductor de la narración son los objetivos del Plan de Gobierno (el Primer Plan

Quinquenal) cuyas medidas “no son fruto de la improvisación sino de una profunda investigación” (LNA, 1949, 35).

La publicación se auto-presenta como un Atlas (LNA, 1949, 800) y un libro de información estadística, con infografías, mapas y cuya pretensión última es la objetividad (LNA, 1949, 9). De tal manera se diferencia de otras publicaciones en donde las imágenes de Perón y Evita son profusamente reproducidas: en *La Nación Argentina* las mismas son llamativamente escasas. La figura de Eva solo aparece una vez, al dar cuenta del trabajo desarrollado por la Fundación Eva Perón (LNA, 1949, 193) y la de Perón se encuentra únicamente al inicio de la publicación (LNA, 1949, 7), aunque en el libro se pueden encontrar múltiples citas del presidente.

La Nación Argentina es una de las muestras arquetípicas de cómo los distintos sectores del Estado de la época pensaron la comunicación con la sociedad: el resultado fue la consolidación de un modelo propagandístico (profundizado a partir de la reelección de 1952) que influyó en casi toda la producción gráfica peronista posterior (Santoro, 2012, 23). Dos trabajos clásicos indagan acerca del lugar de la fuente en el aparato publicitario del peronismo. El primero es de Soria, que examina a *La Nación Argentina* en espejo con otra publicación editada en el mismo año, *Argentina en Marcha*, debido a que considera que ambas expresan el espíritu de la propaganda peronista a partir de 1950. Sin embargo, la lectura que hace Soria termina siendo más bien descriptiva, aunque la categoriza como uno de los libros que mejor ejemplifica la peronización de la imagen (Soria, 2010, 34).

Por su parte, Ballent sostiene que *La Nación Argentina* expresa alegorías convencionales de exaltación patriótica típicas de textos escolares entendiendo que apunta sus objetivos hacia un público infantil, debido a que se incluyen una gran cantidad de datos históricos, geográficos y estadísticos, que, según la perspectiva de la autora, exceden la compilación de una obra de gobierno. Asimismo, concluye que la publicación “parece atribuir a su público de ciudadanos las habilidades e intereses de una población infantil. En otras palabras, el lector presupuesto es un niño y el lector real se siente invitado a serlo” (Ballent, 2010, 215), una interpretación que también comparte Soria al postular que es un texto “tal vez pensado para el uso escolar” y que “peca de un exceso de simbolización” (Soria, 2010, 34 y 39).

Sin embargo, nuestro análisis busca presentar una conceptualización diferente de *La Nación Argentina*. La propaganda de masas implica, desde su propia concepción, la realización de un diseño de imágenes cercanas al lector que permitan comunicar un mensaje claro y efectivo. En este caso particular -donde el emisor era el Estado Nacional- la información pública estaba dirigida a un interlocutor ideal encarnado en el obrero trabajador. Para el Estado peronista, entonces, la propaganda se había transformado en un imperativo didáctico que implicaba la necesidad de explicar un mundo que consideraba revolucionado desde su llegada y radicalmente diferente a todo lo experimentado hasta entonces.

En este sentido, retomamos la perspectiva propuesta por López, que identifica en el discurso visual del peronismo tres funciones: la didáctica alfabetizadora afectiva infantil (propia de los manuales escolares y blanco preferido de la crítica anti peronista); la adulta racional a través de la cual se comunicaba a los trabajadores los avances del proceso de industrialización así como la distribución de la riqueza, y una última vinculada con los afiches de propaganda, con clara intención político persuasiva (López, 2012, 18).

En nuestra interpretación, mientras que la intención de *Mundo Peronista* tiene que ver con la última instancia que señala López, *La Nación Argentina* se enmarca en la *adulta racional*: busca informar a los trabajadores de los avances de la gestión y no, como pareciera sostener Ballent, en la primera, algo que se contradice incluso desde las dimensiones físicas de la publicación de 800 páginas. De esta manera, contextualizamos la producción de *La Nación Argentina* en el marco de una didáctica infográfica cuyo objetivo era la explicación de la gestión de gobierno. En palabras del propio López, el peronismo “desarrolló un verdadero sistema de mapas visuales de información para los trabajadores sobre la marcha de la gestión del Estado. (...) con un lenguaje verbal visual, basado en la jerarquización de la información y una relativa abstracción en su representación” lo que producía la conversión de “la experiencia cierta de los trabajadores en imágenes convincentes que trabajaban contra un posible olvido; es decir, buscó transformarlas en conocimiento estable, en recuerdo del bienestar” (López, 2012, 19).

La obra se inicia señalando tres momentos sobre los que versará: la situación de 1943, la “evolución” experimentada por la Nación hasta 1949 y las proyecciones que se cumplirán a partir del Plan de Gobierno de Perón (LNA, 1949, 9). De esta manera, el libro

enlaza el pasado reciente, el presente y el futuro. En general (y salvo con la presentación de una cronología o línea histórica, algo a lo que se dedican las primeras páginas de la publicación) se presenta el pasado como aquello ocurrido *antes* de 1943, en donde las ilustraciones se exponen en colores grises, oscuros y tristes y - ejemplificando los avances hacia una Argentina del *ahora*, venturosa- ilustrada en un mundo de colores pasteles, claridad y rostros felices.

En la primera sección se recorre la historia del país (una de las pocas que se remonta a tiempos anteriores a 1943) y los acontecimientos históricos reivindicados antes del golpe del GOU. Si bien Soria sostiene que “*la retórica peronista borra el pasado histórico y olvida a las figuras destacadas de la historia*” (Soria, 2010, 36), la publicación reivindica aspectos históricos variados: el rechazo de las invasiones inglesas, el primer gobierno patrio, la llegada de San Martín, la proclamación de la libertad de vientre, la Ley Sáenz Peña y la celebración del panteón liberal de próceres.

Si bien el pasado con el cual el peronismo antagonizará, como indicamos anteriormente, es el *antes* de 1943, en la historia más lejana encuentra varios hitos fundamentales para realzar, aunque es clara la ausencia de otros partidos políticos en su desarrollo. El peronismo elige momentos históricos del cual se entiende expresión y proyección hasta su nacimiento en 1943, cuando “*el Ejército ocupa el poder para hacer de Argentina el país más justicialista del mundo*” (LNA, 1949, 28).

Desde los inicios la publicación establece como de manera genérica como su destinatario directo al *pueblo*, una declaración que también comparte con *Mundo Peronista* (LNA, 1949, 9). Sin embargo, el protagonista último de todos los cuadros donde se expresan los diferentes avances en el bienestar es el obrero: esto puede ser leído como una intervención política sobre la realidad en la cual se busca encarnar a la sociedad argentina (el pueblo) en la figura del trabajador, encargado de manufacturar los productos que abastecerán al mercado interno del cual será consumidor. En menor medida, encontramos representados a sectores rurales y a profesionales que podemos vincular a la clase media, casi ausentes del relato.

La primera aparición del trabajador en la fuente se muestra asociada al mito fundacional del peronismo, protagonizando el 17 de octubre de 1945 cuando “*el pueblo*

argentino que labora la grandeza de la patria libera al coronel Perón, viendo en él al reivindicador de su causa” (LNA, 1949, 27).

La presencia de imágenes femeninas a lo largo de la publicación es escasa y cuando aparecen lo hacen como trabajadoras o escolarizadas. Una de las pocas escenas familiares presentes en la publicación muestra una efectiva síntesis narrativa de la cual dan cuenta tanto Soria como Gené en sus trabajos. La primera imagen ilustra una familia rural con rostros tristes y un ambiente devastado, sometidos por la mano codiciosa del amo (LNA, 1949, 34); la segunda destaca a la que podría ser la misma familia luego de la “revolución” peronista, ahora urbana, con rostros felices y fábricas detrás (LNA, 1949, 799). Las dos ilustraciones se encuentran mediadas por *La Nación Argentina*, que se ocupa de dar cuenta del proceso de transformación en todos los aspectos de la vida del pueblo. Las imágenes están vinculadas por una cita del *Martin Fierro* y pueden apreciarse en la **figura 6**: “*tiene el gaucho que aguantar hasta que se lo trague el oyo o hasta que venga algún criollo en esta tierra a mandar*” (LNA, 1949, 34). La frase se completa al finalizar la lectura en la **figura 7**: “*llegó el criollo con alma argentina y brazo fuerte y el milagro se hizo (...) El trabajador (...) ¿no tenía derecho a una vida mejor?*” (LNA, 1949, 799).

Figura 6 en LNA, p.34



Figura 7 en LNA, p.799.



Los sectores ausentes en *La Nación Argentina* son los enemigos clásicos del peronismo: la oligarquía, los anti peronistas o los partidos políticos opositores. Estos aparecerán con fuerza recién en *Mundo Peronista* en dónde los “anti peronistas” ocuparán un lugar privilegiado en las acusaciones y discusiones. En *La Nación Argentina* no aparecen reflejados salvo en dos páginas específicas que detallan cómo la “*extrema derecha y la extrema izquierda marchan del brazo*” junto con la oligarquía, los monopolios capitalistas, el imperialismo y la prensa *venal*. A todos ellos se los identifica como escollos que se encuentran en la cordillera de los privilegios a través de la cual la clase obrera debe pasar para llegar al mundo prometido de Justicia (LNA, 1949, 52). Así aliados, comunistas e imperialistas políticos van del brazo del imperialismo económico con el objetivo, en palabras del propio Perón, de “*seguir engañando y explotando a la clase obrera por distintos caminos, pero con la misma acción*”. En la **figura 8** podemos observar al obrero

descamisado y feliz, tras haber atravesado todos los obstáculos solo le queda el camino venturoso hacia el sol rodeado de una infinitud de industrias (LNA, 1949, 53).

Figura 8 en LNA, p.53.



El protagonismo claro del obrero tal vez explique la fuerte presencia de conceptos asociados a la tradición marxista como clase social, explotación y la caracterización del capitalismo argentino como dependiente, extractivo y extranjerizante, sometido al imperialismo político y económico (*antes* de 1943). También resuenan en el volumen la concepción social-católica, muy crítica de los efectos del capitalismo sobre la sociedad humana. La publicación sostiene que: *“bajo el dominio del capitalismo, el dinero (...) era el centro alrededor del cual giraban los hombres y las sociedades (...) La consecuencia, entonces, era que los hombres fueran sacrificados a la producción, la producción al comercio y el comercio al dinero. En el nuevo orden que se instaura, donde el dinero no es un fin sino un medio, la consecuencia es, precisamente, lo contrario: que el dinero sirva*

para los cambios, que el comercio facilite la producción y que la producción se oriente a la felicidad del hombre” (LNA, 1949, 54).

Se afirma, entonces, que se asiste a la inauguración de un nuevo sistema –un nuevo orden de claras resonancias social católicas– que tiene fines y objetivos diametralmente opuestos al capitalismo subordinado a las grandes potencias: *“se decía que nuestro país carecía de capitales, pero no se decía cómo era posible que no los creara nuestro trabajo incesante. Realmente nuestro capital existía, pero hasta la nacionalización del Banco Central se hallaba prácticamente a disposición de las empresas que, extranjeras en la mayoría de los casos, hacían pasar por capital invertido lo que en realidad era nuestro”* (LNA, 1949, 56). La ruptura con esta situación se expresa en el acta de la independencia económica de 1947: *“declaramos (...) romper los vínculos dominadores del capitalismo foráneo enclavado en el país y recuperar los derechos al gobierno propio de las fuentes económicas nacionales”* (LNA, 1949, 139).

A partir de esto se puede sostener que el peronismo diseña un enemigo con características capitalistas, imperialistas y conspirativas. La crítica incluso se dirige a los países dominantes que, beneficiados de forma directa o indirecta por la Argentina durante la guerra y posguerra, *“cobraban precios exorbitantes por las maquinarias y materias primas que necesitábamos para mantener y continuar con la producción”* (LNA, 1949, 59). A esto, se le agrega el conflicto entre las clases, propio del capitalismo: *“queremos que desaparezca de nuestro país la explotación del hombre por el hombre (...) igualem las clases sociales, para que no haya, en este país, hombres demasiado pobres ni demasiado ricos”* (LNA, 1949, 148-149). Si bien se sostiene que era necesario respetar al capital, debido a que era trabajo acumulado, se debía enseñar también que éste no podía ser nunca factor de opresión y esclavitud (LNA, 1949, 240). Así, para el peronismo, aquello que valorizaba al capital (LNA, 1949, 155) era su característica de trabajo acumulado, concibiendo asimismo que éste no era una mercancía (LNA, 1949, 149). De esta manera, el peronismo retomaba una diferenciación que era de procedencia católica: la distinción entre capital patrimonial y capitalismo (Zanatta, 2005, 342).²²⁰

²²⁰ Esa distinción se encuentra en la doctrina peronista y fue introducida en Argentina por Monseñor De Andrea.

El eje integrador de toda la publicación era el Plan de Gobierno cuyos objetivos se planteaban en el plano económico, pero también en el “*social, dirigido al desarrollo de mayor riqueza para una participación más justa entre todos los que trabajan; (...) tratamos de obtener de nuestro país mayor provecho para beneficio de los 16 millones de habitantes y no para 100 familias de privilegiados como había sido repartida hasta ahora la riqueza del país*” (LNA, 1949, 35). Para ello, el primer paso era limitar la concentración de recursos de la Ciudad de Buenos Aires y favorecer una firme política de descentralización que permitiera fomentar nueve centros económicos que promoverían “*las industrias en las más diversas regiones*” (LNA, 1949, 36). Esto va a estar expresado también en *Mundo Peronista*, que tendrá secciones enteras de la publicación dedicadas a mostrar a sus lectores los avances industriales y de obra pública en las provincias del Interior, algo que se repite en diversas publicaciones peronistas.²²¹

Buenos Aires era representada como un área privilegiada, y se la graficaba como un embudo por cuyo puerto concentraba y absorbía las riquezas del resto de la región (LNA, 1949, 37). Esa imagen retomaba los planteos de Alejandro Bunge sobre la estructuración de la economía primario exportadora y que luego tuvo una larga trayectoria como representación de la economía anterior a 1930 en el nacionalismo. Ahora bien, el impulso del bienestar y la redistribución de la riqueza era fundamental “*crear las bases económicas sobre las que había de sustentarse la justicia social. En esta ruta el primer impulso debía fatalmente tender al logro de la mayor producción. Por eso el general Perón sentó la consigna rigurosa: Producir. Aumentada la producción, enriquecida por la industrialización, se podría llegar a la equitativa distribución de la riqueza*” y la única manera de lograrlo era que el capital y el trabajo fueran asociados, colaboradores, y no fuerzas en pugna porque, según sostenía la publicación, la lucha destruía valores (LNA, 1949, 43).

Esta última conceptualización, que se repetirá varias veces a lo largo de la publicación, también tiene raíces católicas: el conflicto caracterizado como negativo, algo que no tiene lugar en la nueva etapa de la Argentina pero que sí se encontraba presente *antes*. De forma recurrente, por ejemplo, se hace referencia a la Semana Trágica (LNA,

²²¹Véase por ejemplo el trabajo de Rey, Analía y Rodríguez, Fernando 2018, “La revista Ahorro (1948-1955). Lenguaje estatal y virtudes cívicas en una publicación institucional del primer peronismo”.

1949, 48) y a la represión de trabajadores que demandaban por sus derechos (LNA, 1949, 188). Para Perón, entonces, “*la agitación de las masas es un efecto de la injusticia social. El remedio no ha de estar en engañarlas ni en someterlas por la fuerza, sino en hacerles justicia*” (LNA, 1949, 145).

De esta manera, *ahora* y debido al papel mediador del Estado, se limitaba toda conflictividad y se garantizaba el cierre de acuerdos entre sectores diversos. Papel fundamental en ello tendría la nueva concepción de las erogaciones estatales: “*el Estado gasta anualmente para servir al Pueblo, dado que debe atender su bienestar*” (LNA, 1949, 142) ya que su fin último es la unión y felicidad de todos los argentinos (LNA, 1949, 143). Esta cuestión será totalmente diferente en *Mundo Peronista*, en donde la hipótesis de conflicto se encuentra desde sus páginas iniciales, al dar cuenta de que la revista busca enunciar argumentos para discutir con los “contreras y oligarcas”.

Algunas ilustraciones de la publicación son elocuentes. Una bandera argentina en primer plano y tres líneas de manifestantes caminando hacia ella: un sector que viene del campo, otro que proviene de las fábricas (obreros y campesinos) y finalmente habitantes de los edificios urbanos - una de las pocas imágenes que hacen referencia a sectores medios -. Todos llegan al mismo lugar, unidos, ya que se busca “*hacer desaparecer toda causa de anarquía para asegurar con una armonía a base de justicia social, la imposibilidad de la alteración de nuestras buenas relaciones entre el capital, el trabajo y el Estado*” (LNA, 1949, 147).

Así, según varias de las páginas de *La Nación Argentina*, se ha terminado el hambre y con ello las marcadas diferencias de clase que son la causa de descontento (LNA, 1949, 799).

El esfuerzo por neutralizar el conflicto generaba cierta invisibilización de muchos sectores a partir de los intentos de mostrar una Argentina homogénea. Es por tal razón que la fuente tomaba como enemigos principales los intereses extranjeros: no eran la oligarquía, la prensa o los partidos opositores el problema, sino el capitalismo internacional y el imperialismo económico.

El imaginario que se va construyendo desde la obra, como ya adelantamos, presenta una mirada fuertemente crítica del sistema capitalista internacional, a quien el peronismo

hace responsable de las malas condiciones de vida del obrero y el desarrollo industrial subordinado que existían *antes* de 1943.

A pesar de ello, se retoman cuestiones vinculadas con la concepción meritocrática de la sociedad, aunque entendida como algo que sólo puede darse a partir de la nivelación de las condiciones básicas de existencia. Así, por ejemplo, *La Nación Argentina* sostiene que *antes* existían diferencias sociales determinadas por la fortuna, la posición y la profesión. La intervención del peronismo en este aspecto se dirigió a construir una democracia “*que permita a cada individuo alcanzar, dentro de la sociedad, la posición que sus condiciones y aptitudes naturales le han reservado*”. La ilustración que acompaña la cita de Perón muestra en el *antes* una escalera de profesiones dónde arriba de todo se ubicaba un médico, debajo un empresario, luego un obrero y por último un peón rural.

Figura 9 en *LNA*, p. 154.



En la **figura 9** se da cuenta de la transformación operada: se establece que *ahora* el clima social ha variado de forma determinante, todos están en el mismo plano gracias a la obra de la justicia social debido a que “*dentro de la sociedad argentina un trabajador tiene*

hoy una posición distinta a la de antes. Es consciente y es respetado por su patrón y sus compatriotas y comparte hasta las tareas de gobierno, cosa que antes nadie había soñado” (LNA, 1949, 154). Perón concluye que: *“no queremos la democracia liberal de antes, donde el que tenía era todo y el que no tenía era nada. Queremos una democracia social. Queremos producir, consumir, disfrutar o sufrir, pero todos por igual, sin preferencias para nadie”* (LNA, 1949, 155). En esta “verdadera democracia”, los obreros no solo trabajaban, sino que, además, intervenían en la cosa pública y eran funcionarios del Estado.

El nuevo rol que les asignaba el peronismo evidenciaba y hacía más urgente el objetivo final de *La Nación Argentina*: educar a quienes *ahora* eran partícipes de las decisiones políticas de su país y que *antes* estaban limitados a las cuatro paredes de su taller. La Revolución tomó a los obreros y les abrió el camino del Parlamento, la posibilidad de integrar el gabinete y el derecho a ir a decir en el exterior –como agregados obreros- cuál era la “verdadera realidad argentina” (LNA, 1949, 182). De esta manera, el peronismo resignificaba los roles habituales que cumplían los diversos actores de la sociedad.

¿Qué papel ocupaba la industria en la publicación? Si bien *La Nación Argentina* buscaba efectuar un relevamiento de todos los aspectos y áreas del Estado, la incidencia que tiene en sus páginas el proceso de industrialización sobrevuela en forma omnipresente. El peronismo según la publicación lleva adelante una “*cruzada redentora de la Patria*” “que permitiría *“industrializar al país y fomentar el adelanto del agro para que los obreros argentinos ganen lo que ganaban acá los trabajadores extranjeros”*”. La **figura 10** muestra una mano que emerge rompiendo la tierra, llevando en su palma una fábrica con chimeneas humeantes. Debajo se ven tractores roturando la tierra, pero no hay representación alguna del trigo o de la ganadería. De tal manera se intenta otorgar a la industria preeminencia sobre la cuestión agropecuaria (LNA, 1949, 45).

Figura 10 en LNA, p.45.



En el imaginario propuesto por *La Nación Argentina*, el desarrollo de los diversos sectores de la economía se hallaba fuertemente ligado a su eventual vinculación con el proyecto industrial. En palabras del propio Perón al respecto de la cuestión energética, “nuestra acción de gobierno ha sido presidida por tres ideas matrices: ampliar las disponibilidades - pues a su volumen está subordinado el ritmo de crecimiento de la industria nacional; subsanar nuestra crónica dependencia del exterior en orden al aprovisionamiento de combustibles industriales y recuperar para el Estado las fuentes nacionales de energía y los servicios públicos a ésta vinculados” (LNA, 1949, 350).

Incluso al ocuparse del agro la fuente otorgaba cierta preeminencia a la industria: antes el país vendía materias primas a bajo precio y luego volvían industrializadas; *ahora* las semillas oleaginosas se industrializan en el país y proveen de aceite al mercado mundial. Así, se planteaba un futuro venturoso para el *mañana*, cuando como resultado del Plan de Gobierno otras materias primas serían industrializadas (LNA, 1949, 473).

Otro aspecto central del cual se ocupa la publicación es la necesidad de la descentralización industrial para poder escapar del embudo porteño, un objetivo específico del Plan Quinquenal de 1947. Con ese propósito - se explicaba - se recurrió a la construcción de centrales térmicas para que todo el país pudiera recibir la fuerza motriz abundante y barata, imprescindible para la industrialización. Así se intensificaba y se descentralizaba la industria, permitiendo que “cada región de la Patria” estuviera en posesión de los recursos indispensables (LNA, 1949, 358).

La publicación fomentaba la construcción de un imaginario en el cual el Estado peronista se presentaba como pionero en el impulso al desarrollo industrial en el país y explicitaba un vehemente deseo de que la República Argentina aceptara este primer paso firme hacia la industrialización, luchando para proteger la industria nacional, fomentar la creación de nuevas empresas y conseguir un mayor bienestar que solidificara la paz social. Se daba cuenta de este impulso industrializador a partir de diversas infografías, por ejemplo en la **figura 11**, podemos ver como se compara el número de establecimientos industriales o la cantidad de obreros: *antes* de 1943 existían 65.803 fábricas y no había capacitación obrera; *después* de 1948 los establecimientos industriales aumentaron un 59%, pasando a ser 104.000 junto a 131 escuelas de orientación profesional y 204 cursos de aprendizaje (LNA, 1949, 476).

Figura 11 en LNA, p. 476.



La Nación Argentina dedicaba toda una sección a la educación en la cual se ocupa principalmente de los números de la enseñanza media. Es la educación técnica la que abarca mayor cantidad de páginas; algo que parece justificarse cuando, en el inicio del apartado, se estipula la intención de que las escuelas vivieran el mismo ritmo fabril que todas las actividades útiles del país (LNA, 1949, 263).

En palabras del propio Perón, “*hemos completado la enseñanza destinada a la clase trabajadora, porque el obrero se formaba y crecía en el dolor del taller, que no es la mejor escuela para obtener hombres técnicos*” (LNA, 1949, 285). Las ilustraciones expresan, en el *antes*, individuos haciendo tareas en el campo y muy a lo lejos una escuela con alumnos en guardapolvo; mientras que *ahora* los protagonistas se encuentran vestidos de obreros, realizando trabajos dentro del edificio escolar. Para finalizar la secuencia pueden verse

obreros con su título, esta vez con rasgos definidos en sus rostros (LNA, 1949, 280), individualizados, como si el paso por la escuela acentuara la identificación identitaria de la persona, como se puede ver en la selección de la **figura 12**.

Figura 12 en LNA, p. 280.



Por otro lado, se señalan las leyes que vinculan al Estado con la escuela y el trabajo e incluso se informan los requisitos necesarios para ingresar en las escuelas y la diversidad de regímenes: escuelas fábricas y de aprendizaje, escuelas de medio turno y escuelas de capacitación obrera, caracterizando detalladamente cada una de ellas (LNA, 1949, 286-288), al tiempo que se incluyen los institutos de capacitación profesional para mujeres (LNA, 1949, 290). La publicación comunica a sus lectores que el Estado debe proveer a quienes pasan por la escuela ropa, materiales, herramientas, libros, comedores e incluso una bonificación monetaria (LNA, 1949, 291). Esto cuestiona la idea más tradicional de la mujer en casa como prototipo ideal que se encuentra expresada incluso en la misma publicación, por lo cual encontramos ambos aspectos en tensión.

El cierre de esta sección está marcado por la información sobre la creación de la Universidad Obrera (LNA, 1949, 295). Retomando las concepciones meritocráticas antes mencionadas, y haciendo nuevamente hincapié en la función básica que debe tener el Estado para sustentarlas, se cita el discurso de Perón: *“ni la inteligencia ni el saber pueden estar reservados a una sola clase social (...) Dios ha puesto en cada uno de nosotros un*

grado natural de inteligencia y en nuestras manos debe poner el Estado la posibilidad de cultivarla, para que esté al alcance tanto de los más modestos como de los más poderosos” (LNA, 1949, 295). La función del Estado era crear las condiciones para la mejora de los individuos y la educación, en este caso técnica, que además se presentaba como un instrumento esencial para abrir senderos de progreso social y derrumbar las barreras al ascenso social. Asimismo, se vuelve a retomar una frase que Perón había dicho ante el Congreso en la presentación del Plan Quinquenal “*en el fracaso individual hay una culpa directa de toda la sociedad y la carga de un peso muerto para el Estado. Para evitarlo, hemos creado escuelas técnicas (...) en las que nuestros jóvenes puedan adquirir los conocimientos y la preparación necesarios para integrar después, sin desventajas, los cuadros de especialistas que nuestra economía reclama”* (LNA, 1949, 294).

A la hora de cimentar este proyecto industrialista, tanto material como simbólicamente, resultó imperativo para el peronismo abordar la problemática de la infraestructura en cuyas raíces pueden rastrearse cada una de las cuestiones expuestas en el presente trabajo: nos referimos al papel del transporte. Para ilustrar este punto la fuente indica que, de la totalidad del presupuesto en obras públicas nacionales a invertir en 1949, el 25% corresponde a este sector (LNA, 1949, 237).

Como mencionamos, *La Nación Argentina* construye su enemigo en torno a la figura del capital extranjero y en el área del transporte es particularmente urgente dicha confrontación al constatar que la mayoría se hallaban en manos de empresas de capital extranjero. Mientras éstos fueran propiedad de accionistas extranjeros, la decisión acerca de hacia dónde extenderlos se basaría estrictamente en criterios económicos de costo-beneficio lo que a su vez implicaba la imposibilidad de lograr la descentralización industrial del país dado que el sistema solo se pensaba con lógica extractiva. Para descentralizar e industrializar era preciso nacionalizar la comercialización de la producción primaria, que en manos extrañas al Estado podría anular las ventajas de las medidas tomadas (LNA, 1949, 75). La incidencia del tema del transporte continúa en *Mundo Peronista*, ya que la revista constantemente publicita los avances en producción nacional de vagones, automóviles, tractores y buques.

Otra de las preocupaciones derivaba de la redistribución de la riqueza agropecuaria; para ello, el IAPI era representado como una herramienta fundamental en la cual el

desarrollo de una nueva concepción del transporte fue determinante. Una de las ilustraciones presenta al territorio argentino en cuyo centro se erigen una industria y una espiga, ambas unidas por la palabra IAPI surcada por diversos transportes (barcos, camiones, colectivos, ferrocarriles, grúas) (LNA, 1949, 47). *Antes* los grandes monopolios internacionales se llevaban la riqueza en perjuicio del obrero y la Nación por medio de transportes extranjeros; la fuente identificaba en esta situación la inexistencia de una concepción económica para solucionar los problemas (LNA, 1949, 50). Una de las respuestas que el peronismo proporcionó fue la creación de una flota mercante propia: *ahora* Argentina contaba con 162 barcos capacitados para transportar casi toda la producción de exportación (LNA, 1949, 91-95), haciendo énfasis también en la nacionalización de los puertos (LNA, 1949, 102- 108). El rol del IAPI en la compra de 60 mil camiones, material de carga y descarga de los puertos y transporte había sido pensado principalmente en relación al mundo agroexportador y se planteaba fundamental para el desarrollo de la economía (LNA, 1949, 68). Por primera vez a partir de esta nacionalización, anunciaba la publicación, los servicios públicos argentinos producían solo para los argentinos (LNA, 1949, 64).

Capítulo aparte merece el tema de los ferrocarriles. *La Nación Argentina* sostiene que su manejo por capitales extranjeros podía aniquilar industrias y desarrollar únicamente algunas zonas en perjuicio de otras, haciendo especial hincapié en la relevancia del cuadro tarifario a la hora de pensar el desarrollo armónico o inarmónico del país (LNA, 1949, 77-78). De esta forma, el peronismo retomaba lo sostenido por ensayistas y analistas nacionalistas y del campo de las izquierdas, que habían denunciado los efectos económicos del control de los ferrocarriles por el capital británico.²²² La nacionalización de los ferrocarriles ocupa varias páginas de la fuente; el peronismo parecía obsesionado por dejar claro que la transacción había sido beneficiosa. Didácticamente se explicaba por medio de infografías e ilustraciones que la adquisición de los ferrocarriles incluía también alambrado, tendido, postes, galpones, edificios, estaciones, casas de empleados, dependencias, terrenos, rieles, líneas telegráficas, durmientes (LNA, 1949, 80-81). Como ya se planteó en este trabajo, la rendición de gastos públicos era una cuestión clave.

²²²Véase, por ejemplo, Raúl Scalabrini Ortiz (1946) *Historia de los ferrocarriles argentinos* y Ricardo Ortiz (1946) *Los ferrocarriles en la economía argentina*.

La publicación se ocupa también de mostrar que las transformaciones se encontraban en todos los sectores de transportes: repasa desde la red vial nacional y su expansión (LNA, 1949, 417-418), hasta la creación de Aerolíneas del Estado (LNA, 1949, 449-450) y la incidencia de estos en la posibilidad de que los protagonistas de la Nueva Argentina puedan conocer las bellezas de la Patria que ahora estaban al alcance del pueblo. Esto se explicita en ilustraciones de playas, mares, cataratas y desiertos siendo surcadas por colectivos, trenes y barcos (LNA, 1949, 455).

De tal modo, para federalizar el país, el peronismo mostraba la necesidad de una nueva concepción del servicio de transportes. *Antes de 1943 “las vías férreas, los caminos de distribución de los recursos y las obras públicas [eran] ejecutadas más con criterio de explotación que de fomento”* (LNA, 1949, 36). Por esto mismo, el Plan de Gobierno agregaba la construcción de diques, usinas hidroeléctricas, canales, obras de saneamiento, trazado de caminos y extensión de la red ferroviaria como requisitos fundamentales para lograr el objetivo de intensificación del comercio y el impulso de industrias en nuevas y diversas regiones. Todo esto, que constituía un servicio público, había sido nacionalizado y *ahora*, donde *antes* regían los dictados del interés extranjero, tenía plena vigencia la voluntad argentina: *La Nación Argentina* concluía que la libertad política se había complementado con la independencia económica (LNA, 1949, 138).

Mundo Peronista y la profundización del imaginario industrial.

Segundo período: 1950-1952.

La revista *Mundo Peronista*, fue una publicación quincenal de la editorial Haynes²²³, que se editó a lo largo de 93 números entre 1951 y 1955 con una tirada en sus últimos años de casi cien mil ejemplares. Tenía un estilo simple y directo, y contaba con notas abundantes en fotografías e ilustraciones a lo largo de las casi 50 páginas que presentaba cada número. La revista se presentaba como publicación oficial de la Escuela Superior Peronista, institución que había sido fundada por decreto del 4 de diciembre de 1950 y cuya función era la formación de cuadros políticos superiores orientada a ocupar

²²³ Fundada en 1904 será expropiada por el peronismo y pasó a formar parte del consorcio estatal Alea, público numerosas revistas: *Mundo Agrario*, *Mundo Infantil*, *Mundo Atómico*, entre otras.

cargos de gobierno. Para Ques, *Mundo Peronista* se pensaba dentro de una estrategia eminentemente electoral debido a que era una forma de masificar argumentos oficialistas que permitieran hacer de cada simpatizante un propagandista (Ques, 2008, 2), aunque en la práctica la publicación tenía un objetivo mayor, que tendía al mediano y largo plazo, ya que como órgano fundamental de la Escuela Superior Peronista se entendía a sí misma como parte fundante del proceso de “peronización” del Estado propio del segundo momento del gobierno peronista (Plotkin, 2007). El único director que tuvo la Escuela fue Raúl Mendé, entonces ministro de Asuntos Técnicos de la Nación y uno de los dirigentes que intentó sintetizar al peronismo como una ideología. En la Escuela, se asistía a un “Curso Básico”, luego de aprobarlo se pasaba a un “Curso Superior” y se podía optar también por “Cursos Especiales de Perfeccionamiento”. La Escuela tuvo por misión el logro de cuatro objetivos esenciales para la consolidación del peronismo: a) Desarrollar y actualizar la doctrina; b) inculcarla y unificarla en la masa, c) formar los cuadros justicialistas y d) trabajar para la formación de los conductores del Movimiento. El director de la publicación fue Jorge Newton (Panella, 2010, 286), aunque ni él ni los redactores aparecían con sus nombres ya que la producción *"no tiene propietario, puesto que quienes la realizan renuncian, inclusive, al derecho de propiedad intelectual que por las leyes les corresponde sobre la misma"*.²²⁴

El primer número de la revista llegó a las calles el 15 de julio de 1951; un año después comienza a publicar también ediciones especiales de libros de Perón, Evita y otros funcionarios, material para los cursos y discos con los discursos de los líderes peronistas, banderas, folletos, etc. (Panella, 2010, 289). En una nota firmada por el propio Perón en la primera revista (algo que se repetiría en la casi totalidad de los números) se sostenía que *"la Escuela Superior Peronista tiene como misión encarar la formación y preparación de nuestros dirigentes en las tareas del gobierno y la capacitación de los mismos para la conducción política (...) haciendo de aquel oficio obscuro e intrascendente, que envileció la política por tantos años, una actividad noble y elevada, destinada a ser ejercida por ciudadanos humildes pero sabios y virtuosos. Representa una nueva etapa en las*

²²⁴*Mundo Peronista*, N° 32, noviembre de 1952, p.48.

*actividades políticas argentinas (...) Nos proponemos transformar una masa inorgánica en un pueblo organizado, con alto nivel de cultura cívica y una amplia conciencia social”.*²²⁵

Uno de los objetivos principales que reconocía la publicación el de hacer llegarla “Doctrina Justicialista” a los hogares buscando multiplicar las argumentaciones a favor de las políticas del peronismo consolidando y unificando el basamento doctrinario. Al igual que *La Nación Argentina*, para la publicación era fundamental dar cuenta de cómo se financiaba, algo que podía tener que ver con los ataques constantes que hacía la oposición sobre el uso que hacía el peronismo de los fondos públicos: “*La dirección de Mundo Peronista desea manifestar a sus lectores que las ediciones (...) son financiadas exclusivamente con la publicidad que en ella aparece y con las sumas que recauda en concepto de suscripciones y venta de ejemplares al público (...) no recibe ninguna subvención particular ni oficial. Además, desde la edición presente nuestra Revista no inserta ni acepta ningún aviso o publicidad oficial pagos. Al hacer este anuncio (...) deja constancia de que la independencia económica de esta publicación ha sido lograda merced al amplio y voluntario apoyo que la misma encuentra en el pueblo*”.²²⁶

Sin embargo, en la práctica, la publicación contaba con publicidades de empresas públicas como YPF, el Banco de la Nación Argentina, la Flota Mercante del Estado – aunque, según lo citado anteriormente, no pagaban por la publicidad que aparecía en la misma - y de empresas privadas nacionales y extranjeras, muchas de ellas muy beneficiadas por las políticas estatales, como Techint, SIAM, Eveready, Coca-Cola, FIAT, Squibb, Mercedes Benz, entre otras.

Además de sus objetivos “doctrinarios”, la revista buscaba fortalecer los vínculos entre los simpatizantes peronistas y neutralizar los argumentos opositores. Para Ciria, *Mundo Peronista* es sumamente útil para evaluar uno de los primeros intentos oficiales de consolidar la ideología peronista/justicialista a través de Juan Perón y Eva Perón (Ciria, 1983, 287). Panella comparte esta perspectiva, y sostiene que la tarea pedagógica realizada a fin de ganar consenso permitió acompañar el cambio profundo que buscaban desarrollar y para lo cual impulsaron prácticas no convencionales. Como dijimos, una de ellas fue la

²²⁵*Mundo Peronista*, N° 1, julio 1951, p.3.

²²⁶*Mundo Peronista*, N°13, enero 1952, p.21.

puesta en marcha de una escuela de capacitación de dirigentes e inculcación de ideas por Perón de la cual *Mundo Peronista* fue vehículo privilegiado (Panella, 2010, 305).

Alguna de las secciones con las que contaba la publicación y que se mantuvieron hasta su clausura fueron **Política Peronista** (en dónde Perón daba instrucciones doctrinarias), **Perón Cumple** (donde se mostraban realizaciones de obras en distintas provincias), **El Ejemplo Peronista** (donde se tomaba una historia de vida ejemplar para ilustrar el desarrollo de la doctrina), **Calendario Justicialista** (donde se explicitaban las actividades realizadas por la pareja presidencial y sus ministros), **Amigos de MundoPeronista** (sección de cartas de lectores), **Realizaciones peronistas** (una sección de recorte de distintos fragmentos de diarios dando cuenta de los resultados de las políticas públicas), **Respuestas Peronistas** (ante los argumentos y quejas de la oposición), **Escuela Superior Peronista** (dónde se publicaban clases extraordinarias de Perón, Evita y distintos funcionarios), **“...” en el pensamiento vivo del General Perón** (dónde se desarrollaba un tema específico a partir de citas del presidente), secciones de humor gráfico como **Don Cangrejo** y **Míster Whisky and Soda** (el principal objetivo de las burlas era la oposición y los Estados Unidos de América), **Tu página de pibe peronista para responder a los contreras** (otra vez, una sección para contrarrestar argumentos de la oposición), **Este es mi barrio** (barrios inaugurados o mejorados por el peronismo), **Postales Estadísticas** (que reproducía gráficos con cifras para argumentar mejor), entre otras.

Si la comparamos con *La Nación Argentina* el cambio de estrategia comunicacional era evidente y daba cuenta del proceso de radicalización que el peronismo comenzaba a vivenciar después de 1950. Las figuras de Perón y de Evita “escribían” en todos los números y la idea de que el peronismo estaba estableciendo una nueva sociedad (algo que aparecía tímidamente en *La Nación Argentina*) era en *Mundo Peronista* una de las argumentaciones determinantes: se sostenía en cada número de diversas maneras que el peronismo estaba estableciendo un régimen político nuevo, basado en el sufragio popular pero ya no necesariamente heredero de la democracia liberal sino sostenido exclusivamente en el voto de las mayorías populares.

Si bien en *Mundo Peronista* la mayoría de las notas no estaban firmadas— aunque hay excepciones hacia el final, cuando comienzan a aparecer iniciales - los únicos nombres propios que figuran como “columnistas” son los de Perón y Evita. Esto profundizaba la

vinculación entre una publicación que, si bien no se reconocía estatal, se presentaba como el órgano de la Escuela Superior Peronista, aparato partidario que respondía a las órdenes directas del presidente, quien escribía los editoriales de casi todos sus números en búsqueda de comunicarse con el *Pueblo*. Al igual que en *La Nación Argentina*, el principal destinatario de la publicación buscaba ser el “Pueblo llano”. Sin embargo, resulta interesante señalar que muchas de las cartas de lectores llevan nombre, lugar de residencia, oficio y, en algunos casos, hasta apellido de quienes las envían. Para Morales, esto implicaba que en esta publicación el *Pueblo* comenzaba a ser nombrado y constituido en el mismo proceso de interpelación que el gobierno peronista puso en marcha (Morales, 2017, 81).

De las secciones fijas de la revista, la que presentaba la estrategia publicitaria más parecida a *La Nación Argentina* era **Postales Estadísticas**, dónde se buscaba dar cuenta de datos objetivos sobre diversos temas con infografías muy similares en estética. La mayoría eran temas principalmente vinculados con la economía y con el ya clásico contraste entre *Ayer y Hoy*: “*obreros ocupados en la industria (en miles)*” o “*dignificación de la mujer en la industria*” dónde se comparaba el aumento del salario medio de obreras y empleadas. Otras comparaciones estadísticas vinculadas al mundo industrial tienen que ver con el incremento del salario medio del obrero²²⁷, la caída del número de huelguistas de entre 1946 (333.929) y 1951 (16.354) y la comparación con el salario básico del trabajador industrial por hora de trabajo.²²⁸

Mundo Peronista estaba repleta de publicidades de distintos rubros - la de las cámaras, las de empresas privadas y las estatales - que expresaban las discursividades que el peronismo moldeaba desde su imaginario industrial. Hay ejemplos variados; en la estrategia publicitaria de las empresas el hecho de que los productos fueran de fabricación nacional era algo principal a destacar. En la **figura 13** podemos ver la siguiente publicidad: “*El progreso alcanzado por el país en la fabricación de hules (...) es un índice evidente de nuestro perfeccionamiento industrial (...) para la producción (...) se utilizan exclusivamente materias primas argentinas, evitándose así las inversiones en el extranjero y contribuyendo de esta manera a consolidar la Independencia Económica Nacional*”.²²⁹

²²⁷*Mundo Peronista*, N°10, diciembre de 1951, p.2

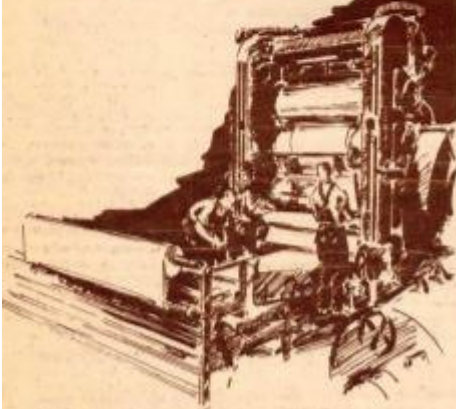
²²⁸*Mundo Peronista*, N°34, diciembre de 1952, p.2

²²⁹*Mundo Peronista*, N°1, julio de 1951, p.8

Figura 13, *Mundo Peronista*, N°1, julio de 1951, p.8

El progreso alcanzado por el país en la fabricación de hules para todo uso, es un índice evidente de nuestro perfeccionamiento industrial, materializado en el terreno firme de las grandes realizaciones de nuestro Superior Gobierno.

Este signo promisor adquiere aún más relieve ante el hecho de que para la producción de hules, se utilizan exclusivamente materias primas argentinas, evitándose así las inversiones en el extranjero y contribuyendo de esa manera, a consolidar la Independencia Económica Nacional.



PREFIERA HULES ARGENTINOS
TANTO PARA SU INDUSTRIA
COMO PARA SU HOGAR

La publicidad de las clásicas heladeras SIAM, como se puede ver en la **figura 14**, sostenía: *“Todo producto Siam inspira confianza por ARGENTINO, NOBLE Y BUENO (...) Una industria argentina propulsada por argentinos”*.²³⁰

²³⁰*Mundo Peronista*, N°11, diciembre de 1951, p.29


Figura 14, *Mundo Peronista*, N°11, diciembre de 1951, p.29



Las propagandas vinculadas con la industria textil también hacían especial hincapié en ello como se ve en la **figura 15**: “*en la industria textil (...) la valiosa cooperación de las industrias afines del teñido, apresto, estampado, planchado y acabado de toda clase de telas, ha llegado a tal grado de perfección que sus artículos compiten en el mismo nivel de jerarquía con los mejores importados (...) trabajan miles de obreros que viven en hogares dignos, reafirmando con la realidad el más importante postulado del Gobierno: Justicia Social. Consolide la libertad económica del país usando telas argentinas*”²³¹.

²³¹*Mundo Peronista*, N°2, agosto de 1951, p.32

Figura 15, *Mundo Peronista*, N°2, agosto de 1951, p.32



La importancia
de los afines
en la industria textil

La industria textil argentina, con la valiosa cooperación de las industrias afines del teñido, apresto, estampado, planchado y acabado de toda clase de telas, ha llegado a tal grado de perfección que sus artículos compiten en el mismo nivel de jerarquía con los mejores importados.

En las organizaciones importantes de las industrias afines mencionadas, trabajan miles de obreros que viven en hogares dignos, refirmando con la realidad el más importante postulado del Gobierno: Justicia Social.

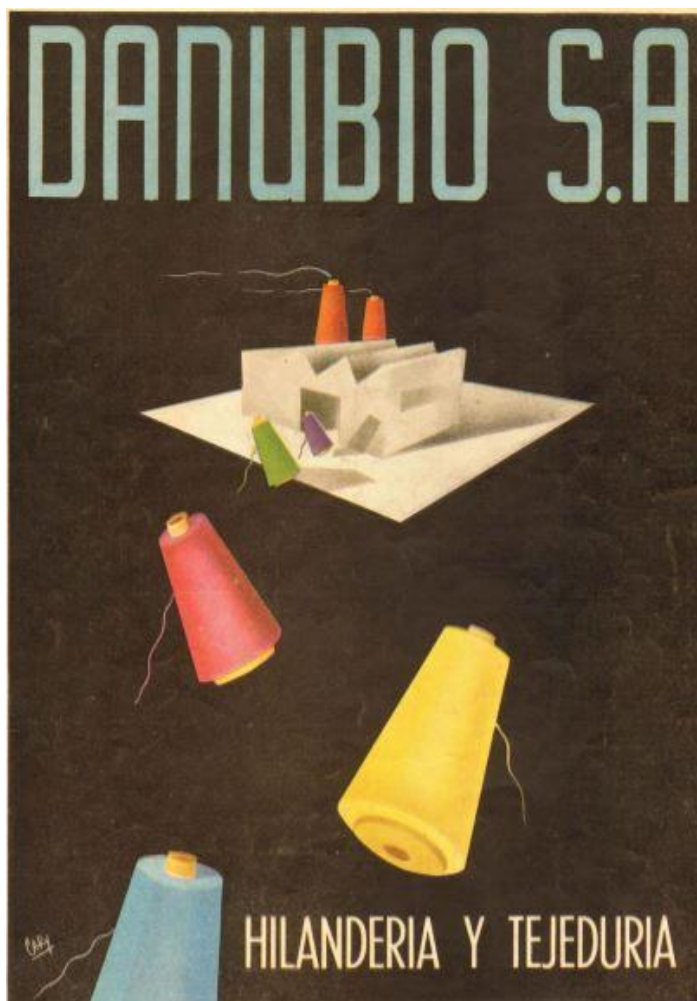
CONSOLIDE LA LIBERTAD ECONOMICA DEL PAIS
USANDO TELAS ARGENTINAS

Otro ejemplo era el de la fábrica Danubio S.A hilandería y tejeduría que se limitaba a poner su nombre junto a una ilustración de una fábrica con chimeneas desde donde caían hilos de coser en la **figura 16**²³² mientras que la Cámara de Industria del Calzado se

²³²*Mundo Peronista*, N°12, enero de 1952, contratapa

publicitaba con la imagen de un zapato de hombre sobre una pieza de máquina de fábrica en la **figura 17**²³³.

Figura 16, *Mundo Peronista*, N°12, enero de 1952, contratapa



²³³*Mundo Peronista*, N°15, febrero de 1952, p.34.

Figura 17, *Mundo Peronista*, N°15, febrero de 1952, p.34.



No solo desde las publicidades estaba presente en *Mundo Peronista* la cuestión industrial sino en la palabra de Perón, que era recuperada en las diversas secciones de la publicación: “*Los pueblos pastoriles, carentes de industrias, no pueden conquistar su independencia económica (...) nuestro grado de desarrollo industrial (...) queda patentizado por el hecho de que aquí construimos ya nuestras locomotoras*”. Por ejemplo, en la sección **Política Peronista**, se citaba a Perón sosteniendo “*no salgo de mi asombro cuando veo como el ingenio, la habilidad (...) de los argentinos se expresan cada día bajo nuevas formas industriales (...) Y grato resulta destacar que, en cada una de esas fábricas, el Movimiento Peronista puede ver su propio triunfo (...) nos acusaron (...) por el error que, según ellos, cometíamos promoviendo el desarrollo industrial de la Nación. Decían que el país no podría soportar el crecimiento industrial (...) que despoblaríamos el campo segando así las fuentes primarias de la riqueza nacional (...) dijeron que era una locura electrificar la Nación para descentralizar la industria (...) y cuando alguna vez, en la ejecución de nuestros planes, aparecieron las dificultades propias de las grandes empresas, entonces celebraron (...)Ellos, al señalar nuestros planes como errores, hicieron conocer al Pueblo Argentino, que eran exclusivamente nuestros; y que los llevábamos adelante, pese a la enconada oposición que ellos nos hacían. (...) Ahora que el progreso*

*industrial es inmensa y absoluta realidad ¿Quién puede negarnos el inalienable derecho de reclamar, para nosotros, la gloria y el honor de decir que cada fabrica es un triunfo de la Nueva Argentina?”.*²³⁴

A diferencia de *La Nación Argentina*, el tono *Mundo Peronista* no se pretende objetivo ni trata de evitar la confrontación sino lo contrario, intenta dar cuenta de la distancia entre sectores que claramente eran representados en conflicto. Hay en la discursividad no solo de Perón sino también de la publicación la idea de un “nosotros” industrialista frente a un “ellos” que en este caso era claramente delimitado a las posturas de la oposición y la oligarquía agroexportadora (que en esta caracterización eran presentadas como una unidad). Una nota recordaba una frase de un diputado radical de 1947: “*me rio de los que no se ríen del Plan Quinquenal, de los que se lo toman en serio, pues yo lo considero un cuento de hadas para entretener a la opinión pública sin intención ni posibilidades de realización*”. La publicación colocaba en un lugar central al desarrollo industrial, dando cuenta del imaginario que se quería consolidar: “*ningún objetivo del Primer Plan Quinquenal fue tan criticado como el de industrializar el país. La oposición dijo que no podía ser. Después salió el campo declarando que por industrializar al país Perón abandonaba la producción agropecuaria (...) si habrán dicho “cosas” (...) Pero todo esto no tiene importancia. Lo importante es todo esto que constituye ahora el 2do Plan Quinquenal en materia de industrias. Y que será fácil y perfectamente cumplido. Léalo, compañero peronista. A usted también le toca algo que hacer de todo esto*”²³⁵.

En otro artículo, Perón se preguntaba por qué no se había desarrollado anteriormente la industria en nuestro país: “*Simplemente porque ello no convenía al imperialismo extranjero (...) interesado en evitar toda competencia a sus artículos manufacturados. Luego porque el progreso industrial (...) influiría sobre el precio de la mano de obra (...). Nada de industria. Para que no hubiera industria la tarifa aduanera protegió la entrada de artículos manufacturados extranjeros (lo contrario de EEUU, que levanto su industria al amparo de tarifas prohibitivas), se vedó el crédito industrial y se persiguió en toda forma cualquier iniciativa privada. El único provenir argentino es la agricultura y la ganadería enseñaban en nuestras obsecuentes universidades (...) y la prensa venal – La*

²³⁴*Mundo Peronista*, N°13, enero 1952, p.3.

²³⁵*Mundo Peronista* N°35, diciembre de 1952, p.47

Prensa de entonces y La Nación de siempre, reproducían periódicamente el slogan foráneo de los argentinos carecemos de aptitudes industriales".²³⁶En esta cita, Perón alineaba en el discurso anti industrial no solo a la oposición de la época y a la oligarquía nacional sino también al imperialismo y a los grandes diarios que, como La Nación o La Prensa, había censurado las políticas industriales del peronismo (algo que ya había aparecido en *La Nación Argentina*).

En un artículo llamado **La línea del hierro** se retomaba un discurso de Perón donde explicaba el plan industrial y comenzaba explicando que ya desde el Primer Plan Quinquenal se buscó "*encarar las dos grandes líneas, la línea del hierro y acero, y la línea del aluminio. Una se la encargamos a Fabricaciones Militares y la otra a Aeronáutica, que eran los que más iban a necesitar de eso. La industria privada no podía ponerse en esto, porque (...) era exponerse a perder unos pesos y las empresas privadas no están en esto siempre tan decididas como nosotros. (...)En el Segundo Plan (...) pensábamos que quizá en 1958 podríamos tener ya toda la línea del hierro y acero (...) completa y en ejecución. No es una gran industria. No, no. Primero, un bolichito, pero un bolichito que siquiera siendo de nosotros y no entregándoselo a nadie, porque estas cosas no se pueden entregar en los países modernos*" (...) "*hemos de cumplir (...) con la siderurgia, que también le saca canas muchas veces al ministro de Defensa, que me pelea todos los días, porque le damos solamente lo que podemos y no todo lo que él quiere*" (...) "*Para el año 1958 la línea del hierro estará terminada y tendremos nosotros toda la materia prima para poder abastecer a nuestra industria pesada*"²³⁷. Al menos en el discurso, era claro que Perón entendía a los empresarios privados como poco dispuestos a invertir en la industria pesada dado a que eran necesarias inversiones de capital intensivo, por lo cual inevitablemente el Estado debería asumir el papel de principal inversor.

El primer mandatario no era el único que censuraba a los "malos industriales", diversas notas de *Mundo Peronista* se quejaban de lo mismo: "*Hay muchos industriales (...) que no duermen satisfechos si durante el día no han despotricado sobre lo que llaman las desmedidas pretensiones del trabajador bajo el Gobierno Justicialista (...)la clase trabajadora (...) es la destinataria final (...) en la Argentina de antes (...) había*

²³⁶*Mundo Peronista*, N°13, enero de 1952, p.15

²³⁷*Mundo Peronista*, N°21 año, mayo de 1952, p. 6

desocupación, bajos salarios y el trabajador, principal cliente del comercio y de la industria, no tenía dinero suficiente. Consecuencia: la industria vegetaba”²³⁸

Las proyecciones del desarrollo de la industria pesada eran claves en el proceso de transición entre el Primer Plan Quinquenal y el Segundo. En la sección **La palabra de Perón**, el mandatario lo explicaba de esta manera: “*El primer paso de ese Primer Plan Quinquenal era volcar el apoyo del crédito casi totalmente a la industria para salvarla*”²³⁹“*Supimos mantenerla de pie. Reemplazamos la vieja maquinaria por la nueva. (...) Introdujimos más de 20 mil industrias nuevas en el país*” (...) “*Apuntalada esa industria (...) había que llenar además algunos sectores que la industria particular no hizo. El Estado se hizo cargo de la situación creando la Fábrica Militar de Aviones. También se ocupó de la industrialización de ciertos sectores a los que la industria privada no iba a ir nunca*”.²⁴⁰

Una y otra vez, la publicación defendía un proyecto industrial que se encontraba en marcha gracias al empuje del gobierno peronista. Desde el discurso sostenido por la publicación, se expresaba que la soledad del peronismo era profunda ya que la mayoría de los industriales no acompañaban los proyectos del gobierno y este proceso parecía ser solo acompañado por los obreros. Los restantes actores involucrados (partidos políticos de la oposición, empresarios extranjeros e incluso los empresarios locales) aparecían como reacios e indiferentes a creer en el imaginario industrial que proponía el gobierno justicialista.

Más allá de las críticas a los empresarios, diversos artículos de *Mundo Peronista* promocionan las nuevas industrias que iban surgiendo. Así, por ejemplo, en 1951 un artículo de *Mundo Peronista* sostenía: “*¡Vía libre para las locomotoras argentinas! Otra victoria peronista. (...) los ferrocarriles eran extranjeros y los técnicos, (...) eran extranjeros. ¡Cómo entonces iban a permitir que surgiera aquí una industria argentina para abastecer a los ferrocarriles... una industria que hubiera proporcionado trabajo y bienestar a millones de argentinos? (...) un día un técnico argentino llegó a presencia de Perón (...) hoy tenemos ya la primera locomotora diesel eléctrica totalmente construida en el país (...) Construida por técnicos y obreros argentinos. Los hemos visitado en los*

²³⁸*Mundo Peronista*, N°10, diciembre de 1951, p.32.

²³⁹*Mundo Peronista*, N°22, junio de 1952, p. 46

²⁴⁰*Mundo Peronista*, N°22, junio de 1952, p. 47

Talleres de Liniers. Sesenta muchachos criollos y peronistas (...) se han convertido en obreros altamente especializados (...) Surge poderosa, bajo el aliento justicialista de Perón, la industria ferroviaria que no había soñado nunca antes el país”²⁴¹²⁴²

No solo se producían vagones de industria nacional sino también aviones, algo de lo cual otra nota daba cuenta al sostener que “*la fabricación en serie de aviones de propulsión a chorro (...) forma parte de las realizaciones efectivas del Primer Plan Quinquenal*” algo que facilitó “*el desarrollo de una gran industria, (y) (...) formó a los técnicos que esa industria necesita para prosperar*”²⁴³

Otro punto interesante era dar cuenta de las industrias que se abrían en las provincias del Interior, y para ello las secciones recorrían provincia por provincia, por ejemplo, Catamarca: “*una de las cenicientas de la oligarquía hasta el advenimiento de Perón*” presentaba 2.039 nuevas obras, de las cuales 12 eran obras exclusivamente para la industria como por ejemplo una fábrica de cerámica que había sido construida “*para la ampliación y perfeccionamiento de las industrias regionales*”.²⁴⁴ En otra nota titulada **Un asta bandera de nuestra independencia económica** se cubría la inauguración de la Fábrica Militar de Tolueno Sintético en Campana, construida por Fabricaciones Militares. La nota reproducía la palabra de Perón en la inauguración “*Cuando en 1947 declaramos la independencia económica, dimos solo el paso inicial (...) Corresponde a todos los argentinos, en todas las situaciones y en todos los lugares, realizar aquel juramento que empeñamos nosotros en nombre del pueblo argentino y que se está cumpliendo en cada uno de los minutos en que colocamos un nuevo tornillo a la industria a lo largo de nuestro país*”.²⁴⁵

Otra muestra de la incidencia que tenía para *Mundo Peronista* el apuntalamiento del proceso industrial fue una serie de notas que cubrieron la *Exposición de la Nueva Argentina* organizada por la Subsecretaria de Informaciones de la Presidencia de la Nación y que se desarrolló a lo largo de la calle Florida desde la Avenida de Mayo hasta la Plaza del Libertador San Martín. La crónica de la revista retomaba el contraste entre el *Ayer* y *Hoy* al dar cuenta del espacio ocupado por la exposición: “*La vieja calle Florida, antes paseó*

²⁴¹*Mundo Peronista*, N°2, agosto de 1951, p.6.

²⁴² El proyecto sería fallido. Recién en 1958 FIAT instalaría las bases de una industria ferroviaria, que tuvo corta vida en la historia industrial.

²⁴³*Mundo Peronista*, N°11, diciembre de 1951, p.26

²⁴⁴ *Mundo Peronista* N°11, diciembre de 1951, p.8-9

²⁴⁵*Mundo Peronista*, N°14, febrero de 1952, p. 20

preferido de la oligarquía entreguista, ha sido ganada por el pueblo descamisado merced a la admirable iniciativa (...) es hoy paseo de un pueblo justo, libre y soberano (...)". En la exposición el papel de la industria era central. En los tiempos de la "vuelta al campo" el peronismo exhibía los primeros productos de industrias tecnológicamente más complejas que marcaban el avance de las actividades metalmeccánicas propias de la segunda etapa de la ISI: "Se exhibe la primera locomotora construida en el país, con materiales argentinos y por técnicos y obreros argentinos. Frente a ella constantemente hay grupos de visitantes que la contemplan con pronunciado orgullo. (...) el obrero argentino puede demostrar que es tan bueno y capaz como el del más adelantado pueblo del mundo. Y también ha concurrencia frente al estrado que exhibe al automóvil fabricado íntegramente en Argentina".²⁴⁶ Esto se puede ver en las **figuras 18 y 19**.

Figura 18, *Mundo Peronista*, N°14, febrero de 1952, p. 16.



²⁴⁶*Mundo Peronista*, N°14, febrero de 1952, p. 16-17

Figura 19 *Mundo Peronista*, N°14, febrero de 1952, p. 17



De esta manera, para la publicación era importante que los avances industriales fueran mostrados, defendidos y admirados por el público en general. Pero no sólo eran los logros lo que la revista exhibía. También participó activamente en la difusión de los nuevos programas económicos como el “Plan de Emergencia de 1952” y la difusión – como vimos en el primer capítulo - del Segundo Plan Quinquenal. Esto puede expresarse también en una nota de color en la cual la publicación detallaba cómo el plan económico de 1952 era trabajado en las escuelas: *“En la Escuela José de San Martín, de Bolívar (...) se organizó un concurso de afiches sobre ‘Plan Económico’ para los alumnos de las distintas escuelas de la zona. Llegaron más de 300 trabajos, todos muy buenos, y se premiaron 45. (...) La exposición fue todo un éxito (...) ¡Esto es hacer peronismo! Aprender bien lo que pide el General Perón, para poder cumplir con su Plan de gobierno”*.²⁴⁷ Así, nuevamente aparece la incidencia que tenía para el peronismo la difusión de los objetivos económicos en la vida escolar, algo que ya hemos analizado en esta tesis.

²⁴⁷*Mundo Peronista*, N°34, diciembre de 1952, p.34.

Tercer Período: 1953-1955

A partir de 1953, se inicia el tercer período; en *Mundo Peronista* nos encontramos con el acompañamiento del proceso de reconfiguración y profundización de muchos de los temas y abordajes que ya analizamos, pero que van a estar, sobre todo, teñidos por el tema clave del Congreso de la Productividad, centrado principalmente en una batalla por el incremento de la producción y la necesidad imperiosa de intensificar el desarrollo industrial del país.

Esto se expresa en la sección **Postales estadísticas** que elige para presentar la comparación entre Ayer y Hoy el aumento en la producción de unidades: *Heladeras*: en 1946: 6967 mientras que en 1954: 109.580. *Lavarropas*: en 1946: 262, en 1954: 55.675.²⁴⁸ Otro de los temas a comparar es el ausentismo en la industria por motivos particulares (tasa por 100 obreros ocupados): en 1948: 3,7, en 1954: 2,7²⁴⁹ o los préstamos otorgados por el Banco de Crédito Industrial. En 1946 fueron 4.268 operaciones mientras que en 1953 llegaron a 37.366.²⁵⁰

En los avisos publicitarios de la revista, como ya indicamos, se suceden las publicidades de empresas privadas y estatales. Sin embargo, encontramos una diferencia ilustrativa con el período anterior: aumenta en gran número las publicidades de empresas extranjeras, aunque los mismos se camuflaban bajo la idea de que producían argentino, algo que venía al menos desde la década del treinta.

Por ejemplo, podemos encontrar el anuncio de la máquina de escribir Remington “80 años de experiencia en el mundo respaldan esta fábrica y esta máquina de escribir”. En la ilustración se puede apreciar una máquina en primer plano y detrás una fábrica humeante, y la publicidad reza que de las 32 fábricas esparcidas por el mundo hay en los talleres argentinos un “claro exponente de la perfección que ha llegado a la industria nacional (...) obreros y técnicos argentinos son los que producen esta moderna maquina” como se puede apreciar en la **figura 20**²⁵¹. Esto puede explicarse por un lado por las restricciones que se le imponían al capital extranjero y por otro como un intento de identificarse con aspectos

²⁴⁸*Mundo Peronista* n°83, abril de 1955, p.30

²⁴⁹*Mundo Peronista* n°81, febrero de 1955, p.34

²⁵⁰*Mundo Peronista* n°71, septiembre de 1954, p.34

²⁵¹*Mundo Peronista* n°53, noviembre de 1953, contratapa.

nacionales que les permitiese aumentar su consumo en una época en la cual las ideas nacionalistas tenían gran arraigo social. No es extraño que esta estrategia se reafirme y consolide durante el peronismo, formando parte del particular imaginario industrial que estamos analizando, generando una resignificación que termina incorporando e integrando al capital extranjero.

Figura 20, *Mundo Peronista* n°53, noviembre de 1953, contratapa.



Las pilas Eveready, fabricadas por una firma que gozó de la protección oficial desde 1946, van a ser otro ejemplo de industria extranjera ligada a la producción nacional que se reivindica como trabajo argentino, esto puede analizarse en la **figura 21**: *“Orgullo de la industria nacional (...) la marca (...) identifica en el mundo entero a las famosas pilas, baterías y linternas (...) en la República Argentina ha quedado confirmado el prestigio de*

*Eveready. Prueba de ello es el aumento constante del nivel de producción que permite hacer llegar a todos los consumidores del país un producto que ratifica el firme progreso de la industria argentina*²⁵².

Figura 21, *Mundo Peronista* n°65, mayo de 1954, s/n.



Hay propagandas de empresas estatales también, como las publicidades de IMPA que producía bicicletas en la **figura 22** y aseguraba “*suavidad y seguridad al andar*” a partir de la ilustración de una mujer andando en uno de sus productos y debajo daba cuenta de que era “*una bicicleta de calidad de fabricación netamente argentina*”.²⁵³ Otra propaganda de Acindar en la **figura 23**, una gran empresa siderúrgica de capitales privados, sostiene estar “*A la vanguardia de la industria siderúrgica. Adhesión al congreso nacional de la*

²⁵²*Mundo Peronista* n°65, mayo de 1954, sin número.

²⁵³*Mundo Peronista* n°82, marzo de 1955, p.23.

*productividad: 12 años de evolución industrial de nuestra empresa (...) aumento de producción (números que comparan producción, obreros ocupados y horas de trabajo), con métodos eficientes y maquinas modernas puestas a disposición de obreros capaces con los que se consigue mayor productividad con menor esfuerzo físico*²⁵⁴.

Figura 22, *Mundo Peronista* n°82, marzo de 1955, p.23.



²⁵⁴ *Mundo Peronista* n°83, abril de 1955, sin número.

Figura 23, *Mundo Peronista* n°83, abril de 1955, s/n.

ACINDAR
INDUSTRIA ARGENTINA DE ACEROS S. A.

A LA VANGUARDIA DE LA INDUSTRIA SIDERURGICA

**Adhesión al Congreso
Nacional de Productividad
y Bienestar Social**

12 AÑOS DE EVOLUCION INDUSTRIAL DE NUESTRA EMPRESA

PRODUCCION	Año 1943	3.506 toneladas
	Año 1946	15.724 "
	Año 1950	60.147 "
	Año 1954	231.155 "
En 1954 65 veces MAYOR producción que en 1943		
OBROS OCUPADOS	Año 1943	453 obreros
	Año 1954	2.229 "
En 1954 SOLO 4 veces más que en 1943		
HORAS/OBRERO UTILIZADAS PARA PRODUCIR UNA TONELADA	Año 1943	247,7 horas
	Año 1954	19,6 "
En 1954 12 veces MENOR que en 1943		

Es con métodos eficientes y maquinaria moderna, puestos a disposición de obreros capaces, con los que se consigue

MAYOR PRODUCTIVIDAD CON MENOR ESFUERZO FISICO

APOYE EL 2° PLAN QUINQUENAL

Los organismos públicos también hacen uso del espacio publicitario. Por ejemplo, el Ministerio de Comercio – **figura 24**- sostenía el lema “*producir más para exportar más*” con el fondo de una grúa de un barco levantando una caja que dice industria argentina.²⁵⁵ Esta publicidad daba cuenta de uno de los nuevos objetivos propuestos del Segundo Plan Quinquenal – aunque de manera secundaria - vinculado con el ideal de exportar los productos manufacturados, una política que contó con incentivos cambiarios.

²⁵⁵*Mundo peronista* n°84, abril de 1955, p.7

Figura 24, *Mundo peronista* n°84, abril de 1955, p.7



Otro tipo de publicidades estatales tenían que ver con la adhesión al Congreso de la Productividad, como por ejemplo la del Ministerio de Transporte al Congreso que rezaba “*Crisol de un futuro mejor (...) los verdaderos hombres de acción deben tener todos los días un nuevo objetivo de superación y el nuevo objetivo de superación argentina es producir más y mejor*”. De fondo, se ve a un obrero maniobrando en una maquinaria que produce acero.²⁵⁶ Aunque el Ministerio no estaba vinculado al sector industrial, se elegía una imagen arquetípica del proceso de industrialización: el obrero y el acero - **figura 25**. Por detrás de la imagen del obrero, se destacaba la sombra del escudo justicialista. La

²⁵⁶*Mundo Peronista* n°83, abril de 1955, 41.

operación de fusionar el partido con el Estado aparecía completa en esta representación del imaginario industrial.

Figura 25, *Mundo Peronista* n°83, abril de 1955, 41.



Con respecto la reconfiguración del imaginario industrial, en la nota titulada **La siderurgia, industria “prohibida”**, se desarrolla la hipótesis de que antes, *“la oligarquía gobernaba y no había otra ley que la suya. El país tenía que ser una gran estancia y nada más. Si sobraba gente, mejor. Así se abarataba la mano de obra. No tenemos vocación ni*

servimos para la industria, nos enseñaban. (...) En cuanto alguien osaba levantar una industria, la oligarquía movía todas las palancas para hundirla. Se suprimían los impuestos aduaneros y se permitía entrar al mismo artículo extranjero en forma de dumping. (...) Cuando el ingenuo industrial se presentaba en quiebra, la oligarquía batía palmas. Era una demostración más de la incapacidad argentina para las empresas industriales. Con el tiempo, fue cada vez más difícil oponerse a la industrialización (...) Se empezó así, lentamente, por desarrollar la industria alimenticia (...) Pero los intereses extranjeros se encargaron de movilizar a la oligarquía en un sentido contrario. Querían tener la seguridad de que seguiríamos eternamente cambiando nuestra barata producción agropecuaria por sus caras maquinarias (...) Se nos señaló que la industria siderúrgica sería artificial en la Argentina porque no contábamos con hierro y carbón. (...) ¿Por qué era artificial nuestra industria y no la de ellos? (...) Ahora, el Segundo Plan Quinquenal permitirá conquistar los primeros grandes objetivos de la producción siderúrgica”²⁵⁷

La oligarquía aparece asociada otra vez a fuerzas imperialistas y el industrial argentino se representa como un personaje ingenuo que no podía competir frente a ellos, algo que solo pudo cambiar a partir de la llegada al Estado de Perón, que por medio de la planificación estatal había desarrollado las herramientas necesarias para impulsar una industria pujante. Pero más allá de las loas al Segundo Plan Quinquenal y los buenos augurios para el desarrollo de la industria pesada, había algo fundamental que daba cuenta de un esfuerzo clave del peronismo que tenía que ver con la impugnación de lo que los *intereses extranjeros* y la *oligarquía* enseñaban desde la escuela y que era necesario desterrar: la idea de un país agroexportador que no podía ser industrial. En ello, el peso que el imaginario industrial jugaba en la disputa simbólica era fundamental, y - entre otros conceptos –era necesario refutar la idea de la “industria artificial”, un concepto que había estado presente en las discusiones económicas hasta los años cuarenta.

En otra nota similar, de título: **¿Por qué necesitamos desarrollar nuestra industria?**, la revista daba cuenta de un pueblo inactivo, inmóvil, que “vivía en parte adormecido (...) ante el grave problema del desarrollo poco diferenciado de nuestra economía. Es indiscutible que la base de nuestra riqueza está en el campo, pero bien lo ha dicho el Conductor: no saldremos de pobres hasta que no seamos un país industrial (...) Se

²⁵⁷Mundo Peronista, N°37, enero de 1953, p.4

*observa que en 1946 el 25% de los mismos (préstamos) estaban destinados a la producción de bienes durables (...) y el 75% el apoyo de industrias que producen bienes no durables. En 1953 la proporción de préstamos otorgados a las industrias de bienes durables aumenta sensiblemente; (...) casi el 40% (...) un grupo de industrias (...) que elaboran bienes de producción como ser maquinarias, herramientas, instalaciones, etc., (...) bienes que a su vez servirán para aumentar la potencialidad productiva de la industria nacional.*²⁵⁸. De esta manera se reconocía, por un lado, la idea de la pampa húmeda como base de la riqueza argentina (algo que puede estar vinculado con “la vuelta al campo” que algunos autores sostienen que promovió el Segundo Plan Quinquenal y que fue analizado aquí anteriormente). Sin embargo, por el otro, se reivindicaba la nueva orientación de la política industrial que, a partir del Segundo Plan, volcaba el apoyo estatal hacia la implantación de la industria pesada.

En la sección sobre el **Pensamiento de Perón** del número 52, se publicó una nota especial sobre la industria. Se recuperan diversas expresiones del mandatario sobre la temática, por ejemplo, se cita a Perón cuando sostiene que: *“el día de la Industria tiene este nuevo significado: ver unidas las actividades que cierran el ciclo económico de los Pueblos, ver que comenzamos a realizar una nueva función de mancomunidad”*.²⁵⁹. Lo fundamental para el mandatario era *“desarrollar las condiciones industriales de la Argentina, dado que no tenemos por qué estar sometidos por el resto de nuestros días a ser un Pueblo de pastores y agricultores”* ya que es necesario que cada hogar humilde *“tenga lo necesario para vivir con dignidad y con felicidad, algo que lo conseguiremos solamente a base del desarrollo industrial”*.²⁶⁰ Entonces, la meta de “la Justicia Social” estaba condicionada al desarrollo industrial del país.

Con respecto al desarrollo industrial local, volvemos a encontrar notas dando cuenta del anuncio de una futura industria nacional ferroviaria *“el gobierno, por medio del Banco de Crédito Industrial, ha otorgado amplios préstamos a esta industria, que construirá en el futuro también coches de pasajeros y furgones, amén de todos los repuestos que necesiten los ferrocarriles del país (...) Y vean los eternos enemigos de toda grandeza como el*

²⁵⁸*Mundo Peronista*, N°71, septiembre de 195, p.35

²⁵⁹La publicación consigna que fue extraído de un discurso en la Celebración del Día de la Industria del 6/12/1946.

²⁶⁰*Mundo Peronista*, n°52, octubre de 1953 p. 45

gobierno de Perón presta su apoyo absoluto a las empresas privadas que, con espíritu argentino, quieren concurrir con su esfuerzo a la felicidad del Pueblo y a la grandeza de la Nación”²⁶¹. La representación de las empresas privadas como incapaces o poco proactivas para la inversión en una industria compleja que estaban presentes en el periodo previo, aparece ahora relativizadas, en consonancia con el mayor estímulo que se buscaba dar a la iniciativa privada por sobre el Estado.

No obstante, la revista está lejos de rechazar el papel del Estado en el proceso de industrialización. Así otra nota reivindica la labor desarrollada por Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME) para la implantación de industrias metalmecánicas: *“Mundo Peronista quiere mostrar a sus lectores una nueva realidad justicialista: la labor que desarrolla, en Córdoba, Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME) (...) en el escenario de una enorme planta de montaje donde miles de obreros trabajan alegre y tesonosamente para que un Pueblo socialmente justo, económicamente libre y políticamente soberano enriquezca su patrimonio”. (...) “La fabricación de aviones militares ha cedido empuje en beneficio del plan de fabricación de automóviles, tractores y motocicletas” (...) “Todo el enorme potencial de la fábrica se ha volcado a la construcción de vehículos que sirvan directamente al Pueblo. Mientras la industria del mundo entero convierte sus mecanismos para las fabricaciones bélicas, nuestro Gobierno aprovecha las instalaciones militares para crear un poco más de bienestar para todos”*²⁶².

El vínculo del imaginario industrial configurado por el peronismo con la idea de mayor confort para la población argentina queda expuesto en esta cita. No puede comprenderse este imaginario sin la presencia clave que tenía en el desarrollo industrial el impulso del pleno empleo y las posibilidades de consumo masivo que homogeneizaba a todos los sectores sociales en la posibilidad de vivir más cómodamente dentro y fuera de su hogar.

Otra novedad son las notas que celebran la llegada de industrias de capital extranjero a nuestro país, cambio que va en consonancia con lo que veíamos en la transformación de las publicidades en este segundo período: *“La fábrica principal la instalaremos en San Justo (...) Aquí fabricaremos camiones y coches Mercedes Benz dentro de no mucho*

²⁶¹*Mundo Peronista*, n°42, mayo de 1953, p.32

²⁶²*Mundo Peronista*, n°43, junio de 1953, p. 11-14

*tiempo. Vehículos construidos totalmente con materiales argentinos, proyectados y realizados íntegramente por técnicos y obreros argentinos”.*²⁶³

Se celebra que: *“ahora también hacemos tubos de acero”*. La empresa Dálmine SAFTA en Campana *“no solo incorpora al país una nueva industria de indiscutible importancia para nuestro desarrollo industrial, sino que se radica en nuestro ambiente una experiencia y un estilo que si bien son de origen extranjero, configuran en la práctica una fuerte poder de asimilación con nuestra modalidad y se conjugan armoniosamente con los objetivos industriales puestos en marcha por el peronismo a través del Segundo Plan (...) y directamente con los prolegómenos de nuestra futura industria pesada (...) El Segundo Plan ha roto con una era de producción industrial caracterizada por su irracionalidad y realizada a base de una industria de emergencia”*.²⁶⁴ Esta cita es particularmente interesante porque expresa críticas directas a la manera en la que se manejó durante la primera etapa el desarrollo industrial del país, algo que no era común en las publicaciones oficialistas. De esta manera, el Segundo Plan Quinquenal en parte daba cuenta de las deficiencias del Primero y buscaba introducir un impulso industrial más eficiente vinculado directamente con el desarrollo de una industria pesada que vendría a completar la estructura industrial fronteras adentro.

En esta etapa, *Mundo Peronista* desarrolla muchas noticias vinculadas con la producción industrial vinculada con el área de transporte, que eran publicitados por medio de exposiciones abiertas al público general: *“Desde el jueves 30 de julio último se halla librada al público una completa exposición sobre los objetivos del Segundo Plan Quinquenal del General Perón, organizada por la Subsecretaria de Informaciones” (...)* *“Numeroso público (...) recorre con interés las instalaciones, informándose detenidamente de los distintos detalles, acopiando datos ilustrativos de los gráficos expuestos y recogiendo folletos explicativos (...) Los stands más concurridos son aquellos que los cuales se exhiben los prototipos de la motocicleta Puma y del tractor Pampa construidos por IAME”*.²⁶⁵

Otra nota se maravillaba con el desarrollo de: *“una lancha de carrera criolla y peronista. Una realización técnica netamente argentina puesta al servicio de los*

²⁶³*Mundo Peronista*, N°43, junio de 1953, p. 37-38

²⁶⁴*Mundo Peronista*, N°73, octubre de 1954, p.8

²⁶⁵*Mundo Peronista*, N°48, agosto de 1953, p.6 y 7

aficionados al deporte náutico vincula espontáneamente los objetivos de acción industrial mantenidos por el IAME (...) previstos en el Segundo Plan Quinquenal".²⁶⁶

Si las motocicletas y las lanchas no eran suficientes, *Mundo Peronista* informaba en una de las pocas notas firmadas – a nombre de Osvaldo Rossler - que además la industria nacional producía tractores, algo que estaba directamente vinculado con “la vuelta al campo” y la implantación de industrias complejas propuesta por el Segundo Plan Quinquenal: “*se colocó la piedra fundamental de la Fábrica de Tractores del IAME en la localidad de Ferreyra, Córdoba (...) Se chocó con la consabida política derrotista de algunos que manifestaban que en la Argentina era imposible fabricar tractores y que, de hacerlos, siempre serían inferiores a los extranjeros (...) nuestro país es sobre todo agrícola granadero y todo intento de industrializarlo llevará al fracaso (...) Nuestras ricas e inmensas llanuras (...) comenzaron a encontrar de ese modo un hermano naciente pero lleno de pujanza en nuestra industria pesada; hermanazgo apto para lograr un futuro venturoso y de ese modo aportar una solución al viejo problema de nuestro agro (...) esta fábrica de tractores argentinos ha formado ya más de 7 mil personas especializadas que trabajan en la producción de piezas (...) el campo de nuestra patria se mecaniza*”²⁶⁷. Como ya vimos en los capítulos previos, el desarrollo agrícola como inextricablemente ligado a la suerte industrial sería otra de las características que presentaría el imaginario industrial peronista.

El caso de expropiación de la fábrica de cerveza Quilmes, de propiedad del Grupo Bemberg, también tuvo extensa cobertura. La noticia titulaba: ***Los trabajadores dueños de su propia riqueza*** y retomaba las declaraciones del mandatario, que le anunciaba al pueblo argentino que “*había terminado con el más ‘diabólico simbólico de la explotación de un Pueblo’*” y que hizo entrega al Pueblo del instrumento “*mismo de esa vieja explotación (...) (ya que) la grandeza de la República está en que cada trabajador sea un poco propietario de su suelo y de su riqueza*”. La nota daba cuenta de la entrega a los obreros cerveceros de trece fábricas de cerveza “*No es fácil en el mundo ni ha sido fácil para nosotros derribar justicieramente ese tremendo pulpo que representó el monopolio Bemberg de la cerveza en el país (...) Denunciada la tentativa de estafa (...) la justicia*

²⁶⁶ *Mundo Peronista*, N°56, diciembre de 1953, p.17

²⁶⁷ *Mundo Peronista*, N°91, septiembre de 1955, pp. 38-39

*estuvo sin resolver el caso hasta el momento en que la Revolución Peronista llegó al Poder Judicial (...) Por todo lo dicho, ningún acto podía ser más justo, más peronista, que el efectuado por Perón en Quilmes al poner en manos de los obreros las fábricas de cerveza del grupo Bemberg (...) esa riqueza era genuinamente riqueza del Pueblo”.*²⁶⁸ Se trataba de un viejo pleito cuyo fin mostraba las virtudes de la “Revolución Peronista”, que ponía límites al “capitalismo internacional” y los “malos industriales”.

No obstante, el caso Bemberg era una excepción. En este tercer período, el peronismo intentó generar una alianza más cercana con el mundo empresarial. Ya en 1953 *Mundo Peronista* informaba de la realización del Congreso General de la Industria y sostenía: “*Los industriales realizan su Primer Congreso General. (...) Desde hace diez años Perón viene diciendo que la única solución para los países semi-desarrollados está en la industrialización. (...) No hay ningún mercado que pueda reemplazar al mercado interno, puesto que es el más seguro. (...) Es preferible que lo anti económico que hagamos nosotros a que lo económico que venga de afuera (...) Este Segundo Plan Quinquenal podría llamarse de la industrialización nacional. (...) Es el eslabón entre la primera etapa, en la que se consolidó la industria, y una tercera etapa, la de la expansión total de la industria. (...) La industria es una empresa privada, el Estado no tiene ningún interés, y tan pronto las empresas estatales actuales, tomadas en estado de anti economía, puedan ser devueltas a la actividad privada, el Estado tendrá un gran placer en desprenderse de todas ellas y entregárselas a los privados. Nosotros somos gobierno, no somos industriales. Nosotros no queremos industrias porque nos dan mucha pérdida y quizás a ustedes les pueda dar ganancias, les dijo Perón a los industriales*”²⁶⁹

En estas declaraciones se ve sintetizados los cambios de concepciones económicas que la agenda pública y la crisis habían generado en la doctrina peronista y el proceso de reconfiguración vivenciado por el imaginario industrial. De pensarse nacional, eminentemente estatal e instrumento base del desarrollo del pleno empleo a partir del estímulo de la industria liviana; a un imaginario industrial que busca mejorar la productividad obrera y consolidar una industria pesada vinculada a capitales externos. Esto es acompañado, también, de una distinta caracterización del empresariado. De ser ingenuos

²⁶⁸ *Mundo Peronista*, n°81, febrero de 1955, p.23- 26

²⁶⁹ *Mundo Peronista*, n°43, junio de 1953, p. 43-44

y temerosos a la innovación a ser los receptores de las industrias que el propio Estado ayudó a poner en pie. Se trata de un cambio discursivo clave, que se entiende por el contexto de su desarrollo y se explica también debido a que en este caso los interlocutores del mandatario eran los empresarios industriales.

El cambio del imaginario se completará en ocasión del Congreso de la Productividad de 1955, un momento clave del peronismo tardío. En **Más producción, más bienestar** se sostenía que tras doce años de labor “*se recogen sus frutos con este histórico Congreso. El Congreso Nacional (...) es una prueba más de la identificación del Pueblo Argentino (...) Ambas centrales han comprendido claramente su misión y sin renunciar a los derechos de cada sector, aúnan sus fuerzas para producir los bienes económicos en cantidad suficiente y con el esfuerzo y gasto indispensable para lograr la riqueza nacional*”.²⁷⁰ El viejo sueño del peronismo, el de poder sentarse con dos sectores corporativos nucleados en una organización centralizada (la CGT y la CGE) parecía verse consolidado. La nota **Mayor productividad para mayor bienestar** reseñaba el ambiente que se vivía en el transcurso del Congreso, que era de: “*muta comprensión, patronos y obreros buscan los medios de obtener un aumento de la productividad, lo que significa en el fondo una mayor producción de bienes y servicios con el mismo esfuerzo (...) A primera vista, la mayor productividad no entusiasma al trabajador. Pero la prédica de Perón ha hecho comprender a la mayoría, que no es posible aumentar el salario real y mejorar el estándar de vida si no hay aumento de productividad. (...) Que los trabajadores lo han llegado a entender, salta a la vista por la activa participación que los organismos sindicales están teniendo en el congreso de la productividad (...) ya se veía en los últimos tiempos, a través de ciertos síntomas, como es por ejemplo el de la creciente disminución del ausentismo injustificado en la industria*”. La hipótesis central que manejaba la publicación, entonces, era que quienes todavía no habían terminado de poner el hombro por el proyecto peronista eran los empresarios. “*El Pueblo comienza así a dar el ejemplo. Y esperamos que después del Congreso de la Productividad los empresarios se pongan a tono con lo que el país exige para asegurar un mayor bienestar a todos los argentinos*”.²⁷¹

²⁷⁰Mundo Peronista, n°83, abril de 1955, p. 24

²⁷¹Mundo Peronista, n°81, febrero de 1955, p.35

El rol del Estado, por otro lado, buscaba limitarse a coordinar *“todos los aspectos de la producción y asegurando los medios para que la distribución de la riqueza sea real y efectiva”*. Es decir, el Estado se retiraba y solo postulaba como tarea la coordinación. En cambio, las corporaciones empresariales y sindicales, debían arribar a acuerdos esenciales para mantener *“la Justicia Social”*. En palabras del propio Perón *“desde 1944, cuando iniciamos las reformas de tipo social y económico en el país, no ha habido para nuestra economía y para nuestro bienestar social ningún acto más trascendente ni más importante que el que comenzará con la realización del Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social. Con él se iniciará para la República, diríamos, la segunda e imprescindible etapa de realizaciones para su triunfo económico para su bienestar social (...) Nuestros obreros deben capacitarse altamente para producir. Esa etapa la hemos iniciado con las escuelas profesionales y hemos de completarla (...) para que un empresario que se preocupe por su administración y por un gobierno eficiente tenga también un obrero que no le eche a perder todas sus previsiones por falta de calidad en su mano de obra. Esto señores es obligación del Estado, del empresario y del obrero”*²⁷²

La cita es ilustrativa de los desafíos que presentaba el Congreso. Para el presidente había terminado la etapa de confrontación entre capital y trabajo. Solo restaba que trabajadores y empresarios, acordaran las bases del progreso económico y distributivo. Para Perón, los tres grandes protagonistas de este proceso que marcaría el desarrollo industrial eran el obrero, el empresario y el Estado. A partir de allí, debían trabajar en armonía en pos de un interés común.

Conclusiones

Ambas publicaciones, como hemos analizado en este capítulo, tuvieron un rol fundamental en la gráfica del peronismo, pero expresan diversas formas de comunicación. *La Nación Argentina* fue una publicación gubernamental que congelaba un estado de cosas y busca una perspectiva desde una aparente objetividad, mientras que *Mundo Peronista* no ocultaba su interés doctrinario, y es por esto mismo que buscó adaptarse a las diversas coyunturas socio económicas.

²⁷²*Mundo Peronista*, n°80, febrero de 1955, p.5-8

La obsesión central del peronismo se enmarcó en la elaboración de un imaginario que construyera un sentido de ruptura con el paradigma anterior en lo atinente al orden económico social y a la cuestión industrial. Se pobló de imágenes con fuerte y efectiva incidencia en la edificación de una arquitectura sentimental para el pueblo justicialista al que percibió, principalmente, como un obrero. Así logró sintetizar por medio de la propaganda una densidad emotiva que lo presentó como agente de cambio ante una sociedad que rompía con un pasado de injusticias y se vinculaba a un presente perpetuo y a-histórico, lleno de brillo y felicidad.

El Estado peronista entendió su propia mediación como fundamental para impulsar una transformación social. El IAPI y la nacionalización de la banca y los servicios de transporte y energía fueron representados como instrumentos esenciales para la redistribución de riqueza, lo que a su vez profundizó la industrialización del país. Este proceso pondría al obrero como el centro del ecosistema, quien, si bien debería esforzarse para obtener una vida de confort, recibiría del Estado las condiciones mínimas que le permitieran desarrollarse.

Si bien las dos publicaciones analizadas presentan diferencias importantes ya discutidas (tipo de formato y publicación, periodicidad, pretensión final de sus páginas, búsqueda de objetividad frente a posicionamiento político claro, armonía sin conflictos frente a un antagonismo con los considerados *enemigos* del peronismo, entre otros) observamos también puntos de contacto. En principio, la defensa de un modelo industrial es clave en ambas publicaciones. Por otro lado, la búsqueda de rendir cuentas de cómo se utiliza el dinero del Estado es reiterada, tal vez como una respuesta frente a las críticas debido a la confusión de límites entre el Estado y el Partido.

Si bien en la primera etapa analizada (1946-1949) correspondiente a *La Nación Argentina*, el eje central pivotea en torno a la industria liviana, su papel en la generación de empleo y a la centralidad del consumo; en la segunda etapa (1950-1952) se comienza a perfilar la urgencia del desarrollo de la industria pesada como eje clave para el desempeño económico total y la necesidad de integrar al sector agrario que había quedado relegado. La idea de industrializar al campo pasa a ser uno de los ejes claves. En el discurso político, se abandona la búsqueda de conciliación y armonía, y se comienza a apelar a una retórica mucho más emocional y alejada de las legitimaciones políticas de la democracia liberal,

centrada en la figura del Estado, del Líder y de la necesidad de publicitar los planes económicos para que sea el propio pueblo quien los defienda. A lo largo del tercer período (1953-1955) la necesidad de incorporar al sector empresarial como actor fundamental del peronismo se expresaba en ciertos cambios discursivos, en la apelación a una mayor productividad y en la retórica final del Congreso de la Productividad con la invitación al empresariado a que se haga cargo de las industrias claves.

En la primera etapa el peronismo invisibilizó los antagonistas internos para presentar una homogeneidad tranquilizadora: los enemigos se encontraban afuera y se vinculaban con “el capitalismo foráneo”. El ímpetu por acallar la conflictividad interna llevó a invisibilizar a las clases medias. De éstas, había algunos sectores que habían sido beneficiados económicamente por el peronismo, aunque otros, como los rentistas o aquellos que se desempeñaban en las profesiones liberales, fueron más perjudicados en sus ingresos. Sin embargo, lo que aglutinó a ambos en un mismo sentimiento puede haber tenido que ver con que discursivamente tendieron a ser ignorados; el peronismo no les habló directamente, no los tomó como un sujeto de interlocución válido. Posteriormente, *Mundo Peronista* visibilizó, acrecentó y radicalizó el conflicto, ahora señalando expresamente a quienes se negaban a participar de la Nueva Argentina y de su plan industrializador. Estos fueron calificados como anti peronistas y se los presentaba como enemigos aglutinándolos en diversos sectores: la prensa, el imperialismo, la oposición política, los contreras, la oligarquía e incluso industriales locales a quienes se los acusaba de temerosos.

Como sostuvimos en el inicio, ciertas lecturas sostienen que la iconografía del peronismo tendía a infantilizar al sujeto “lector ideal” de este tipo de publicaciones, operando en el sentido de concebir al “lector real”, el trabajador (sujeto por antonomasia del discurso peronista), en términos añejados. Esta interpretación deriva tanto en las ya clásicas y caracterizaciones del peronismo como movimiento paternalista, como en concepciones de los trabajadores representando sujetos históricos pasivos, meros receptores vacíos de políticas, discursos e imágenes. La revisión de fuentes de la época (como las analizadas en este capítulo) permite cuestionar estas interpretaciones ya que, según se ha argumentado, el peronismo consideraba a su receptor como un sujeto activo al que el Estado debía brindarle información especializada sobre los diversos procesos económicos, culturales, sociales y políticos. Este gobierno se mostraba preocupado por informar a un

ciudadano que estaba ampliando derechos, ya que consideraba que este proceso era transversal a toda la vida de este ciudadano-obrero ideal al que le hablaba el Estado: era necesario que la información atravesara desde su primera infancia hasta la adultez.

Los años del peronismo presenciaron la última oleada del gran proceso de alfabetización de la población iniciado a fines del siglo XIX. En este sentido, lo que algunos entienden como un discurso “infantilizado” de las publicaciones no era más que una forma de acercar conocimiento a sectores que recién comenzaban a ser beneficiarios de la democratización del bienestar. El peronismo entendía a ese obrero-ciudadano como un sujeto activo que no sólo debía conocer sus derechos, sino que además tenía la obligación de transmitirlos, defenderlos y vigilar que tanto el Estado como los demás sectores de la sociedad los respetaran y defendieran.

El obrero al que el peronismo le hablaba, entonces, no solo tenía que experimentar el bienestar, sino que además debía comprenderlo históricamente, generando en el proceso un aprendizaje que implicaba un potente arraigo desde lo afectivo. Sólo un Estado con un papel fuertemente activo desde sus políticas públicas y dando cuenta como nunca antes de las acciones de gobierno aseguraba, según la discursividad de esas publicaciones, los nuevos derechos implantados. A su vez, el papel central cumplido por estas publicaciones (como otras editadas por el aparato de propaganda oficial) nos permite, en parte, entender la fuerte adhesión emocional despertada por el peronismo y su perduración incluso luego del derrocamiento de Perón en 1955.

Consideramos que el justicialismo fue exitoso en la implantación por vía publicitaria de un imaginario industrial peronista ya que el mismo persistió en la sociedad argentina, conformando un sentido histórico común que continuó siendo objeto de disputa hasta el presente. Sus propios contemporáneos eran conscientes de su trascendencia: no es extraño que una de las primeras decisiones de la “Revolución Libertadora” fuese no solo prohibir al peronismo en tanto movimiento político, sino también destruir toda una imagería que había sido impulsada por el Estado. Por esta razón, *La Nación Argentina* y *Mundo Peronista* se transformaron en blanco inmediato de clausura y destrucción.

Conclusiones finales

La investigación impulsada buscó desarrollar un análisis cultural de los procesos económicos y nos permitió dar cuenta de que el peronismo fue el primer partido en Argentina que proyectó la política económica de su gobierno - al menos en sus fundamentos discursivos y simbólicos - por fuera del modelo agro exportador y de los ejes del liberalismo económico vinculado al libre mercado. Para ello constituyó una multiplicidad de imaginarios en torno a la industrialización que fueron fundamentales en su legitimación política. Estos imaginarios no se mantuvieron fijos a lo largo de casi una década de gobierno, sino que fueron adquiriendo diversas dimensiones y se transformaron a partir de los cambios en el contexto político-económico en el cual tuvo que gobernar. La búsqueda de nuevas formas de legitimación le permitió al peronismo dar cuenta de una gran versatilidad a la hora de pensar y defender discursivamente sus lineamientos de política económica. De esta manera, el justicialismo hizo propio un nuevo modelo económico que puso en el centro al Estado interventor y trató de desplazar la vieja matriz productiva agropecuaria por el desarrollo industrial. No implicó, como en la década del treinta, una respuesta ad hoc ante la crisis del sector sino la búsqueda de legitimar un nuevo proyecto de país basado en el esquema industrial. Sin embargo, no tuvo un correlato directo en la realidad económica debido a que en un país con las características productivas de la Argentina era imposible desarrollar un proyecto industrial sin tener en cuenta las variables del sector agropecuario. No obstante, la disputa ideológica se jugó de manera clara, y el peronismo logró imponer una serie de imaginarios industriales que fueron absorbidos por amplios sectores de la sociedad, legitimando un discurso que establecía que el desarrollo productivo de un país estaba invariablemente asociado a su desempeño industrial. Esta fue una de las dimensiones en las que la experiencia política peronista fue sumamente disruptiva, delimitándole una identidad que terminó quedando anclada en la memoria colectiva del país.

Nuestro trabajo toma como eje fundamental al Estado y los discursos desarrollados en torno al mismo por el gobierno peronista. A partir de las políticas públicas delineadas desde esa estructura estatal cada vez más compleja y burocratizada, se impulsaron los Planes Quinquenales, las políticas educativas y comunicacionales, y las publicidades oficiales que

determinaron el perfil de los imaginarios industriales que el peronismo quiso hacer llegar a la sociedad argentina.

El Estado, como ya se sostuvo anteriormente, funciona como eje organizador de las relaciones capitalistas, y busca limitar al interés individual de la burguesía para permitir la reproducción del sistema que la constituye como la clase dominante. Para O'Donnell, no es un mediador externo - como lo presentaba Perón en sus discursos - sino que es parte constitutiva del proceso de circulación y producción de poder que permite reproducir ciertas relaciones sociales. Sin embargo, el peronismo tensó los límites de este Estado ampliando beneficios, redistribuyendo riqueza y otorgando derechos a los sectores relegados cómo nunca antes se había hecho en el país. El avance y sentido de la intención del Estado y las políticas peronistas generaron incluso una situación conflictiva que terminó con la oposición radicalizada de los sectores de clase que el mismo Estado ayudaba a reproducir.

Desde la dimensión simbólica, las elites sociales, acostumbradas al protagonismo determinado por su poderío, fueron desplazadas para dar paso a un nuevo actor central: el obrero fabril, caracterizado idealmente como un egresado de las escuelas técnicas impulsadas por el peronismo y fruto de la migración interna por la cual despectivamente los opositores los denominaban cabecitas negras. Este obrero no solo se posicionó en tanto fuerza de trabajo sino también como consumidor de los propios productos que ayudaba a elaborar. Además, tenía también la obligación de informarse y ayudar en los objetivos económicos a través del control que el peronismo le adjudicaba para el correcto cumplimiento de los planes de gobierno. Por primera vez los trabajadores podían aspirar a un confort de vida que hasta ese momento solo ciertos sectores minoritarios habían podido obtener. El peronismo no solo decidió que fueran sus principales interlocutores, sino que retomó las caracterizaciones peyorativas de los opositores y los transformó en cuestiones identitarias reivindicativas claves del movimiento.

El otro protagonista de este imaginario industrial era el empresario fabril, que el peronismo caracterizó idealmente como aquel que debía poseer un capital humanizado que propugnara no por su beneficio individual sino por el beneficio social de la patria. Sin embargo, y al contrario que el obrero industrial, el peronismo nunca pudo lograr el apoyo sin ambigüedades de este sector que disfrutó de los beneficios que el Estado le garantizó

para el desarrollo de su actividad. Recién en los últimos años – tras incontables forcejeos con los distintos sectores empresariales – se logró la conformación de la CGE que permitiría que los dos grandes representantes de los sectores industriales – la CGE empresaria por un lado y la CGT obrera – pudieran sentarse a la mesa a discutir los términos en los que se desarrollaría el proceso económico.

En nuestro trabajo, analizamos las diversas dimensiones simbólicas de los imaginarios industriales impulsados por el peronismo a partir de una cronología clásica que divide el periodo 1946-1955 en tres tiempos diferenciados.

El primer periodo, de **configuración**, abarcó los años de oro del peronismo - 1946-1949 – caracterizados por una gran expansión económica. Si bien el peronismo no retomaba los postulados teóricos del liberalismo económico, en sus inicios si se apoyó en las ideas del liberalismo político: libertad de prensa, competencia de los partidos políticos, debate con la oposición, re-apertura democrática, entre otros tópicos. En esta clave es ilustrador leer el Primer Plan Quinquenal o *La Nación Argentina* ya que ambos textos buscaban reforzar la idea de objetividad, trabajo en conjunto entre partidos y libertad de acción de los participantes de la arena pública.

Sin embargo, ya para fines del período y con la reforma constitucional como momento clave, encontramos una transición a la idea de que en realidad la única legitimación que necesitaba el peronismo era el apoyo mayoritario del electorado. Esto se expresaba también con una novedad introducida en la Legislatura: la participación de obreros y ciudadanos de sectores populares como representantes del pueblo a partir de la elección en cargos de diputados y senadores, uno de los indicios que daba cuenta de un peronismo que iba a transformarlos códigos prácticos de la política liberal. Para ello, la consolidación de diversos imaginarios industriales fueron una pieza clave, ya que le permitió construir otro tipo de legitimidades.

En un primer periodo, el imaginario se caracterizó por un fuerte optimismo en el desarrollo ilimitado de la industria. Se estimuló una industrialización muy ligada a la nacionalización y la búsqueda de incentivo de los capitales locales, todo esto en clave de impulso de la industria liviana para lograr el objetivo del pleno empleo. Por otro lado, había un fuerte cuestionamiento a los oligopolios extranjeros que, deshumanizados, solo buscaban su beneficio. En estos años, el rol del Estado empresario fue fundamental ya que

se ocupó de hacerse cargo de todas aquellas actividades anti-económicas -principalmente de las vinculadas a los servicios-. En esta primera etapa la industria pesada era más bien pensada en su función militar y de defensa nacional. Incluso se impulsó un proyecto de ley que defendía el accionariado obrero amparado en ideas corporativistas, buscando que los empresarios y los trabajadores tuvieran una participación directa en la propiedad del sistema productivo. Si bien esta iniciativa nunca llegó a implementarse, expresaba el optimismo y la búsqueda de consenso entre sectores.

Al menos desde lo discursivo, era claro que se supeditaba el rol del sector agropecuario al industrial. El primero había sido un impulsor del progreso muy débil, lo que explicaba según el relato peronista la fuerte dependencia del país a las cambiantes condiciones del mercado internacional; la industria sería lo que permitiría completar el ciclo de independencia política iniciado en 1810 complementándola con la independencia económica. El periodo coincide con el predominio en el equipo económico de *los hombres prácticos*; esto es, de aquellos que tenían una experiencia directa con la cuestión industrial como los empresarios Miranda y Lagomarsino. El estímulo a la Exposición Industrial de 1946 y la decisión del cambio de fecha del Día de la Industria daba cuenta de la disputa simbólica que el peronismo iba a mantener en lo referente a la materia, un aspecto que consideraría clave en su gobierno y que lo enfrentaría incluso a la central industrial. Ante la posición desafiante que la UIA tenía sobre su gobierno, el peronismo termina cancelando la participación de la misma en la arena pública y la interviene, buscando controlar todos los espacios y fechas conmemorativas en torno a la cuestión industrial, algo que expresaba la incidencia que tenía esto en el proceso de conformación identitaria del gobierno. Esto iba acompañado de la convicción de los funcionarios del período de que la industrialización no podía depender de iniciativas privadas, sino que tenía que ser dirigida por el Estado, presentado como el único actor que podría orientar al proceso industrial para alcanzar la *justicia social*. Otra clave para entender los imaginarios en torno a la industria del periodo era la necesidad de urgencia del proceso, la rapidez era más importante que las desprolijidades que esto generara, ya que podrían ser enmendadas sobre la marcha.

Desde el discurso se señaló como enemigos del proceso a los capitales extranjerizantes y el imperialismo económico que eran presentados como quienes conspiraban en contra de la industrialización propugnada por el peronismo. En esta primera

etapa, la ausencia del señalamiento de enemigos internos expresaba cierto esfuerzo por neutralizar el conflicto, lo que implicó invisibilizar a ciertos sectores para dar cuenta de una Argentina homogénea.

El rol concedido a la escuela pública y, particularmente, a la técnica, en la consolidación de este imaginario fue determinante. El peronismo quería formar a jóvenes que salieran listos para trabajar en las fábricas y que defendiesen el modelo industrial. Para ello, hubo una clara disputa contra el paradigma educativo liberal en lo referente a las cuestiones productivas, ya que históricamente éste defendía la noción de una Argentina “granero del mundo”. Por el contrario, el peronismo impulsó una narrativa centrada en la idea del modelo industrial y la defensa de la nueva política económica. Para el peronismo, era fundamental transformar la manera en la que los jóvenes obtenían el conocimiento: pasar del dolor del taller a la especificidad de la escuela técnica.

Un segundo período, de **consolidación**, se inicia en 1950 y culmina en 1952, que fueron años caracterizados por una fuerte crisis económica. El abandono de la búsqueda de legitimarse por medio de la política liberal y la cada vez mayor centralización de la doctrina peronista pasó a ser el eje principal que legitimaría cualquier decisión política y económica. Para ello se impulsan nuevas estrategias publicitarias y comunicacionales, que comenzaron a mostrar a un peronismo que salía a disputar el espacio público a partir de una serie de paradigmas entre los cuales los diversos aspectos que configuraron los imaginarios industriales tuvieron una presencia fundamental. Este proceso fue acompañado de una limitación cada vez mayor de los canales de expresión de descontento. La idea de armonía entre clases y la búsqueda de consensos comenzaba a ser abandonada y los epítetos para con la oposición eran cada vez más duros en un contexto de una fuerte consolidación emotiva y la configuración de rasgos identitarios cada vez más rígidos.

Ante los resultados económicos que daban cuenta que el impulso a la industria liviana mostraba dificultades, encontramos un desplazamiento discursivo del imaginario industrial en una serie de temas fundamentales: por ejemplo, la necesidad de fomento de la industria pesada comienza a desplazar a la liviana. Esto a su vez implicó la necesidad de nuevas formas de financiación por lo que la caracterización de los capitales extranjeros también tuvo que modificarse, a la par que la imagen del empresariado privado: había una búsqueda de un acercamiento más concreto a estos sectores y comenzaba a sonar cada vez con mayor

urgencia la necesidad de conformar una organización empresarial. Algo que se logra a fines del periodo, e iba a ser acompañado por los intentos de limitar la intervención estatal en ciertas ramas industriales. Esto fue acompañado de un Perón que en diversos discursos y ante el Parlamento pedía a los opositores el reconocimiento de la originalidad de su gobierno en cuanto a la consolidación de un modelo industrial.

Otra cuestión que se transforma desde lo simbólico es la discursividad sobre el rol del sector agrícola. Se comienza a plantear la necesidad de armonizar el desarrollo del sector agropecuario con el industrial y se readequa la narrativa, dando cuenta del agro como el momento inicial del proceso industrial y ya no como subsidiario al mismo.

En la práctica en esta etapa nos encontramos en la burocracia estatal con un desplazamiento de la antigua cúpula de funcionarios ligados a los conocimientos *prácticos* de la industria y su reemplazo por burócratas de carrera, especialistas que comienzan a aplicar políticas económicas más cercanas a la ortodoxia. Sin embargo, el proceso se da en un momento en donde la doctrina peronista se profundiza y el culto al primer mandatario se expande, por lo que la aparente objetividad de los técnicos era paradójicamente acompañada del culto a la personalidad y a la doctrina.

En las publicidades y narrativas del gobierno se reemplazó el discurso nacionalista que explicaba los problemas de la economía argentina mediante simplificaciones sobre el malvado imperialismo y los “enemigos externos”. Estos argumentos comienzan a perder peso ante la culpabilidad ahora de factores internos (empresarios locales que no acompañaban las políticas oficiales) y una profundización de la idea de que para que estos no fueran en contra del proyecto peronista era vital el involucramiento ciudadano en el control de sus irregularidades. Ya hacia fines del período, en *Mundo Peronista* se expresaba otra estrategia al respecto a partir de numerosas publicidades en donde se le da un rol central a la necesidad de que los argentinos consuman productos nacionales.

Desde la crisis de 1952, el protagonismo de Perón comienza a tener un rol central en la comunicación de las medidas a desarrollar para superar la crisis. Se produce el desplazamiento de los funcionarios especialistas en las explicaciones sobre la economía, y terminan teniendo papeles secundarios en la intervención pública. Así, el presidente centralizó la defensa de las ideas en torno a la industria, algo que alcanzaría su punto máximo en el próximo periodo.

El tercer recorte temporal recorre los últimos años del peronismo, los de la **reconfiguración**, 1953-1955. En este periodo, la búsqueda de expulsión de la oposición política de los espacios públicos se acrecienta y la influencia del Estado en las líneas de los medios de comunicación, el sistema educativo y la propaganda fue cada vez más evidente. Al peronismo ya no le preocupaba vincularse con los valores de la democracia liberal, sino que había delineado su propio sistema de valores en donde la democracia plebiscitaria y la industria, entre otros, eran pilares sobre los que pivoteaba su legitimación popular.

El peso de los imaginarios sobre la industria impulsados durante el peronismo tuvo un gran impacto en la sociedad de la época. Es ilustrativo que para 1955 la mayoría de los sectores de la oposición que se habían opuesto al corrimiento del modelo agro exportador en los inicios del gobierno, ya habían dejado de cuestionar la necesidad de profundizar en Argentina el proceso industrial.

Para este momento, el imaginario industrial estaba centrado en la necesidad de impulsar la industria pesada, la mecanización del agro y el aumento de la producción y productividad. El rol del Estado también cambia, a partir de sus intentos de limitar la propiedad estatal y el aliento a las inversiones privadas, incluso las extranjeras. Esto va acompañado de un intento de conciliación con el empresariado estructurando desde el oficialismo un discurso mucho más conciliador. El papel de la CGE sería clave en la implementación de las políticas económicas y en el viraje hacia una economía vinculada a un mayor control de la política monetaria y crediticia, junto con el impulso del sector agropecuario como piedra fundamental para el posterior desempeño industrial. El interés del peronismo en la realización del Congreso de la Productividad de 1955 tenía que ver también con esta intención: que las dos grandes centrales que representaban a los sectores vitales del desarrollo industrial mejoraran y consensuaran sus estrategias con el Estado era fundamental para apuntalar su rol de mediador.

El imaginario industrial que se termina de consolidar tendrá lineamientos precisos, pero no contará con fundamentos teóricos claros, algo que recién podremos ver explicitado para la década del sesenta con el desarrollismo. La figura de Perón termina consolidando su rol central y los funcionarios quedan definitivamente confinados a un rol técnico con bajo perfil público. Perón termina presentándose como la máxima expresión de unanimidad y el

único interprete, ya no de los obreros o de los argentinos, sino de todas esas individualidades subsumidas en la imprecisa categoría de *Pueblo*.

En la cuestión publicitaria nos encontramos con una diferencia ilustrativa – algo que se expresa en las páginas de *Mundo Peronista*–: aumenta en gran número el rol de las empresas extranjeras, aunque el “disfraz” de producción nacional que las mismas presentaban daba cuenta de la incidencia que los imaginarios industriales impulsados por el peronismo seguían teniendo, haciendo especial hincapié en la defensa de la producción argentina.

En esta etapa también vemos una reorientación de los libros de texto educativos a los objetivos prioritarios establecidos en el Segundo Plan Quinquenal. Es por ello que las cuestiones industriales y económicas pasan a ser centrales en el contenido curricular, a la vez que se explicita una fuerte revalorización del trabajo técnico y manual y los oficios como pilares centrales de este imaginario; todo esto termina enmarcando al sistema educativo en la Doctrina Peronista.

Tanto Perón, como sus funcionarios y su estrategia publicitaria expresaban ante quien quisiese oír, que el peronismo había logrado modificar la matriz productiva del país. Sin ir tan lejos, podemos afirmar que, al finalizar esta primera etapa política del peronismo, la industrialización -más allá de las dificultades estructurales - se había establecido como el único camino que podía impulsar el desarrollo del país. Esto se tradujo en que los imaginarios que se estructuraron con respecto a la industria liberaron una batalla simbólica y cultural que fue exitosa en consolidarse como un sentido común casi indiscutible entre amplios sectores de la sociedad, aún incluso en partidos opositores al peronismo.

En ello fue clave el rol, no solo de los discursos de los funcionarios y del propio Perón, sino la amplia estrategia publicitaria, educativa y de comunicación de las políticas públicas desarrolladas por la gestión, y que se estructuraría a partir del eje de que no solo se publicitaban los proyectos de un gobierno, sino que también era necesario dar cuenta de que se hacía con los dineros públicos del Estado. Sumado a esto, era vital el novedoso rol que se le daba a la población argentina: la misma debía educarse en el consumo, defender las políticas públicas implementadas y conocer los alcances de las mismas. Desde la cuestión educativa – anclada en la primera infancia -, hasta la adultez a partir de las

publicidades, el ciudadano argentino atravesaba numerosas estrategias de incorporación de información pública.

La penetración en amplias capas de los sectores populares de este imaginario industrial fue tan exitosa que luego de 1955 se estableció la expansión industrial como el único camino posible de desarrollo. La percepción que tenía el gobierno de estar impulsando un momento de ruptura fundamental entre el Ayer y el Hoy no fue solo algo propio de los peronistas sino también de los anti peronistas. La retórica discursiva emocional fue tan fuerte que luego de 1955 fue imposible pensarse sin estar de un lado o del otro. En ello, sin embargo, la idea de que la única vía era la industrial pareció sobrevolar la división y se instauró, al menos hasta 1976, como un camino ineludible para el desarrollo económico del país. Ante su aparente efectividad no es extraña la violencia con la que la Revolución Libertadora intentó hacer desaparecer todo el entramado comunicacional publicitario educativo del peronismo.

Posteriormente, el entramado cívico militar de 1976 buscó la desestructuración del andamiaje productivo industrial en pos de un retorno a una supuesta ideología económica liberal perdida camuflada en un discurso “modernizador” y “eficientista”. Sin embargo, los imaginarios industriales que se habían conformado durante el peronismo persistieron disputando espacios a la hora de pensar el desarrollo económico como un paradigma plausible de implementar, algo que se evidencia en los objetivos que tuvo la última dictadura militar para desplegar toda su potencia destructiva: sectores sindicalistas y obreros que, en su mayoría, se reivindicaban peronistas.

Fuentes:

- , *Anales de Legislación Argentina*, Decreto 10.289 del 12 de diciembre de 1946.
- , *La Nación Argentina. Justa, libre y soberana*, Control de Estado de Presidencia de la Nación, Buenos Aires, Peuser, 1950.
- , *Quien es quién en la República Argentina. Biografías contemporáneas*, Buenos Aires, Editores Guillermo Kraft, 1955.
- Bunge Alejandro *Discurso de incorporación a la Academia Nacional de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias Económicas, 1927. .
- Cereijo, Ramón, *Adhesión del Ministerio de Hacienda de la Nación con motivo de la Nacionalización de los ferrocarriles*, Buenos Aires, 1948.
- Cereijo, Ramón, *Bases para la consolidación económica nacional*, Consejo Económico Nacional, Buenos Aires, 1949.
- Cereijo, Ramón, *Las economías en el presupuesto y el abastecimiento de elementos básicos para la industria nacional*, Buenos Aires, Consejo Económico Nacional, 1949.
- Cereijo, Ramón, *La coordinación económica, financiera y administrativa como fundamento de la prosperidad nacional*, Buenos Aires, Ministerio de Hacienda de la Nación, 1950.
- Domínguez María Alicia, *Ronda Infantil*, Buenos Aires, Kapeluz, 1955.
- Gómez Morales Alfredo, *Política económica peronista*, Buenos Aires, Escuela Superior Peronista, 1951.
- Gómez Morales Alfredo, *Realidad económica argentina*, Buenos Aires, 1952.
- Gómez Morales, Alfredo, *“Política económica peronista”*, Buenos Aires, Escuela Superior Peronista, 1951.
- Gómez Morales Alfredo, *Estado económico general del país*, Buenos Aires, 1952.
- Gómez Morales Alfredo, *La organización de las fuerzas económicas y la función del gobierno*, Buenos Aires, Ministerio de Asuntos Económicos de la Nación, 1954.
- Gutiérrez Bueno Ángela, *Privilegiados*, Buenos Aires, Kapeluz, 1955.
- Instituto Torcuato Di Tella, *Entrevista a Alfredo Gómez Morales*, Buenos Aires, Archivo Historia Oral, 1972.
- Presidencia de la Nación, *Plan de gobierno 1947-1951*, Buenos Aires, Secretaría Técnica, 1946. Tres Tomos.

Presidencia de la Nación, *Segundo Plan Quinquenal*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, 1952.

Presidencia de la Nación, *Manual Práctico Segundo Plan Quinquenal*, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones, 1953.

Perón, Juan Domingo, *Conducción Política*, Buenos Aires, 1951.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 8, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1998.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 9**, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1998.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 10*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1998.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 11*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1998.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 12**, Buenos Aires, Editorial Docencia, 2000.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 14*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 1999.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 15, Buenos Aires, Editorial Docencia, 2001.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 17*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 2000.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 17**, Buenos Aires, Editorial Docencia, 2000.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 18*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 2000.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 18**, Buenos Aires, Editorial Docencia, 2000.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas de Juan Domingo Perón*, Tomo 19, Buenos Aires, Editorial Docencia, 2001.

Publicaciones periódicas:

Boletín Informativo para el Comercio y la Industria, 1946-1947.

Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de las Cámaras de Diputados y Senadores de la Nación*, 1946-1955.

Hechos e Ideas, 1947-1955.

Mundo Peronista, 1951-1955.

Revista del Club Secretaria de Industria y Comercio, 1946-1947.

Bibliografía:

Abéles, Marc (1988) "Modern Political Ritual: Ethnography of an Inauguration and a Pilgrimage by President Mitterrand," *Current Anthropology*, no. 3, pp. 391-404.

Altamirano, Carlos (2007), *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Emecé, Buenos Aires.

Baczko, Bronislaw (1991), *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Ballent Anahí (2010), "Los tiempos de las imágenes: la propaganda del peronismo histórico en los años noventa", en Soria, Claudia; Cortés Rocca Paola y Dieleke Edgardo (Editores), *Políticas del sentimiento*, Buenos Aires, Prometeo.

Baschetti, Roberto (1997), *Peronismo y comunicación de masas: diarios, revistas, prensa, periodismo, medios gráficos, historieta y publicidad*, Buenos Aires, BIBNAL.

Belini, Claudio (2001), "Parlamentos, partidos políticos y política industrial en Argentina 1946-1955", *Boletín de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N°23.

Belini, Claudio (2003), *La industria durante el primer peronismo (1946-1955). Un análisis de las políticas y su impacto Vol1*, Tesis de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires.

Belini, Claudio (2006), "El grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952", *Latin American Research Review*, Vol. 41, no.1, pp. 27-50.

Belini, Claudio y Rougier, Marcelo (2008), *El estado empresario en la industria argentina*, Buenos Aires, Manantial.

Belini, Claudio (2009), *La industria peronista*, Buenos Aires, Edhasa.

Belini, Claudio (2014), *Convenciendo al capital*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Belini, Claudio (2014), “Inflación, recesión y desequilibrio externo: La crisis de 1952, el plan de estabilización de Gómez Morales y los dilemas de la economía peronista”, *Boletín de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n°40.

Belini, Claudio (2014), “Miguel Miranda. El mago, la intuición y la breve prosperidad de la economía peronista” en Rein, Raanan y Panella, Claudio (compiladores), *La segunda línea. Liderazgo peronista 1945-1955*, Buenos Aires, Pueblo Heredero/EDUNTREF.

Belini, Claudio (2017), *Historia de la industria argentina. De la independencia a la crisis del 2001*, Buenos Aires, Sudamericana.

Berrotarán, Patricia; Rougier, Marcelo; Jauregui, Aníbal (Compil.) (2004), *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Bitrán, Rafael (1994), *El Congreso de la Productividad*, Buenos Aires, El Bloque.

Brennan, James y Rougier, Marcelo (2013), *Perón y la burguesía argentina*, Buenos Aires, Lenguaje Claro.

Buchrucker, Cristian (1999), *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.

Cane, James (2011), *The Fourth Enemy. Journalism and Power in the Making of Peronist Argentina, 1930–1955*, The Pennsylvania State University.

Cane, James (2007), “Trabajadores de la pluma y Estado en la transformación de la prensa argentina, 1935-1945” en Da Orden María Liliana y Melón Pirro Julio, (Compil), *Prensa y peronismo*, Rosario, Prohistoria Ediciones.

Castoriadis, Cornelius (2007): *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets.

Ciria, Alberto (1983), *Política y cultura popular*, Buenos Aires, Ediciones de La Flor.

Da Orden María Liliana; Melón Pirro Julio (Compil) (2007), *Prensa y peronismo*, Rosario, Prohistoria Ediciones.

Corbiere, Emilio (1999), *Mi mamá me mimó, Evita me ama. La educación argentina en la encrucijada*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Díaz Alejandro, Carlos (1975), *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.

Diego, José Luis (2006), “1938-1955. La “época de oro” de la industria editorial”. En Diego, J. L. (Dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880 – 2010)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Dorfman, Adolfo (1983), *Cincuenta años de industrialización en la Argentina, 1930-1980*, Buenos Aires, Solar.

Dussel, Inés y Pineau, Pablo (1995), “De cuando la clase obrera entró al paraíso: la educación técnica estatal en el primer peronismo”, en Puiggrós, Adriana, director, *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955). Historia de la educación argentina*, Vol. VI, Buenos Aires, Galerna.

Ferrer, Aldo (1977), *Crisis y alternativas de la política económica argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Ford, Aníbal, Rivera, Jorge B. y Romano, Eduardo (1985): *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa.

García Delgado, Daniel (1988), *Raíces cuestionadas: la tradición popular y la democracia*, Buenos Aires, CEAL. Dos volúmenes.

García Sebastiani, Marcela, *Los anti peronistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1946-1951*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Gene, Marcela (2008), *Un mundo Feliz*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Gerchunoff, Pablo (1989), “Peronist Economic Policies, 1946-55”, en Guido Di Tela y Rudiger Dornbusch (Ed.) *The Political Economy of Argentina, 1946-1983*, Palgrave Macmillan, Londres, pp. 59-85.

Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas, (1998) *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, Ariel.

Giménez Zapiola, Marcos y Leguizamón, Guillermo (1988), “La Concertación peronista de 1955: el Congreso de la Productividad”, en Juan Carlos Torre (Compil), *La formación del sindicalismo peronista*, Legasa.

Girbal-Blacha, Noemí (2003), *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina Peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Editorial Universidad de Quilmes.

Gómez, Teresita (1997), “Planificación en Argentina. ¿Redefinición de un modelo de crecimiento?”, *Estudios Sociales* n° 12. Primer semestre. Santa Fe.

Gómez, Teresita (2013), “Primer plan quinquenal: objetivos y prioridades” en Muller, Alberto y Gómez, Teresita, (Compil), en *La planificación en Argentina en perspectiva (1930-2012)*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Indij, Guido, *Perón mediante. Gráfica peronista del período clásico*, Buenos Aires, La Marca Editora, 2012.

Jáuregui, Aníbal (2005), “La planificación económica en el peronismo (1945-55)”, *Prohistoria*, año IX, número 9, Rosario, Argentina, pp. 15-40.

Jáuregui, Aníbal (2004), “Prometeo encadenado: los industriales y el régimen peronista”, en Berrotarán, Patricia; Rougier, Marcelo; Jáuregui, Aníbal compiladores, *Sueños de Bienestar: estados y políticas públicas durante el primer peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Kaplan, Marcos (1981), *Estudios sobre política y derecho del petróleo argentino, 1907-1955*, México, Universidad Autónoma de México.

Katz, Jorge y Kosacoff, Bernardo (1989), *El proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y perspectiva*, Buenos Aires, CEAL CEPAL.

Llach, Juan José (1984), “El plan Pinedo de 1940 y su significado histórico en los orígenes de la economía política del peronismo” en *Desarrollo Económico*, vol. 23, n°92.

López Eduardo (2012), “La letra con amor entra” en Indij Guido, compilador, *Perón mediante*, Buenos Aires, La Marca Editora.

Lobato Mirta (Ed) (2005), *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblos.

Luna, Félix, *Perón y su tiempo*, (1986), Buenos Aires, Sudamericana.

Milanesio, Natalia (2014), *Los consumidores peronistas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Molinelli, Guillermo, (1991), *Presidentes y Congresos en Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editora Latinoamericano.

Morales, Virginia (2017), “*Mundo Peronista. Una mirada “desde abajo” a la constitución de la identidad peronista durante el primer peronismo (1945-1955)*”, *Question*, n° 53, enero-marzo, pp. 72-88, 2017.

Nálim, Jorge (2014), *Las raíces del anti peronismo. Orígenes históricos e ideológicos*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

O'Donnell, Guillermo (2009), *El Estado burocrático autoritario*, Buenos Aires, Prometeo.

Panella, Claudio y Korn, Guillermo (2009), *Ideas y debates para la Nueva Argentina*, La Plata, EPC.

Panella, Claudio (2010), "Mundo Peronista (1951-1955). Una tribuna de doctrina y propaganda" en Panella, Claudio y Korn, Guillermo (Compil.), *Ideas y debates para la Nueva Argentina. Revistas culturales y políticas del peronismo (1946-1955)*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación.

Pitelli, Cecilia y Somoza Rodríguez, Miguel (1995), "Peronismo: Notas acerca de la producción y control de los símbolos" en Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955) en Puiggrós, Adriana, (Director), *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955). Historia de la educación argentina*, Vol. VI, Buenos Aires, Galerna.

Plotkin, Mariano (1995) "Rituales políticos, imágenes y carisma. La celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista 1945-1951", en Torre, Juan Carlos (comp.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, pp. 171-217.

Plotkin, Mariano (2007), *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, EDUNTREF.

Ques, Maria Elena, "*Estrategias persuasivas durante la campaña electoral de 1951: El caso de la revista Mundo Peronista*", Presentado en el I Congreso de Estudios sobre el Peronismo, noviembre, Mar del Plata, Buenos Aires, 2008.

Rein, Raanan y Panella, Claudio, (Compil) (2009),. *El retorno de Perón y el peronismo en la visión de la prensa nacional y extranjera*, Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de La Plata.

Rein, Raanan y Panella, Claudio, (Compil), *Cultura para todos*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2013.

Rein, Raanan y Panella, Claudio (Compil.) (2013), *La Segunda Línea. Liderazgo peronista subalterno 1945-1955* Pueblo Heredero/EDUNTREF.

Rey, Analía y Rodríguez, Fernando (PONER FECHA), "La revista Ahorro (1948-1955). Lenguaje estatal y virtudes cívicas en una publicación institucional del primer peronismo".

Rosanvallón, Pierre (2003), *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Rougier, Marcelo, (2012), *La economía del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.

Rougier, Marcelo y Stawski, Martin (2017), "Alfredo Gómez Morales. Las tentativas de racionalizar la economía peronista" en Rein, Raanan y Panella, Claudio (Compil.), *Los indispensables. Dirigentes de la segunda línea peronista*, Buenos Aires, UNSAM,

Ruiz Jiménez, Laura (1998), "Peronism and Anti-Imperialism in the Argentine Press: 'Braden or Peron' Was Also 'Peron Is Roosevelt'", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 30, No. 3, pp. 551-571

Santoro Daniel (2012), "La construcción imaginaria de un mundo" en Indij Guido, compilador, *Perón mediante*, Buenos Aires, La Marca Edira.

Schvarzer, Jorge (2000), *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas.

Sidicaro, Ricardo (1993), *La política mirada desde arriba*, Buenos Aires, Sudamericana.

Sidicaro, Ricardo (2008), "Las elites políticas peronistas y la democracia (1946-1955)", en: *Estudios Sociales*, n° 35, pp. 145-168.

Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2010), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba.

Soria, Claudia (2010), "La propaganda peronista: hacia una renovación estética del Estado Nacional" en Soria, Claudia; Cortés Rocca Paola y Dieleke Edgardo, editores, *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Prometeo.

Spiegelburd, Roberta (1997), "La enseñanza técnica en el nivel primario. Las Misiones Monotécnicas. Análisis de un caso en Luján", en Hector Cucuzza (director), *Estudios de historia de la educación durante el primer peronismo 1943-1955*, Luján, Universidad Nacional de Lujan.

Stawski, Martin (2012), "Del equipo de asalto a la consolidación: Estado, elites y economía durante el primer peronismo 1946-1955" en Mariano Ben Plotkin y Eduardo Zimmerman (compiladores), *Las practicas del Estado. Política, sociedad y elites estatales en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Edhasa.

Tedesco, Juan Carlos (1980), *La educación argentina (1930-1955)*, Buenos Aires, CEAL.

Viguera, Aníbal (1991), “El primero de mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición”, *Boletín del Instituto Ravignani*, n°3, pp. 53-79.

Villanueva, Javier (1972), “Los orígenes de la industrialización argentina”, en *Desarrollo Económico*, vol.12, n°47, Buenos Aires.

Villanueva, Javier (2010), “Alejandro E. Bunge: una visión de la Argentina” en *Revista Cultura Económica*, Año XXVIII, N.º 77-78, septiembre, pp. 73-77.

Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa (2002), “La democratización del bienestar” en Torre, Juan Carlos, director, *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas, 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana.

Zanatta, Loris, (2005) *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial,